This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

3 2044 017 897 810

SAL 576.4.1120

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

SAL 1265.1.32

AMELIA FRANCASCI.

MADRE CULPABLE.

NOVELA ORIJINAL.

SANTO DOMINGO.
IMPRENTA DE GARCIA HERMANOS.
1894.

MADRE CULPABLE.

NOVELA ORIJINAL

POR

AMELIA FRANCASCI.

SANTO DOMINGO.
IMPRENTA DE GARCIA HERMANOS.
1893.

GA:. 1205.1.32
SAL 576.4.1120

HARVARD COLLEGE LIBRARY
LATIN - AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND
ESCOTO COLLECTION
FEB [illegible] 1910

115-14
14

Dedicada á Eugenio de Marchena, en prueba de fraternal afecto.

Santo Domingo, Mayo de 1893.

Para su amigo i servidor

Es propiedad.

MADRE CULPABLE.

PARTE PRIMERA.

ISABEL.

I.

Era la mañana de un domingo, del año 1858. Principiaba apenas el mes de Mayo, y ya en la capital de España, lucía la primavera todas sus galas.

El tiempo estaba hermosísimo. Lanzaba el sol refulgentes rayos desde que apenas se alzara en el horizonte, y con los reflejos de sus vivísimos resplandores, parecía que en la naturaleza todo irradiaba como si tuviera luz propia. Una brisa suave y agradable refrescaba la temperatura, y traía en sus ligerísimas ondas revueltos é indeterminados perfumes, ora lejanos y deliciosamente tenues, ora más próximos y penetrantes. El cielo estaba claro, y en su transparente azul veianse flotar blancos y vaporosos celajes que, al desvanecerse aquí para formarse más lejos, semejaban figuras del mas caprichoso idealismo.

Imposible hubiera sido á los habitantes de la villa y corte permanecer insensibles á ese algo vivificante y regenerador que se respiraba en la atmósfera aquel dia, y que, al penetrar los sentidos cual deliciosa caricia, parecia una invitacion á la alegria, al ruido, al movimiento, á la accion.

Si en la naturaleza rejuvenecida todo revestia aire de fiesta, tambien lo tenian los madrileños. En las calles y plazas de Madrid era grande la animación. Veíanse por doquier gentes engalanadas á pié, en carruajes, á caballo. En paseos y cafés se distinguian elegantes ó pintorescos trajes. Oíanse por todos lados sonidos de instrumentos de música; alegres voces, sonoras, ó atipladas; repiques de campanas que anunciaban la misa; gritos de vendedoras de frutas y otras cosas; relinchos y carreras de caballos, y cuanto puede dar una idea de una ciudad animada y bulliciosa.

En las iglesias, la afluencia de personas era numerosa. Desde los primeros albores del día, todas las clases de la sociedad estaban representadas en la concurrencia que de hora en hora se renovaba dentro de aquellas.

II.

Marcaban ya los relojes de la devota villa las doce menos cuarto y la espaciosa nave del templo de Nuestra Señora del Carmen se hallaba aún llena de gente.

Allí habían acudido hacía cosa de cuarenta minutos, las elegantes del barrio, poco madrugadoras, como lo son casi en general esas señoras, á oir la misa que, para su devoción acomodaticia, suele celebrarse los domingos cerca del medio día.

Allí se encontraban también muchos jóvenes, y mas

de un viejo presumiendo de galanteador, de esos que abundan en todas las capitales civilizadas, y que según la época y la moda, son llamados dandys, liones ú otras cosas por el estilo. Siguiendo á las damas habían penetrado en el templo, donde no las perdían de vista durante la misa, aguardando que ésta terminara para acompañarlas, en la salida, requebrándolas ó admirándolas á su sabor.

Algunos menos indiscretos ó quizás mas maliciosos, se habian quedado paseando en la plaza que avecina la iglesia, mientras se consumaba el santo sacrificio. Del número de estos era un joven que se hallaba cerca de la puerta principal de la iglesia hacía ya no poco rato, solo y de pié sin cuidarse del sol que á aquella hora, á pesar de la frescura del aire, molestaba bastante.

A alguien que le interesara mucho debía de aguardar, á juzgar por el empeño que tenía en no dejarse distraer de una expectativa algo penosa si no hubiera sido voluntaria.

De vez en cuando daba marcadas muestras de impaciencia, ora sacudiendo con el flexible junco que en la mano llevaba la charolada punta de su bota; ora dirigiendo frecuentes miradas del reloj al interior del templo que, desde fuera se veia bastante bien.

Cuando más distraído se hallaba en esto último oyó á su espalda una voz que exclamaba:

—¡Hola Alberto!

—Andrés!—dijo él, reconociendo en seguida á la persona que le hablaba, y volviéndose sorprendido.

Quien le interpelaba era un jóven muy distinguido, que se le había acercado sin que él lo notase.

—Qué haces por aquí?- preguntó el recien venido.

—¿Y á ti qué te tráe?

—Pasaba por casualidad, y de léjos te ví. Como precisamente salí temprano á buscarte...!

—Aquí me tienes, chico, pero con la cabeza tan perdida, que ni atención puedo prestarte!

— Tienes por estos sitios algo nuevo, ¿no es verdad?

— Sí, hijo, sí! Si supieras .... !

— ¿Hasta cuando Alberto?

— Nada me digas! Quédate conmigo y verás .... lo que no has visto nunca! ¡Que mujer tan hermosa!

— Como todas las que te agradan.

— No! Como esta no hay ninguna! En este instante oye misa ahí, y yo...

Una campanada grave y sonora interumpió á Alberto.

Era el momento de la elevación, y aquel toque lo anunciaba.

Los dos jóvenes se llevaron la mano á los sombreros, inclinándose ligeramente, y callaron unos segundos.

— La estoy aguardando, continuó luego Alberto. Pronto concluye la misa y no quiero distraerme.

— Entónces me voy.

— No: ¡quédate! Deseo que admires eso. ¡Si estoy loco! Solo que conmigo has de estar callado, Andrés!

— Estaré mudo, pero no te acompañaré por mucho rato.

— Pierde cuidado que pronto salen.

III.

Alberto se absorbió de nuevo en la contemplacion del interior de la nave, miéntras Andrés, distraido, miraba á uno y otro lado de la plaza.

Ambos jóvenes podían tener la misma edad, esto es, de veinte y seis á veinte y siete años, y eran igualmente distinguidos de porte y de maneras; pero había entre ellos notable diferencia.

Era el conde de Montalban, (asi se titulaba Alberto) alto, robusto, bien formado y gallardo por demás. Tenía la tez ligeramente morena y de un pálido mate que se armonizaba perfectamente con el color de sus cabellos, negros y ondulosos. Sus grandes, rasgados y aterciopelados ojos pardos poseian esa expresión singular, magnética que da á ciertas miradas indecible seducción: y que, en las mujeres románticas, ejerce fascinación verdadera. Su nariz era aguileña; su frente ancha y despejada. Tenía su boca de correctos perfiles y de rojos labios, gracia especial por la alegre y picaresca sonrisa que jamás la abandonaba, y que ponía en descubierto su blanca y perfecta dentadura. Un bigote negro, fino y bien retorcido completaba este conjunto. Alberto de Montalban era tanto mas simpático cuanto que no se veia en él ese aire de fatuidad que caracteriza, por lo regular, á los hombres muy hermosos y afortunados en amores.

Todo era natural en su persona. Su jovialidad, su atolondramiento, hasta la manera de mezclar en su conversación términos franceses: nada tenia de afectado.—Esto último le sucedia espeacialmente cuando hablaba con Andrés, que le entendía, y hacíalo mas por costumbre que por otra cosa, pues habia vivido dos años en Paris. De allí habia vuelto mas seductor que nunca.

Andrés de Zúñiga era de mediana estatura y de complexión delicada. Tenía la frente inteligente y pensadora, grandes ojos de un azul oscuro, séria y melancolica mirada. Sus facciones todas ofrecian la mayor regularidad y sin poseer la arrogante apostura de Alberto, nada tenia que envidiar á su amigo en cuanto á esbeltez y elegancia. A primera vista dábanle cierta apariencia femenil sus rubios y ensortijados cabellos, su blanca y sonrosada tez y la delgadez y flexibilidad de su talle; pero desvanecia muy luego esta impresión la viril entereza reflejada en su semblante. Sus maneras reservadas y el timbre dulce y grave de su voz acababan de atraerle las simpatias del que le trataba, y hacian mas marcado el contraste entre él y Alberto, adivinándose en Montalban al hombre de sentimientos y de accion; en Andrés al de corazón y de cabeza. Agradaba al uno por su gracioso desenfado y su franca y comunicativa alegría: inspiraba el otro mas confianza por su seriedad y su reflexiva calma. Ambos vestian con elegancia, pero habia en el traje de Alberto cierta exageración que no excluia el buen gusto: el de Andrés era mucho mas severo.

Zúñiga no tenia títulos aunque su familia fuese tan noble como la de Montalban.

IV.

Sonaron de nuevo las campanas.

— Son ya las doce Andrés, dijo Alberto, muy animado. Creo que ha terminado la misa. ¡ Bastante duró ! Dentro de la iglesia se nota movimiento. ¿ Lo ves ?

— Sí; se prepara la gente á salir.

— Entónces no nos distraigamos. Si alguien te reconoce, haste como que no te apercibes de ello. Por mi parte á nadie atenderé. ¡ Cómo que el domingo pasado, por saludar á un amigo, no supe cuando se marchó mi hermosa desconocida ! Porque has de saber, Andrés, que no conozco á la que me cautiva y que sólo la he visto dos veces. Pero aquí estamos mal. Pongámonos bajo el pórtico.

Y Alberto se colocó de guardia en el lugar que indicaba á su amigo.

Andrés le siguió con indiferencia.

— Por aquí entró ella al venir: supongo que por aqui tambien saldrá, -dijo Alberto — ¡Cuánta gente hay! ¡Cuántas mujeres, sobre todo! Un grupo de señoras se preparaba á salir no lejos de donde él se hallaba.

— No son feas,-continuó cuando hubieron pasado por delante de él y de Andres pero quiá! no dan ni por el tobillo á mi hermosa. Ya lo verás, Andrés. Si es cosa de quedarse uno abobado! Vas á tener que admirarla á pesar tuyo, por escéptico que seas.

En el interin, salía la gente , y Andrés la veía disper-

sarse por la plaza. Alberto pensaba en otra cosa.

—¿Qué hará que no viene? – esclamó impaciente. —Por aquí entró y en esa direccion siguió; sólo que no ví en que sitio se arrodillaba por habérseme confundido entre otras mujeres, al internarse en la nave. ¿Si saldría por otro lado....? No puedo creerlo. Será que quiere dejar pasar á las personas que tiene detrás para no ser atropellada. Quizás, ahora que hay menos gente en la iglesia podré distinguirla.—Y con mayor intensidad, fijó la mirada en el interior del templo.

Pasó un minuto en silencio. De repente cogiendo del brazo á Andrés, exclamó:

—Allí está, mírala. ¿Vés aquel grupo? En medio viene ella. Tan alta y airosa es, que descuella entre todas las otras mujeres. Se nos acerca. No respiro. Que andar tiene! Contempla eso, Andrés! Pero ya está aquí! Mírala!

Alberto apretó con mas fuerza el brazo de su amigo, para llamarle más la atención sobre la hermosísima mujer que se les aproximaba

—¡Isabel!–exclamó Andrés cuando la tuvo cerca, dejando ver cierta contrariedad.

—¿La conoces?–preguntó Alberto con tanta sorpresa como alegria.

Andrés no contestó. En la puerta de la iglesia, y á algunos pasos de él, se había detenido para abrir su sombrilla aquella á quien el joven había nombrado tan familiarmente.

Era una mujer bellísima. Imposible hubiera sido no admirarla. Pertenecía al número de esas de quienes dice el vulgo que *parecen reinas*. Un poeta por poco entusiasta que fuera la hubiera comparado á Juno por la majestad y la arrogancia del porte y á Venus por la elegancia de las formas, la gracia y el encanto del rostro. Era muy blanca y tenia los cabellos negros mas hermosos del mundo.

Sus ojos parecian de azabache y en sus mejillas lucian los colores mas vivos de la salud. Su perfil era el de una estatua griega.

Iba vestida con exquisito gusto. Llevaba un traje de seda color de rosa, todo cubierto de ricas blondas blancas muy ceñido á la cintura, y escotado por delante, según la moda de entonces, de manera que se viesen la garganta y parte del pecho. Un collar de menudas perlas daba varias vueltas á su cuello, y su cabeza y sus hombros estaban envueltos con seductora gracia, en una elegante mantilla.

Escapábase del traje de Isabel suavísimo pero penetrante perfume de rosa y verbena. Con él acabó de embriagarse Alberto que la contemplaba extasiado.

Después de abrir su sombrilla, también color de rosa y cubierta de blondas como el vestido, Isabel salió de la iglesia. Al pasar por delante de los jóvenes, se fijó en ellos. Pareció algo sorprendida al reconocer á Andrés, luego le saludó amistosamente con la cabeza, y siguió su camino, sin volverse. Al saludar habia sonreido y en aquella sonrisa pudo verse el nacarado esmalte de sus dientes. Alberto la dejó alejarse algunos pasos, y entusiasmado dijo á Andrés que parecía preocupado desde que vió á Isabel.

—¿La seguimos? Vamos. Puesto que la conoces, podemos acercarnos á ella, y ofrecernos á acompañarla. No perdamos el tiempo.

—Nó—contestó Andrés—no tengo con ella la confianza que supones. Síguela tú si quieres: yo me marcho por otro lado.

—¿De veras, que no quieres venir conmigo?

—Te repito que nó.

—Mira que se aleja, Andrés! Dame el gusto de venir. La seguiremos sin hablarla, y mientras andamos me dirás quién es.

—No insistas. Se me hace tarde, y me voy á casa. Para allá iba cuando te encontré.

— Pues entonces te dejo. Se me escapa otra vez mi hermosa Isabel, como tú la llamas. ¡Qué lindo nombre! La sigo corriendo. ¡Adios! Volveremos hoy á vernos, no es verdad? A la tarde te aguardo en la Fuente Castellana. También me hallarás esta noche en el Príncipe. Es convenido: no lo olvides, Andrés.

Diciendo esto con precipitación, se lanzó Alberto entre la gente que continuaba saliendo de la iglesia, atropellando un tanto á las personas que le estorbaban el paso, para seguir en pos de la que tanto le encantaba, y con la esperanza de acercarse á ella.

— Esta locura de Alberto sí que me disgusta y me contraría!-se dijo Andrés, viéndole alejarse.—¿Por qué casualidad conocería él á Isabel? Parece que esto debía suceder. Sabía yo que se enamoraría de ella tan pronto la viera. Qué hacer? Si el mal no tiene remedio trataré de atenuarlo al menos. Velaré por María que es la que mas me interesa.

Pensando así, abandonó Andrés el sitio en que se hallaba, y después de cruzar por algunas calles se dirigió, preocupado á la de Jacometrezo, en donde tenía su habitación. En ella ocupaba la mitad del piso principal de una casa de huéspedes, y tenía su estudio de abogado.

V.

— Por fin te encuentro, Andrés!–dijo Alberto de Montalbán, entrando repentinamente en el gabinete de su amigo, tres días después de lo referido.

— Pero déjame sentar. Estoy rendido y sin alientos. No es para mí poca fortuna el haber dado con tu casa, cuando tan bien te escondías! ¿Podrás creer que hasta hace un rato no sabía que vivieras aquí?

Andrés escribía, sentado delante de una mesa llena de papeles, y en el momento de entrar Alberto, parecía absorto en su trabajo.

— ¿Eres tú?–preguntó sin levantarse de su asiento, y contentándose con volverse para saludar al joven.

— Ya lo vés, falso! ¡Pícaro Andrés! No merecías que me diera tanto trabajo para encontrarte! Pero ya conozco tu casa y no hay riesgo de que vuelvas á perderte para mí. ¿Desde cuando vives aquí?

— Hace siete meses.

— Siete meses, y yo lo ignoraba! Cómo es posible! Si no hace mas que ese tiempo que me fuí para Granada y te dejé viviendo en la calle del Barquillo!

— Por entonces me mudé aquí.

— Y no me lo escribiste! No me habia acordado nunca de preguntarte si siempre ocupabas la misma habitación. En mí no hay que extrañar esas cosas. ¡Soy tan atolondrado! Lo que sorprende es que á tí se te haya olvi-

dado decirme donde vivias. No me lo explico. Pero ya he descansado y como te veo ocupado voy á dar algunas vueltas por estas piezas, para hacer conocimiento con tu nueva casa. ¿Lo permites?

—Con tanto más gusto cuanto que estoy haciendo un trabajo urgente, y que requiere cuidado. Dispénsame si no te atiendo. De aquí á un rato he terminado, y seré todo tuyo. Almorzaremos juntos.

—Ya lo creo: para eso vine; para charlar de muchas cosas que me interesan. No sabes el chasco que me llevé el domingo, y lo que me pesó no haberme ido contigo. Pues sí, chico! ¡Qué palmo de narices tan soberano aquel! ¡Irme corriendo detrás de la ingrata, y sólo para verla subirse á un carruaje, que la aguardaba al extremo de la plaza, y en el cual no me había fijado; y luego marcharse á todo correr de los caballos! No había por allí en aquel momento ni coche, ni nada con que alcanzarla, de lo contrario no se me vá así. Quise seguirla á pié, pero, bah! qué había de poder! La perdí de vista al cruzar de una calle. Ocurrióseme volver á buscarte. No te encontré! Ya puedes suponerte lo mohino que quedé cuando me hallé solo después del lance. No almorcé ese dia.

—No lo dudo.

—Por la noche estuve aun mas contrariado. Como te había dicho que nos veríamos en la Fuente Castellana ó en el Príncipe, te aguardé en ambos sitios. Pero, nada! al señor Don Andrés no le dió la gana de aparecer por allí ni un instante. ¿Por qué no fuiste siquiera al teatro?

—Porque tuve que hacer esa noche dos visitas que me interesaban mucho.

—¡Hola! ¡hola! ¿Y puede saberse á quién favorecías con tu presencia? ¡Eres tan raro!

—En primer lugar á una cliente. Sus asuntos están tan embrollados que mucho tengo que hacer para desenmarañarlos, y para ello tengo que verla a menudo.

—Toma! ¡Es verdad que ejerces de abogado! Todo lo olvido! Y qué tal? ¿Te reporta algo eso? Chico, no entiendo jota de ello! ¿Y ganas algo?

—Así, así. Hasta ahora no mucho, pero tengo esperanzas de acreditarme, y de entrar en reales, si dejo satisfecha á la cliente de quien te he hablado. Por eso me ves trabajando en este momento con tanto tesón. Deseo arreglarle pronto sus asuntos.

—Me alegro de que vayas haciéndote una posición mas brillante de la que tienes , para ver si abandonas tu reserva y andas mas divertido.

—Gracias, Alberto! Pero.....Cah! Volví á equivocarme! Me ha sucedido varias veces por estar hablando contigo, hijo! No sé ni lo que estoy haciendo! ¿Quieres hacerme un favor? Míralo y regístralo todo aquí, y déjame tranquilo ahora : luego conversaremos.

—Bueno, bueno; me alejo y no te hablo más.

Alberto, estuvo por un instante curioseando en el gabinete de Andrés, abriendo aquí un álbum, hojeando allí un libro, mas lejos mirando un retrato ó deteniéndose delante de una pintura, hasta que se fijó en un balcon que daba á la calle, y por cuya entornada puerta entraba aire y un poco de sol, á pesar de la cortina que la cubría en su mayor parte, y dijo á su amigo.

—Voy á alzar un poco más esa cortina y á asomarme al balcón, Andrés. Con eso no te molestaré y estaré distraido.

—Te permito cuanto quieras, con tal que me dejes trabajar,–contestó aquel sin volverse siquiera y siempre ocupado.

Montalban se asomó al balcon.

VI.

Estaba hacía un momento en él sin decir nada, cuando pasando la cabeza por entre la cortina, volvió á dirigir la palabra á Andrés.

— Aunque te hable no respondas, escúchame: nada mas quiero decirte que tienes una vecina que toca y canta divinamente. Creo que es ahí enfrente. Sí, de ahí es que salen los sonidos del piano y la voz. Pero, ¡qué bien lo hace! Digo que es vecina porque esa voz es de mujer. ¿Quién será?

Alberto volvió á mirar hácia la calle Andrés seguia trabajando. Duró algunos minutos el silencio. Luego llamó Zúñiga á su amigo.

— Alberto, dijo, ya no escribo más. Solo me falta arreglar aquí unos papeles para ponerme enteramente á tu disposicion. Habla cuanto quieras.

— Iba á decirte, contestó él, que me gusta mucho esta calle. Es muy animada También deseo que oigas á esa mujer que canta. Que voz la suya! ¿No percibes el canto desde ahí, Andrés?

— Algo. Es el aria de "Lucia de Lammermoor."

— Sí, bellísima á fé mia! Pero ya concluyó: ¡que lástima! Oigo los últimos acordes. Si se asomará ahora al balcón la diva que me ha encantado con sus acentos.... ! Ojalá se deje ver. No es posible que sea fea la que tiene semejante voz. Debes conocerla, Andrés.

— La conozco.

— ¿Es hermosa?

— Lo es.

— Tienes amistad con ella..... Hola! Creo que saldrá al balcón . Ves una mano que levanta la cortina y una falda de mujer. Ya sale! Ahí está. ¡Oh! .... pero qué es esto? Estaré soñando? ¡Andrés, ven acá! ven á ver! – ven!

Las exclamaciones de Alberto fueron tan violentas, que su amigo dejó lo que hacía, y acudió á él, preguntándole:

— ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

— Ven, ven á ver, ahí, en el balcón de enfrente! ¿Vés á la que cantaba? asómate, mira, mira!

Alberto agarró á Andrés por un brazo, y le obligó á pararse á su lado.

— Mira quien está ahí!–añadió con ímpetu. ¡Cómo me habías engañado! Ya me lo pagarás. Oh! – Alberto no volvía en sí de la sorpresa, ni separaba los ojos de la casa de enfrente.

En uno de los balcones de esta, acababa de aparecer Isabel, la hermosa desconocida de la iglesia del Carmen, en elegante traje de casa ceñido al talle con una cinta color de fuego formando lazo cuyas puntas tocaban casi el suelo. Medio desprendida de sus hermosísimas trenzas, tenia coquetamente puesta una pequeña dalia roja, con ella resaltaba más el negro brillante de sus cabellos.

El sol daba de lleno en el balcón donde se encontraba la encantadora mujer, y reflejaba sobre ella sus rayos, envolviendola como en una aureola de resplandeciente luz.

Al asomarse, púsose un instante á mirar hácia la calle; luego se fijó en los dos jóvenes. Sonrió al ver á Andrés y le saludó con la mano. Volvió á mirar á uno y á otro lado, como distraida, después de lo cual abandonó el balcón. Al retirarse entornó cuidadosamente la puerta de

éste y corrió la cortina. Los dos amigos no distinguieron más nada. Andrés quiso dejar el puesto.

Alberto, que había quedado como deslumbrado, no se lo permitió. Le detuvo por los brazos, exclamando airado:

—¡Aquí tienes que quedarte para que me expliques tu conducta, indigno amigo! ¿Con que esa mujer es tu vecina, y me dejabas hablar, y oirla, y todo, y nada me decias? No acierto á creer ni lo que he visto ni lo que contigo me pasa Andrés! Oh! oh! ¡Qué es esto! Me parece que sueño!

Y soltando á Andrés, á quien sacudía antes con muestra de violenta indignación, se restregó los ojos como quien quiere convencerse de que está despierto. Su cómica irritación y su profundo asombro hicieron reir al joven abogado.

—Te explicaré cuanto se te antoje,-dijo á su amigo en medio de su risa-pero permíteme primero ir á arreglar aquellos papeles que por tí he dejado en desorden. Luego almorzaremos y te contaré.....

—Nada! nada quiero de tí, ni tu almuerzo, ni cosa alguna! Debes pagarme lo que me has hecho, Andrés! Retírate, yo permanezco aquí hasta que vuelva á asomarse esa encantadora mujer cuya vista me trastorna. ¡Todavía estoy deslumbrado!

—No esperes verla por ahora. Conozco sus costumbres. En este momento almuerza y luego hace la siesta.

—No importa : aguardaré.

—Como te parezca. Me voy á mi escritorio: aún tengo que hacer.

Uniendo Andrés la acción al dicho, volvió á su trabajo.

Alberto quedó sólo. Por un instante estuvo callado. Parecía muy enojado en efecto: Andrés no hizo caso. Al cabo aquel le dirigió la palabra.

—Andrés! ven acá!

—No puedo.

—Ven que quiero decirte una cosa.

— Desde aquí te escucho.

— Voy á reconciliarme contigo.

— Está bien.

— Pero con una condición.

— Cual es?

— Acéptala sin conocerla.

— Vaya una gracia!

— Conven en ello y me retiro del balcón.

— Dime lo que exiges.

— Almorzaré contigo.

— ¡Vamos, hombre, no seas tonto!

— Cuidado Andrés, que seguimos enojados! ¿Sí ó nó?

— ¡Qué insoportable eres! Ven y será lo que quieras.

De un salto se puso al lado de Andrés.

— Aquí me tienes, le dijo, esponjándose la frente. Que calor hace en el balcón! Y tengo hambre! ¿Cuándo almorzamos?

Y reia y empujaba á Andrés, apurándole.

Despáchate pronto, pronto, que ya deseo estar á la mesa. Mira el reloj, son las doce y media. Date prisa que no puedo aguardar más.

— Ya termino. Solo que antes de irnos al comedor y mientras me lavo las manos debes correr esa cortina que has dejado levantada y entornar la puerta del balcón. De otro modo no podré volver á escribir con el calor que se sentirá aquí.

No se hizo Alberto repetir la orden. Tenía hambre en efecto porque no habia tomado nada en la mañana. Lo arregló todo como le decía su amigo, no sin echar antes de entornar la puerta una ojeada á la casa de enfrente, y corrió al lado de Andrés. Pasóle un brazo por la espalda y le empujó suavemente.

—Ay chico, le dijo, llévame pronto al comedor, que me muero de ganas de almorzar! El ejercicio que hice esta mañana buscando tu casa y la expectativa en el balcón, han

despertado en mí un hambre canina.

—Ya estoy listo,-contestó Andrés, é introduciendo á su amigo en su modesto comedor, llamó en seguida para hacer servir el almuerzo.

VII.

Presentóse su criado trayendo un suculento puchore, cuyo olor aspiró Alberto con delicia, y al cual siguieron otros platos.

Montalban, sin cumplimientos, se sentó á la mesa, mientras Andrés sacaba algunos vinos.

El almuerzo principió tan animado por el uno como por el otro. Alberto daba á su amigo carga sobre carga, y éste parecía complacerse con sus bromas y le estimulaba á comer y beber.

Andrés no tenía familia en Madrid, y habitaba aquellas piezas solo con Antonio, su criado. Doña Gertrudis, el ama de huéspedes que vivía en el piso bajo de la casa, preparaba sus comidas, y le prestaba una porción de esos lijeros servicios tan útiles, sin embargo, á un soltero.

Había Zúñiga perdido á sus padres en edad muy tierna.

Recogióle en su casa, mas por compromiso que por caridad, un tio lejano, anciano rígido y severo, cuya familia era tan seca de carácter como él.

Entre aquellos seres pasó Andrés algunos años y sufrió tristezas sin cuento, siendo espansivo por naturaleza, y

de corazon muy afectuoso. Su niñez fué solitaria. La casa de su tio parecía un convento. En ella no se admitia niño alguno, ni era permitido hacer el menor ruido. No podía Andrés, sin ser reñido, jugar, correr ó reir como es natural en otros de su edad. Los juegos infantiles fueron desconocidos para él por mucho tiempo. Acostumbróse, por tanto á vivir solo, privado de caricias y á reconcentrar en su corazon sus impulsos de afecto, y á guardar para sí sus inocentes impresiones. Aaquel género de vida le hizo reservado y melancólico. Gracias á él parecía álos diez años, un hombre maduro: ¡tanta era su seriedad, y tan grande su cordura!

No contaba todavía esa edad cuando le puso su tio en un colejio, en calidad de interno. Y su fortuna fué que el anciano era hombre de recta conciencia. Aunque el niño no fuera rico, escogió para educarle los mejores profesores que habia, por entonces en Madrid, y se ocupó en su educación con tanto cuidado como si se tratara de la de un hijo suyo.

La entrada en el colejio no causó en Andrés el mismo disgusto que en otros niños mimados por sus familias. Por el contrario, lo consideraba como un acontecimiento feliz, porque en él halló lo que tanto deseaba, esto es, un amigo quien querer, y con quien compartir sus penas y alegrías.

Alberto, el rico, alegre y mimado hijo de la condesa de Montalban, simpatizó con él desde que le conoció y le tomó bajo su protección. Tratóle como hermano. En los primeros días le defendió vehementemente con sus robustos puños, contra los otros condiscípulos que, al ver á Andrés tan delicado de aspecto y retraido, quisieron darle pesadas bromas como sucede con frecuencia en los colejios siempre que entra un alumno nuevo. Alberto le hizo respetar, y muy luego estimar por todos. Con Andrés compartió cuanto tenía, y tanto hizo hasta que le introdujo en su casa. La condesa recibió al amigo de su hijo con

la mayor bondad, y le invitó á volver todas las veces que éste fuera á verla.

Andrés quería á Alberto con locura, sentía por él ta gratitud que si le hubieran pedido la vida por salvarlo, gus toso la habria dado.

La amistad tan expontánea y generosa que el heredero de los Montalban le brindaba á él, pobre huérfano, triste y solitario, le ssubyugó por completo. Olvidó su reserva para corresponder á aquel cariño tan franco, y á él se entregó con toda el alma.

Mientras estuvo con Alberto en el colegio le sirvió lo mas que pudo. Como el niño era algo desaplicado aunque muy inteligente, le facilitó los estudios, estudiando por él. Ayudóle en sus tareas para que no le riñeran por su pereza en el trabajo; aconsejóle siempre que intentaba alguna travesura, para que se mostrase con juicio, y si él no le atendia, le excusaba, llegando mas de una vez al estremo de acusarse de las faltas cometidas por Alberto con el fin de evitarle correcciones.

No hay prueba de afecto imaginable en un niño de que Andrés no se sintiera capaz por su amigo, y que no le diera.

La condesa conocia esta noble amistad, y la favorecia en cuanto podia hacerlo. Comprendiendo lo provechoso que seria para su hijo, no queria que estuvieran separados. Los dos niños salian casi siempre juntos para ir á verla, y mas era el tiempo que pasaba Zúñiga en el palacio de Montalban que en casa de su tio, durante las vacaciones.

No solo la condesa queria allí á Andrés sino que tambien la pequeñita Blanca se volvia loca con él: Blanca era la hermana de Alberto. Andrés la cuidaba con tal paciencia, la divertia tanto y era tan condescendiente en jugar con la niña, que Blanca lo preferia á su propio hermano.

La dulce intimidad que reinaba entre Zúñiga y los Montalban duró mientras Alberto y él permanecieron en el colegio.

A la salida de este cesó la confraternidad que unia á

los dos amigos, no porque ellos dejaran de quererse, sino porque la vida se presentó entónces para los dos bajo aspecto completamente distinto. Andrés veia en ella la lucha, el ejercicio de las facultades y el constante estudio. Alberto no tenia en perspectiva mas que una serie no interrumpida de placeres.

Zúñiga era pobre y el trabajo se le imponia como una necesidad: Montalban era rico y solo pensaba en disfrutar de su fortuna.

Andrés gozaba trabajando: Alberto no comprendia siquiera que se pudiera vivir sin rentas.

Generoso como siempre, pero mas atolondrado que nunca, ofreció á su amigo una parte de sus bienes para que por falta de recursos no dejase de acompañarle y de divertirse con él. Andrés rehusó todas esas ofertas, y se mantuvo constantemente alejado á sus placeres.

Zúñiga era bachiller y se preparaba á seguir la carrera del foro. Sus padres le habian dejado tan poca fortuna que solo á la probidad é inteligencia de su tio debia el poder continuar sus estudios. El anciano, muy práctico en negocios, manejó tan bien la escasísima herencia de Andrés que en algunos años se la aumentó considerablemente. Con gran sorpresa vióse el joven poseedor, al salir de tutela, de una suma importante que le permitia, no solamente vivir con decencia durante cierto tiempo, sino tambien establecerse convenientemente cuando tuviera una profesion.

La honrada conducta de su tio despertó en él tal gratitud que le hizo olvidar las tristezas que debiò al anciano en sus primeros años. Este y su familia vivian retirados en Sevilla, donde tenian algunas propiedades. Mientras que Andrés continuaba en Madrid, no fué la ausencia motivo para que el joven se mostrara ingrato. Interesábase por su tio constantemente y le escribia con la mayor frecuencia.

La vida de Alberto, en el interjn era una continuafiesta·

La condesa disgustada por tanta frivolidad, decidió hacer viajar á su hijo-para alejarle de los nuevos amigos que tenia y que según ella, le perdian. Pero no deseaba la buena señora que Alberto partiese solo, sino acompañado de Andrés, y para eso con suma delicadeza, sabiendo que el joven era pobre, le propuso sufragar sus gastos durante la a usen.cia Andrés rehusó. Si hubiera sido rico, nada le habria halagado tanto como hacer aquel viaje, no solo porque así complacia á la condesa, á quien tanto merecia, sino porque le causaba gran pesar la idea de separarse de Alberto. Pero su fortuna era escasísima; tenia él que trabajar, y su orgullo no le permitia aceptar las proposiciones de los Montalban.

Alberto partió solo y Andrés quedó en Madrid muy triste porque no tenia otro amigo de su edad. La única persona de su confianza despues de Montalban, era el doctor Romero. Este habia sido el médico de los padres de Andrés y queria mucho al joven por sus buenas prendas y por haberle visto nacer. Andrés le estimaba tambien, y correspondia á su cariño en cuanto podia.

Alberto habia llegado á Paris. Una vez allí se resistió á las súplicas de su madre y no pensó en seguir viajando, como ella lo deseaba, para que se instruyese.

En la capital de Francia olvidó todos los propósitos que había hecho al ausentarse, y perdió la cabeza deslumbrado por la brillante vida que se le ofreció. Al verse tan joven, rico, libre, hermoso y elegante, emparentado con las mas nobles familias de España, solo pensó en aprovecharse de las ventajas que su posicion en el mundo le proporcionaba.

Fué recibido en la corte del nuevo César francés, del tercer Napoleón, y allí vivió como en encantado paraiso.

Por su lujo y sus prodigalidades atrajo la atencion tanto como por su gallarda figura. Las damas mas encopetadas de aquella corte tan poco severa como llena de atrac-

tivo para los hombres como él, le abrieron sus salones y se disputaron sus obsequios. Las aventuras amorosas del bello conde, como le llamaban, hicieron ruido.

Tuvo Alberto lances de honor de los cuales salió siempre airoso; jugó bebió y derramó el dinero á manos llenas. En dos años se arruinó. Gastó todo su patrimonio y contrajo deudas. Solo entónces pensó en volver á España. La condesa, noticiosa de tanta locura, le habia escrito carta tras carta para que saliera de Paris; pero él apesar de quererla, embriagado en la atmósfera de placeres que le rodeaba, carecia de voluntad y no podia resolverse á obedecer. Por fin dijo adios á sus queridas, á sus amigos, á la ciudad de sus sueños, que para él habia sido verdadera mansion de delicias, y regresó á Madrid.

Volvia siempre noble, siempre caballeresco, pero corrompido en sus costumbres por su loca cabeza.

La herencia de un tio de su madre que por entónces murió, le permitió continuar en la villa y corte el género de vida que llevaba en Francia.

Andrés sufria con ello, tanto porque las locuras de Alberto le obligaban á alejarse de él, como porque veia el disgusto de la madre de su amigo.

La condesa y él se habian ligado para salvar al joven: le consideraban como enfermo, y vivian en las mas angustiosas alternativas. Hacíales esperar que Alberto se corrigiese el conocimiento qne tenian de la hidalguia de sus sentimientos. Sí, Montalban era bueno en el fondo, leal y honrado como todos los suyos. Sus rasgos de generosidad se contaban por millares. En él no se habia extinguido ningún noble instinto; pero era loco! ¡y loco quizas incurable! La fortuna le habia mimado tanto que su razon se habia extraviado. Acusábase la condesa de su debilidad para con él y rogaba á Dios que devolviese el juicio á su hijo. Andrés por supuesto, no cesaba de hacer reflexiones á Alberto. Representábale las penas de su ma-

dre, y las consecuencias fatales que podia traer la vida que llevaba, tan disipada y vana. El joven le escuchaba y lejos de enfadarse hasta se conmovia. La esperanza renacia en el corazon de la condesa y de Andrés. Pero Alberto volvia á sus locuras, y aquellas buenas almas se entristecian de nuevo.

En el momento en que los dos amigos almorzaban juntos habia ya abierto Montalban buena brecha en su segunda fortuna, y principiaba á verse alcanzado de recursos. Pero él no se preocupaba por ello y Andrés parecia olvidarlo.

Alberto reia y se burlaba de su amigo.

VIII.

Después de hacer cumplido honor al almuerzo que doña Gertrudis les sirviera, hallábanse ambos jóvenes sentados en un vasto salon contiguo al gabinete de Andrés. Aquella pieza era la mas fresca y mejor amueblada de las cinco que componian la habitacion de Zúñiga: por eso se habian venido allí. En las otras el calor era sofocante. Andrés tenia en ella un piano que tocaba en sus ratos perdidos. Hacíalo con mucho gusto, pues adoraba la música. En el salon se veian tambien algunos buenos cuadros y otros objetos de arte, recuerdos de la familia del joven conservados por él con amoroso cuidado.

Tendido, mas bien que sentado se encontraba Montal-

ban, en un cómodo sillon, con la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento, mientras descansaba sus piés en un taburete que por delante de sí tenia.

En aquel salon habia igualmente un balcon que, como el del gabinete, daba á la calle.

Cerca de él se habia instalado Alberto quien no queria perder de vista la casa de Isabel. De rato en rato lanzaba curiosas miradas á las cerradas puertas de aquella, pensando acaso que de un momento á otro iban á abrirse.

El joven fumaba un rico habano, y cuando no miraba á la casa vecina se divertia arrojando por bocanadas el humo de su cigarro para verle subir en caprichosas espirales hasta desvanecerse completamente.

Andrés fumaba un cigarrillo y sonreia contemplando á Alberto, pero interiormente estaba preocupado.

Hacia un momento que los dos amigos guardaban silencio.

De repente lo interrumpe Montalbán, diciendo á Andrés, para continuar la conversacion que en la mesa habian tenido:

—¡Vamos, chico! ¿En qué piensas? Determínate¡ ¿Estas dispuesto á presentarme á tu encantadora, á tu incomparable, á tu divina vecina, ó nó? Dilo pronto! Habías convenido en acatar sumiso mis voluntades en cambio de mi complacencia, si aceptaba tu almuerzo, y ahora me sales con esa? ¿Porqué te es tan dura la condicion que te impongo?

—Te repito que lo que quieres no me es posible, Alberto.

Ya, ya volvemos á las andadas,–exclamó éste encendiendo un segundo cigarro que acababa de escoger en la petaca de Andrés, y acomodándose de nuevo en un sillón.—¡Otra vez objeciones! Qué bien cumples tu palabra! Valiente caballero eres! Hombre de Dios ó del diablo, ¿qué te importa si no estás enamorado de esa mujer (lo cual pon-

go en duda un poco) que la enamore yo ú otro, si no es tu parienta, ni tu pupila, ni nada que te toque de cerca ó de lejos? No me has dicho que es una coqueta; que ha tenido varios amantes; que es libre y dueña de hacer lo que la dé la gana? Entonces si la dama no es virtuosa, con hacerle la corte ni á la virtud ofendo. Llévame á su casa y te prometo formalmente no provocar al marqués de B. Si puedo suplantarle, se me darán tres bledos de ese fatuo, sin más méritos que su dinero y su mucho atrevimiento. Pero ¡qué suerte tiene ese demonio! ¿Podrás creer, Andrés, que las hermosas se lo disputan, no teniendo él nada de gracioso? Al ver esas cosas, casi creo que en el amor que las mujeres profesan á hombres como el marqués, entra mas la vanidad que el sentimiento. Sí, chico, sí! Propónense las tontas conquistar para sí solas, un corazón que se reparte entre muchas, y se entregan esperando obtener triunfo completo, sin apercibirse de que mas de una vez caen en las redes que á otras han tendido.

—Tienes razon.

Piénsolo así por lo que á mí me ha sucedido con ellas en ciertas ocasiones. Más de una peca por orgullo no por por debilidad ó por verdadero amor.

—No te equivocas, Alberto. Te suponia menos observador y me admira que te dejes arrastrar por esa clase de afectos cuando conoces lo que valen.

—¿Y qué quieres que haga, hijo? Tienen tantos atractivos las mujeres! ¿Quién por ellas no se vuelve loco? La que no gusta por una cosa agrada por otra! Así es que sería preciso encerrarse como un cartujo, ó no tener nervios ni corazón como tú, para resistir al encanto de un palmito fresco y gracioso; de unos ojos femeniles ya sean negros, azules, ó pardos. Cada cual tiene su especial hechizo. ¿Cómo no adorarlas?

—Así es que hay que perder la esperanza de verte más juicioso Alberto?

—No digo eso, Andrés, oh nó! y ¿quieres que te confiese una cosa? Tengo mis sospechas de que esa Isabel que tanto me seduce ha de hacerme cambiar. Vas á verlo, Andrés!

—¿Tan enamorado te crees de ella?

—Como nunca lo he estado, chico! Sí, sí!

—¿Entónees estás resuelto á presentarte en su casa aunque yo no te lleve?

—No lo dudes. Pero ¡qué serio y que grave estás, Andrés!-dijo Alberto sorprendido, al oir el tono y al ver la expresión del semblante de su amigo,-¿qué tienes?

—Es que hasta ahora, Alberto, habia querido tomar á broma tus palabras, creyendo disuadirte de tu nuevo capricho, no dándole importancia; pero veo que te empeñas en satisfacerlo con terquedad. me pones en el caso de hablarte francamente, de decirte la verdad. Principio con persuadirte que es cierto que no deseaba que conocieras á Isabel, porque sabía que habría de gustarte y que querrías poseerla; que esa fué la razón que me movió á no invitarte á venir aqui como acostumbrabas ir á mi antigua vivienda. Por fortuna no pensastes en pedírmlo, porque entonces te habría traido. Tu distracción me favoreció.

—Pero hasta ahora no entiendo.....

—Escúchame con toda la seriedad de que seas capaz, Alberto, y ya sabrás.....

—¡Casi me asustas, Andrés! Pero está bien. Habla que tus preámbulos excitan mi curiosidad. Estoy atento, fíjate.

En efecto, Alberto había dejado de fumar, é incorporándose en su asiento, miraba atentamente á Andrés, aguardando su explicación.

IX.

—¿Qué edad le supones tú á Isabel?–le dijo Zóñiga después de un instante de silencio.

—Veinte y seis años á lo sumo. Porqué?

Pues te equivocas. Isabel debe tener treinta y tres años, por lo menos, puesto que su hija mayor cuenta más de diez y seis.

—¡Cómo! Esa mujer tan fresca, de apariencia tan juvenil, tiene una hija de esa edad?

—Y otra que es todavía una niña.

—¡Me dejas sorprendido!

—Ya principias á ver que no es ella lo que te imaginabas, y que aunque sea una cortesana, no puedes tratarla como á otras. Debes saber, además, que Isabel no es una mujer vulgar. Su educación es buena, y tiene bastante talento, si bien poco corazón. Se dice viuda, y se hace llamar la señora de Rivera.

—¡Pues qué! No es ese su nombre?

—Nadie lo sabe. El doctor Romero la trata hace dos años, y es su médico, apesar de ésto no conoce de la historia de esa mujer sino lo que ella cuenta.

—¿El doctor Romero? Fué él quien me dió esta mañana tus señas, al preguntarle yo si no te había visto: díjome además, que es tu vecino. ¿Dónde vive?

—Ahí al lado, los dos ocupamos todo este piso. Nos vemos á cada rato. Por él tuve yo las primeras noticias referentes á esa familia.

—¿Y cómo fué que principiaron tus relaciones con ella? Te llevó él á su casa, Andrés? Algo de curioso de-

be de haber en esas cosas, porque, dudo mucho que, dado tu carácter y las condiciones de esa mujer, sólo por ser vecino te hicieras su amigo.

—Y no lo soy! Confiésote, como es justo, que su hermosura me llamó la atención desde el primer día que me mudé aquí. La ví, al salir de casa, cuando ella se iba de paseo. Luego la oí tocar y cantar. Su gusto por la música no podía ser indiferente á quien como yo adora este arte, así es que con gran complacencia la escuché de léjos y hasta pregunté al doctor Romero, que estuvo por la noche á visitarme, si conocía á mi vecina. Me dijo lo que acerca de ella sabía. Con esto habría quedado satisfecha mi curiosidad, pero el doctor la avivó mas hablándome de María, la hija mayor de Isabel.

—Y qué te dijo? Cuéntamelo, Andrés! Deseo saberlo.

—Díjome lo que yo comprendí desde que conocí á la joven; lo que tú mismo adivinarías, á pesar de tu ligereza, si la trataras un poco. Mis simpatías por ella despertaron con las noticias del doctor. Sin haberla visto, me inspiraba interes; pero luego que pude contemplar su semblante, me declaré su amigo antes de hablarla una palabra.

—Y es muy bella? Algo de extraordinario debe de tener para que tanto te seduzca, cuando su madre te es tan indiferente.

—Ya verás. Lo que á mí me agrada no es su belleza. El tipo de María es muy parecido al de Isabel sólo que es mas delicado. La joven es mucho menos alta que su madre y mas delgada, tiene los cabellos castaños, ó mejor dicho, color de oro antiguo, y los ojos pardos como tú.

—¡Qué han de ser sus ojos como los de.....Isabel, tan negros y magníficos!

—¿Acaso los comparo, Alberto? Jamás se me ha ocurrido hacerlo y entre esa mujer y esa niña no existe comparación alguna.

—Por qué, si ambas son hermosas.....?

—¿Por qué? Compréndelo, Nunca he pensado que fuese posible comparar una estatua que represente á la diosa de la voluptuosidad y del amor material, á la Venus pagana, con la imagen que nos muestra tan divinamente bella á la que adoramos los cristianos como á la Madre de Dios. Pues para mí Isabel es la sacerdotisa de la primera. María hace pensar instintivamente en la segunda. La madre parece la reproducción viviente de la Magdalena pecadora. La hija realiza el ideal de la belleza casta y pura; es la encarnación de la modestia y de la gracia unidas. En la mujer todo respira el sensualismo; rodea á la niña como una aureola de virginal y melancólica poesía, algo que aleja de ella todo pensamiento impuro. Hay en su mirada, cuando la fija en uno, tal expresión de tristeza y de candor tan grande que es imposible verla sin sentirse atraído y conmovido irresistiblemente por ella. Los ojos de Isabel, Alberto, no han debido jamás producir la inolvidable impresión que causan al que contemple los dulces ojos de su inocente hija.

—Lo que dices no es creible! Oh, oh, Andrés! Protesto! Medio me interesa ya esa joven por lo que me cuentas, pero lo que es mi.....

—Es que esos ojos no pueden inspirar el mismo sentimiento, Alberto. Te repito que no comparo; establezco sólo la diferencia inmensa que hay entre esos dos seres: todo, para que comprendas los motivos que me han inducido á obrar contigo como lo he hecho.

—Sin embargo, hasta ahora no sé.....

—Ya sabrás! Sigue escuchando, te decia que el doctor Romero me había hablado de Maria en tales términos que me la hizo simpática é interesante, que me inspiró el deseo de verla. Tenía yo noticia de que la joven solo salía para ir á misa á la iglesia de Santo Domingo y que lo hacía en hora temprana porque entonces suele haber me-

nos gente por las calles y en los templos. Así fué que desde aquí pude conocerla. Dos ó tres veces la ví en los dias que teníamos de ser vecinos, entrando en su casa de vuelta de la iglesia. Acompañábale Beatriz, su aya, é iba modestamente vestida. Una mañana que tenía yo mucho que hacer, venía para acá, después de haber estado en la calle algunas horas. Tenía prisa en llegar, porque se me hacía tarde. Era en Diciembre último. De repente comenzó á caer una de esas lloviznas tan frecuentes en Madrid á fines del otoño, y sumamente peligrosas, como sabes, para las personas de salud delicada. Sufría yo de un fuerte constipado, y no estaba abrigado lo suficiente, porque cuando salí de aquí, estaba el tiempo sereno aunque algo frío. Pasaba, por casualidad, un coche en aquel momento. No queriendo detenerme, llamé al cochero. El coche estaba desocupado. Dispúseme yo á tomarlo, apresurado por resguardarme de la lluvia que arreciaba, cuando oí voces á mi espalda. Me vuelvo, y ¡á quién veo! A María que venía con Beatriz azotada por la llovizna, y sin más abrigo que una lijera mantilla. Las dos pobres también deseaban el coche y llamaban el cochero. Al comprender que yo lo tomaba, no aguardaron más y se marchaban. Recordé al instante que la víspera me había dicho el doctor Romero que María tenía tos y hasta un poco de fiebre. No vacilé. Dejé á un lado mi reserva, me acerqué á las dos mujeres que se iban desconsoladas, las saludé como vecino y puse á su disposición el coche. María rehusó, agradeciéndome la oferta, pero Beatriz, que no disimulaba su inquietud por ella la obligó á aceptar mis servicios. Puso, sí, por condición que yo las acompañaría, puesto que el camino que teniamos que hacer era el mismo para todos. Consentí en ello, y subimos al coche. Sentada á mi lado, guardó María silencio durante casi todo el trayecto. Beatriz habló de la indisposición de su niña para excusarse de haberme molestado. Llegamos, y ya en la puerta de su ca-

sa, me tendió María su pequeña mano con tal expontaneidad que en aquel movimiento reconocí un impulso de simpatía. Me dijo que el doctor Romero la había hablado de mí, y me dió las gracias por el servicio que acababa de prestarla. Su tono fino y dulce me conmovió. No parecía sino que con su expresión quisiera hacerse perdonar la desconfianza que antes me había mostrado. Animado con esto, díjela que en mí tenía un amigo tan obsecuente como bueno era para con ella el doctor, y le pedí permiso para ir á informarme de su salud al dia siguiente, lo que después de vacilar un instante me concedió; y fijando en mí su franca y pura mirada, se despidió, entrando luego en su casa.

— Y fuiste á verla?-preguntó Alberto, con mucha viveza, interrumpiendo á su amigo. ¿Te recibió?

— No pudo hacerlo porque esa misma noche cayó enferma de gravedad. Lo supe temprano por el doctor Romero que fué llamado para asistirla. Se le había declarado una bronquitis aguda, y hallábase amenazada de congestion pulmonal. Una semana estuvo su vida en peligro. Durante todos esos días fuí cada mañana á preguntar por su estado. El doctor me daba detalles sobre el curso de la enfermedad; pero eso no me bastaba. La inquietud que me inspiraba la gravedad del caso, y mi interés por María, eran tan grandes que cuando supe que estaba convalesciente deseé mucho verla. Con aquellos temores habían aumentado en mí la simpatía que por ella sentía, y el cariño que la profesaba.

— Y se lo manifestaste?

— Yo nó, pero creo que el doctor Romero se lo dijo, porque el día que me proponía dejar de ir á informarme del estado de ella, sabiendo que ya se levantaba, al llegar por última vez á su casa, se me anunció que la joven y su madre me esperaban para expresarme su agradecimiento por las atenciones que con ellas había tenido. Beatriz me

dió el recado, y en seguida me introdujo en el saloncito particular de María. En él se encontraban ésta é Isabel. Ese día las ví juntas, Alberto. Ese día pude juzgarlas. No olvidaré jamás aquella conmovedora y penosa entrevista, ni tampoco el sentimiento de inmensa compasión que me causó la vista de aquella niña tan pálida, tan débil, tan reservada y tímida al lado de aquella mujer llena de salud, rebosando vida, alegría, y tan indiferente al estado de su hija. ¡Cuán falso era todo lo que le demostraba! ¡Cuánto contrastaba con la expresión de su semblante! Comprendíase desde luego que no venía del corazón, y María lo recibia con una frialdad y una tristeza tales que no parecia sino una protesta contra la poca sinceridad de aquellas demostraciones. Desde esa primera visita, adiviné la historia de aquella alma afligida; comprendí su abandono y juré protegerla en lo posible, hacer por ella cuanto estuviera á mi alcance. Por María, Alberto, es que quisiera alejarte de su madre: por evitarla un nuevo disgusto me resisto á presentarte en su casa. ¿Qué me importaria á mí Isabel si María no estuviera á su lado? Demasiadas penas sufre la infeliz para que yo también la proporcione, así sea indirectamente, un dolor más, y una decepción.

—Pero, Andrés, creo que exageras en eso! Qué tendría ella que ver.....? ¿Acaso sabría.....

—Su madre es bastante imprudente para dejarle sospechar todo lo malo que hace, Alberto. Oh! y ¡qué horrible es eso! En mi sentir no hay crímen mayor que esa indiferencia cruelísima, espantosa, con que las mujeres como Isabel arrancan el velo de la inocencia que cubre los ojos de sus desgraciadas hijas: que esa violencia con que las inician prematuramente en los secretos de la vida, pervirtiéndolas precozmente ú obligándolas á monstruosas desconfianzas! ¡Cuan poco les importa lastimar el pudor de esas vírgenes á quienes ellas, mas que nadie, deberían escudar y defender! ¡Oh Alberto! ¡Eso es imperdonable! es horro-

roso! Olvide una mujer en buen hora, si así le place, el decoro y la honestidad. Nada digo cuando ella sola se perjudica; pero lo que no puedo excusar, lo que apenas alcanzo á concebir, es que con su mal ejemplo corrompa ó martirice á su hija! ¿No es un martirio la vida sin ilusiones? ¡Qué ilusión pura puede conservar aquella que desde la infancia, perdió la fé en su madre? Ninguna, Alberto, créelo! Y si es crueldad en cualquiera, matar las ilusiones en el corazon deun niño, ¿cuánto más debe serlo en una madre que escoja para víctima á su hija? Entonces es iniquidad monstruosa, inconcebible! Y de ella se ha hecho culpable Isabel respecto de María. En el alma de esta infeliz ha muerto esa flor preciosa que hace el encanto de la vida, y sin la cual parece el mundo árido desierto. María duda de todo, carece de ilusiones, nada espera! Su existencia es tan triste....! Antes de haber vivido, por decirlo así, querría la pobrecita morir! Y lo peor es que no lo dice: todo lo calla.

Con pudorosa reserva evita hasta el nombrar á Isabel. Pero ¿quién no comprende que, apesar de su pureza, adivina que la conducta de su madre es indigna? ¡Tienen sus ojos tal elocuencia cuando se fijan en esa mujer! Toma su semblante una expresión tan dolorosa cuando la oye hablar y reir con desenfado! Su actitud digna y fria á la vista de las coqueterías de su madre, es una reconvención terrible aunque muda, Alberto! María sufre. Isabel la mata. Esto es indudable!—Andrés se interrumpió. Estaba tan conmovido!

Alberto lo estaba también, é iba á dirijíale nuevas preguntas, cuando se oyeron pasos fuera del salon, y luego dos golpes en la puerta.

IX.

—¿Eres tú, Antonio?-preguntó desde adentro Andrés.

—Si señor, dijo el criado presentándose. Esta carta han traido para Ud. y esperan la contesta.

—Está bien. Permíteme, Alberto.

Andrés tomó la carta, la abrió y leyó, y luego dijo á Antonio:

—Dile á quien la trajo que yo mismo llevaré la contestación. A su señora que á las cuatro iré á verla.

—¡Cuanto siento tener que salir!-dijo Zúñiga á Alberto, pero me precisa. La que me escribe es mi cliente; necesita verme con urgencia, y no puedo hacerla aguardar, así es que tengo que dejarte.

—Mas lo siento yo, contestó él. ¡Me interesaba tanto lo que me contabas, y deseaba preguntarte tantas cosas!

—Yo queria que supieras algunas más, y por eso te daré todo el tiempo que pueda. Son las dos y media. Nos queda una hora aún: despues tengo que vestirme.

—Hablemos, pues.

—Eso es lo que deseo, Andrés; dime: ¿como continúan tus relaciones con la hija de Isabel? ¿Ha seguido enferma esa joven? Qué dice la madre de tu amistad con ella? Habla, habla.

Alberto no miraba ya á la casa de enfrente, sino que de espaldas al balcon, y serio fijaba toda su atención en Andrés.

—María, dijo éste, después de su enfermedad ha quedado muy delicada de salud. Tiene su figura cierta cosa de inmaterial, propia de las personas destinadas á morir

jóvenes. Esto solo bastaría para hacerle interesante. Vivirá quizás tan poco!

—¿Tan mal se halla?

—Su estado tendría poco de grave, según me ha dicho el doctor Romero, y su enfermedad menos de incurable, si el pesar no la minara sordamente.

—Pero, ¿es sólo por su madre que esa joven sufre? Cuidado Andrés! quizás tenga otras penas.....

—¿Qué otras puede tener comparables á la tristeza de su posición en el mundo? ¿No comprendes cuán desgraciada debe sentirse siendo virtuosa, al lado de una madre loca como Isabel? ¿Qué puede haber de común entre dos seres tan distintos que viven bajo un mismo techo, se ven cada día, y sin embargo, apenas se conocen porque un abismo moral las separa? ¡Cuán distantes están María é Isabel, á pesar de hallarse tan cerca! Nada liga á la una con la otra; ni una idea, ni un sentimiento, ni las costumbres, ni los gustos, ni un poco de afecto, porque entre las dos mujeres no cabe el amor, como era natural. La madre consideraría á su hija como una enemiga si leyera en su corazon, y ¿puede la pobre niña acompañar á Isabel, imitar su ejemplo, tratarla con filial confianza? ¡No! Excusado es preguntarlo. María debe guardarse á sí misma, aislarse porque al lado de su madre corre peligro; imponer silencio á todos sus sentimientos para no lastimar y ofender á Isabel. Cerca de esta se halla mas sola, mas abandonada, ménos protegida! Y esa horfandad del alma puede que sea su tortura mas cruel! ¿Crées, Alberto, que no basta eso á hacerla infeliz? ¿No se te alcanza que Isabel debe rehuir la presencia de María porque esta es para ella un juez; que la virtud de su hija es para esa mujer una acusación constante de su propia conducta; que por eso abandona á la niña, no la ama, y la evita? Todo el escaso afecto de que es capaz, lo guarda para Margarita su hija menor, porque ésta es demasiado joven para juzgarla. Su indi-

ferencia por María es absoluta. La pobre criatura no cuenta más que con el amor de Beatriz, su buena aya. El vacío, á su rededor es completo. Beatriz es quien la acompaña, quien la cuida, y suple en lo posible á la desnaturalizada Isabel. La joven quiere y respeta mucho á la honrada mujer, pero por grande que sea el cariño que la profese, es imposible que baste á llenar un corazón tan tierno, tan afectuoso como el suyo. Espero que no dudarás ahora, Alberto de que la tristeza á que está condenada esa pobre niña, y su soledad sean suficientes para matarla. ¿Qué dices á esto?

Alberto no contestó. Serio y pensativo aguardó que Andrés volviera á hablar.

—Al principio de visitar yo la casa de Isabel, continuó el joven abogado, después de callar un momento, solía encontrar á esa mujer al lado de María. Mi pobre amiguita estaba aún muy débil, y su madre aparentaba interesarse algo por ella. Pero muy pronto la dejó sola, distraida como se hallaba por sus amores, nuevos entonces, con el marques de B. Algunas veces me tropezaba con éste, cuando iba de noche allá: entonces me acostumbré á ir de día, y así he continuado haciéndolo, ya vaya solo, ya acompañado del doctor Romero quién vá á visitar á María todas las mañanas. Beatriz está siempre con su señorita. A Isabel la vemos poco; porque sus habitaciones no se comunican con las de su hija, y además á esas horas suele ir de paseo ó á misa. Deja á la niña su libertad, supongo que para ser ella mas libre. Créelo, Alberto, yo no sé qué pensar de esa mujer. Su conducta para con María es incalificable. ¿Habrá algún misterio.....? Ciertas singularidades de Isabel nos lo hacen sospechar al doctor Romero y á mí, y el silencio de María, en lo que concierne á su historia, nos confirma esta sospecha. ¿Será Isabel viuda realmente? ¿Estará casada y habrá abandonado á su marido? ¿O será alguna hija de familia, descarriada, y obligada á ocultar su nombre? Tal vez tengan María y Margarita di-

ferente padre, y provengan de ahí el desafecto de la madre por la una, y la locura que manifiesta por la otra. Quién sabe lo que puede ser....! Pero es lo cierto que Isabel teme por algo: que algo oculta. Hace cuatro años que compró esa casa; que vive en ella con sus dos hijas y sus criados. Ignoramos si es rica y sólo por vicio tiene amantes; ó si lo que hace es traficar con su hermosura. El caso es que gasta mucho lujo en su persona, en sus habitaciones, en su servicio: Margarita tambien lo tiene. María por el contrario, vive de la manera mas modesta y parece tener á orgullo su extremada sencillez. Isabel no mantiene relaciones con ningún vecino. Si recibe al doctor, es porque éste es el médico de la casa, y á mí me tolera por él. Trátanos con aparente franqueza; pero con nosotros no tiene confianza alguna especial. María nos quiere mucho, pero tampoco es comunicativa. ¿Porqué? Nuestra amistad es lo único que la alienta y á veces la anima, y sin embargo calla, ¡la pobrecita! Cuando yo principié á visitarla, llegó el doctor hasta acariciar un sueño de felicidad para ella, viéndola como deseosa de expansión conmigo. Por desgracia....

—¿Qué sueño fué ese, Andrés? Dímelo, dímelo!

—El de verme amar á su interesante enferma.

—¿Y no la amas? ¡Andrés, no lo niegues! Mira que mientras más te oigo hablar de esa joven, más me convenzo de que eres tan severo para con su madre porque estás enamorado de ella!

—No, Alberto! Ojalá fuera! María sólo me inspira el tierno afecto de una hermana.

—¿Y porqué no puedes amarla de otro modo?

—Porque uno no es siempre dueño de sus sentimientos. Cuando yo conocí á esa niña, había ya tiempo que mi corazón pertenecía á otra, á pesar mio. De lo contrario....

—Aguarda Andrés! No prosigas y repíteme lo que acabas de decir; porque creo haber oido mal.

—Has oido perfectamente. Mi corazón no era libre

hacía tiempo: era de otra.

— De manera que has dicho "era de otra!"

— Esas han sido mis palabras, pero te suplico que lo olvides.

— Olvidarlo? No lo esperes. ¿Con que confiesas que amas?

— No hables mas de eso y volvamos á lo interesante.

— ¿Lo interesante? Qué! acáso no lo es para mí lo que he sabido? Hoy me haces caer de sorpresa en sorpresa, Andrés! Esto último me deja atónito, alelado! Que ames sin que yo lo sospechara nunca; cuando he estado creyendo que eras el hombre de corazón más frio, el más indiferente para con las mujeres.....? ¡Oh, oh! Y lo que mas me admira es que no sea esa joven la que te haya cautivado! Con que no es María....? Me es imposible creerlo!

— No, Alberto! ¡Ojalá fuera, porque haciéndome amar de ella, habría yo podido dar alegría á su alma afligida; paz á su espíritu conturbado; calor á su corazón que se hiela por falta de afectos; aire y luz á la flor de su juventud que en la sombra se marchita! Así me habría sido dado arrancarla del lado de su madre para poner fin á su doloroso martirio! Créelo, Alberto! sólo por María he sentido no ser dueño de mi coaazon. Me hubiera considerado tan feliz dándola vida, rodeándola de ternura; obligándola á olvidar sus presentes penas, y libertándola del suplicio que actualmente sufre.....! ¡Con cuánto gusto hubiera correspondido á los deseos del doctor!

— Pero, dime Andrés! ¿No temes que tu vecinita, se haya enamorado de tí, por lo mismo que vive tan sola y que la demuestras tanto cariño aunque tú no la ames? Yo lo sospecho.

— No, porque desde los primeros días de mi amistad con ella, no queriendo que atribuyese á otro sentimiento que al más desinteresado afecto la solicitud que la manifestaba, confeséla mi amor á otra, sin entrar en detalles que

pudieran lastimarla A mi franqueza y lealtad debo en parte su confianza. ¡No! ¡María no ha pensado jamás en amarme! Si así no fuera, yo lo comprendería porque ella no hubiera podido ocultarlo. Su actitud la habría vendido.

— ¿De qué manera?

— Habría tratado la pobrecita de alejarme, mostrándose esquiva conmigo. Quizás se negaría á recibirme. ¡Sabe Dios! Tú no la conoces, Alberto, así es que ignoras cuánta dignidad y cuánta reserva hay en esa niña! La desgracia la ha hecho perspicaz; hasta desconfiada; la ha obligado á reconcentrar en lo más íntimo del alma sus mejores sentimientos, á fin de imponer con su frialdad aparente el respeto que á su decoro sólo se debiera. ¡Bien lo sospecho! Ese respeto la ha faltado de parte de los que visitan á su madre, y eso la mata! La infeliz tiene que sofocar sus mas naturales impulsos porque no le es permitido manifestarlos, sin peligro de ser juzgada como no lo merece. Solo por la confianza que el doctor la inspira, habría yo obtenido la amistad de María. El la habló de mí y desvaneció sus recelos y desarmó sus prevenciones! Ya conoces con que fin. Lo que pensó el buen anciano no ha podido ser! María es para mí una hermana solamente; pero de tal manera querida y respetada, que estoy dispuesto á defenderla cuanto pueda! Por ella no vacilaría en enojarme ni aún contigo, á pesar del cariño que te tengo.

Conque ya estás al corriente de la situación: sabes como soy considerado, y lo que soy para esa niña. Dime si piensas todavia que me es posible servirte; introducirte en esa casa sin faltar al honor, al deber y hasta á la caridad. ¿Pretendes aún que te secunde en tus planes? Dí! Quiero saberlo. ¡Se hace tarde, y me interesa conocer tu resolución antes de despedirte. ¿Qué dices? ¿Qué piensas hacer?

Andrés se había puesto de pié, al decir sus últimas palabras, y con mucha gravedad miraba á Alberto.

Este se levantó también y vaciló un instante antes de responder; luego se determinó, y acercándose á su amigo casi tan grave como él, le dijo mirándole ó su vez:

—Oyeme, Andrés! Te he escuchado con toda seriedad y he tenido en cuenta cuanto me has dicho. Comprendo perfectamente tus escrúpulos, y los sentimientos que te animan respecto de esa joven. Me ves interesado, casi conmovido por lo que de ella me has contado, y puedo jurarte que, sin conocerla, la estimo y la respeto, pero ¡no te enojes si te lo confieso, Andrés! Tus palabras han surtido en mí contrario efecto del que te proponías. Sí, no te lo oculto. Más que nunca deseo ir á casa de Isabel. Al presente todo en ella me atrae, pues lo que me mueve no es el sentimiento de hace un rato, cuando solo conocía la hermosura de esta, sin otra cosa. Yo mismo no sè lo que es. Llámala curiosidad ó lo que quieras Andrés; pero preséntame á tus vecinas. No deseo ir donde ellas con otro más que contigo. Llévame allá! Es posible que tu amiga María, produzca en mí la impresión que en tí causó. Si así fuere te juro que me arrepentiré de mis propósitos actuales y que trataré de olvidar á su madre. Pero si no sucede lo que pienso, y á su atractivo se sobrepone el que ejerce en mí Isabel, puedes estar seguro de que la joven ignorará absolutamente mis amores con ella; que ni á tí hablaré de ellos, para que de ese modo no tengas nada que reprocharte. Seré tan discreto como debo serlo en todo lo que me exijas. Tal es mi pensamiento, Andrés! Te he dicho lo que siento con toda sinceridad; á tí te toca resolver.

—¿Con qué no desistes, Alberto?

—No, Andrés!

—Será inútil esperar que cambies de ideas?

—Lo será, y no te ofendas!

—Entonces, está bien. Voy á complacerte; pero no olvides lo que voy á decirte, Alberto. Oyelo bien! Si fal-

tas á tu palabra; si me obligas á arrepentirme de mi condescendencia; si María desconfía de mí por culpa tuya; si la haces sufrir, no te lo perdonaré! Cedo porque te creo honrado, y cuento con tu promesa. Ten presente que de tu lealtad depende la continuación de mi amistad contigo!

—Pierde cuidado, Andrés. No te faltaré.

—Quiero esperarlo.

—¿Con que consientes?

—A pesar mío.

—¿Y cuándo vamos?

—Tengo antes que prevenir á María y á Isabel.

—¿Pasarán muchos días sin que lo hagas?

—Mañana iré á verlas, y luego te avisaré.

—Yo volveré por aquí para saber.....

—O yo pasaré por tu casa.

—¿Crees que será para pasado mañana nuestra visita?

—Es posible.

—Entonces vendré á buscarte.

—Como quieras.

—¡Oh Andrés! Cuánto te agradezco eso! ¡Quisiera abrazarte!

—No lo consiento. Estoy disgustado contigo.

—¡Ay no! No te enojes! Si supieras lo contento que me has puesto!

—Con tal que no nos pese á todos esa alegría.....

—Ya verás que no, Andrés!

—Dios lo quiera.

—Es que no tendrás quejas de mí.

—Bien, bien. Es tarde, Alberto. Son las cuatro menos cuarto, y tengo que vestirme. Es hora ya de que me dejes.

—Sí, sí, ya me voy. Permíteme solamente mirarme al espejo, para arreglarme un poco los cabellos. Luego me marcharé.

—Entra á mi aposento que allí encontrarás lo que

necesites.

Alberto dejó el salon. Al cabo de tres minutos, volvió á él, cogió su sombrero, y se despidió de Andrés.

— Adios, dijo á éste. Y gracias, gracias! Oh! Qué alegre me voy! Hace un momento que casi estaba triste.

Dijo esto Alberto dirigiéndose á la escalera. Al bajar corriendo se puso á tararear.

— Oh sí, continuó para sus adentros. Estoy alegre, y ese pobre Andrés que se ha enojado conmigo. Pero ya lo contentaré:

Salió á la calle, y antes de marcharse miró por última vez á los balcones de Isabel. Inútilmente fué, porque en ellos nada vió.

XI.

Era en la tarde del tercer día. Como la antevíspera, á aquella hora, los balcones de las vecinas de Andrés estaban cerrados. Solo se veía abierto el portal de la casa.

Por él se penetraba en un largo zaguan á cuyo extremo se encontraba la escalera principal. Subíase, y se llegaba á la antesala. Había en esta muchas puertas que conducian á las habitaciones interiores. Una que quedaba en el centro era la del gran salon de recibo, cerrado en aquel momento. Otra á la derecha, daba acceso á la parte de la casa ocupada por Isabel. A la izquierda se hallaba la que permitía entrar en las piezas destinadas á María

y á Beatriz.

Las otras puertas que quedaban frente á las mencionadas eran las de una hermosa galería que rodeaba todas las habitaciones por el lado del jardin situado en el centro de la casa. Al fin de esta galería habia dispuestos para Margarita dos lindos cuartitos situados junto al dormitorio de su aya.

Isabel se hallaba en su gabinete tocador. Preparábase á ir de paseo, y tenía arrodillada delante de ella á su joven camarera. Daba la muchacha el último retoque al traje de su ama, arreglando ya un volante muy abultado, ya una cinta que caia mucho ó un alfiler que se desprendiese.

Las habitaciones de la madre de María eran en su género modelos de elegancia y de lujo. Aquel gabinete tocador, parecía un templo destinado al culto de la hermosura. En él pasaba la coqueta, horas enteras en la contemplación de sus encantos, ya probándose un traje, ya ensayando una nueva moda, ó únicamente mirándose al espejo. Todo respiraba voluptuosidad en aquella especie de santuario consagrado á la hermosura de Isabel. Ricas cortinas de vaporosa gasa atenuaban suavemente la luz que allí pudiera penetrar; mullida alfombra apagaba el ruido de las pisadas; la vista se recreaba con los jarrones llenos de flores las mas preciosas y fragantes; halagaba el olfato el delicioso perfume que esparcian los pomos de esencia mal tapados, los polvos de arroz y otras tantas cosas que Isabel empleaba de ordinario en su tocador. En el conjunto de olores de que estaba saturada la atmósfera del gabinete, se distinguía el preferido de la diosa; aquella mezcla de rosa y de verbena que embriagara á Alberto de Montalban el día que Isabel pasara á su lado, al salir de lá iglesia.

Las piezas que ocupaba María, por el contrario de las de su madre, ofrecían el aspecto mas modesto. Allí solo podían adivinarse el orden, la limpieza, y el buen gusto que en todos se notaba. Tenía la joven un saloncito, un

gabinete de trabajo, un cuarto tocador y un dormitorio. Junto á éste se hallaban dos piezas que ocupoba Beatriz.

En el momento en que Isabel se arreglaba para ir de paseo, se encuentra María en su gabinete de trabajo. Ocupábase en una labor y acababa de levantarse de su asiento para cojer un ovillo de seda que necesitaba.

Era la joven tan interesante, bella y dulce cumo Andrés lo había dicho.

Tenía regular estatura y un talle muy delgado, siendo su busto elegante, gracioso y bien proporcionado. En toda su persona se notaba gran distinción y hasta cierta arrogancia en el porte de la cabeza que recordaba á su madre. Pero en Isabel aquello era una manifestación de orgullo y de vanidad, mientras que en María no parecía mas que la expresión natural del sentimiento de su dignidad. Y ¡cuán hermoso era el rostro de la joven! Iluminábanla unos ojos de grandor especial, y de un color pardo oscuro, siempre velados por importuna nube de tristeza, pero ¡tan bellos! porque esa tristeza, lejos de perjudicarlos, realzaba el candor de la mirada y ¡qué encanto tan raro y poderoso la prestaba!

La joven era tan blanca de cútis como su madre, pero en sus mejillas no lucian aquellos brillantes colores que tan bella hacian á ésta. La casi constante palidez de María denunciaba claramente su sufrimiento, tanto físico como moral. Las delicadas ventanas de su recta y bonita nariz tenían con frecuencia, cierta especie de palpitación, seguro indicio para el conocedor, de un temperamento nervioso. La boca de María, parecía mas pequeña por su seriedad. ¡Era tan graciosa, á pesar de no verse nunca en ella la risa coqueta y seductora quo hacian tan tentadores los purpuri nos labios de Isabel! El traje de la joven era sencillo pero elegante. Vestía una bata de muselina blanca de forma princesa, sujeta al talle con un cordon de seda azul, cuyas puntas, largas y desiguales remataban en borlas y

caian casi hasta el ruedo de la falda. La bata, era alta y tenía al rededor del cuello una gorguerita de encajes que cerraba con un prendedor de oro liso. Los cabellos de la joven, muy hermosos y algo rizados estaban tejidos en trenzas y atados sobre la nuca con un lazo de cinta azul.

Volvió María á sentarse después que hubo sacado del cesto de la labor, que sobre una mesita del gabinete tenía, la madeja de seda que necesitaba para continuar su trabajo. A su alrededor todo era modesto como ella, todo sencillo. Pero su mano delicada é inteligente sabía dar realce á los objetos más insignificantes, arreglándolos con gusto artístico. Todo el lujo de la pieza consistía en algunos cuadros, obras de la misma joven (quien se distraía ya pintando, ya bordando con primor, para poner en marcos sus trabajos y adornar con ellos sus habitaciones). En estas tenía María algunas flores por las cuales sentía cariñosa admiración.

Estaba ocupada en su labor hacía un rato, cuando oyó unos pasos cerca y una voz que la hizo estremecer ligeramente.

—María,-díjola Isabel, penetrando repentinamente en su gabinete, ya dispuesta para salir,-antes de irme he querido verte para decirte que te arregles un poco esta noche, pues tenemos visita.

—Ignoraba.....-balbuceó la joven sin levantar la vista de su bordado.

—Cómo! No te ha dicho Andrés que vá á presentarnos á un amigo suyo, el conde de Montalbán? Yo he visto á ese joven, y es de lo más elegante que hay en Madrid. Supongo que por ser amigo de Zúñiga, tendrás á bien dejarte ver en el salón.

—Si usted lo quiere.....-contestó María, siempre atenta á su trabajo.

—Me parece que alguna vez debes salir del encierro en que vives voluntariamente. El doctor Romero me ha dicho que si cambiaras de vida, sanarías fácilmente, pero

que mientras permanezcas en esta reclusión poco podrá hacer por tí.

—El doctor Romero se inquieta por mi salud más de lo necesario,-dijo María con cierta agitación en la naríz.

—El tiene razón. De tí depende el estar buena. Distráete un poco, y sal mas amenudo. Verás como eso te hace bien para los nervios.

María no contestó. Continuó con la cabeza baja, sacando hebras de seda, y al parecer, muy interesada en su trabajo.

—Me voy,-dijo Isabel, disponiéndose á salir. No olvides mi recomendación.

Se dirigía ya á la puerta del gabinete cuando entró en él, precipitada, una lindísima niña como de nueve años. Traía ésta abrazada una muñeca tan grande que apenas podía con ella.

—Mamá, mamá! Mira, mira lo que acaban de traerme de regalo. ¡Qué cosa tan bonita! Me la mandó el marqués de B.... Parecía la niña sofocada por el peso que traía y por la alegría que rebozaba en ella.

—Cógela para que veas cuanto pesa! ¡qué grande y qué hermosa es!-añadió Margarita, presentando á su madre la muñeca.

Ya no fueron solas las ventanas de la nariz de María las que se agitaron, sino también sus párpados siempre inclinados. Al oir nombrar al marqués de B. palideció.

—Sí, Margarita, niña mía, pesa mucho y es muy linda,-dijo Isabel, tomando la muñeca de brazos de su hija, por complacerla.

—Pero, mamá, no me había fijado todavia en tí. ¡Qué traje tan precioso tienes hoy! ¿Cuándo te lo hicieron? y ¡cómo te luce! ¡Jesus! ¡Si estás bellísima!-exclamó Margarita, examinando á su madre con admiración, y olvidando un poco su muñeca.—Vas á salir, mamá mía?

—Sí, hijita. Pero volveré temprano, y te veré antes

de que te acuestes.

—No me canso de mirarte, mamá! ¡Déjame darte un abrazo y un beso! ¡Estás más linda que nunca! ¡Dame un abrazo!-volvió á decir la niña, verdaderamente extasiada.

—Más linda eres tú, adulona,-le contestó su madre, abriendo los brazos en que todavía tenía la muñeca, y estrechando junto con ésta á su hija.

—Oh! Yo digo la verdad, ¿no es verdad, María?-dijo Margarita dirigiéndose á su hermana. ¿No es verdad que no hay en el mundo otra mujer tan hermosa como mamá?

María murmuró algo que no se entendió. Margarita siguió contemplando á Isabel.

—¡Y ese collar de diamantes! Y esos pendientes, ¡cómo brillan con ese rayo de sol que pasa por la ventana! ¡Y esos cabellos tan bien arreglados! ¿Dónde compraste ese alfiler, mamá? Y esas cintas? ¡Qué bonito es todo eso!

—Bueno, Margarita, vida mía, ya te lo diré cuando vuelva. Ahora se me hace tarde. Ven, dame otro beso como despedida y llévate tu muñeca,-dijo Isabel presentando á Margarita la muñeca.

—¿Un solo beso? ¡Bueno estaría! Y otro, y otro, y otro!-exclamó la niña, besando á su madre á medida que enumeraba los besos. Te he dado cinco y no me basta. Como que ya no te he de ver más esta tarde. Yo no salgo, me quedo aquí con mi muñeca. Dámela ahora que voy á cambiarla de traje.

Isabel entregó á su hija la muñeca y arreglándose el vestido que Margarita en sus transportes, había descompuesto, iba á salir cuando la niña la detuvo otra vez.

—Ajá! mamá, voy á recomendarte una cosa por si no te veo esta noche antes de acostarme. Si viene el marqués, dile que me ha gustado mucho su regalo; que le doy las gracias, y que venga á verme, como lo hacía antes. ¿Por qué es que ahora no lo veo todos los días? Viene acaso cuando estoy durmiendo, mamá?

—Sí, sí, Margarita!-contestó Isabel algo turbada, á pesar de su aplomo, al apercibirse de un móvimiento de María.

La joven se habia levantado, y como si fuera á buscar algo otra vez, se volvió de espaldas, dirigiéndose á la mesita que se hallaba á alguna distancia.

Margarita notó aquel movimiento, y se fijó en su hermana.

—Mamá,-exclamó sorprendida: María está llorando. ¿Porqué es? ¿Qué tienes María?-añadió dirigiéndose á la joven.—Estás triste, dí? ¿Quieres que te dé un beso como á mamá?

—Déjala, Margarita,-dijo Isabel, deteniendo á la niña que se acercaba á María para abrazarla.—A tu hermana le gusta estar sola. Vámonos de aquí, para no molestarla.

Y cogiendo de la mano á su hija menor, hízola salir del gabinete. Margarita volvió la cabeza para ver siempre á María, que continuaba de espaldas.

—Sí, mamá, María llora. La ví limpiarse los ojos con su pañuelo. ¿Qué tendrá? Quizás sean celos de mí. ¿Porqué no la quieres como quieres á tu Margarita, mamá mía? Dí! Yo no estaré celosa porque la abraces á ella también. ¿Nunca la besas?

—María es la que no me quiere, vida mía, mientras que tú amas mucho á tu madrecita, ¿no es verdad?

—¡Que si te amo! ¡Jesús! ¡Si á nadie quiero como á tí! Déjame darte el último beso para probártelo!

Margarita volvió á acariciar á Isabel. Luego con su muñeca en brazos, casi arrastrando á ésta, la siguió hasta que la perdió de vista en la escalera.

María quedó sola. Sus lágrimas corríeron libremente entónces. Con la cabeza inclinada lloró silenciosamente. Mas después hizo un esfuerzo para contenerse, dió algunas vueltas por el gabinete, recogió su bordado, y lo guardó

todo en su lugar; limpióse entónces bien los ojos y llamó á Beatriz.

La buena aya apareció. Era una mujer bastante entrada en años, de respetable y honrada fisonomía.

—Qué quieres, María?–preguntó á su niña.—Me necesitas para algo?

—Sí! Vas á decir al doctor Romero, si se halla en su casa, que tenga la bondad de prepararme un calmante para los nervios, porque me siento un poco mal.

—Y ¿qué te ha dado hija mía?

Beatriz tuteaba á María; desde niña se había resistido ésta á que dejase de hacerlo. Para María el aya era una madre. La pobre mujer estaba inquieta.

—¿Qué te pasa, María? Me parece que has llorado.

—¿No lo oyes, Beatriz? Estoy nerviosa. Tiemblo un poco. Quizás voy á tener fiebre.

—Pues corro á casa del doctor. ¿Quieres que le diga que venga, si lo encuentro allá?

—No. No le molestes. En todo caso le suplicarás que pase mañana á verme.

—Está bien, hija mía. Trata de leer un poco esta tarde para que te distraigas y puedas recibir esta noche á Don Andrés y á su amigo. Si éste es tan bueno como él me alegraré mucho porque será uno más que te cobrará cariño.

—Si supieras que esa visita me es enojosa! No desearía tener nuevas amistades!

—No seas así hija; ¡si vives tan sola! ¿que mucho es que tengas un amigo más?

—Es cierto. Pero vete ya, no sea cosa que el doctor salga y no le encuentres.

—Me voy, me voy–dijo Beatriz, saliendo apresurada.

El pliegue de amargura que frunciera los labios de María, antes de llamar al aya, volvió á aparecer cuando ésta se alejó.

—¡Pobre aya mía!–pensó la joven—¡Bien sabes porqué sufro y que lo que tengo es el corazón herido! ¡Pero no debo decirlo! A pesar de todo, *ella* es mi madre, y no puedo acusarla!

XII.

La visita de Andrés y de Alberto á casa de Isabel tuvo lugar esa noche.

Cuando los jóvenes se presentaron en el salón de la viuda de Rivero, hallaron que ésta y su hija les aguardaban ya. María estaba sentada á alguna distancia de su madre, y parecía más bien una víctima que se prepara á un sacrificio que álguien dispuesto á pasar un rato agradable Poco esmero había puesto en adornarse, á pesar de la recomendación de Isabel. Vestía un traje de seda azul muy sencillo, cuyo mayor mérito consistía en su exquisito corte que daba al talle de la joven más esbeltez de la que naturalmente tenía. Una cinta de terciopelo negro, de la cual pendía un medallón de brillantes, recuerdo de su infancia, rodeaba su gracioso cuello, y realzaba la blancura mate de su rostro. Sus ojos tenían esa noche mas brillo que de costumbre, produciendo este fenómeno la febril agitación que sufriera la pobre niña aquella tarde, la cual se notaba más con la luz de los candelabros que adornaban profusamente el salón. Sus cabellos, dispuestos como una corona sobre lo alto de su cabeza, cubrían en parte su frente cayendo algo sobre ésta en

pequeñísimos bucles, que por sí solos se formaban. Dos sencillas perlas en sus diminutas orejas, unas estrechas pulseras alrededor de sus delicados puños, he ahí todo el lujo que, por complacer á su madre, desplegara María la noche de la presentación.

La expresión triste pero digna de su semblante se armonizaba con su poco vistoso aunque elegante vestido. Isabel, por el contrario, estaba espléndida. Jamás habían tenido sus ojos mirada más centelleante, ni su boca sonrisa de mas satisfacción. Aparecía deslumbradora de belleza; y tanto, que al mirarla, no se notaba cuanto de exagerado pudiera tener el lujo de su traje. Para recibir á los jóvenes habíase arreglado como para una gran recepción. Llevaba puesta esa noche una falda de espléndido moiré verde, con reflejos dorados, cuya larguísima cola, echada hacia atrás permitía que asomasen por delante sus pequeños piés, calzados primorosamente con zapatillas del mismo color de la falda. Un corpiño de terciopelo verde oscuro, aprisionaba su elegante talle, y dejaba descubierto su riquísimo busto y sus blancas espaldas por el escote que en forma de corazón tenía por detrás y por delante. La manga del corpiño, apenas perceptible, mostraba desnudos los esculturales brazos de Isabel, rodeados mas arriba del puño por magníficas pulseras. El prendido correspondía con el traje todo: estaba formado de gruesos bucles, que sujetaba un broche de brillantes, y los cuales caían un tanto sobre el cuello y las espaldas de la seductora mujer.

Una rosa hermosísima con sus hojas salpicadas de brillantes semejando gotas de rocío, prendida sobre el pecho, y entre los encajes que rodeaban el escote, completaba el adorno de Isabel.

Alberto, en el primer momento de su llegada, casi no tuvo miradas sino para ella. Sentíase fascinado. Andrés conversaba con María. Quiso Montalbán que Isabel cantara y se declaró filarmónico entusiasta de tal modo que,

por complacerle, durante una hora estuvo la viuda de Rivera sentada al piano.

Alberto no se cansaba de oirla. Luego volviéndose á María, le preguntó si ella no tocaba como su madre.

—No, caballero,-contestó la joven con su dulce voz, alzando hacia Montalbán sus bellísimos ojos, en donde el candor y la melancolía estaban retratados con singular é indecible encanto.—Conozco muy poco la música y apenas toco.

Ante la pura mirada de María, sintió Alberto algo extraño. Preguntóse qué tendrían esos ojos para él? ¿Podían acaso igualar á los de Isabel, mas soberbios esa noche que nunca? No lo sabía el joven, pero después que la noble niña le hubo mirado, ya no encontró en la madre la misma irresistible seducción que al principio. Ante su vista la hermosura de Isabel palideció, y la de María tomó extraordinario resplandecimiento. Parecíale á Alberto que en su presencia no tenía á una mujer, sino á un ángel que lo iluminaba todo á su alrededor. Al mismo tiempo experimentó una sensación extraña, y fué como si en su corazón se desarraigara algo que antes lo llenara molestándole, y que en lugar de aquella desconocida, una cosa no menos rara, pero muy dulce, muy suave se dejara sentir, proporcionándole inmenso bienestar.

Pasaron las horas, y Alberto y Andrés se despidieron de Isabel y de María.

—Me atreveré á preguntarte lo que piensas ahora, Alberto?-dijo Andrés á su amigo cuando salieron de la casa.

—No sé que decirte,-contestó Alberto. Esa mujer es mucho más bella de cerca que de lejos, y me agrada siempre mucho.

—Y María?

—Es tal como me la habías descrito.

—Entonces.....

—Lo que puedo asegurarte, Andrés, es que no te quejarás de mí. Te he dado mi palabra, y no faltaré á ella.

—Cuento con tus promesas, Alberto. Así no hablemos más sobre el particular. Aquí nos separaremos.

Montalbán se marchó solo, aunque pensativo, muy animado. Isabel, en tanto, decía á su hija, que se disponía á retirarse del salón, después de la salida de los jóvenes:

—¿Ves, María que nada malo te ha sucedido por haberme acompañado? Te has distraído un poco.

—Es verdad, señora,-contestó la joven, por responder algo.

—Ese Montalbán es muy distinguido, muy amable y sobre todo alegre. No se parece á Andrés. Me agrada muchísimo.

María no dijo nada, pero una nube oscureció su frente, un momento antes serena, y su corazón sintió una presión dolorosa.

Isabel notó algo de esto en su hija, y atribuyéndolo á otra causa, la dijo con menos acritud de la que acostumbraba con ella.

—Si estás fatigada, María, puedes recogerte. No te molestes más aquí.

La joven: que lo que deseaba era aquello, dió las buenas noches á su madre, y entró en sus habitaciones.

Isabel entonces se sentó y tomó un álbum de música que tenía cerca; como para distraerse empezó á hojearlo; mas al cabo de algunos minutos, lo dejó abierto sobre sus rodillas, y se quedó meditando.

Repasaba en su memoria los incidentes de la visita de los jóvenes.

—Oh sí!-se dijo, siguiendo el curso de un pensamiento anterior.—Ese Alberto de Montalbán es seductor. ¡Qué mirada tiene, y que sonrisa! Y qué elegancia en los movimientos! En su persona y en su traje! Jamás había visto un hombre tan arrogante y tan hermoso! Cuánta

distinción! Pero no puedo explicarme porqué le ha traído Andrés á mi casa. Andrés es amigo de María, pero no lo es mío. Hasta dudo que me quiera bien. Y ese joven está enamorado de mí. He hecho como si no me apercibiera de ello, pero bien lo conocí desde el primer día que le encontré en la iglesia del Carmen. Y él ha debido hablarle de mí á Andrés. Por detrás de la cortina la veía yo la otra mañana, sin que lo adivinaran: sus ademanes y sus miradas, no probaban otra cosa. Sí! Y ese joven me ama: á mí me agrada él. Desde nuestro primer encuentro me fué simpático: y no lo he olvidado. Nunca he deseado tanto hacerme amar de un hombre. Si será.....Pero no! Esperemos que él se declare. Sin duda es eso lo que él quiere, y por lo que ha venido aquí. Lo que me confunde es que Andrés lo haya traido. ¿Porqué lo habrá hecho? ¿Querría que conociera á María? Y pensará.....

Isabel permaneció sumida más profundamente en sus reflexiones. Largo rato estuvo así. Luego levantándose y poniendo el álbum sobre una mesa, dejó escapar una exclamación sorda pero violenta como agitada por un pensamiento secreto.

—¡Ya querría yo ver eso!—murmuró entre dientes. ¿María mi rival? ¡Es una locura! ¿Como podría ella competir conmigo ? Se le habrá ocurrido á Andrés semejante cosa? No puedo creerlo. En todo caso ese Montalbán no la amará. ¿Qué atractivos tendría ella para él? Mientras que yo.....

Isabel, se irguió, mostrando en su semblante la expresión del orgullo que se rebela y desafía. Pasado un momento, el curso de sus reflexiones cambió.

— Ese marqués es el que me incomoda más, se dijo. Qué pretenderá? ¿No comprende que no le amo? ¿Porqué me persigue? ¡Qué se conforme como otros! Le veo poco dispuesto á ello: el regalo que hizo hoy á Margarita me lo prueba. Quiere ablandarme complaciendo á la

niña y pierde sus molestias; porque en mí no influirán ni halagos ni amenazas. Pero voy á acostarme: me siento cansada....

Isabel tiró del cordón de una campanilla; dió á un criado, que acudió á su llamamiento, la orden de apagar las luces del salon, y, en seguida, se dirigió á su gabinete tocador.

Antes de llamar á su camarera, se vió delante de una hermosísima luna de Venecia que la retrataba toda, y se puso á contemplarse detenidamente. Este examen pareció dejarla satisfecha, porque sonrió con orgullo, como desfiando soberanamente toda rivalidad, y volvió á decirse:

—Soy bella, muy bella! No tengo que temer. Alberto de Montalbán me amará.

En seguida llamó. Vino la camarera y la ayudó á desnudarse y á meterse en la cama.

Durmióse, después de largas horas de insomnio y soñó que el joven conde había vuelto á verla, y que rendido á sus piés le hacía su declaración amorosa.

XIII.

Quince días pasaron. Durante ellos apenas había visto Andrés á Alberto. Solo dos veces había vuelto éste á casa de su amigo, quién le había encontrado mas nervioso que alegre. Una cosa había extrañado á Zúñiga y era que Montalbán no solamente no había hablado una palabra acerca de las vecinas, sino que ni siquiera se había asoma-

do al balcon para mirar hácia la casa de Isabel. Cualquiera hubiera dicho que el jóven olvidaba á ésta después de haber deseado tanto conocerla.

Andrés sospechaba algún misterio en aquella reserva y se preguntaba qué sería lo que pasaba. ¿Habría continuado Alberto en sus proyectos de conquista, y lo amaría ya Isabel, ó se le habrían disipado esas ideas, y estaría ocupado en otra cosa? Por atolondrado y variable que fuera Alberto, no parecía esto último probable: así es que algún otro secreto debía de haber. ¿Cuál? No podía Andrés adivinarlo. Consecuente con su propósito, no quiso decir nada á su amigo, pero lo observó con cuidado, pretendiendo descubrir en su semblante ó en su conducta algún indicio revelador. Nada consiguió tampoco, porque Alberto se mantuvo impenetrable.

Una tarde fué Andrés á la casa-palacio de los Montalbán. Hallábase ésta situada en la calle de Fuencarral, y era tan notable por su tamaño como por su hermosa construcción. Alberto vivía en ella con su madre y hermana; pero con toda independencia, porque hasta su servicio estaba separado del de la condesa. Las habitaciones se comunicaban por una puerta interior que daba paso á una galería, por la cual iba el joven todas las mañanas á saludar á su familia. Si en cualquier otro momento querían verse la madre y el hijo, se anunciaban préviamente la visita.

Entró Andrés dirigiéndose donde su amigo, y se sorprendió al verle en traje de casa, sentado en una pieza que tenía una biblioteca, y rodeado de libros: Alberto leía una carta y parecía preocupado.

—¿Qué es eso, Alberto?—preguntó Andrés. ¿Estás aquí, y metido entre esos libracos? Vine buscándote, pero confieso que tenia poca esperanza de hallarte en casa.

—Me alegro de verte, contestó aquel, interrumpiendo su lectura y guardando la carta en el bolsillo del ancho gaban que llevaba puesto.

— Deja tu sombrero y busca donde sentarte mientras yo desembarazo ésto.

Levantóse, recogió algunos libros, de los que había en el suelo, y los guardó dentro de un escritorio. Andrés pudo ver que eran libros de cuentas. Este descubrimiento le llamó la atencion. ¿Qué le pasaba á Montalbán? Propúsose averiguarlo indirectamente.

— Parece que no sales esta tarde, Alberto, ... dijo. Sentiría molestarte con mi visita; pero como me hallaba libre hoy y no tenía noticias tuyas hacía una semana, quise dedicarte mi tiempo ya aquí, ya paseando contigo. Tu decidirás.

— Quedémonos en casa,—contestó Alberto?—con eso conversaremos tranquilos. Haré decir que no estoy para nadie, y pasaremos solos la tarde. Eso sí, comerás conmigo. Hace tiempo que no me das ese gusto. Ahora eres muy raro por aquí.

— Estoy tan ocupado! Pero, y tú? Qué es de tu vida? Ni siquiera oia hablar de tí.

— No será porque yo deje de meter ruido,—respondió Montalbán sonriendo con cierta ironía.—Si no me has oido nombrar es porque vives encerrado. ¡Quiá! Nunca he andado más alborotado!

— Siempre el mismo, Alberto, y yo que te creía algo cambiado!

— Y lo estoy á pesar de eso. ¡Qué sé yo lo que tengo! ¡Es una excitacion, una irritabilidad! Creo, Andrés, que voy sufriendo de los nervios como las mujeres. Bah! Si es cosa de reirse!

Alberto lanzó una carcajada. Mas volviendo al instante á ponerse serio, continuó:

— Pero, Andrés, vámonos de aquí porque hace mucho calor, sobre todo, desde que se ha puesto ese nublado. Va á llover esta noche. Tanto mejor: así no saldré, y tú me acompañarás.

—Tenía intención de hacer una visita á tu madre, Alberto. Hace algunos días que no la he visto.

—Esta mañana me preguntaron por tí, ella y Blanca.

—¿De veras?–preguntó Andrés que al oir el nombre de la hermana de Alberto se demudó un poco.

—Sí. Y me ocurre la idea de visitarlas contigo, ya que no pienso ir á otra parte. Voy á prevenirlas: ¿quieres?

—Te lo agradeceré.

Montalbán llamó á un criado y le dió la orden de anunciar á la condesa su visita y la de su amigo para esa noche, si acaso ella y Blanca no fueran al teatro. Y añadió:

—Aunque no lo creo, porque principia á llover. y mi madre se cuida mucho.

Alberto y Andrés dejaron la biblioteca y entraron en el gabinete. Era éste como todas las habitaciones de Montalbán, un museo de curiosidades, de obras de lujo y de arte. Allí se hallaba reunido cuanto una fortuna como la que Alberto derrochaba permitiera acumular. Todo lo que puede soñarse de rico y de elegante había procurado el joven realizarlo, sin calcular lo que le costaría.

Sentáronse los jóvenes cerca de una ventana por donde penetraba la luz bastante pálida de un crepúsculo vespertino que, gracias al nublado, se anticipaba esa tarde. Montalbán ofreció cigarros á su amigo, y llamó otra vez para dar órden de poner un cubierto más para Zúñiga, y también para que no le molestasen.

La condesa contestó en ese momento que Blanca y ella aguardarían á los dos amigos.

—Juan,–dijo Alberto al sirviente que trajo el recado de Doña Luisa,–vas á decirle á Pedro que venga á hablar conmigo. supongo que estará de vuelta.

—Sí, señor conde. Está ahí hace un rato.

—Vete y no tardes.

Juan salió. Cuando Montalbán quedó solo con Zúñiga:

—Mi querido Andrés,-le dijo,-permíteme dar algunas órdenes necesarias y luego conversaremos tranquilamente. Por desgracia para tí has venido á verme en mal día. Hoy he tenido que ocuparme en varias cosas bastante serias, y hasta ahora no he concluido. Cuando llegaste, acababa de salir de aquí mi notario, con quien pasé casi dos horas. Me dejó esos horribles libros que viste al entrar, después de haberlos estado revisando conmigo todo ese tiempo. Ese hombre no me inspira confianza, por el mismo empeño que muestra en que yo sólo se la tenga; que los negocios y todo cuanto se refiere á número son cosas para mí tan fastidiosas que prefiero dejarme engañar á ocuparme en ellos.

—¿Y ese notario no es el mismo de tu madre, Alberto? porque éste es muy honrado.

—No. El que tu dices estaba encargado de mis asuntos cuando yo poseía la fortuna que heredé de mi padre. Ahora tengo por notario al antiguo gerente de los negocios de mi tío, porque al morir éste nombrándome su heredero, me pidió que le conservara como tal, y así lo hice por gratitud húcia el pobre anciano.

—Y porqué desconfías de él?

—¡Qué se yo! Quizás sea por sus maneras hipócritas.

—Pero cuando tu tio lo recomendó....

—¿Y acaso no pudo el pobre anciano ser engañado aunque por distinto motivo que yo? El estaba enfermo y no le era permitido tratar ningun asunto, así es que engañarle era cosa fácil. Tambien es posible que el notario se portara bien con él para que yo le continuara la confianza que se le tenía, contando con que luego saldría ganancioso.

¡Como que conocía mi incuria en materia de intereses! Pero, ahí está Pedro, parado á la puerta,-añadió, apercibiéndose de la presencia de un hombre que estaba del lado afuera del gabinete.

—Pedro, entra, acércate,-le dijo Montalbán.

Era Pedro ya viejo, pero robusto, y tenía cierto aire militar. Vestía mas bien como un intendente que como un criado cualquiera. Su fisonomía era honrada, aunque tuviera en el momento en que entró una expresión adusta. Con el sombrero entre las manos, y dándole vueltas se estuvo sin alzar la vista delante de Montalbán.

—Hola, Pedro!-dijo Andrés, al ver al buen hombre. Hacía días que no nos saludábamos.

—Es verdad, don Andrés. Dispénseme Ud. No me había fijado en que era Ud. el que hablaba con el señor conde.

—Y por eso no entrabas?-preguntó Alberto.

—Esperaba que el señor conde volviera á llamarme. Temía faltar.....Por respeto.....

—¿Qué respetos del diablo, ni qué niñerías son esas, Pedro? ¡Vamos, que estás muy gracioso! Desde cuando soy el señor conde?

—El señor don Alberto me dispense pero yo.....

—¡Dale con el *señor don Alberto*! El *señor don Alberto*!-repitió Montalbán imitando el énfasis con que Pedro pronunciara su nombre.—Vaya, vaya, viejo pícaro!-añadió riendo.—Dí sencillamente: "Mi señorito, estoy furioso desde esta mañana contra Ud." así estaré más satisfecho de tí.

La risa de Alberto era nerviosa.

El criado respondió sin levantar los ojos hácia Montalbán, y dando mas vueltas á su sombrero.

—Don Alberto se equivoca. Mal puede un criado enojarse con su amo.....

—Vamos, Pedro!-exclamó el joven conde interrumpiendo al viejo, ya esta vez algo enfadado.—No te empeñes en mortificarme. Sé que lo que dije esta mañana te ha incomodado, y como no te atreves á manifestarlo de otro modo, quieres hacérmelo sentir. Bah! mi buen viejo, déjate de eso, y vuelve á llamarme tu señorito como de cos-

tumbre,–continuó con voz más afectuosa.—Ese asunto que tanto te molesta está arreglado. Te hice venir para entregarte una carta que llevarás á la persona que dice el sobre. No hay cuidado por ahora, y para en lo adelante, viejo mío, te prometo no darte motivo para enfadarte conmigo, ni para insultarme con tus *señor conde, señor don Alberto!*— Montalbán volvía á burlarse del anciano Pedro, dando á estas palabras últimas el tono enfático del criado.

Nada contestó éste. Aguardó que Alberto buscara en su escritorio la carta de que había hablado, y que se la entregase.

Cuando la hubo recibido se dirigió á la puerta. Su jóven amo le detuvo.

—No te olvides de traerme el recado que te dén, mi buen Pedro.

—Sí señor, contestó inclinándose, y saliendo de una vez.

—Pobre viejo!–exclamó Alberto cuando le vió alejarse. Es bueno como no hay otro, pero terco como una mula cuando se incomoda. Como que fué soldado! Me quiere con idolatría; pero es terrible conmigo desde que llega á su noticia que he cometido alguna locura un poco grave. Se olvida de lo que me mimó siendo yo niño, y aún después de ser hombre, y me trata con una arrogancia mal disimulada por la aparente humildad con que la cubre. No me mira, ni abandona ese tono gruñón que le has notado.

—En efecto, dijo Andrés, estaba sorprendido Ya conocía yo algunas particularidades del buen Pedro; pero nunca le había visto tan airado. ¿Porqué está así?

—Porque le dije esta mañana que fuera á casa de mi notario á pedirle cierta suma que necesitaba. Eso le molestó; pero luego que supo por el condenado hombre que ese dinero era para pagar una deuda de juego, fué mayor su incomodidad. Mas tarde vió las dificultades que se me presentaron para conseguir lo que deseaba, y entónces no

tuvo límite su coraje. Trabajo me ha costado hacerle hablar algunas palabras. Hasta que no pasen algunos días me guardará rencor.

—Ya debía él estar acostumbrado á eso.

—Lo que hay en el caso es que la suma era importante, y que el tal notario no quiso entregársela, diciéndole que mis asuntos iban mal, y que él tenía que darme cuenta de ellos para salvar su responsabilidad. De ahí vino la visita del dicho hombre.

—¿Y es verdad lo que dice, Alberto? Te has enterado del estado de tu fortuna?

—Yo no entiendo gran cosa de eso, Andrés. Ese hombre puede engañarme cuando quiera, sin que me sea posible probarle nada en contra de sus aserciones. Con muy melosas frases me ha declarado que estoy casi arruinado y me trajo una copia de todos sus libros para convencerme de ello. ¡Como si yo fuera capaz de ponerme á ese trabajo, ni de revisar cuentas ú otra cosa! Lo que él diga será, y yo me conformaré.

—¿Con que estás en vía de arruinarte otra vez, y lo tomas así, con esa tranquilidad, Alberto? Verdaderamente creo que Pedro tiene razón, y no seré yo menos severo que él para contigo. No puedo comprender... ..

—¿Y qué quieres que haga?-preguntó Montalbán á su amigo que se había levantado, muy disgustado. ¿Qué quieres que haga?-añadió sério y con alguna irritación.

—Nada, sólo que me digas,-contestó Andrés, mirándole y más irritado aún que Alberto,-qué cuentas harás cuando hayas perdido todo lo tuyo? ¿Derrochar la fortuna de tu madre, acabar con la dote de tu hermana? ¡Dí!

—Como soy menos miserable de lo que te supones, no haré eso, sino que venderé lo poco que me queda y me meteré á soldado.

—Soldado tú? ¿Crées que tu madre lo consentiría?

—¡Si ella prefiere que me quite la vida por no ser un

desalmado!--replicó Alberto exasperado profundamente y sin contener su mal humor.

De pié ahora y apoyado contra la ventana cerca de la cual se hallaba antes sentado, no miraba á Andrés, sino que clavaba la vista en una panoplia que tenia enfrente.

—No hables así, Alberto! Piensa en el disgusto de Doña Luisa si te oyera!

—No me exasperes, Andrés! Seré soldado, si no me mato, puesto que no sirvo para otra cosa. ¿Qué sé yo hacer? ¿Soy acaso capaz para ocuparme en algo? Mi madre se resignará como lo hubiera hecho de no haber sido yo rico y estado excento del servicio, gracias á mi dinero! Me haré voluntario! Y no me repliques, te lo ruego, Andrés,—exclamó golpeando el suelo con el pié.

—Pero reflexiona y no te exaltes de ese modo! ¿Hay acaso necesidad de llegar á tales extremos? Detente en el camino que sigues y verás como todo se remedia. Aún te quedan recursos. Yo me encargaré de tus asuntos y te prometo salvar siquiera una parte de tu fortuna. Los números no me asustan, Alberto. Sé la aritmética perfectamente, y en esa materia nadie puede engañarme. Soy además abogado, no lo olvides, y como tal también quizás te sea útil. Déjame servirte, mi pobre amigo! Si no por tí mismo siquiera por tu madre!

Andrés decía ya esto con voz suplicante. Sus miradas, de severas, se habían vuelto afectuosas. Se acercó más á Montalbán, para añadir:

—Dí, Alberto. ¿Necesitas dinero? Esa deuda de que hablabas, ¿está realmente arreglada, como dijiste, ó la tienes aún pendiente? Yo no soy rico, pero quizás pueda sacarte de ese compromiso, si es que.....

—Basta, Andrés! No me digas una palabra más sobre ese punto! Te repito que soy menos miserable de lo que imaginas, y debes comprenderlo por la indignación que me ha causado tu última oferta.

— La hago Alberto, con todo el corazón como las otras.

— Y me consideras capáz de aceptarla?

— ¿No soy tu amigo? ¿Qué tiene pues.....?

— Yo también era tu amigo en cierta ocasión cuando te propuse ayudarte en los gastos de un viaje, y otra, y otra vez. Pero como el señor de Zúñiga no era lo de Montalbán, es decir, que tenía toda la delicadeza que á éste le falta, no aceptó. Y eso que el que proponía entonces el servicio era rico, y nada le costaba hacer un favor al que consideraba como su hermano, mientras que el que ahora quiere favorecer es pobre, y lo poco que posée lo debe á su trabajo, y no á la ciega casualidad que le hiciera nacer millonario como sucedía con aquel. ¿Qué dices á ésto?

— Digo que no te reconozco, Alberto! Jamás me habías hablado asi, y sin embargo.....

— Tienes razón. Veo que no me reconoces cuando me supones tan envilecido que pudiese abusar de tu amistad y explotarte.

— ¿Qué ideas son esas, Alberto? Te estás volviendo loco acáso?

— Al contrario, nunca he estado mas cuerdo. Y quiero probártelo.

— No sería de esa manera, amigo mío. ¿Qué tono es ese? ¿Por qué te exasperas tanto? Siempre que yo te hacía reflexiones, me escuchabas con calma ó te conmovías y te portabas de otro modo.

— Es que ahora no tengo la misma sangre fría, te lo he dicho. Hace algunas semanas que estoy nervioso, disgustado de mí y de los demás. Nada me satisface. He querido distraerme aturdiéndome en medio de lo que antes llamaba yo placeres. Ahora todo eso me fastidia. He jugado y he perdido sin cesar. Me siento cansado, aturdido, sin gusto para nada. Yo mismo no sé lo que tengo. Me

comparo contigo, y me das envidia. ¡Es tu suerte tan diferente de la mía! Qué condición tan distinta! Tu puedes siempre estar contento de tí. Sabes que eres útil, estimado, digno; que las consideraciones que te guardan no son falsas, porque las mereces. Trabajas, y tu nombre será célebre pronto, no porque hayas heredado un título, sino gracias á tu propio mérito. Tendrás una fortuna, y la deberás á tu solo esfuerzo, no á un padre ó á un tío que te hayan dejado sus bienes. Si eres querido, no será porque arrojes el dinero á manos llenas, sino porque tu conducta y tus cualidades te hacen amar de todo el mundo. Nada tienes que temer, nada que envidiar, nada que reprocharte!

—Calla, Alberto! No repitas esas palabras que son casi una blasfemia. Cómo! ¿te atreves á quejarte de tu suerte cuando nadie estuvo mejor dotado que tú para ser feliz? ¡Oh! mi buen amigo, decididamente estás loco! ¿Quién ha sido más afortunado que tú, Alberto? Nada te ha faltado en la vida.....

—Ese pensamiento, Andrés, es el que causa mi amargura presente. La conciencia de que todo lo he desperdiciado, desdeñado, perdido voluntariamente. La de haber llevado una existencia nula puesto que ningún bien ha reportado á los demás. Repaso en mi memoria todos los actos de mi vida desde que tengo uso de razón, y no encuentro en ellos nada útil, nada bueno, nada noble! La satisfacción de mis apetitos y de mis caprichos ha sido mi único móvil. Ni la humanidad ni la sociedad me han merecido jamás nada. ¿Qué he hecho para mi familia? Qué por tí que eres mi solo verdadero amigo? A todos he dado un mal ejemplo, á muchos disgustos é inquietudes. No solamente no he tratado de hacer el bien, sino que he hecho el mal. La insanidad de mi conducta se ha presentado á mi vista con los colores más sombríos. Me he juzgado y me he encontrado sin excusa, imperdonable! Y para no oir mis propias reflexiones, para ahogar los remordi-

mientos que estas reflexiones me causaran, para olvidarme de mis pesares es que, durante estos últimos días, me he encenagado más en el vicio; he cometido locura tras locura, y estoy á punto de arruinarme por completo! Pero ya no puedo más! Estoy rendido, desalentado, sin fuerzas! Tengo náuseas y quisiera morir!

Alberto, al decir esto, se dejó caer en un sillón, y apoyó la cabeza en una mano. Parecía en efecto muy abatido.

Andrés se le acercó, lleno de afectuosa solicitud. Arrastrando una silla, se sentó en ella á su lado, y rodeándole el cuello con un brazo, le dijo con tierna conmiseración:

—Alberto, mi buen Alberto, no digas eso! exajeras tus faltas!

—No has pensado lo mismo otras veces!—contestó el joven sordamente.

—Nunca te he creido malo, Alberto.

—Ni vicioso tampoco?—preguntó Montalbán levantando la cabeza y mirando á Andrés con amarga ironía, después de lo cual volvió á fijar la vista en el suelo.

—Lo has sido más en apariencia que en realidad, amigo mío. Tu corazón se ha conservado bueno, en medio de todas tus locuras.

—Gracias que reconoces que he sido loco!

—No lo niego, pero más por debilidad de carácter que por otra cosa. Otros son los que te han arrastrado y tú les has seguido, sin corromperte por eso. Te gustaban los placeres, y no has sabido detenerte á tiempo en la senda florida, pero peligrosa, que se presentaba á tu vista. Tu fortuna ha sido cómplice de tu debilidad. Ella te permitía satisfacer todos tus caprichos, cuando tú no tenías energía para moderarlos. Has abusado de la vida en vez de usar de ella, porque á tu alrededor se abrían abismos que te atraían poderosamente.

—¿Y tú, Andrés? Cómo es que tú....exclamó Montalbán con amargura.

—Yo he sido pobre, Alberto, y la pobreza tiene eso de bueno. Por ella resistimos mas fácilmente á las tentaciones del placer. No teniendo á nuestro alcance los medios de realizar una locura, la dominamos con menos esfuerzo.

—Te has ocupado, has trabajado,-replicó Alberto que no se convencía con los razonamientos de su amigo.

—También por no ser rico,-contestó éste, no queriendo ceder. Si hubiera nacido como tú no sería quizás lo que soy. ¿No sabes que otro de los beneficios de la pobreza es el estímulo que dá á la ambición? El que carece de fortuna lucha por necesidad: el trabajo se le impone. El rico lo posée todo: no es extraño, pues, que sólo piense en gozar de los favores de la suerte.

—Andrés, no pretendas lisonjearme, excusando mi conducta, mis estravíos... dijo Alberto, siempre cabizbajo,

—Lo que quiero es animarte, pobre amigo: probarte que en tu destino no hay nada de desgraciado ni de irremediable: mientras haya en tu corazón nobles sentimientos, todo podrá salvarse. ¿Por qué has de desesperar? Lo que encontraría yo imperdonable en tí sería ese abatimiento si no comprendiera que estás atravesando una crisis moral. y que necesitas tiempo para reaccionar contra ella. Pero, haz un esfuerzo, mi buen Alberto! Levanta la cabeza. Trata de olvidar un momento esas ideas que te atormentan, y vuelve á reir como antes. Quiero verte mas juicioso, pero triste nó. ¡La alegría en tí es tan natural! Vamos, amigo mío! anímate un poco!

Con estas palabras se esforzaba por ver de alentarlo.

—Vamos, de pié!-añadió levantándose, y queriendo obligarlo á que lo imitara.

El joven le había escuchado como si fuera sordo. Con la cabeza siempre apoyada en una mano, miraba delante de sí sin fijarse, al parecer, en nada.

Andrés le cogió de un brazo para hacerle levantar. Alberto se resistió diciéndole:

— Déjame, Andrés. Deja que se me pasen la tristeza y el mal humor que me siento.

Este se separó de él, sin volver á dirigirle la palabra. Púsose á pasear por el gabinete.

Al cabo de un rato se paró Alberto, y comenzó á pasearse también. Andrés se detuvo, y cruzándose de brazos quedóse contemplando á Montalbán que hacía febrilmente su ejercicio. Así pasaron unos cuantos minutos. Al cabo cesó de andar. Parecía mas calmado, pues ya no se veían en su semblante las espesas sombras que antes lo oscurecían. Después de pasarse varias veces la mano por la frente y los cabellos como para acabar de disipar las nubes que envolvieran su cerebro, dijo á Andrés, con la voz conmovida:

— Andrés, perdóname!

— ¿Por qué, Alberto?

— Hace un momento fuí casi brutal contigo.

— No lo recordaba.

— Yo no puedo olvidarlo. Pero ¡estaba tan exasperado! Creo que tienes razón en pensar que he estado medio loco.

— Ya ha pasado eso, Alberto, y de seguro no volverá. Tu acceso de melancolía te será favorable, así es que, lejos de compadecerte por él, te felicito.

— No estoy todavía muy alegre, ni creo que lo estaré después.

— Verás que sí, y que vas á ser otro, si te llevas de mis consejos.

— Oh Andrés! No cuento para salir de esta situación más que contigo. Por mí mismo no valgo nada.

— Por fortuna estoy dispuesto á servirte con mejor voluntad que nunca, No sabes lo satisfecho que me siento de lo que ocurre, bendiciendo la pena que me ha causado verte triste. Siempre deseé que conocieras el vacío de tu vida para que trataras de llenarlo.

—Tu harás de mí lo que quieras. Te obedeceré,-dijo Alberto menos triste aunque desalentado todavía.

—No te pediré nada imposible. Lo que quiero ahora es que cambies de traje, y que te dispongas á acompañarme á la mesa. ¿Has olvidado que me invitaste á comer? ¡Y cuidado si tengo apetito! Hoy me toca á mí apurarte como lo hiciste conmigo el otro día. Vamos! Apresúrate en ejecutar mis órdenes. ¡Esta es formal! ¡A vestirse y á la mesa!

—Déjame sentar antes por un segundo. Estoy fatigado,-dijo Alberto sonriendo un poco, á pesar suyo, al ver la animación de Andrés.

—Te concedo un minuto, pero es para que acabes de despejarte. Recuerda que tenemos que hacer una visita á tu madre, y no debes inquietarla con ese semblante de reo en capilla. Por esta tarde ó esta noche (ya había oscurecido) mando yo aquí, y lo que quiero es alegría. Mañana volveré, y trataremos de otros asuntos. Trabajaremos cuanto sea posible, examinaremos esos libros de cuentas que te han trastornado. Ya sabré yo si te han robado: lo que es conmigo no andará con pillerías tu notario. Tomo á mi cargo tus asuntos para arreglarlos, y ya verás, ya verás como no es tu situación tan mala como te lo imaginas ó te lo hacen creer! En no habiendo muchas deudas.... ¿Sabes si debes mucho?

—Supongo que nó, puesto que para pagar las que tenía, he ido hipotecando casi todas mis propiedades. La única que no está afectada es la que poseo en Granada como sabes. No tengo otra renta segura.

—¿Y está bien administrada?

—No lo sé, pero me pareció cuando estuve en ella el año pasado que era mas rica de lo que me decían.

—Ya irás á visitarla, y cuanto antes mejor.

—Casualmente había pensado salir de Madrid por unos días.....

— Perfectamente. Partirás entonces para Granada, y tratarás de darte cuenta del estado de las cosas. Para todo lo que ocurra me escribirás consultándome.

— Haré lo que quieras, Andrés. Ya te he dicho que no tengo voluntad.

— Yo me quedaré aquí, atendiendo á tus otros asuntos. Pero han pasado dos minutos y solo te había concedido uno para descansar. Ya es tiempo! ¡Arriba, arriba! -dijo, empujando suavemente á Alberto para que abandonara su asiento.

Este se levantó, y sin mucha animación entró en su cuarto-tocador. Sin embargo, estaba mucho menos triste que hacía un rato.

Andrés se quedó solo. Entónces llamó á los criados, hizo traer luces y dió varias órdenes en nombre de Alberto. Luégo se sentó á fumar un cigarrillo, mientras lo aguardaba.

Aquella tarde los papeles se habían trocado. Andrés de Zúñiga era el animado, el festivo: Alberto de Montalbán era el mohino, el rezagado. El joven abogado estaba contento viendo al hijo de Doña Luisa en vías de regeneración. Pensaba en la alegría de la buena señora cuando lo supiera, y él se proponía decírselo esa noche sin que Alberto se enterara de ello. Pero en medio de todo recordaba á Isabel. En el cambio de Montalbán creía que había algo que se le escapaba.

— ¿Qué será?-se preguntaba.—Dios sólo lo sabe á esta fecha, pero más tarde lo averiguaré. Mañana veremos. Alberto no me engaña!

XV.

Era de noche y hacía una hora que llovía. El aire exterior era frío, pero en el salón de la casa de Montalbán, donde la condesa y su hija aguardaban á los dos amigos, sentíase un calor muy agradable, y el ruido de la lluvia, que llegaba hasta allí, monótono y apagado, tenía cierto encanto para los que lo oían de lejos y bien abrigados.

—¿Qué harán Alberto y Andrés que no vienen?-exclamó Blanca levantándose repentinamente de la banqueta que ocupaba frente al piano, y yendo á mirar la hora en un magnífico reloj que sobre una cónsola había en el salón.

—¡Las nueve ya!-añadió descontenta é impaciente.—Bien se me pone que mi dichoso hermano ha olvidado que nos ofreció una visita.

—Es temprano, Blanca,-dijo Doña Luisa para calmar á su hija. Todavía pueden venir. En todo caso si Alberto no se acuerda de su promesa, Andrés no faltará.

Blanca no contestó. Para distraerse se acercó á una mesa que había en el centro, y se puso á arreglar las flores de un jarrón colocado en ella.

Pasan algunos minutos. La condesa leía ó más bien lo aparentaba. Estaba triste y en su rostro se veían señales de recientes lágrimas. Su mirada se separaba con frecuencia del libro que tenía en la mano para fijarse indeterminada en un punto cualquiera del salón.

Era aún bastante hermosa, pero su mayor atractivo consistía en la extremada bondad que reflejaba su semblante. Parecíase mucho á su hijo. Tenía imponente figura,

siendo alta y algo abultada de carnes, distinguida de maneras y elegante como él. En sus negros cabellos se veían algunas canas que ella no disimulaba, poniendo cierto orgullo en lucir sus cincuenta años, tan bien empleados. Desde que perdió á su marido, hacía quince años, vestía de luto, aunque ya poco severo.

Hallábase sentada al lado del piano, abandonado por Blanca que había estado tocando un momento antes.

—¿Ves mamá como nos hacen esperar?—exclamó ésta mas impaciente aún, dejando las flores y volviendo á su banqueta. Es ese Alberto, ese atolondrado Alberto, quien tiene la culpa. De ello estoy segura. ¡Y no haber ido nosotras al teatro por aguardar á los señores!

—Vamos, Blanca, no seas injusta! Si nos hemos quedado en casa es porque está el tiempo malo.

—Bien sé lo que me digo, mamá mía. Por distraerte hoy que has estado tan triste, hubiera yo salido para ir á cualquier parte. Lo que más me molesta es que dí órden de no recibir á nadie por estar solas con ellos. ¡Y dejarnos burladas! ¡No se lo perdono!

Decía ésto Blanca haciendo una mueca encantadora, habitual en ella, y dando golpes en la alfombra con su menudo pié como si estuviera furiosa.

—¿Ni aún si yo te lo suplico, hijita mía?—preguntó Doña Luisa sonriendo dulcemente al ver la irritación que mostraba su hija y cerrando el libro que tenía en la mano.

—Ni aún así. Eres demasiado buena, mamá,—contestó la niña abandonando el piano y sentándose en las rodillas de la condesa. Tan buena y tan buenísima que todo lo perdonas. Aprende á ser terrible como yo. Mira como te castigo por haberte visto llorar hoy!

Blanca dió unos cuantos besos á su madre, en las mejillas, en la frente y en los párpados.

—¡Toma,—decía á cada uno de ellos,—toma lo que mereces por fea y mala que has sido disgustando á tu Blanca!

Supongo que no te quedarán ganas de volver á llorar! Así soy yo. ¡No dejo nada impune!

Iba la condesa á contestar cuando se oyó un campanillazo en la parte de afuera del salón.

—Son ellos. ¿Lo ves, Blanca?-exclamó animada con la esperanza de la visita de los dos jóvenes.—¡Y tú que decías....tan indignada como estabas....!

—Me quito de aquí,-dijo Blanca, abandonando de un salto las rodillas de su madre, y sentándose frente á ella en un sillón, muy circunspecta de postura, pero con los ojos y la boca llenos de maliciosa viveza. Cierto lijero rubor cubrió sus mejillas, de suyo muy rosadas.

Blanca era lindísima: rubia como Francisca de Rimini, y con los cabellos algo cortos y rizados de la manera mas graciosa alrededor de su cabeza, como la hermosísima y desventurada amante de Pablo. Tenía menos que mediana estatura, pero era bien proporcionada de carnes, y tan gentil en su persona que no se la desdeñaba al lado de otras mujeres más altas y airosas. ¡Qué ojos tan azules y tan preciosos poseía! La naríz era diminuta, y en sus mejillas y su barba se formaban los hoyuelos más seductores del mundo. Estos, y los agraciados movimientos de su boca la hacían irresistiblemente simpática. Su dulce genial alegría completaba el encanto que su vista causaba.

Alberto y Andrés entraron. Doña Luisa les preguntó porqué habían tardado tanto. El estado de Montalbán era la causa de la tardanza de los jóvenes, pero ellos inventaron otra cosa. Blanca no dijo nada, guardándoles rencor todavía. Por castigarlos, tampoco quiso cantar, como se lo suplicó Andrés, quien quería distraer á Alberto. Tocó solamente algunos vals y polkas, declarando que no estaba para música seria, sino alegre como ella. Después de haber ejecutado muy brillantemente dichas piezas, dejó el piano y se sentó algo distante de los jóvenes.

—Blanca está enojada con Uds., se lo advierto,-dijo

á éstos la condesa. Traten de hacerse perdonar. Hace un momento estaba furiosa.

Alberto quiso sonreir y dar bromas á su hermana, pero su ficción era notable.

—Qué tiene mi hijo, Andrés?-preguntó doña Luisa á Zúñiga, aprovechando un momento en que el joven no podía oirla. Me parece triste, y eso es en él tan raro!

—¡Nada, señora! Estoy muy satisfecho. Creo que pronto le daré buenas noticias,-murmuró Andrés casi al oido de la condesa.

Ella se tranquilizó, é hizo como si no advirtiera la distracción de Alberto.

Este conversaba con Blanca, anunciábala su próximo viaje á Granada. Doña Luisa se informó de lo que ocurría y entonees se hizo general y muy animada la conversación.

Andrés miraba á Blanca ó por mejor decir, la admiraba, costándole trabajo desprender sus ojos del rostro de la jóven, porque, hay que confesarlo, el amigo de Alberto la adoraba. Siendo ella niña de cuatro años le había cautivado ya por sus infantiles gracias, y por la monería con que le llamaba *manito* Andrés. Fué creciendo el tierno capullo y el afecto de Andrés aumentando con la edad. Cuando el precioso botón abrió y se convirtió en hermosa y lozana flor aquel cariño no tuvo límites. Lo que experimentó entonces el jóven fué un sentimiento tal como puede caber sólo en corazones como el suyo, casi vírgenes de amor, y rebozando, sin embargo, de inconsciente ternura.

Por desgracia Blanca era demasiado rica y él era pobre, y su nombre, aunque noble, no tenía el lustre que daba la fortuna al de Montalbán.

En el alma de Andrés despertó la ambición. Su deseo de adelantar en sus estudios para hacerse una posición fué sólo moderado por el estado de su salud, que no era robusta.

Su pensamiento no se apartaba de Blanca.

—Si ella no se casa muy pronto, ¡quién sabe lo que puede suceder!—se decía. Lucharé con todas mis fuerzas hasta que sea conocido y rico, y entonces....!

No se atrevió el pobre á continuar acariciando ilusiones. Su sueño era demasiado hermoso, y el despertar hubiera sido muy terrible para él. Prefería, pues, desconfiar, guardar silencio, y trabajar lo más que le fuera posible.

Algunas veces caía en profundo desaliento. Veía á Blanca rodeada de admiradores, que aspiraban á su mano, siendo estos, en su mayor parte, personas de brillante posición. Un marqués, un vizconde y un coronel muy gallardo y de mérito se contaban en el número de los pretendientes. ¡Ya se vé! era tan hechicera y tan rica!

Blanca no se decidía por ninguno, acogiéndolos á todos con igual amabilidad aunque sin coquetería. Cuando la apuraban mucho para que eligiese, contestaba:

—¡Soy demasiado joven, y ¡tan feliz al lado de mi adorada madre! ¿Qué empeño he de tener en no ser soltera cuando me divierto tanto así?

Andrés sabía esto, pero no se tranquilizaba.

—Cuando menos lo espere me dirán que está comprometida, que se casa, y entonces no sé lo que será de mí.

La idea de declararse á Blanca no se le ocurrió nunca. Por el contrario, temblaba al pensar que su afecto pudiera descubrirse, y por eso se alejaba de ella y era poco asiduo en casa de Doña Luisa. Sus visitas mas frecuentes eran para Alberto, á quien veía en sus habitaciones.

Y sin embargo, era para él la presencia de la niña lo que el rayo de luz para el prisionero encerrado en una oscura mazmorra. Ella le animaba, le alegraba, le hacía vislumbrar las delicias del paraiso. Cuando la veía reir contemplaba los tentadores hoyuelos que la risaponía más de manifiesto, sentía hacia ella un impulso del corazón que le costaba trabajo dominar. Entonces huía porque tenía miedo de revelar su secreto. Si alguien sospechase que

fuese interesado su puro amor á Blanca! Indignábale este pensamiento; hacíale daño. Y por eso se alejaba, prefiriendo antes morir que ver mal juzgados sus sentimientos.

¿Sabía la hermana de Alberto que Andrés la idolatraba? No parecía así. Blanca trataba á su amigo de la infancia con el mayor cariño, y sólo por momentos ponía cierta reserva en sus relaciones con él. Esa reserva desconcertaba al pobre Andrés. ¿Por qué le evitaba la joven algunas veces? No podía comprenderlo.

A la pregunta de Zúñiga habría quizás podido responder la condesa, pero era madre demasiado prudente y digna para hacerlo. Guardaba para sí sus observaciones y recelos, y esperaba la declaración de Andrés.

¡Su hija era tan joven aún! La veía contenta á su lado y libre de las preocupaciones que impone el estado de casada. Además el joven abogado estaba todavía por hacerse una fortuna; conocía Doña Luisa su delicadeza, y sabía que no aceptaría la mano de Blanca mientras no tuviese mejor posición. Asi es que no quería precipitar los acontecimientos, dejando al tiempo el encargo de resolverlos. Lo que le preocupaba era la vida que llevaba Alberto; sus locuras que llegaban á sus oidos con más frecuencia de lo que ella hubiera querido. Mas deseo tenía de casar al joven que á Blanca. Pensaba que el matrimonio podría hacerle cambiar. Todo lo esperaba de la influencia de una mujer digna para Alberto. Con ello soñaba, cuando no lloraba desconsolada.

Aquel mismo día había vertido la pobre madre amargas lágrimas. Las últimas calaveradas de Alberto le habían sido contadas por personas oficiosas como no faltan en el mundo. Por eso estaba al principio tristre y meditabunda; pero las palabras misteriosas de Andrés la reanimaron, dándola esperanzas consoladoras.

XVI.

Mayo había pasado y el mes de Junio adelantaba rápidamente. Huía la primavera llevándose en pos las frescas mañanas y las largas veladas. Venía el verano con su séquito de calurosos días y de noches cortas y templadas.

Alberto de Montalbán se hallaba en Granada. Mes y medio hacía que, abandonando á sus amigos de Madrid, y olvidado completamente de placeres y locuras, se había ido allá á ocuparse en sus asuntos, y á velar por sus intereses. A menudo escribía á Andrés.

Si sensibles eran las mudanzas que el tiempo transcurrido había producido en la naturaleza no eran menos notables las que se efectuaran en la existencia y el carácter de algunos de los personajes de esta historia.

Los asuntos de Montalbán marchaban bien en Madrid. Andrés lo participaba al joven para animarlo.

No había temor de verlo arruinado. El notario que tenía, amenazado por Zúñiga, á quien constaba su mala fé, había devuelto cuantos documentos poseyera pertenecientes á Alberto, y la gerencia de los asuntos de éste se hallaban á cargo del honrado notario de la condesa.

De este modo se había salvado una parte de la fortuna del joven, obteniéndose tan importante resultado sin necesidad de recurrir á tribunales. A la actividad é inteligencia de Andrés, á su entereza y prudencia se debía todo. Descuidando sus propios intereses había velado por los de

su amigo, sin escasear trabajos ni omitir molestias.

La condesa estaba contentísima. A su Virgen predilecta atribuía la conversión de Alberto. ¡Y con qué fervor se lo agradecía! Su corazón también rebosaba de gratitud respecto de Andrés cuya generosa intervención sacaba á su hijo de la miseria.

Blanca estaba mas alegre que nunca. Aprovechando las buenas disposiciones de su madre, la llevaba al teatro, de paseo, arrastrábala á los bailes. Jamás se había divertido tanto, ni había sido mas amable con Andrés.

Y éste viendo su alegría y la tranquilidad de la condesa, daba por compensados sus esfuerzos y hasta los sacrificios que hacía, y gozaba con la felicidad que proporcionaba á aquellos seres tan amados.

Mientras tanto, Alberto estaba triste. Sus cartas lo revelaban. Traslucía Andrés en ellas extraña melancolía. Al leer aquellos largos y tristes capítulos nadie hubiera reconocido por el autor de ellos al bullicioso y perdido Montalbán. El joven sólo hablaba de negocios, cuando no se quejaba del mortal aburrimiento que sentía. Y las razones que daba para éste carecían de fundamento. Lejos de satisfacer á Andrés le inquietaban.

No! La metamorfósis de Alberto no era natural. Cambios tan radicales solamente provienen de una sacudida terrible, de una catástrofe moral ó de un amor desgraciado y violento. Alberto no había sufrido nada grave. Preciso era creer que estaba enamorado. Pero, ¿á quién amaba? A Isabel ó á María? ¿Sería á María? No podía admitirlo Andrés. Alberto la había visto una vez sóla y no había vuelto á hablar de ella. ¿Por quién estaba triste? ¡Cuánto deseaba saberlo! Cosa más particular! El mismo cambio que se notaba en Montalbán llamaba la atención en la viuda de Rivera. Desde la semana que siguió á la presentación de Alberto, Isabel había variado. Apenas recibia. Sin piedad había negado la entrada en su ca-

sa al marqués de B....siempre enamorado de ella.

Cualquiera, conociéndola, hubiera pensado que cansada de lucir su belleza, realzándola con lujosos adornos, quería agradar á otro pretendiente, imitando la sencillez de María.

Sólo usaba ahora trajes lisos de fina muselina ó de gasa, y en los cabellos alguna flor natural.

¿Sería aquello refinamiento de coqueta nada más, ó tenía distinta causa?

¿Se vestía Isabel así porque sabía que las batas y túnicas sencillas daban mayor mérito á su hermosura, haciendo valer la plenitud y perfección de su busto y la elegancia de su talle y que los tejidos transparentes son un incentivo de indiscreta curiosidad; una provocación más y un encanto cuando por ellos se traslucen la blancura y las formas de una garganta, de una espalda y de unos brazos de mujer hermosa?

Tal vez; pero es lo cierto que no era en el traje solamente que se notaba el cambio de ella, sino también en su carácter. No ostentaba ya su rostro aquella expresión radiante y conquistadora que en días no lejanos tenia aún. A menudo se veían en él nubes de tristeza y hasta señales de lágrimas.

Isabel salía poco. Pasaba horas enteras callada y taciturna, y en otros momentos era su rísa tan ruidosa que parecía exagerada. Sus nervios se excitaban á la menor contrariedad, y su salud se había alterado ligeramente.

Ahora visitaba mucho á María. Con cualquier pretesto penetraba en la habitación de su hija y en ella se quedaba largo rato.

La joven lo extrañaba. Sentíase más disgustada que satisfecha de la aparente solicitud de su madre. Instintivamente desconfiaba.... ¿Qué quería? ¿Por qué la vigilaba? Tales eran las reflexiones que se hacía. Ni un momento pensó que aquello proviniera de afectuoso inte-

rés, que fuera inspirado por natural cariño. ¿Acáso Isabel la había amado nunca? Demasiado la había probado que su vida le era indiferente.

Desde su mas tierna edad, sufría María por el desvío de su madre. Recordaba que cuando tenía cuatro años, á lo sumo, estaba muy enferma, acostada en su cuna. Lloraba con desconsuelo y llamaba á Isabel. Esta vino, y la pobre criaturita la pidió que la acariciase y la durmiera en su regazo materno. Isabel la miró, y como estaba dispuesta para salir, sin tocarla siquiera llamó á la nodriza para que se hiciera cargo de ella. Marchóse luego satisfecha creyendo haber cumplido su misión con entregar á su hija en manos de una criada. Y no volvió á ocuparse más en la niña.

Cuando María pensaba en los días lejanos de su infancia venían á su mente un millón de recuerdos dolorosos. En su memoria no aparecía Isabel sino como una mujer hermosísima, seductora y amable con los extraños y para con ella áspera ó indiferente. Esa mujer jamás se había interesado por María, nunca la había acariciado. El ruido que la inocente hiciera, su llanto, sus inocentes exijencias, todo la molestaba, y se la hacía alejar de sí. María recordaba todo ésto con mucha precisión. La pena causada por el desafecto de su madre en sus infantiles años, quedó grabada en su corazón, aumentándose en él de día en dia.

El recuerdo del afecto ternísimo de su padre no era menos indeleble en su alma. María le adoraba tanto como era adorada por él. ¡Con cuánto amor la acariciaba y recibía sus caricias! ¡Cuán feliz se sentía cuando sentada en sus rodillas jugaba con él! Un día había dejado de verle. ¿Por qué? No lo sabía. ¡Era tan pequeñita entonces! Muchos detalles materiales de aquellos primeros años de su vida se habían borrado de su memoria. Hasta había olvidado el nombre y las facciones de su padre, y otras cosas importantes.....

Su padre había desaparecido sin podérselo explicar.

Una noche, fatal para ella, dormía en su cuna. Despertóle de repente la sensación de una cosa tibia que caía sobre su rostro. Despertó asustada y vió delante de su cuna á su padre, quien lloraba contemplándola. Aquello tibio que causó su sobresalto eran las lágrimas de aquel hombre tan amante y á quién tanto quería. Oyó en ese mismo instante un trueno espantoso. Despavorida lanzó un grito y tendió sus bracitos para que su padre la auxiliara. El la sacó de la cuna, estrechóla contra su corazón, y con las mas dulces palabras trató de calmarla. Como los truenos se repetían, María se aferraba miedosamente de su cuello, cada vez que oía alguno. Cesó por fin la tempestad y María se durmió. Durmióse con el sueño de la inocencia reclinada sobre el hombro de aquel hombre y agena de la desgracia que la aguardaba.

Desgracia cruel que todavía pesaba sobre ella. Jamás volvió á ver á su padre! Al día siguiente preguntó por él y la digeron que se había ausentado. Sin poder olvidarle lloraba. A su alrededor nadie le nombraba, ni parecía echarle de menos. Hasta Beatriz la hacía callar cuando hablaba mucho de él. En su casa todo eran fiestas. De las fiestas se excluía á la niña. Beatriz sóla la acompañaba y se ocupaba en ella. Suplía á Isabel en lo posible; á Isabel á quien María veía muy poco; á Isabel siempre adornada y divertida, en su casa ó de paseo. A pesar de tener tan tierna edad María sufría por la ausencia de su padre, y pedía á Dios que éste volviese. Ya no se atrevía á hablar de él. Creyendo que todos le olvidaban como su madre loca, guardó para sí sus recuerdos.

Seis años contaría cuando un día Isabel abandonó repentinamente la ciudad en que vivian y se vino con ella y con Beatriz á Madrid.

Quedaban á María confusas reminiscencias de un viaje; recordaba que la casa que habían dejado era hermosa y

alegre, tan alegre como era triste la que escogió Isabel al instalarse en la villa y corte; pero había olvidado el nombre de la ciudad que abandonaron, y en la cual sin duda nació ella.

A poco de vivir en aquella casa enfermó Isabel. María estuvo sin verla algún tiempo. Una mañana la llevó Beatriz á su dormitorio. Encontróla con una niña muy pequeñita en brazos. Sorprendida preguntó al aya de dónde había venido aquella niña. Díjola Beatriz que la recien-nacida era hija de Isabel y se llamaba Margarita. María calló sin acertar á comprender aquello.

Con el nacimiento de su hermana principió para ella un nuevo tormento. Los celos la dominaron. No esos celos que provienen de mezquina envidia, sino un sentimiento de origen más noble. María sufrió al ver los cuidados tan apasionados que prodigaba su madre á aquella criatura, considerada por ella en su limitada comprensión de niña, como una extraña, mientras que para ella no había sino indiferencia ó severidad. Isabel lo daba todo á Margarita: caricias, atención, amor, cuanto puede dar una madre á su hija. Para María no tenía ni siquiera una mirada de afecto. Los juguetes, los más lindos trajes, los paseos eran para la pequeñuela. La mayor carecía de todo esto porque su madre se lo negaba. Beatriz era quien se ocupaba en buscarle las cosas propias de su edad. Pero ¿qué hubiera importado á María la carencia de juguetes y de lujo? Siendo ella prematuramente seria y reflexiva, no hubiera sufrido por ello. Lo que la hacía llorar lágrimas amargas era el desamor de Isabel; la necesidad de reprimir su deseo de cariño, la falta de expansión de su tierna naturaleza; el temor contínuo á su madre, siempre pronta á enfadarse con ella; al aislamiento en que vivía; la privación de todo lo que constituye la felicidad de una criatura de su edad. Ni siquiera se la permitía amar á su hermanita. Cuando Isabel la veía junto á Margarita, acudía á separar-

la de ésta, diciendo que María era demasiado huraña, y que podía hacer daño á la pequeñuela. María se retrajo más aún. Dejó de acercarse á aquella niña y vivió al lado de Beatriz, sin mezclarse en la vida de los demás. No podía comprender por qué la aborrecía su madre. Su pobre imaginación trabajaba por encontrar la razón de las injusticias que con ella se cometían, de la preferencia que manifestaba Isabel por Margarita. Un día se dijo:

—Quizás no sea yo su hija y por eso no me quiere.

En su delicado cerebro esta idea cobró tales proporciones que estuvo á punto de volverla loca. No pudiendo soportarla, comunicóla á Beatriz. La buena aya se alarmó y la reprendió severamente por haber pensado semejante cosa. María guardó silencio. Jamás volvió á repetir preguntas como las que había hecho al aya; pero en su infantil espíritu quedó la duda, una duda que siguió atormentándola hasta que el tiempo la desvaneció.

Pasaron tres, cuatro y hasta seis años.

Margarita crecía como flor lozana, alegre y vivaracha, mimada y afectuosa. Jamás lloraba. Cuando volvía de paseo con su nodriza, estaba más contenta que nunca. Los frescos colores de la salud brillaban en sus mejillas y en sus labios, sus ojuelos resplandecían y su graciosa charla divertía á su madre que la abrazaba con locura y la cubría de apasionados besos. María la veía y la escuchaba en silencio, llorando las más de las veces, al comparar su triste suerte con la de su hermana, tan feliz y tan amada.

Con la edad aumentaban su tristeza y su reserva. Ni con Beatriz, único sér á quien respetaba y amaba, tenía ya expansiones. ¿Qué podía decir al aya? ¿Ignoraba acáso que tan inútil era hablarla del presente tan doloroso, como interrogarla acerca del pasado, cuyas reminiscencias hacían mas penosa su actual situación? Isabel sin duda la había prohibido contestar á las preguntas de ella y por eso callaba.

El recuerdo de su padre, del cariño que él la tuvo con-

tribuía á entristecer á María.

—¡Si él viviera,-pensaba la pobre niña,-si volviera algún día! Pero tal vez ha muerto! Ha muerto y yo lo ignoro! ¿Por qué me abandonará? ¿Donde estará, si vive? ¿Cómo se llamará? Ni aún eso recuerdo, y nadie me lo dice!

Llanto del alma la arrancaban sus tristes reflexiones y aquella incertidumbre cruel acerca de la existencia de su padre. Empero recuerdos y dudas, vagas esperanzas y dolores, los concentraba en sí. Con nadie hablaba de sus sentimientos, por temor de sentirse mas lastimada!

María contaba doce años y medio cuando se mudó su madre en la casa que ahora ocupaban. Isabel cambió mucho entonces, no de manera de sentir, sino de género de vida.

Antes salía muy poco, y no usaba mucho lujo ni recibía tantas visitas. En aquella solitaria casa que dejaran, sólo veía entrar María á ciertos hombres que trataban á su madre con mucha confianza y que también querían jugar con ella como con Margarita. De ellos se apartaba la niña con mucha repugnancia, evitando siempre sus caricias; pero sin sospechar lo que eran para Isabel, ni por qué les consentía ésta aquellas libertades.

En la nueva vivienda las cosas cambiaron. La niña, con su escasa comprensión y su ignorancia de la vida, desaparecía y la mujer se formaba. El espíritu de María se maduró precozmente. El velo de la inocencia que cubría sus ojos comenzó á desgarrarse por la fuerza de la edad, y por el descuido con que su madre la miraba. María fué núbil y el pudoroso instinto de la virgen despertó en su alma. Lentamente se abrieron sus ojos á la verdad, y de día en dia fué menos impenetrable para ella el secreto de la vida de Isabel. Adivinó el porqué de muchas cosas que antes la chocaban sin conocer el motivo de esa repulsión. Vagamente comprendió que algo vergonzoso ligaba á su

madre á aquellos hombres que venían á su casa. Las familiaridades que Isabel les permitía, querían tomarlas con ella tambien suponiéndola demasiado inocente ó ya corrompida, alarmando aquel pudor de niña, mas inquieto en la edad que ella tenía que en ninguna otra de la mujer. Cuando alguno de los amigos de Isabel pretendía abrazarla ó robarla un beso, huía de ellos, no creyéndose segura sino al lado de Beatríz.

Llegó á vivir tan sobresaltada que, sin poder soportar más, exigió á su madre que le diese habitaciones completamente separadas de las suyas. Isabel comprendió que María no era ya inocente como antes. Presentábasele ella como severo juez. Aquella exigencia era un insulto. Soportó, sin embargo, y consintió en lo que quería la joven. Ella ganaba también porque así era más libre de recibir á quien la pareciese conveniente, sin tener testigos importunos de su conducta.

María vivió separada de su madre, y más aislada que nunca, pero mas tranquila, siendo independiente. Veía á Isabel muy poco. Beatriz la acompañaba como siempre y la servía. De cuantos criados tenía su madre sólo la camarera no la era desagradable. Esta se llamaba Magdalena, y era una muchacha muy buena que había crecido en la casa. María la quería bien pero no la trataba por estar al servicio de Isabel.

La joven se educaba casí sola. A los doce años tuvo profesores que la enseñaron las nociones de cuanto aprendía por entonces una señorita en Madrid. Ella aprovechó aquellas lecciones, y se instruyó rápidamente. Poco después despidió por sí misma á aquellos profesores y á su maestra de labores y de música, y continuó sola sus estudios.

No quería ocasionar gastos á su madre. Desde que su razón había despertado se la ocurría un pensamiento doloroso, el más humillante de todos para ella:

—¿Será mi madre rica,-se preguntaba,-y lo que me da es suyo, ó lo recibe de....sus amigos y lo comparte conmigo? Oh! Entonces....soy cómplice consciente de.... una infamia y cometo una indignidad, hoy que sé....que he visto á qué precio paga ella los regalos que la hacen! No recibiré nada que tenga algún valor. Viviré pobremente, ya que no puedo huir de aquí.

Y la pobre María se estremecía de horror y sentía subir á su rostro el violento rubor de la verguenza cuando recordaba que más de una vez había sorprendido á su madre correspondiendo con un beso ó un abrazo al regalo de uno de aquellos hombres. Esto se hacía furtivamente, pero como la niña andaba entonces por toda la casa, veía más de lo que debía ver.

Negóse, pues, con tenacidad á aceptar lo que no la fuera absolutamente necesario; rehusó el servicio de los criadoa de Isabel, no consintiendo más que el de Beatriz, á quien quería y respetaba. Trabajó lo más que pudo, protestando así contra la ociosidad y el lujo de su madre.

Isabel la dejó vivir á su antojo no atreviéndose á dominarla.

La salud de María principió á alterarse. Tantas aprehensiones y pesares en edad tan crítica la enfermaron. Siendo robustamente constituida, como la faltó aire y ejercicio para el cuerpo, y un poco de felicidad para el alma, fué incompleto su desarrollo, y de ello se resentía siempre.

Llegó á extenuarse tanto que Isabel llamó médico para asistirla. El doctor Romero, su vecino, vino á verla. Desde los primeros días reconoció María en él á un amigo por el interés que por ella se tomaba, y á pesar de la reserva y de la desconfianza á que su situación la condenara, fué expansiva con el digno anciano.

Su alma se abrió á la esperanza. El cariño del doctor la recordaba al de su padre, aquel hombre tan bueno con quien soñaba siempre. El porvenir apareció á sus ojos me-

nos sombrío. Tenía un amigo; otro ser que la amara además de Beatriz. Qué consoladora era esta seguridad para la triste abandonada!

María se repuso un poco, y llegó á animarse hasta cierto punto.

Conoció luego á Andrés, y en él encontró á un hermano. La amistad del joven inspiró al doctor una esperanza halagadora. Manifestólo al joven, quien lealmente desvaneció sus ilusiones. No desesperó por aquel fracaso el buen anciano. Siguió visitando á María y velando por ella. Diariamente la veía, y más de una vez, si lo creía necesario.

Hacía algunas semanas que la encontraba mas triste. Sin embargo, su salud habia mejorado. ¿Por qué sufría, pues? Preguntóselo, y ella contestó evasivamente.

Notaba también el doctor el cambio de Isabel.

Todas las mañanas tropezaba con ésta al entrar en las habitaciones de María. El detestaba á aquella mujer por el mal que hacía á su hija y siempre la miraba con ojos desconfiados.

—Hum!-se dijo de mal humor, después de haberla hallado muchas veces. ¿Qué significa ésto? Aquí hay algo encerrado. Observemos, observemos para que no me engañen. Además, preguntaré á Andrés.

XVII.

Tan abrumado de trabajo se hallaba el joven abogado con los asuntos de Montalbán, que apenas tenía tiempo para ver á María. Las visitas que hacía á ésta eran cortas y mucho menos frecuentes que antes. También creía él notar en ella algo extraño, y más aún en Isabel.

Le ocurrió la idea de consultar sobre ello al doctor y así fué que se alegró de verle aparecer una noche en su gabinete; y aunque escribía en ese momento y estaba sumamente atareado, lo dejó todo para atender á su respetable amigo.

Era éste un hombre de poca estatura, ancho de hombros, y de complexión robusta. Aunque muy entrado en años andaba derecho y parecía fuerte y vivo como si no contase más que treinta. Sus facciones eran más enérgicas que hermosas, pero la expresión del conjunto agradaba por su franqueza y la alta inteligencia que revelaba. Tenía los cabellos enteramente canos, calva la frente y profunda é investigadora la mirada. Sus maneras eran algo bruscas, pero bajo esta aparente rudeza se adivinaba una gran bondad. Una larga levita negra, un chaleco algo corto, y un pantalón muy holgado le componían un traje más singular que elegante. Usaba siempre un corbatón de batista blanca, un sombrero de extensas alas, y un fuerte bastón con puño de oro. Ah! otro detalle! El buen doctor llevaba constantemente zapatos bajos de charol, con hevillas plateadas.

Era el digno hombre verdadero filósofo. Creyente sin fanatismo; sabio sin vano alarde de ciencia; caritativo sin ostentación de filantropía; amante de las glorias de su patria sin quijotismo, liberal sin jactancia; llano y sencillo en sus costumbres y en todas sus cosas.

Aunque no poseía una gran fortuna, despreciaba el dinero, y sólo lo aceptaba de sus clientes ricos para darlo á los pobres á quienes socorría de cuantas maneras estaban á su alcance. Era querido y estimado por todas las personas que le trataban.

Al entrar en el gabinete de Andrés se sentó sin ceremonia en una ancha butaca y colocó su bastón sobre las rodillas sin quitarse el sombrero.

El joven corrió á saludarle, y ocupó una silla frente á él, mientras el doctor le decía:

—No adivinarás, Andresillo, lo que me trae esta noche á tu casa.

El anciano médico daba algunas veces á Andrés el diminutivo cariñoso con que le nombraba de niño.

—Sea lo que fuere, mi buen doctor, estoy muy contento de verlo aquí. Pensaba ir mañana á hacerle una visita.

—Hubiera sido un trabajo inútil, porque no estaré mañana en Madrid.

—¡Qué me dice Ud., doctor! Y á dónde vá Ud?

—Para decírtelo me tienes aquí. Parto para Cádiz muy temprano.

—Y ese viaje repentino....? Porque yo nada sabía.

—Pues ni yo tampoco,–replicó el doctor. Lo he resuelto al recibir hoy una carta de un amigo mío.

—Oh!–exclamó Andrés.

—Sí, se muere en Cádiz, y me llama para que le asista, y además para comunicarme unos documentos que tiene en su poder. Pero, ya volveremos á hablar de eso. Ahora tratemos de otra cosa. ¿Hacen días que no ves á María,

Andrés?

—Hará una semana. Por Beatriz sé que no tiene novedad. ¿Por qué, doctor?

—Deseo que durante mi ausencia la visites más á menudo.

—Así pienso hacerlo, doctor. No es justo que la abandonemos los dos á un tiempo. La pobre niña se entristecería.

—¡Hum! No anda ella muy alegre, sin eso! De algunos días acá la noto desanimada y cavilosa.

—¿Se ha fijado Ud. también en ello, doctor?

—Como he observado que su madre la quiere ahora *mucho*, si hemos de juzgar por lo que la acompaña.

—¿Y qué supone Ud?.....

—¿Yo? ¡Nada! Que es preciso estar alerta con esa mujer. No hay que descuidarse. Siento salir de Madrid en estos momentos en que tengo metido en la cabeza que María va á necesitarme. Pero tú vigilarás, ¿no es verdad, Andresillo? Y además me tendrás al corriente de todo lo que ocurra.

—Cuente con ello, mi buen doctor. Y si nuestra pobre amiguita se enferma, ¿á quién podemos llamar como médico? Deja Ud. á alguno encargado de su clientela?

—Sí. Al doctor Garrigas. Es un hombre muy capaz y digno. Y le recomendé á María: A esta la dije también que podía tener confianza en él.

—Haré que le consulte á la menor novedad—dijo Andrés.

—No creo que mi ausencia dure más de un mes,—replicó el doctor, poniendo á un lado su bastón, y cruzando una pierna sobre otra. Quizás tenga que volver cuanto antes á Madrid por el mismo asunto que me lleva á Cádiz. Nada sé de fijo. Después que haya visto á Joaquin Moreno, que es el amigo de quien te hablé, te escribiré diciéndote cuando puedes esperarme. Sólo un caso grave como

—Bien, Andrés! No esperaba yo menos de tí,—dijo el doctor Romero mas tranquilo, y volviendo á sentarse frente al joven.—Sabía que aunque quieres tanto á ese Alberto no le favorecerías en sus torcidas miras (no creo que sean otras las suyas). Me iré mas descuidado, porque te confieso que la idea de que corriera María un peligro me mortificaba. Escríbeme cuanto ocurra á la niña, te lo suplico otra vez.

—Nada le ocultaré. Y veré á María todos los días si me es posible, para que así sienta menos la falta que van á hacerle las visitas de Ud., mi querido doctor.

—Eres un buen chico, Andresillo; tal como á mí me gustan los jóvenes. Confío en tí absolutamente.

Hubo otra pausa en la conversación.

El anciano médico, completamente calmado, se acomodó de nuevo en su butaca, cruzó las piernas, y se caló el sombrero.

—Si no lo tomas á mal, Andrés,—dijo interrumpiendo el silencio,—vamos á hablar ahora de otra cosa. Sé que tienes que hacer, pero lo que voy á decirte no dejará de interesarte también. ¿Recuerdas haber oido nombrar en casa de tu tío al conde de Guadiana? ¿Sabes quién era?

—Creo que tenía algún parentesco con mi familia. Mi tío me habló de ello alguna vez, pero también me dijo que no se sabía lo que había sido de ese señor.

—Ya verás. El conde era primo de tu madre y amigo de tu padre. A tí te quería mucho cuando eras pequeño.

—No recuerdo haberle conocido.

—¡Como que apenas andabas cuando él se ausentó! Marchó á la Habana para vivir con un hermano suyo que allí tenía negocios. Luego vino á establecerse en Cádiz, por esos mismos asuntos, y á poco se casó.

—No tenía la menor noticia de esos sucesos,—dijo Andrés.

—Pues sí. Se casó y el matrimonio le salió mal. La mujer era casquivana y le hacía sufrir. Luego durante un viaje que hizo á la Habana, llamado por el hermano que se moría, se le huyó la infiel, llevándose consigo á la hija del pobre hombre. Cuando éste lo supo, se volvió loco. Luego que sanó, por mas diligencias que hizo en buscar á la mujer y á la niña, nada pudo averiguar del paradero de ninguna de ellas. De pesar enfermó, y murió hace algún tiempo, dejando á don Joaquin Moreno, su amigo y notario, la tutela de la chica si aparecía, y todos los documentos referentes á su familia y á su fortuna muy considerable. Joaquin, que vivía en la Habana donde murió el conde, ha venido á Cádiz para volver á hacer pezquisas en favor de la hija de su amigo. Pero el viaje le ha hecho mal y el pobre hombre se ha enfermado de gravedad. Ya lo creo! Si es mas viejo que yo y no tiene la robustez mía!

Aunque no me ha visto hace tantos años, como siempre nos correspondíamos, al llegar á España sólo ha pensado en mí, y me escribe llamándome en su auxilio. Quiere que yo me haga cargo de los asuntos del conde. ¡Hum! El compromiso es grande, y no sé cómo saldré de él. En todo caso, Andrés, á tí te toca ayudarme, puesto que estás mas interesado que nadie en que se conozca la suerte de la chica de Guadiana.

—¿Cómo así? Qué tengo yo que ver....?

—¡Vaya una pregunta! No eres tú el único pariente del conde, después de la niña perdida? Guadiana era tu tío en segundo grado.

—Es verdad! No había pensado en ello. Pero crea Ud. doctor, que si le presto algún servicio en este caso, no me moverá el menor interés personal sino el deseo de favorecer á Ud. y á esa desconocida prima mía que quizás sufre, cuando puede ser feliz.

—Gracias por mí y por la chica, Andresillo. Eres muy noble, y por eso te quiero! Si fueras mi hijo estaria

satisfecho de tí como lo estoy de mí mismo.

—¡Oh doctor! No merezco elogios por eso. Al servir á Ud. no hago mas que cumplir mi deber.....

—¡Tu deber, tu deber! Es verdad. Yo así lo pienso pero eso es raro hoy. Hasta España que se conservaba caballeresca, á pesar de su decadencia, se vá materializando ó metalizando en el día. No llegará á ser lo que otras naciones, ¡á Dios gracias! pero siempre algo ha perdido de su nobleza.

—Dicen que ese es el progreso, mi buen doctor....

—El progreso? No lo entiendo yo así. Si de esa manera es que son civilizados los paises, quede el mío siempre atrasado é ignorante!

—Pero ya he charlado bastante,-añadió el buen médico después de callar un momento.

—¿Se despide Ud. ya?-le preguntó Andrés.

—¡No! Déjame ver la hora,-contestó él, sacando su reloj.

—Son las ocho y media,-dijo Andrés que había consultado también la hora en un cuadrante.

—Justamente. Pues bien, ¿sabes lo que se me ocurre? Vuelvo á ver á María, ya que es temprano, y yo mismo le diré todo lo que te recomendé para ella.

—¡Cuánto me alegro, doctor! Así estará mas satisfecha. ¡Vaya Ud! Y tenga la bondad de decirle que mañana iré á visitarla.

—No lo olvidaré. De tí no me despido hasta las diez. Si me lo permites, volveré por aquí.

—¿A qué hora parte Ud. mañana?

—Saldré de casa á las cuatro de la madrugada.

—Entonces le acompañaré un rato antes de irse. Es probable que pase la noche escribiendo.

—¡Cuidado, Andrés, hijo mío! No te fatigues demasiado. Considera que no eres robusto.

—Ni débil tampoco, aunque aparente serlo,-replicó

Andrés riendo.—Pero no se detenga Ud., doctor, si ha de ir á casa de María: ella se recoge temprano.

— Tienes razón,-dijo el doctor levantándose. Hasta mañana, pues.

—Adios, doctor, contestó Andrés, que estaba ya de pié.

El anciano médico salió del gabinete, y Zúñiga le acompañó hasta la escalera.

Allí se detuvo aún el buen señor y dijo:

— Oyeme, Andrés. No quiero que te molestes por mí, viniendo á mi casa en vez de descansar un rato en la madrugada. Voy á acostarme temprano, luego que haya visto á María, para levantarme á las tres. A esa hora nos despediremos aquí, si es que no estás durmiendo. Cuídate, hijo mío, para que puedas velar por nuestra protejida.

— Está bien, doctor. Le esperaré á Ud. á la hora que me indica, y trataré de dormir en seguida.

El doctor bajó la escalera y el joven se quedó mirándolo. Luego volvió á su gabinete y se sentó pensativo y disgustado delante de su escritorio. Antes de ponerse á trabajar, estuvo largo rato meditando con la cabeza apoyada en una mano y el codo sobre el respaldo de su asiento. No podía olvidar lo que le habían dicho de Montalbán. Sus reflexiones eran penosas.

— Alberto en Madrid sin que yo lo supiera! ¡Alberto visitando con frecuencia á María, sin decirme nada! ¡Faltar así á sus promesas, á su palabra! Oh! ¡Eso es indigno! No sé qué pensar de él. Estoy atormentado y molesto. Ya deseo que llegue el dia para buscarle y pedirle explicación de su conducta. Oh! Si crée él burlarse de mí, ¡lo juro! no le valdrá el ser hermano de Blanca á quien adoro, ni hijo de doña Luisa, á la cual venero, para que yo le perdone! María es sagrada para mí y no permitiré que nadie le falte sabiendo cuán digna de respeto es y de lástima. ¡Ay Alberto! ¿Serás siempre loco? ¡Y yo que te creía corregido de una vez!

Andrés se estuvo así pensando bastante tiempo. Al cabo, sacudiendo su preocupación, se dijo, disponiéndose á trabajar:

—Vamos! Tratemos de olvidar á María un poco. Tengo muchísimo que escribir, y no he hecho nada aún.

Sentóse al escritorio y comenzó á trabajar. Así se mantuvo con ligeras interrupciones, hasta que el doctor Romero volvió á despedirse. Le dijo que María no tenía novedad y se la recomendó de nuevo.

A las cinco de la mañana, rendido Zúñiga de cansancio se metió en la cama, pero no durmió mucho. A cada instante Alberto y María aparecían en sus sueños. La imagen de Blanca se confundía con la de los dos jóvenes.

XVIII.

Serían las ocho cuando despertó á Andrés una voz que decía en la parte de afuera de su dormitorio.

—¿No está don Andrés levantado todavía? Vengo á verle.

En seguida vió á Alberto de Montalbán entrar en su cuarto.

—¿Duermes, Andrés?–le preguntó el joven acercándosele á la cama, sorprendido al verlo envuelto aún en las sábanas.—Y es bastante tarde ya! El sol penetra hasta aquí. ¡Qué milagro que no estás ya escribiendo! Son más de las ocho.

— Me acosté al amanecer, y apenas he dormido. Estoy todavía cansado.

— Siempre trabajando! ¿Te quedas entonces en la cama?

— Voy á levantarme, y me alegro de que hayas venido porque tenía el propósito de ir hoy á tu casa; así me ahorras el trabajo.

— Desde ayer llegué de Granada, y venía á hablar contigo; pero preferí dejarlo para hoy. Voy á decirle á tu criado que venga para que te despaches pronto. Yo aguardaré en el salón mientras te vistes.

— Como quieras.

Alberto salió del dormitorio, llamó al criado de Andrés y luego se fué al salón. Una vez allí, abrió sin cumplimiento la puerta del balcón, y se asomó á él. Sus miradas se dirigieron á la casa de Isabel, casi toda cerrada á esa hora.

Sólo el portal y una ventana del primer piso estaban abiertos. En la última se veía, de lado, una cabéza encantadora. No era por cierto la de la viuda de Rivero, porque los cabellos que la cubrían eran dorados. Bien sabía Alberto á quien pertenecía la hermosa trenza que alcanzaba á ver.

Por un movimiento rápido la cabeza se volvió, y el dulce rostro de María apareció de frente.

Lanzó Montalbán al verla una exclamación sorda, quedando luego como extático. ¿Le vió la jóven? Tal vez. Lo cierto fué que no tardó en retirarse de la ventana.

Algo como un suspiro se escapó del pecho de Alberto, y una gran tristeza se manifestó en su semblante.

Con muestras de desaliento se quitó del balcón y fué á sentarse pensativo á un extremo del salón, aguardando así que viniese Andrés.

Este no se hizo esperar mucho. Enteramente vestido como para ir á la calle, entró donde estaba Montalbán.

Con mucha frialdad se sentó á alguna distancia de él y pidió el café.

—¿Quieres?–preguntó solamente al jóven, ofreciéndole una de las dos tazas que á poco rato le presentó su criado.

—Gracias,–contestó Montalbán, quien cogió un libro y se puso á hojearlo con distracción mientras Andrés saboreaba el ardiente líquido.—Tomé en casa antes de salir.

Zúñiga observaba á hurtadillas al hermano de Blanca, en tanto que despachaba su taza de café, y luégo arreglaba un cigarrillo. ¡Qué cambiado estaba Alberto! ¿Era aquel el alegre jóven tan aturdido y locuaz que había venido dos meses antes á exigirle que le presentase á Isabel de Rivera? ¿El loco, el atolondrado, el seductor, casi puede decirse, el libertino, á quien sentaba á maravilla el papel de Don Juan? Oh! Cuán distante estaba el jóven de parecerse á aquel conquistador de corazones, al robador de voluntades, al héroe famoso de galantes aventuras!

Montalbán estaba triste, y en su mirada se notaba un profundo desaliento. La frialdad de Andrés parecía afectarle, aunque no lo manifestara. Hojeando su libro se quedó todo el tiempo que tardó éste en tomar su café y en fumar. Por fin Zúñiga, después de arrojar el cigarrillo medio consumido, le dijo con acento grave, algo conmovido, á pesar suyo:

—¿Qué tienes que decirme, Alberto? Aguardo la explicación que, según supongo, vas á darme de tu conducta, para saber si debo seguir considerándote como amigo mío, ó juzgarte como á un extraño.

Al oir las palabras de Andrés, se estremeció Montalbán. Dejando el libro que tenía en la mano sobre una silla próxima á él, se levantó erguido y contestó á Zúñiga, mirándole de frente, con orgullo, aunque su tono fuera reposado.

—Es cierto, Andrés, que te he dado derecho para

creer que no tienes en tu presencia al Alberto de otros tiempos. Mi silencio para contigo te autoriza á tratarme con esa seriedad, pero no continuarás haciéndolo cuando te diga francamente á lo que he venido hoy aquí!

—No deseo otra cosa. Habla, que me interesa mas que nunca conocer tu pensamiento, dijo Zúñiga, algo impresionado por el acento de dignidad de Montalbán.

—Andrés, mírame bien! ¿Te parezco el mismo hombre ó estoy cambiado?-preguntóle el jóven, mirándole de hito en hito para ver que efecto producía en su amigo el exámen de su rostro que él le presentaba á toda luz.

—Has enflaquecido un poco y te encuentro mas serio-contestó Andrés, bastante afectado, aunque haciendo esfuerzos por conservar su seriedad. ¿Has estado enfermo?

—No! Es decir, que mi cuerpo no ha sufrido, pero mi espíritu....¡oh Andrés! He estado casi desesperado!

—Pero ¿por qué, Alberto?-le preguntó Andrés que se conmovía al oirle mas de lo que hubiera querido.

—¿No lo adivinas? ¡Me figuré que lo sabías!-respondió él con amargura.

—Quizás. Pero dí ¿Qué te pasa?-insistió Zúñiga ansioso.

—¡Oh Andrés! ¡Amo á María, y la amo sin esperanza! Aquella contestación de Alberto fué como una explosión de sentimiento y de dolor. Dejóse el jóven caer en una silla con muestras del mas profundo desaliento.

—¡Desgraciado! ¿Qué dices?-exclamó Andrés levantándose precipitado y alarmado por la expresión tan triste y dolorosa del rostro de Montalbán.—¿Qué dices?-repitió cogiendo las manos de su amigo y sacudiéndolas para reanimarle. ¡Explícate, Alberto! Dime cómo ha sido eso y por qué no has tratado de evitarlo? Habla, habla.

—¿Evitarlo? Ah! no era posible, y ¿como ha sucedido? de la manera mas fácil. Ví á María la noche que fuí contigo á su casa y no salí de allí antes de que esa niña

con una sola mirada me robara el corazón! No creí el daño grave al principio. Me sentía mejor y mas feliz amándola. ¡Lo que ella me inspiraba era tan dulce! Era algo que yo no conocía! Un sentimiento inefable, Andrés, casi celestial! A mí que en las mujeres lo primero que me seducía era la forma, ni me fijé bien en las de María. En ella solo ví una cosa, y fué que su figura correspondía á la de un ángel. Y ¿acaso amamos en los ángeles lo material? ¿No es el espíritu tan puro de que los suponemos dotados lo que en ellos adoramos? Y ese espíritu me cautivó en María. La imágen de la niña me llenaba por completo. Cuando salí de su casa me dirijí á la mia para pensar en ella, y no queriendo que nada me distrajera, me encerré en mi alcoba. Esa noche soñé con ella. La ví en forma de arcángel extendiéndo sobre mí sus alas, y tocándome la frente con un dedo. ¡Qué serenidad me dejó al desvanecerse aquella visión tan seductora! Isabel con todos sus hechizos estaba ya olvidada! Apenas si me acordaba de ella. María era la que me enajenaba y su nombre me venía á la memoria y á los labios sin poderlo remediar.

A la mañana siguiente estaba yo levantado muy temprano. Mi primer pensamiento fué para tí....por ella. Deseé verte para estar cerca de María, y casi al amanecer me dirigí hacia acá. ¡Oh grata sorpresa! Las primeras personas que llamaron mi atención en esta calle fueron ella y su aya! Como supuse, iban á misa.

Mis ojos se encontraron con los de la jóven. La saludé y me contestó algo turbada, quizás por mi mirada fija en su rostro. No entré aquí sino que de lejos la seguí. No sé si ella lo advirtió al salir de misa porque no me miró.

Al otro día y después volví á verla....¡Ay Andrés! La mirada de esa niña me hizo mal en las demás veces que la encontré y en que tuve ocasión de saludarla! ¡Qué desconfianza y que frialdad noté en ella! ¡Qué diferencia en-

tre la dulzura con que me enajenó el primer día y la dolorosa impresión que me causó después! De la embriaguez en que viví la primera semana me sacó esa severa mirada. Volví á la realidad, y me acordé de todo lo que me habías dicho. Yo no creía haber faltado á lo que te prometí, Andrés, puesto que no me había ocupado de Isabel, pareciéndome una cosa horrible la sola idea del amor puramente material é indigno de esa mujer, cuando tenía el alma llena con el puro amor de su hija! Y á ésta me contentaba con adorarla de lejos, sin la menor intención de hacerme corresponder por ella! El sufrimiento terrible que me causó lo que yo llamo el desprecio de María, me hizo comprender cuanto la amaba, y todo lo que la separaba de mí! Recordé mi vida, y me dije que esa niña que tan fácilmente te hubiera amado porque eres bueno y digno y merecerás su confianza, no podrá jamás amar á un hombre vicioso y corrompido como yo; que quizas ella habría oido hablar mal de mi conducta; que su madre le habría dicho....¡Oh¡ ¡que temor tan cruel! ¿Se habría apercibido María de que Isabel me agradaba? Porque á ésta también la había yo visto en su balcón y en la calle, y las coqueterías que hacía para cautivarme no tenían cuento. Tuve frío al pensarlo é hice responsable á esa mujer del desprecio de la hija, casi la aborrecí. No! María no me amaría! Lo merecía yo acaso? No era yo un maldito para ella? Una repugnancia inmensa de mí mismo y de los demás seres con quienes antes había vivido alegre y atolondrado me invadió. Y apesar de ello, por esos seres y por esa vida me dejé arrastrar queriendo aturdirme! Y nunca aparenté ser mas vicioso ni cometer mayores indignidades que cuando aborrecía el vicio y suspiraba por otra vida mas ennoblecedora! Tú me viste y me oiste aquella tarde, Andrés! Bien debiste comprender que no era la ruina lo que me asustaba y me entristecía! ¡Bah! Me hubiera yo burlado de ella y de todo si mi corazón no hubiese estado profundamente he-

rido! Me propusiste el viaje á Granada, y acepté el pretexto que se me ofrecía para huir de mis compañeros de locuras, de María....y del amor que ella me inspiraba! Sí! Yo quería huir! Pero antes de llevar á cabo mi propósito, me fué imposible resistir al deseo de verla de cerca, de invocar respetuosamente su consideración, de hacerla comprender que cuando tú me estimabas era porque algo bueno había en mí, Andrés! Sólo por ésto te pido perdón! Oh! Si supieras lo que medité antes de determinarme....! La víspera de mi viaje no dormí. Toda la noche estuve reflexionando acerca del paso que iba á dar. Pero al venir acá por la mañana, no pude resistir á la tentación que se apoderó de mí; entré en casa de Isabel é hice anunciar á María mi visita. Ella me recibió. A su lado estaba su madre... Ah! esa mujer! Esa mujer, Andrés tan coqueta se mostró conmigo, que ví cuando la niña se volvió con disgusto para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos. Mas que nunca estuvo fría y reservada. Parecía decirme: "¿Qué buscas, qué deseas? ¿Crées que yo me parezco á ella?" Salí de esa casa resuelto á irme por mucho tiempo, á hacer lo posible por olvidarla. Nada te hablé de María. ¿Qué hubiera podido decirte? Yo no quería recordarla ni saber de ninguna, ni de la madre ni de la hija! Ni del ángel ni de la prostituida, puesto que no era digno de la una y despreciaba á la otra! Me despedí de tí y abandoné á Madrid.

Alberto calló un instante como sofocado, había hablado como quien desahoga algo demasiado lleno y que se derrama, sus palabras salían precipitadas y rápidas. Andrés le escuchaba tan conmovido que ni siquiera se acordaba de la severidad con que había comenzado á tratarle.

Después de una pausa, continuó el jóven sonriendo con amarga ironía:

— ¡Olvidar! ¡Sí! ¡Yo pretendía olvidar á María! Me imaginaba que estaría mejor lejos de ella. Durante los

primeros días, me ocupé mucho y así me distraje un poco, pero luego volvió aquella obsedente idea! ¡Aquel pensamiento atormentador! "María me desprecia!" á lo cual respondía mi corazon: "Y yo la amo!" ¡Qué tortura sufrí! Y ya no se me ocurría olvidar en medio de orgías, aturdirme con lo que el mundo llama placeres; eso. que no es hoy para mí sino un degradante suplicio ó un fastidio mortal! Teatros, bailes, fiestas, todo me es indiferente ó me aburre! El juego, el amor fácil, la orgía, me horrorizan! Me avergüenzo de haber sido antes tan insensato. Tengo náuseas de mi antigua vida!

Alberto dejó su asiento, y principió á andar á grandes pasos en el salón, diciendo muy agitado, y con acento doloroso.

—¡Cuán lejano me parece ya el tiempo en que esas cosas me divertían! En Granada no sirvieron ni á distraerme siquiera. A los quince días de estar allí, me asaltó el deseo de volver á Madrid, y aunque lo combatí cuanto pude fué aumentando cada día mas. Has visto que no cedí pronto á ese deseo que tanto me mortificaba; pero el disgusto y el fastidio eran en mí tan grandes que al fin no resistí á él y salí de Granada.

Lo dejo allí todo arreglado como me aconsejaste; por ese lado marchan bien las cosas. Aunque á mí eso me interesa poco, y si de ello me he ocupado es por complacerte y por darle gusto á mi bendita madre. ¡La pobre! Ayer me creyó enfermo, y se entristeció al verme. Me hizo mil preguntas, y me dijo que no desea que vuelva á Granada porque encuentra que allí he desmejorado. Por un momento me ocurrió la idea de arrojarme á sus piés, y de confesarle mis penas! Pero antes quise ir á casa de María; ver á ésta, hablarla, manifestarla de nuevo mi respeto; dejarla adivinar mi ternura! ¡Oh Andrés! Temblaba casi cuando subí la escalera de su casa! ¡Cómo me palpitaba el corazón!

Encontré á Beatriz quien me condujo al salón de su niña. María estaba sola. Me pareció turbada y triste y como siempre estuvo silenciosa y reservada. Fría y casi orgullosa al hablarme, mientras que mi alma toda estaba en mis ojos, y que mi humildad sólo igualaba mi cariño! Llegó el doctor Romero, y comprendí lo desagradable que le era mi presencia allí. El, que es tan franco, tan cordial, apenas me dirigió la palabra. Esto me causó un dolor profundo, Andrés. El doctor me desprecia también ó desconfía de mí! Y á tí te quiere tanto! Te confía á la que considera como su hija. ¡Oh mis antiguas locuras! ¡Cómo os detesto! ¡Cuánto os maldigo! ¡Caras las estoy pagando, Andrés! ¡No puedes figurarte cuánto sufro!

Alberto se detuvo un momento y se pasó la mano por los cabellos. Andrés no dijo nada, sino aguardó á que el jóven continuara.

— Sí, caras!-prosiguió él paseándose mas nervioso cada vez.—Ayer tuve otro desagrado cuando entró Isabel en el salón donde nos hallabamos el doctor, María y yo. Llegó ella fingiendo sorpresa al encontrarme allí. En seguida la niña y su anciano amigo se pusieron á hablar aparte, como si quisieran manifestarme con ello que mi visita solo correspondía á Isabel. No sé como me despedí de María y de su madre, Andrés, porque salí de esa casa desesperado. Quería venir á verte, pero no tuve ánimo para hacerlo. Me encerré en casa, y pasé el dia y la noche cavilando. Me he propuesto salir de esta situación que me mata, Andrés. Y después de reflexionarlo mucho, estoy resuelto al paso que voy á dar. Por eso me tienes aquí. Como siempre, te necesito y cuento contigo. Vas á ayudarme. Ahora si serás mi abogado, Andrés, pero no ante tribunales, sino ante corazones! ¡Oh Andrés! Una vez mas serás bueno conmigo! En lo que haya faltado, perdóname! Y crée que mi intención ha sido siempre recta. Ni un solo día he pensado siquiera en ofender á esa niña, te lo juro! ¿Fal-

tar á María cuando nadie mas que yo la venera? Ah! Que se le ocurra á alguno no respetarla como á lo mas noble, á lo mas puro que hay en el mundo, y verán si sé defenderla!–añadió Alberto con calor deteniéndose delante de su amigo; despues, cruzando las manos para implorarle, le preguntó: ¿Andrés, me juzgas tú también indigno de ella? ¿Crées que merezca el desprecio y la desconfianza que me tiene? ¡Dí!

En la voz de Alberto se sentían lágrimas. Estaba vencido el arrogante, el victorioso Montalbán. El amor verdadero le había subyugado. El acento de verdad y de tristeza que tenían sus palabras conmovía profundamente á Andrés, y le daba ganas de llorar también.

—No, Alberto,–dijo con mucha dulzura é infinita bondad. No, Alberto! Jamás has sido indigno, siempre te lo he dicho. Indigno, en el sentido que yo le doy á esta palabra, espero que no lo serás nunca! Si alguna vez, y hoy sobre todo, he sospechado de tí, has tenido la culpa tú mismo por la reserva que has guardado conmigo respecto de tus relaciones con esa niña. ¡Te suplico que me perdones, mi pobre amigo! Si supieras cuanto me apena verte tan triste! Mi pobre Alberto, anímate un poco. ¡Has mayores esfuerzos por olvidar....

—No lo pretendas, Andrés! No exijas tal cosa de mi! Recuerda que un día me dijiste que no eres dueño de tu corazón, y que amabas á una mujer sin esperanzas, pero con constancia tenaz! Oh! ¿Te figuras que lo he olvidado? ¡Pues no! Nunca me he acordado tanto de ello como en estos días! Tu amas, Andrés, y bien sé que amas de veras, cuando por ese amor has resistido al encanto de María! ¿Puedes olvidar porque lo quieras? ¿Quieres olvidar así lo pudieras? Dí! Oh! Te desafío á que me respondas afirmativamente! De seguro no lo harás! Bien sabes que el amor tiene eso de particular. Sufre uno por sentirlo, y sin embargo prefiere ese sufrimiento al vacío que se

experimenta sin él!

Andrés no supo que responder, y dejó que Alberto volviera á hablar. El joven prorrumpió otra vez:

—No! Yo no me empeñaré en olvidar sino en el caso de que lo que intento hacer me dé mal resultado.

—¿Y qué es ello, Alberto? ¿Qué meditas?

—¿Recuerdas, Andrés, que tú accediste por fin á llevarme á casa de Isabel cuando era la madre la que me atraía?

—¡Bien no lo quería yo, Alberto!

—No lo olvido, pero lo cierto es que cediste, al fin.

—Bueno, ¿y qué?

—Que si entonces, que sólo abrigaba yo sentimientos poco recomendables me acompañaste allí, hoy que sólo me impulsa la mas pura intención, el deseo mas santo, el sentimiento mas digno, no vacilarás, Andrés, y me darás gusto en lo que voy á suplicarte!

—Pero acaba ....

—Vas á llevarme á la presencia de María; á llevarme, ¿lo oyes? No digo á acompañarme porque lo que quiero que hagas debe parecer como que sale de tí, que es expontáneo! Me llevarás allí, y dirás á esa joven que puede considerarme tan honrado como te juzga á tí. Que yo la adoro, que....

—Estás loco, Alberto! ¿Qué piensas de mí? ¿Te imaginas acaso que esas cosas pueden hacerse? Yo....

—Tú, tú! Sé lo que vas á añadir! Tú eres demasiado serio, demasiado juicioso para prestarte á niñadas como las mías, á una locura! No es una niñada lo que constituye la felicidad ó la desgracia de un hombre, Andrés! Y una locura....Loco si estaré quizás, si pierdo toda esperanza!

—Vamos, Alberto! Y qué quieres que diga, y qué haga? ¿Qué vea á María y la revele que la adoras? ¿Qué mas añadiré á esa confesión que ha de turbarla y que qui-

zás la disguste por lo insana?

—Le dirás que he ido contigo para suplicarla de rodillas que me permita amarla! Que vuelva á mí sus ojos, que consienta en salvar á un desgraciado, en asegurar su conversión, en ser el ángel de su guarda! ¡Que me ame, en fin! Que yo la idolatraré entonces, y no viviré mas que para consagrarla esa vida mía que será otra suya, esa vida que ella me habrá dado! Tú sabrás conmoverla.

—Bien! Después que haya dicho eso á María ¿qué mas le ofreceré? Si ella se digna escucharte ¿qué harás?

—¿Qué habrías hecho tu de haberla amado si ella te hubiera correspondido, Andrés?

—Me habría casado, Alberto, pero tú no estás en el mismo caso....

—¿Y por qué no? Valgo acaso mas que tú? Será ella menos pura, menos merecedora por quererme? ¡Oh Andrés! Si María consiente en ser mi esposa, me creeré regenerado por completo! Seré otro hombre! No sé como es....

—Alberto, Alberto! No desvaríes! Te comparas conmigo: piensas que puedes casarte con María como yo lo hubiera hecho! Pero no calculas, loco, la diferencia que existe entre tu condición y la mía? Yo soy pobre, casi oscuro, sin familia á quien dar cuenta de mis acciones; independiente, por consiguiente en todos sentidos: así es que á nadie chocaría ni parecería extraño mi matrimonio con una persona de quien ni siquiera se conoce el origen, mientras que tu eres conde de Montalbán, el heredero de un nombre tan conocido en la sociedad y de una fortuna....

—Que sólo á tí deberé. Calla, Andrés, porque tus argumentos son falsos. Bien sabes que vales mas que yo! que eres noble por tu familia y por tí mismo, que si no se te conoce como á mí es porque no has querido cometer locuras y llevar vida licenciosa como yo. ¡Buen título de nobleza el mío! En cuanto á las riquezas, ¿no sería yo

mas pobre que tú si no hubieras estado dispuesto á servirme? No me había casi arruinado otra vez? A qué hablas de eso? Casi me ofendes, Andrés.

—¿Y tu familia, Alberto? No piensas en ella? ¿Qué diría.....

—¿Qué dirá? Bien sabes que mi madre me ama como no amó más otra madre á su hijo. Me adora y es buena; buena cual ninguna. Su alma es grande y noble, mas noble que su nombre. Ella olvidará las exigencias de éste para atender á lo que aquella la impone. Esa bendita madre mía no sabrá resistir á mis súplicas si yo la imploro; si le declaro cuanto amo á María, y si la digo que mi felicidad depende de su indulgencia y mi vida de su bondad, cederá, sobre todo si tú, Andrés, abogas por esa niña, si la interesas en favor de ella, si la conmueves como me conmoviste á mí cuando yo no la conocía, si la obligas á amarla antes de haberla visto.

—Escucha, Alberto. Veo que estás tan exaltado que es preciso complacerte, pero no haré todo lo que me pides, mi pobre amigo, porque así no pueden pasar las cosas. No te llevaré, como dices, á casa de María, sino que veré á tu digna madre, y después que sepa lo que piensa, hablaré con esa niña. Si el doctor Romero no se hubiera ausentado precisamente hoy, á él habría yo suplicado este paso, por ser á quien le correspondería darlo, por su edad, y por la confianza que inspira á María. ¿Qué dirá él cuando sepa lo que ocurre? ¡Cuánto diera porque estuviese aquí! Pero Dios y los acontecimientos me inspirarán. Veré hoy á tu madre, y la diré....

—Oh Andrés! Ahora mismo, si puedes, vamos á casa. Ven, amigo mío. Y me someteré á cuanto te parezca bien. En tus manos me encomiendo. Dispón. Haz lo que juzgues conveniente. Pero no tardemos. ¡Si supieras lo ansioso que estoy! ¿Vendrás? Si no tienes mucho que hacer, no desperdiciemos la hora de la mañana. En

este momento puede mi madre recibirte. Sí, Andrés. Coje tu sombrero, y vamos á casa.

Alberto parecía un niño, tan lleno de mimo era su acento, y tan melosamente tiernos sus ademanes. Buscó con la vista el sombrero de su amigo, y se lo presentó; vió su bastón, y se lo trajo también.

—Toma, Andrés,-le decía con tímido y suplicante tono, pareciéndole que Zúñiga iba á negarse á seguirlo ó á pretextar algún inconveniente. Toma. ¿Qué mas necesitas ahora?

Andrés tuvo que sonreir á pesar de la lástima que le daba la locura de Alberto. Sin reflexionar nada, se puso el sombrero; llamó al criado y le hizo algunas recomendaciones.

Isabel se hallaba en su balcón, y vió á los jóvenes cuando salieron. Alberto dirigió una mirada á la ventana de María. Andrés alzó la vista también y se encontró con los ojos de Isabel, á quien tuvo que saludar. Montalbán imitó á su amigo. No lo hizo, empero, con el entusiasmo de la vez primera que vieron juntos á la hermosa vecina de Zúñiga.

—Te convencerás, Andrés,-decía á éste mientras caminaban,—de que mi madre no se opondrá á nada. ¡Es tan buena y me quiere tanto! ¡Tengo esperanzas, Andrés, tengo esperanzas! ¡Me parece que respiro mejor! Sentía tal peso sobre el corazón mi buen Andrés! ¿con qué te pagaré todo lo que haces por mí? Oh sí! Si María me ama á tí te deberé mi felicidad, la inmensa dicha de que gozaré. No tengo palabras para manifestarte lo que serás para mí entonces. Jamás tendré bastante cariño para tí, mi buen amigo, mi hermano querido!

—Vamos, cálmate, Alberto. Tiempo habrá para tu gratitud después. Mira que los sentimientos violentos son á veces los que menos duran.

—No sucederá así con los mios. Si Dios lo quiere, ya lo verás.

XIX.

El joven abogado se habia hecho anunciar á la condesa de Montalbán, y ésta le aguardaba en su gabinete particular. Alarmada estaba la pobre señora con el anuncio de aquella visita. Nuevas inquietudes le habian venido desde la víspera: temia la amante madre que Alberto estuviera enfermo, y además, como sabia penetrarlo, adivinaba que era desgraciado, y sufría por que él lo callaba

Muy temprano había llamado á Pedro para preguntarle por Alberto. El buen hombre le había dicho tristemente que el señorito apenas había dormido, que el día anterior tampoco había comido, que se había estado encerrado en su gabinete, y que desde el amanecer había salido.

—¿No sabes á dónde ha ido?–le preguntó muy afligida.

—Nada me dijo,-contestó el criado suspirando.

—Pues bien, cuando vuelva dile que yo deseo verle, y avísame para ir donde él.

Pedro había traído el recado de Andrés.

Al entrar éste, no le dejó la condesa saludar.

—Gracias á Dios que le veo por aquí!–díjole tendiéndole las manos:–siéntese á mi lado. Tengo tantas cosas que hablar con Ud. El joven obedeció, y después de informarse de la salud de Blanca, dijo á la condesa:

—He venido tan temprano porque soy portador de grandes nuevas, señora.

—¿Referentes á Alberto?–preguntó ella, no pensando

mas que en su hijo? Ha ido él por allá, Andrés? ¿Ha visto Ud. lo cambiado que está? ¿Sabe Ud. lo que tiene?

—Con efecto, señora, Alberto no es el mismo, pero no debe Ud. afligirse por ello....

—No me diga Ud. eso, Andrés. ¿Cómo quiere Ud. que no me inquiete al ver á mi hijo tan diferente de lo que era? Si á lo menos supiera por qué sufre trataría de aliviarle. Pero él nada dice. No sé á qué atribuir su abatimiento. Mire, Andrés, no me acuse Ud. de debilidad, pero le confieso una cosa. Quizás hubiera preferido que Alberto fuera siempre loco, á que sea juicioso á costa de su alegría y de su salud. ¡Esa alegría era tan natural en él! La pobre doña Luisa rompió en llanto al decir ésto.

—No tiene Ud por qué entristecerse así, señora,-le dijo Andrés. Lo que tiene Alberto se le pasará.....

—Pero sabe Ud. si está enfermo? Le ha sucedido algo en Granada? Cuando se fué ya estaba algo cambiado, pero no así. Pedro me ha contado que allí pasaba la vida muy triste, que no quería distraerse. El buen hombre que antes era tan severo con Alberto, cuando cometía sus locuras, siente ahora no verle alegre como en otro tiempo. Pero ¡á quién no ha de darle pena el cambio que ha habido en él! Cuando hasta Blanca está triste!

Doña Luisa suspiró y se enjugó los ojos con su pañuelo.

Andrés, muy conmovido, mientras pensaba en la manera de explicar el motivo de su visita, le dijo:

—Mi buena señora, no sabe Ud. cuánto me duelen la inquietud y el pesar de Ud. Bien quisiera hacerlos cesar, pero como quizás el conocimiento de la causa que produce la tristeza de Alberto ha de aumentar el disgusto de Ud. vacilo en revelársela.....

—Nó, nó, Andrés-exclamó la condesa con viveza.—Nó! Dígame Ud. lo que sepa! ¿Qué le pasa á mi hijo? ¿Le ha hecho él alguna confidencia? ¡Todo lo prefiero á

la ansiedad que tengo!

—¿Pero será posible que Ud. no haya sospechado nada? ¿Su instinto maternal no le ha advertido del mal que padece mi pobre amigo? ¡Oh si! El tierno corazón de Ud. señora debe haberle dicho cuál es la enfermedad de Alberto. Lo adivino en sus ojos!

—¡Qué, Andrés! ¿Estará mi hijo enamorado? Y es por eso que sufre! Válgame Dios! Y no decírmelo! Ocultarlo así.... Hable Ud. Andrés!

—Sí señora. Es cierto. Alberto ama por la primera vez en su vida y eso es lo que le hace desgraciado.

—¿Y es eso acaso una desgracia? ¿A quién ama pues para que no se atreva á revelarlo ni aún á su madre que le adora, Andrés? Amigo mío, hable Ud. Cuéntemelo todo. ¡Oh Dios mío! ¿Por qué Alberto no tendrá confianza en mí? Y en el semblante de la pobre madre estaban pintados la ansiedad y el dolor.

—Cálmese Ud., mi buena señora, y escúche, se lo ruego!-le dijo Andrés afectuosamente.—El es quien me envía donde Ud. para declarárselo todo, porque teme no saber hacerlo como yo. ¡Está tan exaltado! Y mi deseo es que Ud. conozca la situación de Alberto para que pueda juzgarla. La verdad del caso es que el infeliz sufre porque no sabe si será correspondido, y además teme que Ud. desapruebe su elección.

—Y qué! ¿Será indigna la mujer á quien mi hijo ama de un modo tal, que le ha trastornado? Eso sí que será una fatalidad, Andrés! ¡Solo eso nos faltaba!

—¿Indigna la que aún involuntariamente ha sido causa de la conversión de Alberto, la que le ha regenerado? ¡Oh señora! Para responder á Ud. sólo le diré una cosa, y es, que la que ha inspirado á su hijo un amor tan profundo como puro, si fuera hija de Ud. no sería mas noble, ni poseería un corazón mas bello!

—Me vuelve Ud. á la vida, Andrés, porque lo que me

temía era que Alberto eligiese mal. Pero entonces que....

—Va á cesar para Ud. el enigma, señora, porque todo se lo contaré. Sabrá Ud. quién es María; de qué modo ha venido á ser mi protegida, cómo la conoció Alberto y cuáles son sus relaciones con ella. Si me extiendo sobre las virtudes de esa niña es porque ella lo merece. No crea Ud. que el entusiasmo ó algún otro sentimiento impropio en este caso, me hagan exagerar en lo mas mínimo. Para elogiar á esa sublime criatura no encuentro yo nunca suficientes las palabras.

Andrés habló largo, larguísimo rato. Refirió sucintamente á la condesa cuanto sabía él respecto de María. Le explicó la enfermedad de ésta, su tristeza, el interés que inspiraba á cuantos la veían. Describió la hermosura y la gracia de la niña. Dijo cómo la había él conocido, y cuánto la quería el doctor Romero, persona estimada por doña Luisa, los temores del buen médico por la vida de su protegida. Contó la visita de Alberto á casa de Isabel, y la influencia que esa visita había tenido sobre la suerte del jóven; el amor que había inspirado á éste, sin saberlo, la interesante criatura; el dolor de Alberto por creerse despreciado; su resolución de ausentarse de España, de irse lejos si su madre no consentía en hablar á la joven en favor suyo; todo lo relató condetalles conmovedores. Nada omitió referente á Isabel porque creía su delicadeza interesada en que la condesa conociera todo lo desfavorable de la alianza que Alberto proyectaba. Nunca había estado Andrés mas elocuente.

La condesa le escuchaba con el interés mas profundo. Las locuras y la indiferente crueldad de Isabel la indignaron; los sufrimientos de la pobre mártir inocente le arrancaron lágrimas; estremecióse al oir á Andrés hablar de la desesperada resolución de Alberto, y no dejó que el joven terminara su relato.

—Basta, basta, Andrés! ¡No añada Ud. mas, porque

es inútil. Ya amo á esa niña! Ya deseo verla! Sea Alberto feliz con ella, y nada me importa lo demás! ¿Qué se me da á mí del mundo en este caso? Las faltas de la madre!.... Ellas hacen resaltar mas la virtud de la niña! ¿Qué son las consideraciones sociales en comparación de la dicha de un hijo, de la vida de la que le ha regenerado y lo ha hecho noble y bueno como yo lo deseaba? ¿Iré á comprometerlos por orgullo y vanidad? ¡Oh Andrés! Piénselo Ud! ¿Qué mas buscaría yo en la mujer que se casara con mi hijo, de lo que tiene ese ángel? ¿El nombre? ¿La fortuna? ¿No es eso miseria y presunción? La educación de esa niña y sus nobles sentimientos que no debe á la casualidad que la hiciera nacer lejos del vicio é ignorante de él, sino á Dios, que se los ha inspirado, á Dios que vela por ella, ¿iré yo á desconocerlos por soberbia? Oh nó! Si así fuera merecería que ese Dios tan bueno con ella me castigara, Andrés! Hijo mío, háblele Ud. en favor de Alberto! No es éste sólo el que se lo suplica, sino su madre también! Dígaselo así á ella! Ruéguele que no rechace el amor de mi hijo! Ud. la convencerá, ¿no es verdad, Andrés? Sí! Ud. sabe hacerlo porque habla con el alma, y la verdad se siente en sus palabras! Ese es el secreto de Ud. para conmover, mi buen amigo. Emplée, pues, ese dón que tiene Ud. en nuestro favor: hable á esa sublime niña como me ha hablado á mí, con el mismo sentimiento, con la misma sinceridad, y no dudo que ella consentirá en llamarse mi hija, en ser la esposa de mi Alberto! Blanca también se lo suplicará, Andrés. ¡Cuánto la queremos todos! Cómo tratarémos á fuerza de ternura de hacerla olvidar lo que ha sufrido! Yo iré después á repetirle ésto, mi buen amigo. ¿Crée Ud. que ella se ablandará? ¿Debemos tener esperanzas? Ud. que la conoce, puede decirlo, Andrés! Oh!-exclamó por último doña Luisa, sofocada por la emoción, y sin fuerzas para continuar. oh! no es posible que ella resista, nó, nó! Mi hijo.....

Las lágrimas de la sensibilísima señora, habían estado corriendo sin que ella lo notara, mientras hablaba. Andrés la escuchaba enternecido. Estrechando las manos de doña Luisa, le contestó con el mas conmovido acento:

—Nó, mi noble señora, nó! María no resistirá á la bondad de Ud. Es ella demasiado tierna, demasiado afectuosa, y está muy privada de afectos para rechazar los santos y puros que la ofrecerán Ud. y sus hijos. Seré gustoso y fiel intérprete de Ud. Nada ocultaré á esa niña. ¿Y cómo pudiera hacerlo, cuando seré feliz diciéndoselo todo? Me parece un sueño esto. ¡María amada por Uds....! María dichosa....! No me atreví yo á esperarlo. ¿Qué dirá el doctor Romero cuando lo sepa? Pero Ud. se lo escribirá, señora. ¿No es él como si dijéramos el tutor moral de esa niña? El ha velado por ella, la ha protegido, la ha cuidado. Por él la he querido yo, por él la ama Alberto, y si Ud. la conoce mañana, á él lo deberá, que es quien la ha salvado, quien le ha conservado la vida.

—Sí, Andrés. Escribiré á ese digno señor suplicándole que interceda en favor de mi hijo. Pero ¿qué es de Alberto á todo esto? ¿Dónde está? No me dijo Ud. que él le había enviado....? Se hallará....

Un sollozo que resonó á espaldas de la buena señora la interrumpió. Volviéronse ella y Andrés y vieron á Montalbán, medio oculto por una mampara que cubría la puerta del gabinete, y que los estaba escuchando. Zúñiga y la condesa no le habían sentido venir. En su exaltación no apercibió el ruido de sus pasos, ahogado además por la alfombra del piso, y el joven, agobiado por la emoción, no había podido hacerse anunciar y se hallaba postrado en una silla. Doña Luisa corrió á su hijo con los brazos abiertos. Alberto se levantó para precipitarse en ellos. Aquel abrazo fué el mas tierno que pudiera darse. Al volverse de frente vió Andrés que su amigo tenía el rostro bañado en lágrimas, pero éstas parecían dulces á

juzgar por la expresión del semblante.

Después de un rato de estar estrechamente unidos, sin decir nada, la madre y el hijo se volvieron á Andrés que los contemplaba mudo, respetando sus transportes, y cada uno de ellos le tendió una mano, sin dejar de abrazarse por eso, y exclamando á un tiempo con la mas sincera emoción:

—Gracias, Andrés!

Este se inclinó y besó la diestra de la condesa, estrechando la de Montalbán con verdadera efusión. En aquel momento apareció Blanca, graciosa y fresca como siempre, aunque menos alegre.

—¡Jesús!-dijo deteniéndose en la puerta, ante el espectáculo que se ofreció á su vista, y notando que los ojos de todos los que componían aquel cuadro estaban húmedos. ¿Qué pasa aquí? Mamá, ¿le ha sucedido algo á Alberto? Dígame, por Dios.....

—Ven, hija, ven, mi Blanca! No estarás demás entre nosotros,-exclamó la condesa, sonriendo y animada ya. Te contarémos lo que ocurre. Pero abraza antes á tu hermano. Dále tu mano á Andrés!

La linda niña obedeció ruborizándose un poco, sin entender gran cosa de lo que veía y oía.

Andrés oprimió ligeramente los graciosos dedos que se le ofrecían, y su corazón palpitó con fuerza.

—¿Si llegará para mí un día como éste?-se preguntó. Pero no pensemos en eso. Ocupémonos en los demás.

La condesa, Alberto y Blanca hablaban juntos. La una preguntaba; los otros respondían. Zúñiga callaba, aunque participaba á su manera de la satisfacción general y para dejar mas libertad á la madre y á los hijos, se dispuso á retirarse.

—¿Volverá Ud. pronto, amigo mío?-interrogó doña Luisa cuando el joven se inclinó delante de ella.

—¿Verás á María hoy mismo?-murmuró casi á su oido Alberto, al despedirse Andrés de él. Te esperaré ansioso.

Blanca no dijo nada, pero sus ojos brillaron con mas viveza, al contestar el adiós de su amigo. Y....(cosa que por desgracia no pudo ver éste) su corazón tuvo un tic tac mas violento.

Andrés contestó á cada cual como correspondía.

— Mañana estaré aquí,-dijo á la condesa.--Pierde cuidado,-respondió á Montalbán. A Blanca le dejó el corazón en cambio de su mirada.

Salió el joven del gabinete, y desde allí se dirigió á su casa. Al entrar en ella sus ideas eran confusas. Parecíale sueño cuanto había ocurrido en esa mañana. Para coordinar sus recuerdos estuvo pensando largo rato. Al fin se puso á escribir al doctor Romero. Quería relatarle todos los sucesos según habían pasado.

Después que en una larguísima carta lo hubo explicado todo, concluía diciendo al decidido protector de María:

"Si nuestra dulce amiguita cede á las instancias de la condesa, creo que su suerte estará asegurada. ¡Quién lo hubiera pensado ayer, cuando hablabamos respecto de ella, recelosos é inquietos! ¡Oh doctor! ¡Cuánto diera porque se hallara Ud. en Madrid en estos momentos! ¡Cuánto deseo conocer el parecer de Ud. sobre lo ocurrido hoy! Espero, sin embargo, que Ud. aprobará mi conducta y que su satisfacción igualará á la mía Escriba á María; yo le hablaré en nombre de los Montalbán. No dudo que ella sea feliz con Alberto. ¡Este la ama tan de veras! Pero lo que me garantiza sobre todo la dicha de esa niña, es el afecto de la noble condesa."

"Esta es mi opinión, doctor. Para estar mas contento me falta conocer la suya. Sin ser optimista supongo que corresponderá á lo que le manifiesto."

"Adiós, mi bondadoso amigo. Se despide alegremente de Ud. su servidor,

ANDRES."

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

LUZ Y TINIEBLAS.

XX.

La diosa de las sombras, enseñoreandose poco á poco del espacio, acababa de tender sobre la tierra adormecida su fúnebre flotante manto, de cuyos misteriosos pliegues había ella sacudido, cual maga caprichosa, los fantásticos sueños y las pavorosas visiones que forman su cortejo.

Y Febe aparecía... Allá en el horizonte, cubierto de rizadas franjas de oro y púrpura, destacábase en todo el esplendor de su diáfana hermosura, y serena y magestuosa dirijíase de Oriente á Occidente, derramando á raudales esa su plácida y suave luz de topacio tan cantada por los poetas y que los tristes contemplan con amor.

La tarde había estado hermosísima y el crepúsculo verdaderamente encantador; y en aquel momento la naturaleza toda, como ébria de felicidad, parecia entregarse al reposo mas completo libando satisfecha el dulce beleño nocturnal.

De nada de esto se habia apercibido la melancólica hija de Isabel. Para ella no tuvo aquella hermosísima tarde perfumada, ni vívidos esplendores el cielo, ni mil fugases cambiantes la hora vespertina. Vino la noche con sus tinieblas, hizo la luna llena su magnífica aparición

sin que la pobre niña advirtiese ni lo uno ai lo otro; tal era la interior contemplacion en que se hallaba absorta! ¿En qué pensaba María? Porqué suspiraba así? Sentada cerca de una ventana al que daba al jardin de su casa, había dejado pasar las horas sin darse cuenta de ello. Tenía reclinada sobre el respaldo de su asiento, su preciosa cabeza y las manos cruzadas sobre las rodillas, mientras que su mirada, siempre triste, vagaba errante por los silenciosos contornos del jardín. ¿Qué nuevo y doloroso tormento la preocupaba? ¿Por qué estaban fruncidos sus labios por aquel pliegue de amargura? ¿Por qué nublaban sus ojos importunas lágrimas? El pecho de la niña se levantaba con frecuencia, agitado por ahogado suspiro. ¡Pobre María! ¡Sufría tanto! Y sin embargo, ni á sí misma se atrevía á confesarse porqué se sentía mas desgraciada que antes! La ausencia del doctor Romero la había entristecido pero no era eso lo que la hacía llorar, ni tampoco la rareza de las visitas de Andrés. Este la había ofrecido formalmente ir á verla todos los días, y ella sabia que cumpliria su palabra; Isabel parecía moderada en sus locuras; no salía tanto como antes, ni recibía á nadie; Beatriz estaba allí siempre, haciendo lo posible por distraer á su niña; Margarita entraba á cada momento en las habitaciones de su hermana, y se mostraba cariñosa con ella; ¿por qué pues parecía María más enferma, y tan abatida?

Quizás la acongojada niña no hubiera podido decirlo, comprendiendo mal lo que sentía, y no sabiendo explicarse el por qué de la turbación que producía en ella la presencia de Alberto de Montalbán: ese ligero tinte que coloraba sus mejillas cuando el joven la miraba; ese deseo de verle y el temor de que apareciera; el dolor que su ausencia le causaba y la ansiedad que le inspiraba su proximidad; el descontento que su conducta le hacía sufrir; las quejas que creía tener de él por lo que ella llamaba su osadía,

y el horror que la idea de amarle la hacía experimentar.....

¿Sabía ella lo que significaban aquellas contradicciones, ni se daba cuenta del punzante é insoportable sufrimiento que destrozaba su alma á la vista de las coqueterías de Isabel, cuando era Alberto el objeto de ellas? Los celos que la torturaban debían de haberla advertido que el amor de Montalbán era el que así lastimaba todas las fibras de su corazón. Pero María no quería confesarlo. Heroicamente luchaba contra el enternecimiento que la respetuosa pero ardiente mirada del amigo de Andrés le hacía sentir, y le trataba con frialdad, y con su orgullo le imponía y le desesperaba. Habría muerto antes de dejarle ver á Alberto que su presencia la conmovía. ¿Acaso la quería él de veras? No intentaba burlarse de ella? Habíase fijado la pobrecita en que la primera noche que le fué presentado en el salón de su madre no tenía él miradas sino para Isabel. Desde esa noche fatal , sin saber por qué, la conducta de esta le parecía mas indigna. Y la infeliz tenía remordimientos por la repugnancia que su presencia le causaba, y deseaba morirse, para no sentir esos terribles combates entre su corazón y su conciencia. ¿No será la muerte, se decía, un descanso para mí? Y María la llamaba y la ambicionaba.

Las dos visítas de Alberto la habían ofendido. ¿Por qué venía el joven solo? ¿Cómo era que Andrés no le acompañaba ni hablaba de él? ¿Vendría á su casa Montalbán ocultándose de su amigo? Este pensamiento la irritaba y lastimaba su orgullo. Habría ella querido salir de dudas interrogando á Zúñiga, pero.... á lo que el sentimiento de su dignidad y amor propio le aconsejaban se oponía.... su corazón. ¡Oh dolor para María si descubría que Alberto era un infame; que debía rechazarle sin consideración alguna; que....! Esta idea la hacía sentir un frío mortal; espeso velo cubría sus ojos, y cesaban por un instante los latidos de su corazón tan lastimado.

Y la jóven callaba, y gemía y lloraba en secreto. Ella misma acusaba á Montalbán, pero no quería que otro le acusara. El disgusto del doctor Romero cuando encontró á aquel visitándola no se le había escapado, inspirándola dolorosas reflexiones, pero nada decía. ¿No sufriría más conociendo la verdad? Prefería á esto tratar friamente á Alberto para hacerle comprender que no debía pensar en ella, y luego, y luego....Dejar de vivir puesto que....le amaba. Eso era lo que afligía á María; lo que causaba su dolor inexplicable y mudo; lo que la hacía permanecer inactiva y agobiada durante horas enteras. Su pensamiento estaba siempre ausente, y sus manos no sabían hacer nada como en otro tiempo.

Las horas de esa tarde habían transcurrido sin que la pobre niña lo notase, y probablemente en su dolorosa meditación habría quedado sumida mas largo rato si no la hubiese sacado de ella Beatriz al traer las luces.

—Mi querida hija,-le dijo, viéndola tan absorta y entristecida,-más vale que te quites de ahí. Vamos, María. El aire de la noche está demasiado fresco para tí: no trates de enfermar ahora que el buen doctor se ha ido. Entra, hija mía, vete al salón; mira que Don Andrés no tardará en llegar.

La joven se estremeció ligeramente, como si la despertaran de un sueño, y sin decir nada se retiró de la ventana.

—Voy á buscarte un abrigo, ¿quieres Mariita?-añadió la buena aya, acercándosele después que hubo colocado las luces en los lugares convenientes.—Tienes las manos frías. ¿No vas á comer algo? Hoy no has tomado casi nada.

—Traeme una taza de chocolate, mi buena Beatriz, -dijo María.

—¿Eso nada mas? Y unos bizcochuelos también. Dí, María.

—Como gustes, Beatriz,-contestó la niña por no disgustar á la digna mujer.

—Voy á buscártelo, pero antes quiero que te abrigues. Aquí he hallado esta mantilla. Vas á ponértela para que entres en calor.

La buena Beatriz, sin esperar la respuesta de María, envolvió los hombros y el cuello de ésta. La jóven no opuso resistencia.

Luego que su amada niña estuvo abrigada salió la afectuosa aya á buscar el chocolate, con toda la presteza que la permitían tener sus cansadas piernas.

Beatriz volvió á poco trayendo un azafate en el cual había colocado lo ofrecido á María, y además otras cosas que no había mencionado, como galletas y dulces.

Sobre una mesita que puso delante de su niña, lo arregló todo, y mientras se ocupaba en ello la dijo:

—He recibido un recado de don Andrés. Vendrá ahorita. Envió á preguntar si estarías sola. De manera que tú le recibirás en el salón, María, y yo me quedaré en tu gabinete, no sea cosa que él tenga que decirte algo y que yo le moleste estando presente. Cerquita de tí estaré por si me necesitas. Aquí tienes tu chocolate bien caliente; tómalo con tranquilidad que yo velaré hasta que llegue don Andrés.

—Está bien Beatriz,-contestó María á su buena aya que salió en seguida.

Mientras con poco apetito tomaba algo la joven pensaba ansiosa:

—¿Qué tendrá Andrés que decirme? Irá á hablarme de él? Tiemblo. Con tal que no me diga nada malo! Aunque mejor será que no lo nombre, no vaya él á notar..... que....Nada quiero saber, para no sufrir mas!

XXI.

Un rato mas tarde recibía en su modesto salón al joven abogado.

Sentado frente á ella, la contemplaba Andrés, con enternecimiento, pues su tristeza era asaz visible, á pesar de los esfuerzos que hacía por disimularla.

—Cuántos deseos tenía de ver á Ud., amiguita mía!—la dijo con la mayor dulzura el joven.—Desde esta mañana hubiera venido por acá; pero quería encontrarla sola, porque tengo algo particular que decirla.

—Beatriz está ahí en mi gabinete, contestó María á quien turbaron un poco las últimas palabras de Andrés.

—Aunque su buena aya se hallara presente, María, no me estorbaría para hablar á Ud. del principal motivo de mi visita. Su discreción me es conocida.—María se ruborizó un tanto comprendiendo que lo que deseaba Zúñiga era la ausencia de Isabel.

—¿Pero es cierto, María,-continuó aquel,-que no se siente Ud. peor? La advierto que lo que voy á decirle puede afectarla, y por eso quiero antes asegurarme de que su salud no ha sufrido alteración. Dígame: ¿cómo ha pasado hoy el día?

—Le repito, Andrés, que no tengo mayor novedad.

—¿Y por qué ese abatimiento? De qué provienen esas ojeras? No me oculte Ud. nada, María. Recuerde que soy responsable á nuestro querido amigo el doctor de la salud de Ud. ¡Si supiera cómo me la recomendó!

¡Cuánto la estima ese bondadoso anciano! Por complacerle debe Ud. cuidarse.....

— Así lo hago, Andrés.

— No, puesto que Ud. me disimula sus males. ¡Cuidado! No me obligue Ud. á juzgarla ingrata y poco digna del cariño que se la tiene! A la primera vez que me dé motivo de quejas, escribiré al doctor que es Ud. una niña terrible, y que merece ser castigada por él cuando vuelva.

Andrés bromeaba por distraer á la joven. Ella sonrió tristemente, y contestó á su afectuoso amigo:

— No tendrá Ud. razón, Andrés, y será injusto si hace eso.

— Quiero creerlo, aunque no estoy tranquilo. No puede Ud. figurarse María cuánto echo de menos á ese buen doctor, no sólo como médico para Ud. sino también como consejero.

Al decir ésto estaba Andrés serio y hasta algo grave. María le miró y su corazón palpitó frecuentemente, pero nada dijo.

— Sí, María. No hacía cuatro horas que nuestro amigo se había ausentado, y ya me hacía falta por Ud.

— No comprendo por qué,-balbuceó la joven que presentía algo por el tono con que Zúñiga la hablaba.—No se ha ofrecido nada.....

— Así lo cree Ud. pero se equivoca. Desde esta mañana está, quizás, por decidirse la suerte de Ud.....

— ¿Mi suerte?-preguntó María palideciendo.—¿Qué quiere Ud. decir, Andrés? No entiendo.....

— La felicidad de su vida, María, está probablemente á punto de realizarse, y para dar su opinión sobre lo que conviene hacer, para aconsejar á Ud.....

La joven sintió un desfallecimiento. Con voz apagada dijo, reclinando la cabeza sobre el sillón.

— Mi felicidad! Oh! No hablemos de eso.....!

— ?Por qué, María? No la deseamos los que la que-

remos á Ud? No nos interesamos por ella? No nos hemos propuesto....Pero Ud. palidece, María! Qué tiene? Se pone mala? ¿Quiere que llame á Beatriz?

—No, no! Es inútil. Tuve un ligero vértigo. Hacen días que eso me molesta,-exclamó María, haciendo esfuerzos por reponerse y pasándose una mano por la frente:

—Y Ud. me aseguraba que no tenía novedad! Mañana haré venir al doctor González para que le consulte, María.

—No, Andrés-protestó María que conocía su enfermedad.—Lo que sufro es tan poca cosa! Se lo suplico, Andrés, no hablemos mas de ello. Ya se me pasó!

En efecto. Gracias á su voluntad parecía la joven reanimada al cabo de unos segundos.

—Por complacerla nada diré ahora, pero si vuelve Ud. á sentir algo ya sé lo que me toca hacer.

—Se inquieta Ud. demasiado. Yo se lo agradezco pero vale mi salud tan poco.....!

—¿Su salud, María? No sabe Ud lo preciosa que es para los que la conocen á Ud., y hoy mas que nunca hasta para algunas personas que nunca la han visto. Hay una, sobre todo que se interesa.....

—Andrés,-interrumpió María algo balbuciente;-no és quien puede....no comprendo.

—Sí; Ud. lo ignora, mi buena amiga, pero esa es la verdad. Hay quien la ama, María de un modo tal....

—Oh Andrés!-repitió la joven en tono de reproche y algo temblorosa esta vez.

—Debo decirlo, María,-insistió Andrés con firme pero muy dulce entonación—Existe un sér que la adora á tal extremo que quiere huir porque se imagina que Ud. lo desprecia. ¡Sufre tanto!

—Andrés!-volvió á repetir María, levantándose á medias de su asiento, nerviosa y agitada, con el rostro ruborizado, y los ojos brillantes.—Ud. no debía....yo espera-

ba.....

—¿Qué María? Se ofende Ud. conmigo? Crée Ud. que es mi ánimo lastimarla?-preguntó Andrés sorprendido tristemente al ver la agitación de su amiga.—Esta no contestó. Su mirada evitaba la del joven abogado.

—Está bien,-dijo Andrés, algo ofendido. Perdóneme Ud. si la he hecho mal.

—Bien sabía yo,-añadió muy triste,-que no me correspondía hablar á Ud. como lo he hecho, y por eso echaba de menos al doctor Romero. En él tiene Ud. confianza. De él hubiera Ud.....

Zúñiga se interrumpió. María se había echado hacia atrás en su asiento, y mientras se cubría el rostro con el pañuelo que tenía en una mano, le tendió la otra, murmurando:

—Perdóneme Ud. Yo....yo....No sé... Andrés.

—No está Ud. enojada conmigo, María? ¿No crée Ud. que yo he tenido intenciones de ofenderla?

La joven movió la cabeza negativamente y siguió sin mirar á su amigo, quien conservó la mano de ella prisionera, y continuó diciéndola con la mayor dulzura, é infinita tristeza:

—María, ¿cómo es que Ud. tan buena, tan afectuosa y tan franca para conmigo se me muestra hoy así? ¿Es porqué ha comprendido que vengo á hablarla de Alberto de Montalbán? Dígame María. Tanto le aborrece?

La mano de la joven tembló entre las de Zúñiga; pero sus labios no se abrieron para contestar.

—Mi pobre amiguita, yo le juro que si la felicidad de Ud. no dependiera, quizás, de mis palabras; si la de ese joven á quien tanto quiero no estuviera en juego también; si la familia de él no me hubiera autorizado á decirla....

—Su familia!-interrumpió María con voz ronca, separando un instante el pañuelo de sus ojos, y dirijiendo éstos hacia Andrés, con cierto extravío en la mirada.

—Su familia, sí, María. Su madre que es quien suplica á Ud. que no desatienda á Alberto; que le tenga lástima; que.....

Un gemido sordo se escapó de la garganta de María, la cual volvió á recostar la cabeza sobre el respaldo del sillón, y á cubrirse el rostro.

—Por Dios María! ¿Qué es eso? ¿Tanto mal le hace oir hablar de Alberto? ¡El infeliz! ¡Si supiera Ud. cómo él la adora, y lo desgraciado que lo hace! Oh María! Si viera Ud. cuánto sufre, y si le oyera hablar de Ud. y bendecirla, la juzgaría muy cruel por despreciarlo de ese modo! Yo no le pido que le ame si Ud. no siente simpatías por él, pero estímele, al ménos. La condesa se lo agradecerá tanto! El mismo.....

Andrés no pudo continuar. La mano que conservaba entre las suyas se heló. La cabeza de María osciló, y su brazo cayó desmayado sobre sus faldas. Su rostro que ya no cubría el pañuelo que sostenía ese brazo, apareció bañado de lágrimas, pálido y descompuesto; cerrados estaban los párpados de la joven, en su frente se veían algunas gotas de sudor. María se desmayaba. Andrés, lleno de inquietud, dió voces á Beatriz, quien acudió asustada. Entre él y la buena mujer que temblaba y se afligía, socorrieron á María, haciéndola respirar sales, y frotandole los pulsos y las sienes.

El símcope fué ligero. Abrió María lentamente los ojos, y los fijó en sus dos buenos amigos. Al pronto parecía no recordar nada de lo que acababa de pasar, pero luego se animó su mirada.

—María,-le dijo Andrés al cabo de un rato, viéndola ya recobrada,-me retiro para que Ud. descanse. Dígame si quiere que la vea esta noche el doctor Ganigas, ó si debo suplicarle que venga mañana. Me ha inquietado Ud. mucho.

—No, Andrés,-murmuró la joven con voz débil,-no

hay necesidad.... No tengo nada....

—Sí. Bien sé que fué la desagradable impresión que produjo en Ud. lo que la dije, la causa de su indisposición. Perdóneme si le he hecho mal; perdóneme si la he lastimado á pesar mío! Al despedirme de Ud., María, quiero llevar conmigo la seguridad de que mis palabras no han podido ofenderla; de que Ud. crée que mi intención era buena.

El acento de Andrés era triste. Habíase parado el joven y alargaba á María la diestra como despedida.

Ella se echó á llorar, sin poder contenerse. Volvió á cubrirse los ojos, y sus sollozos alarmaron de nuevo á su amigo.

Pero, María, por Dios! ¿Qué es eso? Oh! Cuánto me pesa haber hablado á Ud. de Alberto! Haberla dicho ....Mucho lo siento, pero que él se resigne á ser aborrecido por Ud....Que se ausente....

—Nó, nó!-protestó María en medio de sus lágrimas.— Eso nó,-repitió entre sollozos, sacudiendo enérgicamente la mano que no tenía delante de los ojos.

—¡Y qué! Qué quiere Ud. que le diga....? Qué he de pensar.....?

— Andrés, Andrés,-tartamudeó la niña casi sin aliento.—Ud. no me comprende ... Ud. no sabe .....

—¿Qué, María? Diga, por el cielo! Explíquese!

—No puedo....La sorpresa.....

—Pues bien, María, dígame ¿no me aborrece Ud. á mi pobre amigo?

María movió con fuerza la cabeza negativamente.

—¿Entonces Ud. no lo rechaza; no desea que él se ausente?

Nueva negativa de la joven.

—Diga, María! Concluya Ud.,-exclamó Andrés conmovido de una manera indecible y casi arrodillándose ante la hija de Isabel y volviendo á coger una de sus manos, mientras examinaba con profunda ansiedad su rostro por

entre los dedos que lo cubrían.— ¿Puede él concebir esperanzas? ¿Le ama Ud.. un poco?

María no contestó, pero sus labios se movieron.

—Sí, sí!—exclamó Andrés, al ver la expresión de aquellos labios.—Sí, sí!—repitió, radiante de alegría comprendiendo al fin lo que juzgaba inexplicable.—Oh!—añadió dándose en la frente una palmada. ¿Cómo era que yo no adivinaba? ¡Ud. le ama! ¡Ud. le ama! ¡Y por eso estaba tan triste! ¡Y sufría por ocultarlo! le ama! ¡Bien sospechaba algo el buen doctor! Pero dígamelo para repetírselo á Alberto y á su madre! Quiero oirlo de sus labios, María! Qué felices los va á hacer Ud! Si supiera cuanto la aman! Alberto va á estar loco, y la condesa...

Un sollozo convulsivo fué la última manifestacion de la crisis nerviosa de María. Dejó la joven caer la mano que cubría sus ojos, y su semblante apareció transfigurado.

Las lágrimas de dolor son las que afean porque contraen y alteran las facciones; las que produce la alegría por el contrario, son como el rocío de la primavera sobre las flores: embellecen.

El rostro de la hija de Isabel apareció tan hermoso que Andrés al verlo quedó admirado y cautivado.

—¿María, es cierto?—preguntó arrebatado de entusiasmo.—Ud. le ama, le ama! ¿No es verdad? No me canso de repetirlo.

—Yo no sé, Andrés. Yo no....—balbuceó ella débilmente, y ruborizándose en extremo. El doctor..... mi madre....Ud.

—Ya todos lo sabrán, y todo se arreglará. Escribiré al doctor; María. Lo que yo quería era tener la seguridad de que Alberto no era aborrecido, lo demás no me ofrece cuidado. La noble madre de mi amigo, vendrá á hablar con la suya, María. Nada tiene Ud. que temer. Pronto sabrá nuestro buen amigo lo que ocurre. Trate Ud. de reponerse y de estar fuerte para mañana, mi dulce amiga,

porque mañana será para Ud. un hermoso día!

—La felicidad no mata,-murmuró María alzando los ojos y quedando extática un instante como si contemplara el cielo.

¡Cuán bella estaba así! Sus megillas se habían coloreado de un tinte sonrosado; sus hermosas pupilas brillaban extraordinariamente; de sus largas pestañas pendían aún como preciosas gotas de rocío, algunas lágrimas, y sus cabellos resplandecían, rizados al rededor de su frente y de su cuello, como angelical aureola. La expresión del semblante de María era inefable. Andrés la miraba arrobado. Parecíale que se hallaba en presencia de alguna visión celestial.

—Me retiro María,-dijo luego, sacudiendo el éxtasis que la enagenaba. La dejo para que descanse. Mañana vendré por aquí, y no será solo, por cierto. Si Ud. lo permite la condesa y Alberto me acompañarán.

—Haga Ud. lo que le parezca conveniente, Andrés,-contestó la niña, algo sobresaltada como al despertar bruscamente de un sueño demasiado hermoso.—Nada sé.... Soy tan ignorante....!-añadió con prisa.

—Ya verá Ud., María. No se inquiete por nada, y deje obrar á los que la quieren. Adiós, amiga mía, tierna y dulce niña.....

El joven estrechó suavemente la mano de María, llamó á Beatriz, para que atendiese á su protegida. Luego, se despidió nuevamente de ella, y salió del salón.

No se encontró á su paso mas que con uno ó dos criados, de lo cual se alegró, porque no quería que la vista de Isabel le turbara en su alegría.

Mientras se dirigía á casa de los Montalbán para darles la buena nueva, hacía miles reflexiones.

—Así es que María amaba á Alberto, y por eso sufría. Se imaginaba, sin duda, que éste quería burlarse de ella y de la madre al mismo tiempo. Y lo rechazaba, sin

palabras, pero con la mayor dignidad. ¡Oh niña Incomparable! Cuánta virtud ha puesto Dios en tí! Cuán digna eres de respeto! Serás feliz; bien lo mereces! Y Alberto y la condesa, y....Blanca lo serán también. También lo seré yo....por vosotros. Vuesta felicidad será mi recompensa por lo pronto. María se salvará. Cuánta razón tenía para pensarlo el doctor Romero! Qué sabio es nuestro buen amigo! Un momento de felicidad ha transformado á nuestra dulce é interesantísima amiguita. Ella se curará.

Así pensaba Andrés siguiendo con paso ligero, y satisfecho, el camino que le conducía á casa de la condesa. María había quedado como delirante. Trémula y ruborizada, pero con la alegría mas inmensa en el alma y en el rostro, preguntaba á su aya luego que Andrés hubo salido:

—Beatriz, has oido? Sabes ya lo que pasa....Has oido, Beatriz?

—Mírame los ojos, María, están mojados. Detrás de la puerta del gabinete escuchaba á don Andrés y lloraba. ¿Con que ese joven te ama, y tú le amas también, hija de mi vida?

—Mi buena Beatriz,-exclamó María abrazando á su aya, y ocultando en el seno de ésta su linda cabeza. Beatriz, aya mía, si tu supieras lo que sufría, lo que he llorado, y cuanto he deseado morír!

—¿Morir tú? Jesús, María! No digas semejantes horrores! Ya ves lo bueno que es Dios contigo, alma mía! Ves todos los amigos que tienes. El doctor, don Andrés. Ese don Andrés vale un pueblo. María! Con tal que su amigo se le parezca nada desearé mas para tí.

—Andrés lo quiere mucho, Beatriz. Eso será porque él es bueno también Sí, Beatriz. El es bueno, mi corazón me dice que él es bueno.

—Entonces, María, vamos á dar gracias á la Vírgen Santísima por tu felicidad. A ella te tenía yo encomenda-

da. Ven, hija mía, y oremos.

María entró con el aya en su dormitorio donde tenía una imagen de la Madre de los Dolores. Ambas se arrodillaron delante de la divina Vírgen.

La oración de la niña se redujo á bien poco. Del alma toda de María sólo salían estas palabras que apenas murmuraban sus labios:

—Gracias, gracias, dulce Madre mía! Gracias! virgen pura, Mi corazón te lo dice, y tú lo vés! Cuánto te amo! Bendita seas!

XXII.

Andrés había visto á la condesa; habíase llenado ella de gozo con las noticias que él la diera, y alborozada quería participarlas por sí misma á su hijo; pero antes de hacerlo, había convenido con el joven en que al día siguiente se informaría á Isabel de los sentimientos de los Montalbán respecto de María. Andrés se había encargado de esta misión que no le agradaba mucho, pero que entraba en sus planes. Parecíale que el buen éxito de lo que se proponían, dependía en parte de la manera como se instruyese á la viuda de Rivera de lo que ocurría, y prefería ser para con ella intérprete de la condesa á que Alberto ó su madre la informara de sus propósitos.

El prudente joven no estaba exento de temores. En el claro horizonte de los amores de Alberto y de María,

veía una nube. Esa nube era Isabel. Isabel, vana y orgullosa del poder de sus encantos, le inspiraba recelos. Isabel segura de la conquista de Montalbán, y viendo desvanecerse repentinamente su ilusión, le asustaba. ¿Se conformaría aquella mujer á la rivalidad de su hija? ¿Buscaría otros amores para distraerse? Por momentos confiaba Andrés en su volubilidad y se decía que para ella el amor debía de haber sido siempre un juego. Mas luego la inquietud le volvía, y ansiaba el joven ver á la coqueta y estudiarla para saber á qué atenerse respecto de sus sentimientos, y para escribir al doctor Romero

Muy temprano se levantó, y principió una larga carta para su anciano amigo en la cual le refería todo lo que había pasado la víspera, y lo que pensaba hacer ese día; pero no la cerró porque quería consignar en ella el resultado de su entrevista con la madre de María. Como á las diez de la mañana se presentó en casa de ésta, y se hizo anunciar.

Al subir la escalera oyó Andrés los sonidos de un piano. ¡Cuánto se conmovió al comprender que era María la que lo tocaba! María, ya de vuelta de la iglesia, á donde había ido á dar gracias á Dios por la felicidad que la enviaba; María, quien sintiendo rebosar en su corazón una alegría dulcísima é infinita, trataba de darle expansión en armoniosos acordes.

¡Oh magia encantadora de la felicidad! ¡Qué poder tan grande tienes! Algunas horas de la alegría que dás, habían bastado para transformar á dos seres que tanto sufrían, para convertir á la enferma y desconsolada joven de la víspera en la regocijada y animada niña que en aquel momento hacía resonar los ámbitos de sus habitaciones con los melodiosos sonidos de su piano, y al desesperado y abatido misántropo de ayer. en el gallardo y victorioso Alberto, que desde el amanecer de ese día, exhalaba y comunicaba el interior contento á su alrededor, de cuantas maneras podía. Ni María ni él habían dormido esa noche. De-

leitábanse en la dicha de que gozaban. Parecíales que soñaban lo que les sucedía, y su sueño era tan dulce que se dejaban penetrar por el encanto que les proporcionaba, y no querían salir de él. ¿Dormir? ¿Para qué lo necesitaban? Reflexionando en lo que la realidad les guardaba se sentían transportados á un mundo hermosísimo, y temían despertar de lo que les parecía una quimera, si se entregaban á un sueño mas natural. ¿Acaso experimentaba Montalbán el menor cansancio de sus pasadas agitaciones, cuando se decía y se repetía sin cesar: "María me ama; será mía?" Oh! Cómo convencerse de ello? Aquella idea le enagenaba, le embriagaba; casi le enloquecía. Suspiraba él sólo porque llegara el día que tan gratas emociones había de traerle; ver á su amada, oir de sus labios palabras de afecto, tocar su mano que ella no le retiraría orgullosa y fría como antes, sino que le permitiría estrechar tiernamente, en prueba de confianza y de conciliación. ¿Sería esto cierto? ¡Cuán bella era la realidad, y qué felicidad tan inmensa sentía! María, por su parte ansiaba que amaneciese con la esperanza de ver á aquel que por ella había sufrido, y con quien tan cruel se había mostrado, para hacerle comprender con su mirada toda la ternura que antes le ocultara; para hacerse perdonar por él la desconfianza con que le había tratado; para compensarle con su dulzura presente de la pasada dureza que tantos desabrimientos le causara. Apenas pensaba ella en otra cosa. Alberto ocupaba casi todo el pensamiento de María así como ella llenaba el espíritu de Alberto. Todo lo demás estaba relegado al olvido, ó por lo menos á segundo ó tercer término en el orden de las ideas de ambos enamorados. Hacíase sentir ya en ellos el egoismo natural del amor, pero ¿quién se lo hubiera reprochado? ¡Habían sufrido tanto antes! ¡Era para María la dicha cosa tan nueva! Había sido tan desgraciada siempre la amantísima niña! Por eso se afanaba Andrés en asegurar su felicidad y lo hacía gustoso, sin pe-

dirle siquiera gratitud, sabiendo que ésta no le faltaría.

El piano de María le animaba en su tarea; le daba fuerzas y voluntad para luchar por ella, para combatir á Isabel, en caso necesario. Ver á la niña feliz, ¿no era para él suficiente recompensa á sus desvelos? No era ella para Andrés una hermana? Desde la víspera la amaba mas porque mas que antes conocía todo el valor de la heróica criatura. Al pasar por la antesala, la escuchó un rato, pero no entró á verla, por no interrumpirla. Quería antes de visitarla, hablar con Isabel Por ésta pregunta á su camarera Magdalena, quien le dijo que su ama estaba ausente; pero que no tardaría en volver. Andrés quiso aguardarla, y la joven le introdujo en el salón donde lo dejó solo.

¿Sólo? Nó. Acompañábale allí el piano de María que desde el lugar que ocupaba se oía distintamente. Al compás de una melodía de Schubert púsose á pensar en la niña, en la condesa, en Alberto, evocando sus alegres imágenes, y gozando con ello. No olvidaba á Blanca por cierto. El recuerdo de la lindísima rubia flotaba siempre, por decirlo así, sobre los demás pensamientos de Andrés, cuando no ocupaba todo su espíritu. El joven abogado lo refería todo á su adorada. Cuanto bueno hacía, ofrecíaselo en mientes, como un homenage que ella merecía. ¡Tanto que la amaba! Para que nada turbase la alegría de Blanca, sentíase capaz de llevar á cabo los mayores sacrificios. Sirviendo á María la servía indirectamente, puesto que Alberto interesado en el asunto, era hermano de ella.

Escuchando á la hija de Isabel olvidábase Andrés, y estaba á punto de no acordarse de su misión, cuando sintió pasos cerca de él, y vió entrar á la viuda de Rivera, hermosa, animada y vestida tan elegante y lujosamente como en otros días. No se notaba en Isabel la especie de desaliento ó de nerviosidad que en sus anteriores visitas había sorprendido á Andrès La madre de María parecía satisfecha. ¿Sería el regreso de Montalbán lo que causaba su

satisfacción? Zúñiga lo creía, pero lo que no podía comprender era si Isabel amaba á Alberto, y por eso su ausencia la contrariaba y su vuelta la alegraba así, ó si solo por coquetería era que se proponía conquistar su corazon y rendirle á sus caprichos.

— Ud. por aquí, Andrés?–díjole la seductora mujer, al entrar, sorprendida de una visita tan poco acostumbrada. ¿Qué le trae á mi casa á estas horas?–le preguntó después de darle la mano con la mayor amabilidad.—Me dicen que Ud. me aguardaba hacía rato. Vamos, siéntese cerca de mí para que me explique el motivo de sorpresa tan sagradable.

Andrés contestó con delicadeza á las atenciones de Isabel, queriendo predisponerla para lo que iba á decirle, y luego con mucho tacto entró en la explicación que le pedía. Hízolo á pesar de ello con claridad y precisión, calculando el efecto que había de producir su relación en la madre de María. Estudiaba la fisonomía de su interlocutora, tratando de descubrir en ella algo de lo que pasaba en su corazón. Isabel solo se vendió por una gran palidez que cubrió por un instante sus sonrosadas megillas. Pero pronto se repuso y contestó á Andrés con la mayor naturalidad, después de haberle escuchado atentamente.

— Nada tengo que decir en contra de los amores de mi hija. Ella es libre para recibir sus visitas. Beatriz está con ella. La señora de Montalbán me honra mucho queriendo venir á mi casa. Puede hacerlo cuando quiera. María la recibirá con mucho gusto. Lo que los demás dispongan estará bien para mí.

Andrés agradeció á Isabel por su asentimiento á los deseos de todos; y se despidió de ella, dejándola muy tranquila, al parecer.

— ¿Qué significa ésto?–se dijo el joven muy perplejo. ¿Es falsa esa moderación ó realmente se resigna ella á verse desdeñada por Alberto? Nada he podido comprender y

lo siento. Pero por ahora olvidemos los recelos y vamos á saludar á María. Desde que entró su madre abandonó el piano.

Andrés vió á Beatriz, y se hizo anunciar. María le recibió inmediatamente.

Encontróla el joven sentada cerca del piano, en su saloncito, con un libro de poesías en la mano, ofreciendo así el cuadro mas risueño y seductor. Ella no leía sino que parecía soñar despierta, porque sus ojos, en vez de fijarse en las pájinas del libro abierto, miraban el cielo cuyo azul claro é iluminado por un sol de estío podía admirarse por entre las ventanas del salón. En torno suyo todo revelaba la paz y la alegría inefable que llenaba su alma El salón estaba inundado de luz, de aire y adornado de frescos ramilletes de hermosas flores que, sobre el piano y las mesas, se ostentaban gallardas como si quisieran celebrar á la que allí las colocara, brindandola con sus perfumes.

Entre aquellas flores se presentaba ufana la magnolia y se ocultaba la violeta, que eran las predilectas de la joven, impregnando con su olor el aire que la rodeaba y que, á su manera, tambien cantaba su alegría, así como la luz que al envorverla, hería de lleno sus dorados cabellos y prestaba á su cabeza tan hermosa, cierta especie de aureola. Y á las flores, y al aire, y á la luz sonreía María como en divino éxtasis, dilatándose sus pupilas para admirar aquellas y recibir las caricias de ésta, y las delicadas ventanas de su nariz para aspirar el delicioso ambiente. ¡Estaba tan graciosa! Su traje era sencillo, como siempre, pero por su manera de llevarlo aquel día parecía mas elegante.

En su persona se revelaba una vida mas intensa: su mirada mas brillante, su voz mas sonora, sus movimientos mas lijeros, y hasta la inocente coquetería con que estaba adornada. Cierto tinte sonrosado lucía en sus mejillas y tenian sus labios un color de rosa mas subido.

¡Y qué bien la sentaba aquel delicado carmin!

María parecía olvidar y hacía olvidar al que la viera que hasta la víspera había sido una enferma á quien la vida abandonaba lentamente.

Andrés la admiraba sin decirle nada, como si contemplara un prodijio; tan completa y repentina le parecía aquella transformación. Luego fué que anunció á la joven que Isabel aprobaba sus amores, y que la condesa deseaba conocerla ese día.

Con una expontaneidad que venía de su alma, le tendió ella sus pequeñas manos diciéndole con frases entrecortadas por la emoción:

—¿Con qué es cierto todo....y que consienten....? ¿Qué la madre de él vendrá? ¿qué voy á conocerla....? Andrés, mi buen Andrés....¡Cuánto debo agradecer á Ud! ¡Cuánto debo quererle....! Y los ojos de María se humedecieron, y su pecho se levantó, y su frente despejada resplandeció, manifestándose así su alegría; elocuente y sin palabras, como un canto misterioso, cuyo significado conocen solo los iniciados pero que á los oidos de todos suena dulce y armonioso cual celeste melodía.

Al verla así, Andrés enternecido, se esforzaba en disimular sus recientes aprehensiones, no queriendo que la joven trasluciese nada.

—Dios no puede permitir que la felicidad de este ángel sea turbada,–se decía —El doctor y yo velarémos, y Alberto y ella serán dichosos.

De vuelta á su casa, se sentó delante de su escritorio para terminar su carta al doctor Romero

"Si Ud. viera á su enferma,–le escribía,–no la reconocería al pronto. La alegría la ha transfigurado, y en pocas horas le ha vuelto la salud. ¡Con cuánta razón lo suponía Ud. mi buen doctor! ¿Cuándo volverá Ud. para que la vea? Deseo que sea cnánto antes para que gocemos juntos con su felicidad. Escríbame sin tardanza; pues ansío ya tener noticias suyas."

XXIII.

La condesa de Montalbán volvió á su casa loca de contento, al salir de casa de Isabel á donde había ido en coche de alquiler, y con el rostro cubierto con su mantilla. A pesar de todo no quería llamar la atención sobre sus relaciones con la familia de Rivera, y prefería no ser conocida al ir á visitarla. Pedro la había acompañado y sólo por respeto no había pedido que le presentaran á la novia de su señorito, de quien éste le había hablado ya. ¡El buen viejo estaba tan contento! Ya soñaba con los hijos de Alberto.

Doña Luisa daba cuenta á Blanca, que no se cansaba de interrogarla, del resultado de su visita, y de las impresiones que ésta la habia dejado.

En primer lugar Isabel la había recibido muy bien. No chocando nada en ella á la noble dama, sólo sí su extraordinaria hermosura que la había deslumbrado un momento. Sus maneras, llenas de dignidad, la habían sorprendido. Para no dejar traslucir demasiado el impulso de simpatía que sintiera hácia aquella mujer á quien tan mal debía juzgar, había tenido que hacer un esfuerzo; no pudiendo ser con ella mas que deferente. Había visto á María....¿Cómo decir lo que la prometida de Alberto le había inspirado? Al estrecharla entre sus brazos parecíale que oprimía á Blanca contra su corazón. Sí. Aquella niña era ya su hija porque como á tal la amaba.

— Blanca, tienes una hermana,–concluyó diciendo —

No eres sola, sino que otra comparte contigo mi cariño.

—¿Crées que tendré celos? Te equivocas, porque quizás voy yo á quererla mas que tú,-replicó la niña abrazando á su madre.

Y ambas continuaban conversando de todo lo referente á la nueva situación de Alberto; proyectando reformas, hablaudo de boda y de viajes, de paseos y de distracciones para la futura condesita. Llamaron á Alberto, y entonces se animó aún mas el concierto de alabanzas y de alegres proyectos para el porvenir.

Mientras tanto María deliraba. Beatriz era su confidente. En el pecho de la vieja aya se desahogaba el de la tierna niña. Todo lo que antes guardaba lo confesaba ahora. Sus confidencias se le escapaban como desbordado torrente.

—Beatriz, Beatriz,-decía, colgada del cuello de su aya;-¡qué feliz soy y que desgraciada era antes! Pero ya no quiero acordarme de eso! Ya no, Beatriz. ¿Para qué? No quiero entristecerme. Voy á cuidarme. Quiero estar buena, alegre, siempre risueña para alegrarlos á todos; al doctor, á Andrés, á la condesa, á su hija, á.... él. Así demostraré á todos mi gratitud. Oh sí! Todos me quieren! Qué dulce y que bueno es sentirse amada, aya mía! Qué cosa tan divina! Tú no sabes.....Me parece que renazco, que soy otra, que no hay en el mundo quien sea mas feliz que yo!

María no cabía en sí de gozo. El abrazo de la madre de Alberto la había hecho comprender lo que era el verdadero cariño maternal Al reclinar su preciosa cabeza sobre aquel seno amante, lágrimas dulcísimas, deliciosas, habían bañado sus ojos, y con qué confianza se había entregado á las caricias de la noble señora! Se parecía ésta tanto á su hijo! ¡Qué buena era y qué afable! Imaginábase la niña que toda su vida la había tratado; que siempre había recibido de ella esos besos que la hacían olvidar todas las pe-

nas del pasado, tan reciente sin embargo. ¿Acaso había sido otra cosa que una pesadilla horrible su agonía de la víspera? Una pesadilla, sí, que al despertar ella se había desvanecido. María no pensaba mas que en el presente. El presente tan bello y seductor en que todo la sonreía. Es la vida tan hermosa y es tan bueno vivir cuando se tiene el corazón lleno de un amor correspondido y aprobado por Dios y por los hombres! ¿Quién se acuerda entonces de los dolores? Quién piensa en ellos? María era la prueba de esta verdad. Parecíale que su corazón flotaba ligero y ensanchado en un océano de ventura, que sus piés no pisaban la tierra, que todo su sér inmaterializado y puro se elevaba á celestiales alturas donde gozaba de la bienaventuranza infinita.

¡Oh amor castísimo de una virgen inocente! ¿Qué puede haber en el mundo comparable á tí? ¿No eres tú el que haces soñar con la felicidad suprema, con angelicales delicias? ¿No son tus mágicos ensueños la revelación mas verdadera de un mundo mejor que éste? Amor purísimo, amor casi divino; ¿quién que te haya sentido puede olvidarte? ¿Quién no te echará de menos después de conocerte? No será el mundo completamente malo mientras tú existas. El día en que desaparezcas, habráse perdido en él todo lo bueno, la noción de la bienaventuranza, la aspiración al idealismo, la verdadera poesía, el sentimiento de lo bello, el alma de la humanidad, porque tú, puro amor virginal, eres todo ésto. Tú eres el que inspiras al hombre nobles ambiciones; el que le elevas sobre la materia; tú quien le haces pensar en el cielo; el que pueblas la tierra de ilusiones bellísimas. ¡Bendito seas, casto y puro amor! Dures tú lo que dure el mundo para bien de la triste humanidad. ¡Bendito seas para siempre!

XXIV.

Sentado cerca de María, Alberto la miraba arrobado, embebido, sin tratar de explicarse lo que ella le hacía sentir. Era aquello un éxtasis infinito, una adoración, algo que no podía traducirse con palabras. Beatriz hacía calcetas á alguna distancia de ellos, sin fijarse en sus acciones, segura como estaba de la virtud y de la inocencia de su niña, y convencida de la caballerosidad de Alberto. Dirijía solo la vista del lado de los jóvenes para mirarlos enternecida y satisfecha. ¿Cuidarlos, vigilarlos? ¿Para qué? Bastábale buscar la mirada de María; y ésta con su candor le decía que no debía tener recelo alguno; y la actitud de Montalbán la tranquilizaba aún mas, si cabe decirse. No sería Alberto de los novios que se complacen en deshojar la corona de azahares que ha de llevar su prometida la noche de la boda. María conservaría la suya sin tacha, completa y fresca porque ni siquiera se atrevía á pensar el joven en el momento en que tuviera derecho para despojarla de ella. La fascinadora mirada de sus aterciopelados ojos, que tantas conquistas le habían valido, subyugaba á la niña; pero como en aquellos ojos ella no buscaba mas que el cielo, este era el que Alberto le dejaba ver. Cuando se hallaban él y María solos con Beatriz, hablaban poco y en voz baja, como si temieran que el perfume de sus palabras de amor se perdiera al alzarla. Alberto se conformaba con adorarla, pareciéndole que la ofendía si se le acercaba demasiado. Lo que experimentaba en presencia de María re-

cordaba al joven lo que sentía de niño cuando le hacían arrodillar delante de la imagen de la Virgen: cierto temor supersticioso, al mismo tiempo que un encanto grandísimo; sólo que aquellas impresiones infantiles duraban un instante, mientras que la del presente no tenía término. Lo mas que se permitía Alberto era tomar una mano de su novia y llevarla á sus labios, con respetuosa ternura. María no se la retiraba porque en aquel contacto no había nada que pudiera alarmar su pudor.

¡Qué instantes tan felices pasaban juntos! ¡Qué embelesamiento sentian! Suaves y deliciosas deslizábanse para ellos las horas, siendo lo mas raro que aunque las hallaban fugaces, parecíales en corto tiempo haber vivido un siglo. ¿Sería cierto que solo hiciera algunos días que no se habían mirado frente á frente, que dos meses antes ni siquiera se conocían, cuando se imaginaban que toda la vida se habían tratado, y que se habían amado siempre? Su mutuo amor lo llenaba todo para ellos. Nada les preocupaba cuando se hallaban solos. Alberto miraba á María y María miraba á Alberto. Con ésto eran felices y no pensaban en otra cosa.

Algo había, empero, que de vez en cuando oscurecía el semblante de Montalbán; que le turbaba un instante, y le desconcertaba. Era la presencia de Isabel entre él y su prometida. Isabel al lado de María, y tratándola familiarmente le parecía una profanación.

Sentía él lo que el fanático creyente á la vista de un ateo en un templo. Aquella mujer no le era odiosa; al contrario. Por momentos la consideraba con lástima, sobre todo, cuando la veía tan cambiada. Ya no era la misma que él conoció. Ahora siempre estaba sencilla, séria, y hasta triste. Alberto no quería pensar en ello; ni preguntarse por qué la coqueta, la insensible no reía como antes. Temía comprenderlo y ser turbado en su felicidad Cuando por un segundo cruzaban por su mente ciertos pensa-

mientos, sentía algo ligerísimo pero punzante como un remordimiento. Isabel era su pasado que se levantaba para acusarle; Isabel era la imagen de su vida disipada; Isabel era el recuerdo de sus antiguas locuras, de sus falsos amores, del vicio, de todo lo que él quería olvidar. Pero había mas aún. Si esa mujer le amaba, ¿no tenía él la culpa? Era cierto que Alberto nunca le habló de amor, pero, ¿acaso lo necesitaba ella para saber que le agradaba? Las coquetas como Isabel conocen el valor de una mirada, y las de Montalbán dijeron claramente á ésta lo que por ella sentía. Y ella creyó en la duración del sentimiento que inspiraba, y pensó en corresponderlo. ¿Era su corazón el que le hablaba en favor de Alberto, ó su vanidad y su capricho? No quería él profundizarlo; lo que deseaba era alejar á María de Isabel. ¿Cómo lo conseguiría antes de su matrimonio? Lo consultaría con Andrés, sin revelarle sus inquietudes, y en caso de que su deseo no fuera realizable se apresuraría la boda, á fin de sacar á la joven de aquella casa donde no debía vivir.

Estas reflexiones mortificaban á Alberto cortos instantes. Sólo se le ocurrían cuando estando él cerca de María veía á Isabel; y ésto no sucedía frecuentemente pues parecía que ella lo evitaba. A poco, la dulcísima mirada de la hija hacíale olvidar la ardiente expresión de los ojos de la madre. Volvía á abrirse el cielo para él, y en nada mas pensaba que en gozar de su ventura.

Pero aunque el joven estuviera alegre, animado y todo le sonriera como antes, no era el mismo de otros tiempos, solo que el cambio habido en él no se manifestaba por aquella tristeza amarga, aquel doloroso desaliento que tanto contrastaba con su anterior alegría, y le daba un aspecto doliente y abatido Nó. En Alberto había ahora una exhuberancia de vida tal que le obligaba á estar en continua actividad. Desde temprano se levantaba, montaba á caballo, y ya de este modo, ya á pié, hacía grandes paseos que le

predisponían bien para todo el día. Se ejercitaba en el manejo de las armas; ocupábase en sus asuntos, dirigido por Andrés y trabajaba lo mas que podía.

Sus antiguos amigos solían encontrarle, siempre diligente, pero como él no los procuraba, le decían con ironía, no pudiendo comprender lo que le pasaba.

—¡Hola, Montalbán, ya sabemos lo que te tiene tan distraido! Y es guapa, oh! ¿Crées que no lo hemos descubierto? Cuánto durará el embeleso? Vamos chico! Olvida eso pronto para que volvamos á divertirnos juntos.

Alberto sonreía enigmáticamente, y contestaba á la broma, chanceando también. Por nada en el mundo hubiera él querido iniciar á aquellos desalmados elegantes en el secreto de sus puros amores. Ellos se imaginaban que lo que absorbía á Montalbán era alguna de sus tantas aventuras, y éste los dejaba en esa creencia. Para quitarse de encima á aquellos importunos les concedía lo que le pidiesen, dinero, favor ó cualquiera otra cosa; decía al uno una palabra amable, al otro le hacía algún obsequio, y así los despedía para que le dejaran tranquilo. Ninguno sospechaba siquiera que el Alberto que habían conocido había muerto para siempre.

Los asuntos del joven estaban ya arreglados. De los tres millones de reales que había heredado de su tío, no le quedaba mas que una cuarta parte, y eso gracias á los esfuerzos de Andrés. Pero esa fortuna, dados los nuevos gustos de Montalbán, era mas que suficiente para él y María, bien manejada como lo estaba.

La condesa y Blanca habían dispuesto como se le antojara la instalación del futuro matrimonio. Alberto y su esposa vivirían en las habitaciones que entonces ocupaba solo el primero, arreglándose las piezas, que eran vastas, de manera que María tuviera en ellas toda comodidad. Se abrirían algunas puertas de comunicación mas en el interior de la casa, á fin de poder estar juntos los recien casa-

"bro. Me he limitado á tranquilizarle, tratando de ali-
"mentarle lo mejor que lo permite su estragado estómago,
"hasta ver si consigo darle alguna lucidez en las ideas
"(hoy no la tiene), y si así averiguo con él, antes que mue-
"ra, muchas cosas que no me explican los documentos que
"he encontrado en su cartera. No puedes imaginarte, hijo
"mio, cuánto siento este contratiempo. Sufro viendo á
"Joaquín en ese estado, y me he propuesto no abandonarle,
"y sin embargo me llaman á Madrid muchos intereses.
"Tengo una sospecha, Andrés, de que no quiero hablarte
"aún, porque no puedo aclararla. Oh! Qué cosa tan ra-
"ra sería esa si se confirmase para mí! No eres capaz de
"adivinar á lo que me refiero. Lo sabrás mas tarde. Joa-
"quín me hace llamar. Apenas me deja descansar un mo-
"mento."

"Cuídame á María, Andresillo, y dame detalles sobre lo
"que hemos convenido. ¿Cómo sigue la niña? ¿No ha te-
"nido novedad en estos días que llevo de ausencia? Cuén-
"tamelo todo, que si bien no puedo escribir como quisiera,
"me es mas fácil leer, mientras mi enfermo duerme un
"poco."

"Te quiere como á un hijo, tu amigo

ROMERO."

Andrés contestó al buen anciano:

"¿María? Si pudiera Ud. verla! Creerá Ud. que se
"ha vuelto hasta coqueta? Ahora ríe y bromea, y tiene
"frescos colores, y come! Y hasta cantó el otro día, acom-
"pañándola yo al piano! Ella se resistía, es cierto, pero
"yo que sé lo dulce que es su voz quise que Alberto la
"oyera, y por complacerme, cedió al fin. No diré yo que
"no fuera por agradar á mi amigo. Sí, doctor. Nuestra
"María se arregla ahora, y la otra mañana, (sorpréndase
"Ud.) tenía puesta una flor en los cabellos. Debo decir
"que Alberto fué quien se la dió, y le manifestó el deseo

"de vérsela en la cabeza. ¡Qué ángel ese, doctor! Cuán-
"to me conmueve su dulce animación! La condesa está
"loca con su nuera futura. No la llama sino con el nom-
"bre de hija. Y Alberto, ¡qué juicioso y qué satisfecho
"está! ¡Qué hombre tan formal y tan cumplido se ha da-
"do! Tendrá Ud. que estimarle, doctor, porque hoy lo
"merece él de veras.

"Pero una cosa se me ocurre, mi respetable amigo.
"¿Podrá Ud que es tan sabio, y que se ha ocupado de psi-
"cología, y ha estudiado el alma humana tanto como el
"cuerpo, explicarme los fenómenos que hemos visto en
"nuestros dos enamorados? ¿Cómo es que María ha co-
"municado su virtud á Alberto, con sólo mirarle una vez,
"cuando la madre de éste que tanto se había empeñado en
"corregirle nunca lo consiguió? ¿Y de qué manera Mon-
"talbán, con la expresión amorosa de sus ojos, ha curado
"en un día á la niña que continuaba enferma, á pesar de
"los cuidados que Ud. le prodigaba? Ganas me dan de
"preguntárselo á algún filósofo materialista. ¿Qué clase de
magnetismo es el que produce tan sorprendentes efectos?

"Por mi parte, si no me lo dicen, no trataré de inves-
"tigarlo. Me conformo con mi ignorancia, pensando que
"en las cosas del alma hay algo mas que humano, que se es-
"capa á nuestra escasa inteligencia. Yo reconozco los sen-
"timientos que hay en mí. Sé que amo, que aborrezco
"(á quién?) que estoy triste ó alegre, independientemente
"de mi voluntad, ¿pero por qué me sucede esto? Bah! A-
"verigüelo otro, indáguemelo, pues yo renuncio á penetrar
"el secreto de esas cosas, á conocerlas en su esencia. Pre-
"fiero ser creyente en este caso á ser libre pensador, pare-
"ciéndome que en ello no deja de haber filosofía. Seguro
"estoy, mi buen amigo, de que su opinión sobre esta ma-
"teria es igual ó dista poco de la mía."

"Espero tener pronto buenas noticias de Ud. No
"acierto verdaderamente con lo que puede Ud. sospechar,

"de tan raro, según me dice en su carta. Mi curiosidad "está excitada. Deseo que Ud. me escriba para saber de "qué se trata, si acaso ha dilucidado Ud. lo que le intere- "saba. Lamento en extremo el triste motivo que le retie- "ne en Cádiz, y comprendo el disgusto de Ud. y su impa- "ciencia. Pero ¿qué hacer? Por fortuna todo en Madrid "marcha á las mil maravillas para Ud. He visto al doc- "tor Gánigas Es una persona muy apreciable que se ocu- "pa en la clientela de Ud. con mucho interés, según he "oido decir y he comprendido por su conversación."

"Hasta otro rato, mi buen doctor."

"Le abraza afectuosamente su amigo humildísimo.

ANDRES."

El anciano médico escribió á Andrés, contestando á las noticias que él le daba, con mas impaciencia que alegría. No estaba descontento de lo que ocurría, y felicitaba á María por su restablecimiento, y á Zúñiga por la conducta que había observado, la cual aprobaba completamente; parecíale no obstante que su presencia en Madrid convenía á todos, y se lamentaba de tener que quedarse todavía en Cádiz. Su enfermo seguía mal, y apenas conservaba él la esperanza de verle reanimado siquiera por algunas horas, para salir de una incertidumbre que le mortificaba. Suplicaba á Andrés y á los Montalbán que aguardasen su vuelta para cualquiera resolución definitiva; asegurándoles que el señor Moreno, sea que pudiese hablar ó nó antes de morir, no resistiria á su enfermedad un mes mas, pues su vida era casi una agonía que no podía prolongarse demasiado. Tres semanas habían pasado después de su salida de Madrid y no estaba él mucho mas adelantado que á su llegada en lo que se refería al asunto que le había traido á Cádiz. La sospecha que había nacido en él distaba mucho de ser una convicción; de otro modo su tarea se habría simplificado extraordinariamente. En su próxima carta explicaría algo mas á Andrés, quién quizás podría ayudarle

á salir de dudas.

Nada mas decía el doctor Romero. Sin tener noticias suyas pasó Zúñiga casi dos semanas. Al cabo recibió otra carta de su anciano amigo.

"Voy á declararte al fin, mi querido Andrés, lo que ocupa mi imaginación desde que leí los documentos que me entregó Joaquín. No puedes figurarte todo lo que sobre ello he cavilado, sin tener base fija en que fundar mis congeturas. ¿Podrás creer que se me ha ocurrido la idea de que muy bien pudieran ser la mujer y la hija de Guadiana.... ¿adivinas quienes? Nada menos que tus vecinas, Isabel y María. ¿Qué dices á esto? No te parece estupendo? Pero ya verás las razones que hemos tenido para suponerlo. Primeramente esos son los nombres de bautismo de las dos perdidas. No solamente he encontrado esos nombres en los papeles susodichos, sino que informándome directamente con algunas de las escasas personas que he visto aquí, sobre sí conocían ó nó al conde de Guadiana, tropecé con una que le visitó á menudo, y me dió varios deialles sobre aquel pobre hombre y su familia. Hablóme de la hermosura de su mujer, y de la gracia de la chica que era próximamente de la edad que por entonces tendría María. El retrato que me hizo de la Isabel perdida, corresponde perfectamente al de la que conocemos. El carácter de aquella era el mismo de ésta; las condiciones idénticas. Tocaba y cantaba; en fin, todo es igual en ambas. Lo único que hay es que el apellido que lleva tu vecina no es el que me dió mi complaciente interlocutor. La condesa de Guadiana era Medina por su familia. Ese Rivera, en todo caso, sería nombre de invención. La dama no tenía mas hija que la que buscaba el conde. La otra de tu vecina nacería después, aunque las fechas que me dijo mi nuevo amigo, no coinciden con la edad de la segunda hija de Isabel. El buen hombre recuerda que la mujer de Guadiana huyó de Cádiz en 1849, y que aunque se sabía

que tenía un amante, nadie tenía noticias de que hubiese nacido hijo alguno de sus amores. Suponían que la dama se había embarcado, y hubo quien asegurara que la había visto en Marsella. De Guadiana no se había sabido hasta algunos años mas tarde que volvió á aparecer en Cádiz tan viejo y gastado que casi nadie le reconocía."

"Tales son las noticias que he recogido. Ellas me han trastornado. No sé qué creer, pero algo me dice que no me equivoco en mis sospechas. Si estuviera en lo cierto, Andrés, si estuviera en lo cierto, ah! qué bueno sería!"

"Mas no nos hagamos ilusiones. Veamos lo que se puede hacer para salir de dudas. Si Joaquín hablara, si lograra yo mejorarle hasta el punto de obtener de él explicaciones claras y circunstanciadas, nada mas se necesitaba. Pero aunque él me diga algo, desconfiaré de la validez de sus palabras, por el estado de su cerebro. Debo asegurarme bien de la lucidez de sus ideas antes de creerle. El esfuerzo que hizo el infeliz para escribirme le postró completamente. Me contaron á mi llegada, los que le asistían, que después de haber escrito esa carta, tuvo una crisis espantosa de la cual no ha podido repararse. La enfermedad de mi desgraciado amigo es terrible, Andrés. No sería raro verle loco ó idiota si viviera. Por ahora está de manera que no puede oir hablar un momento sin desmayarse. Bien comprenderás que por grande que sea mi deseo de penetrar el secreto que tanto me interesa, no soy tan cruel que le haga sufrir mas por ello. Confiemos en Dios para averiguar tan delicado asunto."

"Pensando en él háseme ocurrido otra cosa. ¿Crées posible, Andrés, interrogar á Beatriz? Invocando el nombre y la felicidad de su señorita ¿no se conseguirá hacerla referirte la historia de Isabel? Si María hablara..... Si su novio pudiera inspirarla bastante confianza para.... Mas nó! ese medio no es reguro ni conveniente. No enterémos á nadie de nuestras sospechas; y digo nuestras, porque se-

guro estoy de que en tí ya han tomado raices las que te indico. En mí son una idea fija. Trata de ver á Beatriz, Andrés. Eres bastante delicado para saberla interrogar. Esa buena mujer ha criado á María, según me ha contado la niña. Mas que ésta, debe estar al corriente de su infancia, y de la historia de la madre. Haz ese esfuerzo por tu lado, que por el mío veré lo mas que pueda tentarse."

"No te apresures para que tomes todas tus precauciones. El resultado de tu entrevista con Beatriz puede ser bueno ó malo, según se lleven á cabo las cosas. No conviene que María sepa nada violentamente, en caso de que nuestras conjeturas sean fundadas. Tú la crées curada, y yo no dudo que haya mejorado mucho, y de que el matrimonio le sea favorable en todo sentido; pero si por ahora, después que esa pobre criatura ha conocido la felicidad, viniera algo, repentinamente, á sacarla del éxtasis en que vive, no respondo de las consecuencias que eso traería infaliblemente. En María el corazón ha sufrido mucho. La vida poco activa que ha llevado ha sido causa de que sus pulmones estén bastante débiles, aunque ninguno de sus órganos esté lesionado. Eso no. La niña está sana hasta el presente; pero su estado es delicado todavía, y hay que evitarle toda emoción desagradable ó penosa. Ya viste lo que le pasó cuando le hablaste del amor de Montalbán. Y eso que la noticia la era grata. Considera lo que hubiera sucedido de haber sido el caso diferente. Pensando en todo esto es que me impaciento, por mi permanencia en Cádiz. Mi vuelta á Madrid me permitiría salir cuanto antes de la incertidumbre que me hace mal, te lo confieso."

"Termino esta carta, Andresillo, ya demasiado larga. Me tranquiliza bastante la idea de que puedo confiar en tí. Vuelvo al lado de mi enfermo; pero no antes de enviarte el mas estrecho abrazo.

Tuyo siempre,

ROMERO."

XXVI.

Es de suponer el efecto que producirían en Andrés las confidencias de su anciano amigo. En el primer momento aquella carta lo dejó aturdido. La leyó y la releyó para convencerse de que no se equivocaba en lo que había visto en ella. ¿Sería posible que María fuera su prima; que tuviera un nombre honroso, que poseyera una fortuna y que viniese á ser el doctor que tanto la quería su tutor legítimo, después de haberlo sido de hecho, tanto como su falta de derecho se lo permitía? Oh! si esto no era solamente una quimera, y resultaba ser fundado, ¡qué contentos estarían todos! ¡Qué satisfacción para la misma María, la de poder ofrecer á su prometido y á la familia de éste una alianza digna de ellos! Y él, él que tanto la amaba creyéndola una extraña, ¡con qué gusto la llamaría su prima, su hermana querida, cuando tuviera la seguridad de que los unían lazos de sangre! Y mientras mas reflexionaba Andrés sobre lo que el doctor le había escrito, mas razones encontraba para considerar como una verdad las congeturas de su respetable amigo. La convicción moral se iba haciendo en él, faltaba que las pruebas materiales le dieran mas fuerza, mas valor; que fuera irrecusable para poder obrar entonces. Así se desvanecerían todos los recelos del joven abogado; todo lo malo que él presentía. María bajo la tutela del buen doctor no dependería para nada de su madre; podría vivir lejos de ésta y casarse sin que Isabel tuviera que mezclarse en su matrimonio. Ya ella había

dado su consentimiento á él y no podía ponerle impedimento negándose á revelarle el nombre verdadero de María, á entregar su fé de bautismo, con lo cual hubiera ocasionado tardanzas, y sabe Dios qué otras complicaciones. Andrés había temido todo ésto, y la condesa lo recelaba, y hasta Alberto, á quien había sido sugerido el pensamiento, sentía en ratos ciertas angustias que le atormentaban. Todo eso desaparecía desde el momento en que se probase que Isabel era la viuda del conde de Guadiana; en que se la obligase á confesar la verdad. El doctor tenía razón. Nada se debía resolver hasta su vuelta, y lo mejor era esperar. Mientras tanto Andrés buscaría la manera de interrogar á Beatriz, y seguro estaba de obtener de ella importantes revelaciones. El amor que la anciana aya tenía á María la movería á confiar todo al joven abogado de quien conocía toda la honradez y la buena voluntad en favor de su niña.

En este sentido contestó al doctor, y sin participar á nadie sus ideas, buscó la ocasión, que no debía tardar en presentarse de la manera mas natural.

Dos días después daba un baile la familia de Montalbán, y la condesa había obtenido de Isabel el permiso de llevarse á María, á su casa desde por la mañana. Beatriz iba á estar sola, y así podía verla Andrés sin que la joven supiera nada. Zúñiga la suplicaría que fuera donde él á fin de hablarla con toda libertad.

XXVII.

—¿Pero, mamá,—había dicho Blanca á Doña Luisa, una semana antes de lo referido—¿es posible que yo no

conozca aún á la que pronto será mi hermana, cuando tanto lo deseo? Hace mas de un mes que Alberto es su novio, y todos la han visto menos yo. Hasta Pedro que está loco con ella! ¡Vamos, dí, madrecita mía, no me la traerás aquí, ya que yo no puedo ir á su casa! Sé que se lo has pedido á su madre, y que ella hasta ahora no te lo ha concedido, pero insiste, mamá! Vuelve á rogarla. Pídeselo en mi nombre. Dile....Ay! Qué buena idea se me ocurre! Ya lo tenemos! El seis de Agosto es mi cumpleaños, dentro de ocho días ¿lo celebrarémos, no es verdad, Luisita?-añadió la melosa niña, tomando la barba de su madre, y acariciándola como lo hiciera con una chiquilla. Nada! No hay que rehusármelo. Darémos un baile, y María vendrá. Yo me encargo de todo, de su traje, de cuanto necesite. ¡Tu verás, mamá, qué día tan feliz vamos á pasar! Si ya sueño con él! Los piés me hacen cosquillas, porque me parece que estoy bailando. Sí, Luisita, á tí te toca ir á casa de la madre de María para suplicarla que nos la deje por un día siquiera. ¿Por qué no ha de consentirlo? ¿No ha de perderla después para siempre? La pobrecita niña no habrá bailado tal vez en toda su vida, y eso es muy triste. No pasear ni divertirse! Y yo que tan dichosa he sido! Esas cosas no debían suceder. No gozar de su juventud. Vaya una injusticia!

Blanca hablaba muy animada; y la condesa oía con su benevolencia y su ternura acostumbradas.

—Sí, mi querida hija,-contestaba-se celebrará tu natalicio: esos diez y ocho años que tu alegría me han hecho dulces y agradables. Iré á casa de la señora de Rivera, y aunque temo ser desairada de nuevo, le suplicaré que consienta en lo que deseas tanto. No dudo que ese día sea hermoso para nosotros, y precursor de otros mas bellos. Creo como tú que la pobre María no habrá bailado nunca: no ha sido ella feliz como tú, mi amada Blanca; por eso debemos amarla mas, y hacerla olvidar las penas que ha

sufrido. Ya deseo verla casada con Alberto para tener el derecho de llamarla hija mía, y de hacer por ella cuanto quiero, compensando así la injusticia de su suerte.

No esperó Blanca que la digeran mas. Saltó de allí á llamar á los criados para anunciar la proyectada fiesta. Mandó buscar á su costurera, y estuvo dos horas, combinando con ella el traje de su madre, el suyo propio y sobre todo el de María. Dijo que este último era para una joven parienta suya, á quien quería dar una sorpresa. Ni ella ni su madre habian hablado á nadie del compromiso de Alberto. Pensaban hacerlo cuando ya estuviese fijado el día de la boda, y entonces presentarían á María como perteneciente á su familia, sin dar mas explicaciones.

La semana pasó para los Montalbán en los mas alegres preparatívos. La condesa tenía el asentimiento de Isabel. Esta, después de protestar que María no sabía bailar, que no estaba acostumbrada á trasnocharse, que su salud era delicada, y podía resentirse con ello, etc., etc., había cedido al fin, temiendo desagradar á la madre de Alberto, cuyo disgusto por dichas excusas era visible.

Con esta noticia que le dió doña Luisa, la alegría de Blanca no tuvo límites Saltaba como una ardilla, y mas ligera que una sílfide; iba de aquí para allí, removiéndolo todo, disponiendo, arreglando, adornando, ordenando, ocupándose en cuanto era necesario para que su madre no se fatigase. La condesa la dejaba hacer, segura de su buen gusto y de su tacto. En medio de su viveza, era la niña juiciosa, y conocía todos los deberes de una ama de casa. Su madre compartía con ella esos cargos, con el objeto de acostumbrarla para el día en que se casara; y la niña los desempeñaba á maravilla.

En el interín, Alberto y María vivían acariciando los mas lisonjeros sueños de ventura. La perspectiva de ese día que iba á pasar con la familia de Montalbán, causaba desvelos á la hija de Isabel. ¿Un baile?..... ¿Una fiesta

en casa de la madre de su amado?.....¡Qué esperanza tan hermosa era ésta! ¡Qué realidad tan encantadora sería aquella! Con estos pensamientos se acostaba María, y tardaba en dormirse, delirando porque llegara el feliz momento de conocer á Blanca, la hermana de su Alberto; á Blanca, que le hacía tantos obsequios; á Blanca, que era tan alegre, tan linda, y tan buena! No había día en que la amable niña no la enviase flores ó algún recuerdo con Pedro. Y Pedro se complacia en admirar á la novia de su señorito; en oir que le llamaba "mi buen Pedro," con su voz tan dulce, tan afectuosa.

— Soy demasiado feliz!-decía luégo María á Beatriz Hay veces, mi querida aya, que se me oprime el corazón porque no puedo expresar todo lo que siento! Y tengo miedo, y temo estar soñando y despertar!

— Nó, mi vida,-contestaba la buena mujer.—No despertarás, porque lo que te pasa es verdad. Mucho has sufrido, cielo mío, y por eso es que tienes aprehensiones. Deja que venga el doctor, y que te cases, y verás como todo eso se desvanece. Ahí están todos para quererte, María, como tú lo mereces. Y en teniendo tú quien te quiera, eres feliz.

— Sí, María, adorada mía,-la decía Alberto, con delicado acento de ternura, conmoviendo á la sensible y amantísima criatura,-yo te quiero de tal modo que no sé como decírtelo. Y mi madre, y mi hermana, y Andrés, y el doctor, y Beatriz y todos te aman! ¿Por qué temes, mi bello ángel? Mírame! ¿Ves la adoración que hay en mis ojos? ¡Pues no es ella el reflejo de lo que siente por tí mi alma! Qué bueno me has hecho María! Me parece que amo á todo el mundo, y no hay en mí un pensamiento que no sea digno de tí. Lo que eres para mí no puedes comprenderlo, porque ni aun yo mismo lo sé. Para mí eres la imágen de todo lo noble, lo bueno, lo celestial: eres sagrada, María! y al hablarte como ahora, no es el sér material el que lo ha-

ce, sino mi alma la que se dirige á la tuya. ¿No lo ves en mi mirada? No lo sientes en mis palabras? Sí! Tú crées en mí como yo creo en tí. Tu amor, ese amor tan elevado y puro, te revela lo que es el mío. Yo leo el tuyo en tus ojos. En ellos veo el cielo: ellos me dicen que contigo la vida será dulce para mí y que mi vida es tu vida, y mi amor tu ventura! ¿Te hablan así los mios? Dí, mi ángel! Lo sé, pero repítemelo! Esas palabras de confianza son una melodía que nunca me canso de oir.

—Sí, Alberto,—contestaba María, con voz tan baja que parecía un murmullo.—Tú me quieres. Lo siento, lo sé. Yo te amo, con amor intensísimo.....

Y la niña no podía continuar, porque la conmoción profunda, inmensa, infinita que le causaba la música que había resonado en sus oidos, se lo impedía. Y con lágrimas de enternecimiento miraba á su amado, sin separar los ojos de aquellos otros tan bellos, tan tiernos, que la fascinaban; de aquella boca de donde habían salido palabras tan dulces, y que ya no tenía la expresión de malicia de otros tiempos, sino una sonrisa blanda y afectuosa que la sumergía en un embeleso indecible. Sentíase atraída hácia Alberto por una fuerza magnética invencible, pero que no la lastimaba, ni la turbaba en su tranquilidad. Y el joven que lo comprendía, la respetaba hasta el extremo de no atreverse á estrecharla demasiado las manos, ni á mirarla de otro modo que como ella le miraba. Y eran felices así, contemplándose casi sin hablarse, y Montalbán no aspiraba á nada mas cuando estaba cerca de ella. Y María olvidaba el mundo, y el pasado, y el presente, porque perdía las facultades de pensar y de recordar, no conservándolas mas que para sentir.

XXVIII.

—Me dijo Antonio que deseaba Ud. hablar conmigo, don Andrés, y he venido tan pronto como me ha sido posible. Mi niña se marchó con la señora condesa: yo estaba sola allí, hacía un rato.....

—Mi buena Beatriz, siéntese Ud. por aquí, y gracias por haberse apresurado en complacerme. Sí, es cierto. Tengo que decirla algo, y es cosa que se refiere á su señorita.

—Yo así lo supuse. Pensé: cuando don Andrés me hace ir á su casa, algo de importante debe de haber para Mariita en el asunto. Y sin decir nada á nadie me salí.

—Dígame, Beatriz, ¿cómo está la niña? Siempre contenta y mejorando cada día mas, no es verdad?

—Lo que es hoy está María como una mañana de Páscuas. ¡Qué ojos tenía y qué semblante tan hermoso! Nunca la he visto tan linda. Ni tan risueña. Ella que desde que era pequeñita no reía sino por casualidad!.....

—¿Y vino la condesa á buscarla, dice Ud?

—Sí. Llegó hará como dos horas con Pedro. La niña había madrugado. Quiso ir á misa, y yo la acompañé. Luego que volvió de la iglesia se desayunó con un apetito como no lo tenía hace mucho tiempo, y se puso á coger flores en el jardin, para llevárselas á la señorita Blanca. Yo estaba con ella, y la oía hablar y reir tan animada, que las lágrimas se me saltaban, al acordarme de lo triste que antes era. ¡Ah don Andrés! Dios es justo enviando á mi

niña esa felicidad! Ella la merece tanto! Es tan buena! Y siempre lo ha sido, desde que nació!

Beatriz, conmovida, se limpiaba los ojos con el reverso de la mano, para no dejar correr sus lágrimas.

—¿Y Ud. la ha cuidado siempre?

—Sí, señor. María es para mí una hija. Y ella me ha querido como á su madre. Por nada consiente que la trate mas que de tú. Ya Ud. vé que es tal la costumbre que no puedo llamarla mas que por su nombre.

—Ella hace bien en corresponder de ese modo al cariño que Ud. la profesa. ¿No es Ud. la que la ha amado siempre? No teniendo padre... ¿A qué edad perdió María á éste? ¿Debe Ud. saberlo, Beatriz?-dijo Andrés interrumpiéndose de repente para mirar al aya, con la mayor naturalidad, la cual se turba, y contesta vacilando un poco como quien no sabe que decir.

—Ella estaba muy pequeña; no recuerdo bien....

—Yo he supuesto siempre que no le conoció, porque nunca me ha hablado de él,-continuó Andrés aparentando que no advertía la turbación del aya.—Era tan natural que lo hiciera si lo recordara.

La buena mujer balbuceó algo que el joven no entendió. Impasiblemente prosiguió, observándola siempre con disimulo.

—O quizás sea que ella no tenga bastante confianza en mí para decirme ciertas cosas....

—No crea Ud. eso, don Andrés.

—Así me lo he presumido muchas veces, Beatriz. Su señorita es luego demasiado reservada conmigo, y la misma queja tiene de ella el doctor Romero, que tan bueno es, y tan respetable.

—Jesús, Señor! Que no lo sepa la niña, don Andrés! Se afligiría mucho si se lo dijeran.

—No se lo dejarémos saber, Beatriz, pero es la verdad. María no tiene con nosotros toda la confianza que

debiera, y hace mal.

—No es por ingratitud, señor. ¿Desconfiar ella de Uds? Oh, don Andrés! Ud. no sabe....La infeliz! Esa es su timidez....Por Dios! No piensen Uds. que María pueda pagar mal lo que hacen por ella. Ese pobre ángel ....Si supiera .....

—Vamos, Beatriz. No tome Ud. de ese modo mis palabras· Ni se aflija,-añadió Andrés viéndola confusa y llorosa. No lo digo por nada malo, sino porque si hoy no estuviéramos ignorantes de lo que se refiere á la infancia de María, podríamos servirla mejor. La he llamado á Ud. para que me dé algunos informes que necesito, ya que no me atrevo á pedírselos á ella, por el motivo que la he dicho.

—Yo? Quiere Ud. pedirme....? Y en que puedo.....

—¿Cómo, Beatriz? Ud. que ha visto nacer á esa niña, no podría contarnos algo referente á ella? No comprendo eso. Es por el bien de María. Pruébeme Ud. que no desconfía también de mí, respondiendo á lo que voy á preguntarle.

—Pregunte Ud., don Andrés, y si puedo le contestaré....No sé por qué tiene hoy Ud. esa idea, señor.....

La pobre Beatriz tartamudeaba, moviéndose en su asiento, como si sufriera una tortura. Tenía los ojos bajos y entre los dedos retorcía una punta de su manto.

Andrés continuaba observándola y cada vez se confirmaba mas en sus sospechas. Le daba pena mortificar á la buena aya, pero no desistía del propósito que había formado. Sin buscar rodeos, pensando que produciría mas efecto en la confusa y llorosa mujer lo que iba á decirle, exclamó de pronto, después de una ligera pausa:

—Conoció Ud. al Conde de Guadiana, Beatriz?

Esta se sobresaltó de tal manera al oir ese nombre, que alzó la cabeza y miró á Zúñiga como aturdida.

El joven repitió su pregunta, como si no hubiera ad-

vertido nada.

—Sí conocí....? Me parece, es....verdad....! No sé....

La infeliz no sabía que contestar de lo atolondrada que estaba.

—Sabe Ud. que murió hace poco, y que deja una fortuna....?

Los ojos de Beatriz se dilataron, y sus labios se abrieron, pero no articuló sino un sordo gemido.

Andrés siguió imperturbable:

—Murió de pesar el pobre señor, que era mi tío ...

—¿Su tío?–preguntó Beatriz, á quien la sorpresa y el espanto hicieron hablar.—¡Santo Dios!

—¿Le trató Ud. Beatriz? Yo desearía encontrar quien me diera detalles sobre ese pariente mío, cuya historia es tan triste, y que me deja sus bienes en caso de que no se conozca el paradero ó la suerte de una hija única que le fué robada.....

—¡Cielo santo!–exclamó el aya dejándose caer como desplomada en su asiento.

—La fortuna de mi tío no puede pertenecerme de derecho sino después de la muerte de mi prima, y por eso me informo.....

—¿Su prima? oh!–murmuró Beatriz

—El doctor Romero es el que me ha contado todo esto–prosiguió Andrés, siempre impertérrito, á pesar de la postración en que veía á la pobre mujer —Su amigo don Joaquin Moreno, le escribió de Cádiz llamándole para entregarle todos los documentos del Conde, porque él también se muere.....

—Oh! Dios mío!

—Y ahora el doctor quedará encargado de buscar á la niña, y me ha suplicado que haga diligencias por mi parte. Hace tres días que recibí una carta suya en la cual me habla de ciertas ideas que le han venido al leer los pa-

peles del Conde; y me pide también que la vea á Ud. sin que María lo sepa. Teme él que si hay algo de cierto en lo que sospecha.... Pero no sabe Ud. lo que es, Beatriz, y voy á confiárselo ¿Podría Ud. creer que al buen doctor se le ha metido en la cabeza que la señorita de Ud es ni mas ni menos que la hija que perdió el Conde? Tiene unas cosas ese buen señor! Ya se vé, quiere tanto á María....

—¡Virgen Santa!-suspiró el aya, llevándose las manos á la cabeza, como si hubiera recibido en ella un porrazo.— Don Andrés! Oh! Dios mio!

Beatriz parecía anonadada y fuera de sí. Sin compasión, y no dudando ya Andrés de que fueran fundadas las congeturas del doctor, siguió diciéndole para obligarla á hablar.

—Voy á leerle la carta que me escribió el respetable doctor. Verá Ud. lo que me dice sobre la niña. Delira él con ella, y por eso se le reunen ciertas cosas. ¿Sabe Ud. lo que sería para ese amigo tan bueno de María, el poderla proteger con todo derecho, y darla una fortuna, y....pero, y para mí? Qué gusto sería el mío si supiera yo que ella es mi prima, que....No tengo mas nada que decir. Quiero tanto á María! Si Ud. sabe algo sobre esa historia, Beatriz, debía contármelo todo, aunque no fuera mas que por complacernos al Doctor y á mí; sin hablar del bien que podría proporcionar á la niña. Pero aquí está la carta. No la encontraba,-dijo Andrés sacándola de uno de sus bolsillos.

En su interior estaba lleno de alegría. María era su prima; la actitud de Beatriz se lo confirmaba cada vez mas. Mientras que él buscaba la carta y se la leía, habíase el aya cubierto el rostro con las manos, guardando obstinado silencio, abatida y llorando.

Zúñiga, sin dolerse de ella, leyó algunos párrafos, y se extendió en consideraciones sobre lo que el doctor decía. Habló de los temores del anciano médico respecto de la sa-

lud de María, á pesar de su mejoría aparente; de las ventajas que habría para ella en ser su pupila; de la satisfacción que tendría llevando una fortuna en dote á su marido, en lugar de casarse pobre y debérselo todo á éste....Tan hábilmente expuso la situación de la niña, que Beatriz, perdida la cabeza, impresionada y deshecha en lágrimas, le hizo callar.

—Ya, don Andrés! Basta con eso!-díjole, extendiendo los brazos como en demanda de perdón.—Lo comprendo todo, y sé lo que Ud. desea de mí. Voy á hablar, á decirse lo todo. ¿Qué me importa si hay quien no esté contento? María es para mí lo primero. Su bien es lo que mas anhelo en el mundo. Y por salvar su vida....así me maten á mí! Sí, señor! María es la hija única del señor Conde. Don Joaquín Moreno es su padrino. Ella ignora todo esto, porque dejó de ver á su padre siendo tan pequeñita, y de don Joaquín no conserva memoria.....

—¿Con que es verdad, Beatriz?-exclama Andrés, interrumpiéndola lleno de júbilo y sorpresa.—No se equivocaba el doctor, y mis presentimientos no me engañaban. Ahora si que estoy contento! Mi buena Beatriz, cálmese Ud. para que me lo cuente todo! Dígame, cómo fué que pasaron esas cosas? Ud debe conocer toda la historia....

—¡Oh don Andrés! Por Dios! Déjeme llorar un rato y después hablaré! No puede Ud. figurarse la pena que tengo en medio del gusto que puede causarme el saber que María vá á ser reconocida como la hija del señor Conde. Ay! Mi pobre amo! Tan bueno que era conmigo por ver como yo quería á su niña! El la idolatraba! Si era de ver aquello, señor! Qué locura tenía el buen señor con esa criatura! Y ella lo quería Nunca lo ha olvidado; á pesar de no tener todavía cinco años cuando él se embarcó para no volverla á abrazar. Y morir así, sin tener ese consuelo! Qué cosas tan tristes pasan en el mundo! María ha ido hoy á esa fiesta, y su padrino se muere,

y ella debería estar de luto por su padre. Por el Divino Redentor, don Andrés, que no se le diga á esa niña nada de esto sin prepararla antes! Podría darle un sobresalto demasiado grande. Ella deliraba con el señor Conde. Yo sé que soñaba que le veía, porque durmiendo le ha llamado muchas veces. Pobre señor mío! Tantos deseos que tenía yo de volver á besar su mano, de presentarle á su María ya grande y tan linda como está! He pensado tantas cosas! Me decía: quizás, después de casada, busque ella á su padre y lo encuentre.....

Beatriz sollozaba desconsoladamente. Andrés la miraba con lástima. Al fin le dijo con dulzura y tomándola una mano:

—Repóngase un poco, mi buena Beatriz. Es preciso no dejarse abatir así para que la señorita no sospeche nada cuando la vea. Ud. se lo dirá después, cuando la crea dispuesta, y lo hará de manera que ella no sufra mucho. Ya sabe Ud. todos los cuidados que necesita María para que no vuelva á ponerse como estaba. Cálmese, y con despacio vaya refiriéndome, lo mas claramente que pueda, la historia de los señores. Tome Ud. un vaso de agua, Beatriz, y refrésquese un poco la cara Mire, aquí tiene un poco de vino....Eso es. Verá Ud. como se tranquiliza. Si la molesto, Beatriz, es por el bien de todos; y en particular, por el de María.

Andrés al hablar así ofrecía á la buena mujer lo que iba diciendo. El agua, el vino, un pañuelo para limpiarse. Cuando la pobre aya se hubo repuesto, le dió las gracias por las atenciones que con ella tenía, y le contó, suspirando mucho, la historia de Isabel y de María. Los principales sucesos de ella fueron los siguientes:

XXIX.

Beatriz Muñoz había sido la nodriza de Isabel. Era ésta hija única de don Miguel de Medina, rico comerciante de Cádiz. El apellido de Rivera que adoptara la madre de María había pertenecido á su familia, pero á ella no le correspondía. Beatriz era la honrada viuda del jardinero de don Miguel. Al cabo de dos años de matrimonio perdió á su marido, á consecuencia de una enfermedad epidémica, y quedó con un hijo de algunos meses, sin recurso alguno. El nacimiento de Isabel dejó viudo también al rico don Miguel. Propuso este entonces á la pobre mujer que viniese á su casa y se hiciese cargo de la recien nacida, comprometiéndose él en cambio á ayudarle para educar á su hijo, y á conservarla al lado de Isabel mientras desease acompañarla.

Beatriz aceptó: se ocupó en la niña con tanto esmero como en su propio hijo Esteban. Era fatal, la pobre, porque el chico se le murió también, de edad de tres años. Sola en el mundo, no tuvo ya á quien querer mas que á la hija de don Miguel. Veía sólo por sus ojos y la amaba tanto como á su propio padre que con ella tenía idolatría. ¡Era Isabel tan hermosa desde que nació! Sabía agradar tanto desde sus primeros años! ¿Quién no la festejaba cuando ella lo quería? ¿Qué se le antojaba que no le fuera concedido? Don Miguel era el primero en acatar sus voluntades, y Beatriz nada le negaba. La pobre mujer lo reconocía ahora llorando. Esa educación dada á Isabel fué

quizás la que le perdió. Rodeada de mas cuidados y mimos que una princesa creció la niña, y tal se creyó no bien tuvo algún conocimiento. Jamás se sometió á ninguna regla. Aprendió lo que quiso, porque era inteligente y le agradaba lucirse. Su padre la dejaba dueña de hacer lo que le pareciese; y ella abusaba de su libertad para realizar todos sus caprichos. Mandaba á los criados á su antojo, y los despedía por la menor falta de obediencia. Todos la conocían, y como no querían salir de la casa, se conformaban á sus mandatos del modo mas servil.

A los quince años obtuvo permiso de su padre para abrir sus salones como una gran dama. Su objeto era atraerse pretendientes para elegir entre ellos el que mas le conviniese. Puede suponerse si tendría adoradores la resuelta niña, y si la adularían, y si sería celebrada su hermosura! En prosa y en verso recibía Isabel á cada rato amorosas declaraciones que la divertían en extremo. Complacíase el ciego padre en verla tan admirada y feliz al parecer, pues era completamente dichosa la que él llamaba su inocente criatura. La vanidad de Isabel igualaba á su orgullo. Soñaba con ser duquesa ó marquesa ó cuando menos condesa. Y entre los pretendientes á su mano no había uno que llevara título. Casi todos, aunque bien emparentados, eran hijos de familia, mas ó menos ricos, pero que no realizaban su ideal. Habíase propuesto casarse con un hombre de buena figura, opulento y que tuviera un nombre sonoro é ilustre. Los que la hacían la corte estaban buenos para seguirla en los paseos y teatros, á las tertulias para recojerle el pañuelo ó el abanico, cuando ella se dignase dejarlos caer con ese objeto; para servirla de pareja en una contradanza ó un vals; de acompañantes en el piano, y....nada mas. Su mano? No la concedería ella por cierto á ninguno de aquellos pisaverdes, á quienes trataba como una reina inconstitucional á sus súbditos. Los tales la divertían al embelesarse con sus coqueterías, y halaga-

ban su amor propio con su adoración sumisa. ¿Qué mas querían ellos que una sonrisa de sus rojos labios, una mirada de sus negros y soberbios ojos; un ligero estrechón de su blanda y linda mano? Qué mas que el honor de bailar con ella, ó de oirla tocar y cantar? No les bastaba con admirarla? Prestándose á ello ¿no era la coqueta demasiado benévola y condescendiente?

Vió un día á Isabel el conde de Guadiana; y se enamoró perdidamente de ella. Don Miguel de Medina tenía relaciones comerciales con él, lo llevó á su casa. imponente figura, y sobre todo su título, agradaron á ja, quien supo por el padre que era el conde muy rico, y sin otros parientes que un hermano y socio suyo que vivía en la Habana.

Pensó Isabel al momento que era aquel el marido de sus sueños. Si se casaba con aquel hombre que representaba tener mas de cuarenta años, pero que estaba bien conservado, no haría ella de él lo que se la antojase? ¿Cómo resistiría á sus caricias, á sus ruegos cuando le pidiese algo, el que pudiendo ser su padre, obtenía su amor, tan solicitado? La coqueta estaba segura de dominarle completamente, y á ello se aplicó con el mayor celo. Desdeñó á sus demás pretendientes para no ocuparse sino del conde. Hízose para él modesta y graciosa. Cautivóle con su talento, embriagóle con el perfume de su belleza, y trastornóle de tal modo obligándole á creer que le amaba que el buen señor no lo pensó más, y pidió su mano a doña Miguel. Este se la concedió, por complacer á Isabel, sin hacer la menor objeción, aunque bien le parecía aquel matrimonio poco proporcionado. Pero si ella lo quiere,-decía el condescendiente padre, ¿qué puedo yo hacer sino bendecirlos y amarlos?

—La boda se verificó, por desgracia!-añadió Beatriz suspirando. La buena mujer pidió permiso al conde para acompañar á Isabel, lo cual obtuvo sin dificultad.

Todo fué bien al principio. Durante medio año la luna de miel no tuvo para la recien casada el mas ligero eclipse. Su marido la adoraba y se sometía á todos sus caprichos: dejábala gastar, lucir, divertirse cuanto quería. ¿Qué mas podía ella desear? Era condesa, y su hermosura parecía tener ahora nuevo y mayor brillo. Sus sueños todos estaban realizados. Para el conde la existencia fué algo menos dulce. Sin atreverse á decir nada, encontraba él á los dos meses de casado, que Isabel no era lo que le había hecho creer. La niña modesta y amante había desaparecido, y quedaba en su lugar la mujer incomparablemente hermosa, ansiosa de hacerse admirar, sin juicio mas que para lucir, indiferente ó tibia para el sentimiento, y sin la menor idea de lo que son los deberes de una esposa. Hizo el conde tímidamente algunas observaciones sobre el género de vida que se llevaba en su casa donde todo eran fiestas y locuras. Aún así tomó por pretexto el estado interesante de Isabel. Enfadóse ésta, y continuó el mismo tren sin que para nada sirviesen los consejos del esposo. Disgnstóse el conde. A los diez meses de matrimonio, pesábale ya el papel que su mujer le hacía representar. Tenía que andar tras ella, siquiera fuera para imponer con su presencia á la turba de admiradores que la rodeaba, y con quienes se mostraba mas coqueta que nunca. No era él el dueño en su casa. Isabel lo disponía todo; recibía á quien se le antojaba, y gastaba un lujo soberbio. En sus manos el dinero parecía derretirse.—Oh!-decía Beatriz,—el desorden de aquella casa daba pena. ¡Y cómo sufría el señor!

Serio y meditabundo estaba siempre en medio de las fiestas de su mujer, ó cuando la acompañaba á alguna parte.

Poco después nació María, y su advenimiento al mundo, lejos de estrechar los flojos lazos de aquel matrimonio, acaba por desatarlos. Al mes de su alumbramiento, sin

cuidado por su misma salud, y sin preocuparse por la tierna criatura, volvió Isabel á la vida de antes. El conde se indignó. Hablóla fuertemente. Ella se le encaró, y le contestó que no debía él pensar en sacrificarla á sus rancieedades de viejo, á ella tan hermosa, tan joven y acostumbrada siempre á la indiferencia.

El conde calló, bajó la cabeza, mudo de dolor, y no repitió otro reproche; mas, desde ese día, á pesar del amor que aún le inspiraba aquella ingrata, se separó de ella, en el recinto de su casa, y no hubo nada de común entre los dos esposos. Ante el mundo aparecían siempre unidos, porque todo lo quería el conde menos el escándalo.

Beatriz continuó con sentimiento:

—¡Qué vida la de mi pobre amo! Era de ver lo tris. te que estaba! Todo su cariño lo concentró en su niña. María era toda su locura. Y como yo quería á Isabel, y aunque ignorante y humilde, comprendía que no se comportaba bien, me empeñé en suplirla, y hacía por la recien nacida las veces de madre. Quitábasela á su nodriza para atenderla y cuidarla, sobre todo cuando tenía algún quebranto. Y el señor conde que me veía, me lo agradecía con las lágrimas en los ojos. ¡Qué bueno era aquel hombre! Razón tiene María para no haberle olvidado.....!

Así las cosas, durante cuatro años fué Isbel la coqueta infatigable, el conde un pobre mártir, y la niña, feliz en su inocencia, el dolor de su padre.

Y se habría prolongado, aquella triste situación sabe Dios cuanto tiempo, á no haber recibido el conde la noticia de la grave enfermedad de su hermano y socio, el marqués de su mismo nombre. Tenían ambos grandes negocios en la Habana, y tanto por ese motivo como por el grandísimo afecto que le profesaba, urgíale partir. Así lo hizo. Embarcóse con el corazón despedazado, y atormentado el espíritu con tristes pensamientos. Qué lástima, empero que no tuviera el de la cruel y completa desgracia que

debía caberle!.... Quizá entónces no se habría ausentado, aunque contaba con que su ausencia no duraría mas que algunos meses.

Mas, ¡cuán falsas son las previsiones humanas! cuán sujetas á error! La enfermedad del marqués era mas grave de lo que se creía. Un facultativo que llevó á la Habana el conde, declaró el caso perdido; pero no sería la muerte tan inmediata como presumían los médicos que asistían al enfermo. La vida de éste se prolongó, con alternativas de mejoría y de agonía lenta, de tal modo que el conde tuvo que permanecer allí mucho mas tiempo del que imaginara. Año y medio llevaba ya de estar en la capital de Cuba y aún no resolvía su vuelta á España.

Beatriz le escribía como Dios la ayudaba, en tamañas letras, que María estaba bien, y muy crecida, que se acordaba mucho de él, y al dormirse de noche rogaba á la Virgen que trajera á su padre. Hizo la buena mujer retratar á la niña, y envió al conde el retrato en un medallón. El pobre padre besó delirante la linda miniatura de su hija. Esto lo escribió él á Beatriz. De Isabel casi no hacía mención el aya, sólo decía de ella al marido: "La señora no tiene novedad."

Apenas recibía el conde otras noticias de su familia. Su mujer le dirigía de vez en cuando algunas líneas para hablarle de gastos que había hecho ó por hacer, y nada más.

Muere por entonces inopinadamente en Cádiz don Miguel de Medina, y sucumbe al fin después de lentísima agonía el marqués de Guadiana. Las dos noticias se cruzaron. En medio del dolor y del aturdimiento que le dejaran los últimos instantes de su hermano, recibió el conde otra noticia mas cruel: la de la conducta escandalosa de su mujer, y de criminales relaciones con el vizconde de L.... joven fátuo, á quien había él negado en otro tiempo la entrada en su casa por la asídua corte que hiciera á Isabel.

Trastórnale el dolor á tal punto, que, abandonándolo todo quiso partir para España, con el objeto de matar á los infames, y de traerse su hija á la Habana. Don Joaquin Moreno, su amigo y compadre, asustado por la exaltación en que le veía, escribió á la esposa infiel, anunciándole el estado del conde y sus ideas de venganza. Creía el buen señor obrar cuerdamente, y con arreglo á la amistad que le uniera á los dos esposos, tratando de evitar una sangrienta catástrofe. Su carta partió antes que el demente conde, detenido en la Habana por una lijera herida que recibiera en duelo con un joven oficial quien, sin conocerle por ser recien llegado de Cádiz, hablara en su presencia de las *calaveradas* de la condesa de Guadiana.

Al saber ésta por la carta del padrino de María, todo lo que podía temer de la locura de su marido quedó aterrada. Porque no solamente era cierto cuanto de ella se decía, sino que (circunstancia que aún se ignoraba) hallábase en cinta! No piensa la insensata mas que en huir, y llama para pedirle consejo y auxilio á su amante; pero el cobarde desapareció. Acude ella entónces á un su amigo y pariente que solicitaba sus favores hacía tiempo, el cual le sometió un plan que ella aceptó. Era la huida á Madrid en donde tenía negocios el astuto consejero; pero haciendo creer que marchaba á Marsella, para que así perdiera el conde su pista; y llevándose consigo á Beatriz y á María, no fuera cosa que el aya ó la niña les vendieran, ó que por ellas se descubriese su paradero. Sus razones tenía el taimado para proponer esto. Lo que él quería era ser el árbitro de la situación de Isabel para imponerle luego sus condiciones. Había tenido él varios asuntos con el difunto don Miguel, y se aprovechó de que ella no entendía una palabra de comercio para arreglar á su conveniencia la herencia de Isabel de manera que le quedase gran parte de los bienes de su parienta, y aún así dióse ella por bien servida, porque, gracias á la intervención de aquel hombre,

pudo hacerse de bastante dinero para emprender su viaje.

Algunos días después de arreglar sus asuntos, estaba la culpable instalada en Madrid. Tal era su temor de ser descubierta, que de casi nadie se dejó ver en la villa y corte, saliendo muy poco y viviendo casi oculta en una casa de la calle del Pez que su amigo y consejero, que le había seguido allá, había comprado para ella. En dicha casa vino al mundo Margarita, despues de lo cual llevó Isabel una existencia, si bien retirada, poco ejemplar. Ya el pariente había reclamado el precio de sus servicios prestados (que tan bien se pagara él mismo) y ella se lo había concedido. Despues favoreció Isabel á algunos amigos de aquel hombre corrompido quien, cansado de su amor se los presentó, y así sucesivamente tuvo muchos amantes.

Al contar la pobre Beatriz las locuras de su ama, pretendía disimular y encubrir muchas cosas; empero, muy experto era Andrés para no adivinar lo que ella le callara.

La buena mujer había seguido á Isabel completamente engañada por ésta Habíasele dicho que el conde estaba loco y que suponiendole cómplice de los amores de su mujer querín matarla tambien asi como á María; y la infeliz lo había creido todo, y ciegamente había obedecido á Isabel quien sólo, mas tarde, le confesó la verdad. Pero yá, ¿qué podía ella, Beatriz, sola en Madrid donde no conocía á nadie? Sufrir y callar. Prohibiósele hasta hablar del conde y se la obligó á imponer silencio á María cuando preguntaba por su padre. La pobre niña lo comprendió y no volvió á nombrar á aquel de quien siempre se acordaba.

Beatriz no había vuelto á saber de él y todas las noches rezaba rogando á Dios por su salud y por su vuelta, deseando que se le apareciera en cualquier momento. Ahora que conocía su triste fin, era mas que justo su dolor, y grandes debían ser sus esfuerzos para disimularlo á María; porque con tal que la pobrecita de su niña no sufriera, ¿qué no haría ella?

Prometiendo esto á Andrés que la alentaba con afectuosas palabras, se despidió.

La triste mujer bajó penosamente la escalera que tan animada había subido y penetró en su casa suspirando. Ay! ¡Ay, Señor Dios mío! ¿Qué es ésto y qué me pasa? María se divierte y está alegre y yo llorando á su padre! ¡Qué cosas tiene el mundo! Yo no sé, pero tengo un peso sobre el corazón, y unos presentimientos! Paréceme que esta desgracia va á cambiarlo todo y á traer nuevas penas. ¡Madre de Dolores, protéjenos! Tén compasión de mí y de esa niña, Virgen santísima! Házla feliz aunque yo soporte en silencio el disgusto y el sentimiento! que no sufra ella mucho por la noticia de la muerte de ese pobre señor conde! Un cirio y unas novenas te ofrezco, Vírgen de las misericordias!

Mientras Beatriz oraba en el reclinatorio de María, escribía Andrés al Doctor Romero, las revelaciones de la conturbada aya.

XXX.

Brillante iluminación había aquella noche en el palacio de los Montalbán. La mas escogida orquesta preludiaba ya, haciendo circular con sus sonoros acordes la animación mas grata entre los concurrentes que, al oirlos se levantaban de sus asientos, solicitando el caballero el brazo de la dama; aceptando la novicia niña la mano del apuesto galán con encantadora timidés, y afilándose los piés de los entusiastas para el vals que se anunciaba. El baile comen-

zaba, y en elegante y gracioso torbellino se confundió todo. ¡Qué hermosa y concurrida era la fiesta! ¡Qué profusión de flores y cuánto lujoso adorno había en los salones! El buen gusto reinaba en ellos apesar de la magnificencia que se desplegara para su arreglo. ¡Todo había sido tan bien ordenado! Blanca debía de estar satisfecha y orgullosa de su obra, que solo elogios merecía de parte de los invitados, y muy sinceros por cierto!

Pero, ¿dónde estaban los dueños de la casa y sus amigos? ¿Quizás perdidos entre los concurrentes y envueltos en la alegre confusión que en aquel momento imperaba en los salones? A ninguno se distinguía.

¡Ah sí! cerca de la puerta del salon principal se veía á la condesa recibiendo á unas señoras que llegaban tarde, y mas allá á Alberto, estrechando la mano de un caballero que las acompañaba. Este señor era un Ministro, algo pariente de los Montalbán, y aquellas damas pertenecían á su familia.

¡Andrés se presenta también! Doña Luisa y Alberto le saludan y afectuosamente le reprochan su tardanza. El joven abogado se excusa ¡Qué elegante y que animado estaba! y ¡con qué desenvoltura saludaba al penetrar con sus amigos en el salon!

Buscaban algo sus ojos, escudriñándolo todo rápidamente, y, al no encontrarlo, se fijaron en la condesa.

—Blanca y María, dijo la buena señora, contestando á su muda pregunta, están en aquel salon de allá. En él ha querido mi hija recibir á sus amigos particulares.

Andrés pidió permiso á Doña Luisa para ir á saludar á las jóvenes y se dirigió al sitio que ella le indicaba. Al entrar en él, quedó por un instante deslumbrado. Qué precioso conjunto de juveniles hermosuras se presentó á su vista! y en aquellos frescos rostros de tanta niña bella ¡cuánta animación y cuanta alegría vió pintadas! ¡Qué gracia tenían aquellos talles de ninfas, y qué lijereza aque-

llos piés de sílfides! Tan apuestos como aquellas criaturas eran los galanes que con ellas bailaban, arrullándolas dulcemente con lisonjeros murmullos ó amorosos requiebros. En el primer momento del baile habían estado separadas, las damas y las señoritas, mas ya, con el rápido girar del vals, principiaban á confundirse las parejas, pasando de un salon á otro, sin distinción alguna. Cuando dejara de oirse la orquesta, debían volver á sus respectivos asientos, los de cada salon. Así lo tenía dispuesto Blanca, juzgándolo de mejor gusto y de mas efecto

Buscaba Andrés á sus amiguitas. En medio del torbellino de bailadoras no las divisaba. ¡Ya las vé! Sentadas la una al lado de la otra, y con los colores de la animación en los bellísimos rostros ¡qué cuadro ofrecían! Ninguna de las dos había querido bailar aquella pieza. Blanca había pretextado la tardanza de algunas de sus invitadas, y María se había excusado declarando que no sabía bailar. La verdad era que la primera aguardaba á Andrés, cosa bien sabida de la novia de su hermano á quien no se escapaba el interés de la preciosa niña por su buen amigo; y María.....¿habrá que decir que esperaba á Alberto, retenido cerca de su madre por sus deberes de dueño de casa, para que fuese su primer maestro de baile?

Pasaban las miradas de Andrés de la una á la otra sin saber á cual admirar mas. ¡Estaban ambas tan encantadoras!

Tenía María un traje de gasa blanca, tan vaporoso y tan bien sentado, que la daba un aspecto casi ideal. Lijeras guirnaldas de rosas pálidas, recogian aquí y allí los volantes de su falda, otras mas delicadas se mezclaban en sus cabellos sueltos en graciosos bucles, según se estilaba entónces y adornaban el escote de su corpiño. El traje de Blanca era color de rosa pálido y tambien de gasa, arreglado y cortado de un modo idéntico al de María. Entre los bucles, al rededor del cuello, y en las orejas de las dos niñas, se

veían ricas perlas, para completar su adorno, siendo todo sóbrio y elegante en el arreglo de sus trajes. Llevaban ellas los impacientes piés calzados con zapatitos de raso blanco, que los hacían mas pequeños.

Acercóseles Andrés con presuroso ademán, y con seductora sonrisa las saludó. Brillaron los ojos de Blanca y tomaron sus mejillas un tinte mas sonrosado. María se animó mas y mostró á su amigo su semblante casi celestial. No parecía una mujer sentada en un salon de baile, sino algun ángel que se hallara en las celestiales regiones. Así lo creía al menos la niña: tan feliz se siente! Imagínalo así Andrés al contemplar aquella radiante visión que ante los ojos tiene. Cuán dichosa se cree María! ¡Qué día tan hermoso ha pasado!

—Sueño,-decía á Blanca, con quien se había entusiasmado, y la atraía irresistible simpatía que ella le inspiraba,-sueño, ó estoy en el cielo!

—No, mi lindísima, mi amadísima, mi incomparable hermana,-la contesta la hija de Doña Luisa, estrechándola en sus brazos hasta sofocarla,-nó! Estás despierta y en la la tierra. La vida es buena cuando somos amados. Ya verás lo feliz que vas á ser entre nosotros. Lo serás como yo que casi en toda mi vida no he hecho mas que reir.

María se dejaba acariciar, y gozando de un modo indecible con aquellas caricias. No encontrando palabras para manifestar su satisfacción suspiraba y sonreía dulcemente. Ella y Blanca habían estado todo el día en movimiento, ocupándose en los últimos preparativos de la fiesta. Quería la vanidosa rubia que de su baile se hablara en muchos días; y que todas las gacetillas lo elogiaran.

—No me pesan las molestias que me estoy tomando,-decía á María.—Estarán compensadas cuando lea en los periódicos: "La fiesta de la señora condesa de Montalbán, con motivo del cumpleaños de su simpática y linda hija la señorita Blanca de Montalbán, ha sido espléndida. Los

salones estaban adornados, etc., etc. La música tal y cual ....” Bah! Voy á repasarlos todos para leer las gacetillas, y cuanto se diga de nosotros. ¡Qué gusto tendré con eso! Ya deseo que llegue el día de mañana para divertirme con todo lo que dirán de mi baile. Te mandaré los periódicos para que leas lo que se refiere á él. ¿Quieres, María?

—Tendré en ello mucho placer,–respondía ésta, sintiéndose transportada á otro mundo distinto de aquel en que había pasado su vida, al oir á su futura cuñada. Parecíale que la habían nacido alas, y que volaba como se imaginaba que lo hacía Blanca. Sabiendo que la graciosa vanidad de la niña, mas afectada que real, sonreía feliz, como si la ligera y voluble alegría de Blanca se le comunicara.

Ni un solo instante había sido María turbada en aquella paz tan dulce. Aquella familia distinguida y verdaderamente noble había evitado con el mayor cuidado toda alusión á la madre de María, á todo lo que pudiera lastimarla ó recordarla siquiera su triste condición. Pasaron el día solas; por la tarde recibió la condesa á algunos amigos de confianza, y les presentó á María como parienta lejana, haciendo grandes elogios de ella. La hija de Isabel no hizo objeción á esa manera de presentarla, porque en su modestia se ruborizaba de ser conocida como la novia de Alberto. De su compromiso con éste á nadie se había dicho una palabra.

Por la noche hizo Blanca la presentación de la niña á sus amigas, quienes la aceptaron sin desconfianza. Aunque era la primera vez de su vida que María se hallaba en reuniones como aquellas y se veía entre personas de su edad, correspondió con alguna timidez, pero sin turbarse y llena de modesta dignidad á los obsequios que se la hacían. La condesa y Blanca se miraban á hurtadillas, satisfechas de la manera de conducirse de su presunta hija y hermana.

Porque para personas de mundo, como lo eran ellas, siempre es agradable, cuando se patrocina á alguno, que éste les haga honor.

Andrés se había sentado cerca de las dos hermosas niñas, y conversaba con ellas. Él y Blanca se han comprometido para la próxima contradanza que juntos bailarían. María sería la pareja de Alberto, según había sido convenido entre ellos.

Pero ¿qué era de Montalbán? ¿Se hallaría aún en el otro salón recibiendo á los importunos retrasados? ¡Qué faltos de tacto eran éstos que no comprendían lo pesado que debía ser para el entusiasta bailador aquella fastidiosa tarea cuando estaba el baile ya empezado! Mas, allí venía, mas arrogante y apuesto que nunca el elegantísimo dueño de la casa! El último invitado acababa de llegar dejándole libre.

Sonriente y gallardo se aproximó. Inclinóse delante de las dos niñas que le recibieron de diferente modo.

Blanca reprimió y tradujo en maliciosa y burlona sonrisa la gana que tenía de señalarle la nariz á Alberto con un palmo de más, por el fiasco que se había dado perdiendo el primer vals. María le sonrió tambien, pero con qué arrobamiento! En su mirada había admiración, gratitud, alegría, una infinidad de sentimientos confundidos intraducibles, indescriptibles, mezcla confusa de todo lo mas puro y dulce que puede haber sobre la tierra Alberto la miraba y comprendía. Acercándose á ella, tímidamente le ofrece una rosa que traía en la mano, con ganas de arrodillarse ante la angelical criatura al presentársela; tal era la adoración que en ese instante mas que nunca la inspiraba. Tan inmaterial y pura le parecía.

María aceptó la flor, y la llevó suavemente á su nariz. Diríase que, al aspirar su perfume, quería confiarla lo que pasaba en su alma, para comunicarlo á Alberto. Siéntase éste á su lado, y así pasaron largo rato, viendo desfilar en

cadenciosos giros, las graciosas parejas que inundaban los salones; ya casi todas confundidas. Apenas se dirigían la palabra. Sus corazones eran los que hablaban. Sólo contestaban ligeramente á la viva y alegre charla de Blanca, quien disimula su satisfacción de sentir á su lado á Andrés, por medio de su aparente aturdimiento.

¡Por fin sonó el último acorde de la orquesta, concluyendo el vals. Cada pareja volvió á su correspondiente lugar, y el grupo de señoritas se completó otra vez. Animadas y alegres conversaban y tomaban refrescos, al mismo tiempo que hacían ejercicio con los abanicos y se comprometían para la próxima contradanza.

XXXI.

El baile continuaba del mismo modo, brillante. Todo el mundo se divertía en él ó lo aparentaba, por lo menos. La condesa estaba satisfecha. Con su benevolencia acostumbrada había hecho los honores de su casa y nada la había disgustado ni un solo instante. Todos los suyos tenían un semblante tan animado, y eran tan felices! ¿Qué mas habia de querer ella? ¿No era esa toda su ambición?

Los invitados no echaban nada de menos, según parecia. Aunque el mes de Agosto era caluroso, como los salone eran vastos y ventilados y no había en ellos aglomeración, apenas se apercibía nadie de que bailaban en verano. Eran las once y media de la noche Después de varias otras piezas, cuadrillas, polkas y mazurcas, volvió la orquesta á hacer oir otro vals. Estaban las

parejas confundidas otra vez. Las niñas pasaban al salón de las damas y éstas al de las señoritas. Blanca y María bailaban en el de las señoras. La hija de la casa había aceptado el brazo de uno de sus adoradores, después de haber concedido dos piezas á Andrés. No podía ella rehusarse á todas las invitaciones que le llovían encima, y se veía obligada á complacer á los que mas la agradaban ó á aquellos que por ser extrangeros ó por otro motivo la merecían consideración.

María que valsaba tímidamente por no estar acostumbrada á hacerlo, no se había atrevido á comprometerse mas que por dos veces con Andrés y con Alberto. Al presente el brazo de éste rodeaba su cintura Casi todos los asientos quedaban vacíos, en el momento en que los dos felices novios penetraran en el salón principal. Sólo se ven diseminadas allá y acuyá algunas damas, y no de las mas hermosas. Había dos especialmente que hubieran hecho sombra en el salón de las niñas: eran tan ridículas y tan poco agraciadas!

La una viuda, coqueta, y pretenciosa en sus maneras y en su traje, tan sobrecargado de cintas y flores, como su prendido, lleno además de adornos de brillantes, no cesaba de mirarse y de arreglarse disimuladamente, sirviéndose del espejo que tenía enfrente. Mordíase los labios para enrojecérselos, como si en ellos no tuviera bastante carmín, así como en las mejillas. Mas no por esto parecía hermosa, al contrario, su fealdad natural se aumentaba con tan exagerado atavío.

La otra, que estaba á su lado, era una solterona, gruesa y pesada, y tan madura que no se atrevía á exigir lugar entre las niñas, de quienes podia casi ser abuela; y no ménos fea, ni ménos extravagantemente adornada, y sí mas ridícula aún, que su compañera. Aquella no lucía mas que huesos, y chocaba por el escote de su corpiño, y por la exigüidad de la manga que llevaba y hasta

por su voz breve y sarcástico acento. La viuda, por el contrario, empalagaba por su tono y por sus maneras melosas. Pero ambas armonizaban En el fondo eran iguales. La maledicencia de la una no iba en zaga á la de la otra.

Interiormente están furiosas porque nadie las saca á bailar; mas disimúlanselo la una á la otra pretendiendo en gañarse.

—Yo no bailo porque me complazco más viendo bailar,-decía la viuda sonriendo con beatitud.

—Yo no quise aceptar el brazo de dos caballeros que vinieron á invitarme porque no me eran simpáticos,-replica la solterona mordiéndose los labios á imitación de su vecina.

—Y ¡qué desagradable es bailar con personas que no gustan!-contestó ésta lanzando una ojeada al espejo, y retorciéndose un bucle.

—Prefiero que se figuren que como pavo, según dicen. Aunque sabido es que nunca me falta pareja cuando quiero bailar.

—Lo mismo me sucede. ¡Tengo tantos amigos, y todos obsequiosos siempre, y tan amables conmigo!

Conversaban las señoras, diciéndose cuantas falsedades se las ocurrían, y criticando á todos los que pasaban por su lado. La viuda lo hacía hipócritamente; la otra con acritud En ligero movimiento, al compás de la orquesta, giraron por delante de ellas Alberto y María, y se alejaron del mismo modo. Fijáronse en ambos las dos damas, y se preguntaron:

—¿Quién es la joven que baila con Montalbán?

—No lo sé.

—¿Nadie la conoce entonces? Ya me he informado con otras señoras y me han contestado lo mismo.

—No debe ser de lo mas aristocrático, en ese caso, pues de otro modo ya se sabría quien es.

—¿La halla Ud. hermosa? No me ha parecido mal.

—Nada de particular la he notado!

—Pues lo que es Montalbán no tiene el mismo gusto que Ud. Va entusiasmado con su pareja.

—Ni siquiera baila bien.

—Es cierto. Parece algo novicia.

—Ella va mas satisfecha que él....

—Bien lo creo. Es Montalbán tan guapo! Y baila á las mil maravillas. Muchas veces me ha sacado....

—Y á mí también, ¿pero crée Ud. que á él la agrade esa....joven desconocida? Otras pueden llamarle la atención mas que ella,-dice la solterona con despecho.

—Tiene Ud. razón,-contestó la viuda consultando el espejo, y, pensando interiormente:—"yo, por ejemplo,"—y añadió:

—Él es muy voluble. Hoy se enamora de una y mañana de otra. A mí me hizo unos días la corte, mas como no pienso volverme á casar, le desengañé.

—Yo vivo bien siendo soltera. El matrimonio es muy penoso á veces.

—¿Pero quién será la joven que baila con él? Ah! Veo por allí una persona que puede decírnoslo. Y se nos acerca.

—Pregúnteselo Ud., aunque no me interesa mucho saberlo.....

—Pues ¿y á mí? Es cuestión de curiosidad. Bien aseguran que esta es propiedad de las mujeres.

—Mas curiosos son los hombres.

—Quizás. Se aproxima Gómez, le conoce Ud? Paco Gómez, el periodista.....

—¿Quién no tiene noticia de él, así no sea mas que por lo mucho que se hace admirar? De vista y de reputación todo el mundo lo conoce.

—Es mi amigo, y tan galante!-dice la viuda volteando los ojos coquetonamente. Verá usted que amable es

conmigo. Voy á llamarle. Él siempre está bien informado; ¡cómo que así lo exije su profesión! Sus gacetillas son las mejores. Y ¡qué chistes tiene! Creo que me ha visto. Se cruzó mi mirada con la suya. Le haré una ligera seña....No! me he equivocado: no se ha fijado en mí. Está distraído. Si supiera él que estoy aquí, y que deseo hablarle, ya habría volado para complacerme. Le silbaré. Pst! Gómez! Hágame Ud. el favor! No me oye. Mira hácia otro lado. Parece mentira! Y estando tan próximo! Pst! Gómez! Tenga Ud. la bondad! Amigo Gómez¡ Vuelve la cara. Me ha oído, y viene!-exclamó la viuda triunfante.

En efecto, se dirigía á ella un caballero á quien habían atraído sus señas y silbidos, manejo que llevara la coqueta á cabo merced al abanico que de tanto auxilio es al disimulo de las damas. Viéndole venir, consultó ella una vez mas el espejo; con ligera mano, y siempre favorecida por su pantalla arregló las flores de su prendido, el ramillete que cubría su opulento busto, en su mayor parte, y el lazo que adornaba la cintura de su vestido. Convencida de que estaba bella, sonrió con satisfacción. Su compañera ensayó una postura mas digna, y se mordió los labios con aparente desden, mientras se abanica con fuerza.

El que se les había acercado era un hombre joven y no mal parecido. Llevaba lentes de oro, y tras ellos miraba con bastante impertinencia. Su aspecto era mas pretencioso que elegante, y en el aire de su persona se notaba mas suficiencia que talento. No pudiendo evadirse, como lo intentó al principio haciéndose el distraído, se dirigió á las damas, disimulando una mueca de fastidio; y se inclinó ante ellas.

—Señoras!-dijo saludando.—Baronesa, á los piés de Ud.

Mentalmente se decía:

—¡Con tal que no pretenda que la saque á bailar!

Soy capaz de decirle que me duele un callo.

—Siempre amable, amigo Gómez!-exclamó la viuda que llevaba título, aunque sin legítimo derecho á él, por pertenecer á un hermano suyo, y alargando una mano al caballero, con mucha monada y zalamería. ¡Tan cumplido!

—Con personas como Ud? como nó!

—Cada día mas galante!

—Y Ud. hermosa y elegante como de costumbre.

El tono zumbón del caballero, hacía la burla tan evidente que la solterona miró al soslayo á su vecina, para ver coma tomaba aquello, envidiosa, empero, de no ser ella el objeto de la galantería del periodista.

La viuda aceptó la zumba como palabra de Evangelio. Con la mas buena fé del mundo, sonrió complacida, exclamando con mas remilgo que nunca:

—Oh! Qué favor! Pero de Ud. es preciso aceptarlo todo. ¡Gracias, pues!

—Tiene Ud. algo que decirme?-preguntó el caballero que deseaba ya abandonar el sitio donde se hallaba muy á pesar suyo.—Creí que me había Ud. llamado.

—Sí, como Ud. está siempre tan bien informado, quería hacerle una pregunta.

—Diga Ud., baronesa: estoy á sus órdenes. (¡Por suerte no se le ha antojado bailar conmigo! Lo que es de eso....se habría quedado con las ganas!)

—Deseaba saber quién es una joven que está aquí en el baile, y cuyo nombre ignora todo el mundo, según parece.

—¿Cómo así? No he visto mas que personas conocidas.

—Es una joven, así, regular, no muy desairada, que baila en este momento con Montalbán. Hace un instante pasó por este lado. Quizás vuelva otra vez.

—¿Y no sabe nadie como se llama, dice Ud? Pica eso mi curiosidad. ¿A qué yo la conozco?-exclamó el pe-

riodista con infatuación.

—Quédese Ud. un rato aquí, y es probable que la vea pasar. Deben estar bailando en el otro salón porque en éste no les distingo. Pero ¡qué casualidad! Sí! Allí está Montalbán! Por su estatura se reconoce á distancia. Y vuelve por este lado. La vá Ud. á ver. Viene con él.

—Ya diviso á Montalbán,-dice el periodista.

—Y su pareja es la misma de hace un rato,-añadió la solterona, mezclándose en la conversación.

—Me sentaré un instante al lado de Ud., baronesa, hasta que se acerquen los bailadores. No creo que terminará tan pronto este vals, ni que vengan á reclamarme el asiento por ahora.

—Tampoco lo pienso. Siéntese Ud. sin cuidado, que según veo no tardará nuestra pareja en aproximarse.

Callaron los interlocutores, y pusiéronse á examinar con curiosidad y malevolencia á los que girando siempre con rapidez, pasaban cerca de ellos. Aquel grupo de personas sentadas era raro en el salón en aquel momento, y en él se fijaban todos los bailadores. Alberto y María, pasaron tan cerca de los que deseaban verlos que la falda de la primera rozó ligeramente con las de las señoras.

Su mirada se fijó en el caballero y en las damas que no la perdían de vista.

—Oh! oh!-exclamó el periodista asestando sus lentes con impertinente curiosidad sobre la joven, y muy sorprendido.

María le oyó, y al volver á mirarle, cubrió su rostro súbita palidez. Su mano tembló en la de Alberto que no se había apercibido de lo que sucedía cerca de él.

—¿Qué tienes?-murmuró casi al oído de la niña, y mirábale con indecible ternura.—¿Estás cansada?

—No sé,-contesta la pobrecita que trataba de dominar su turbación. Un estremecimiento nervioso. El calor.....

Habían pasado, al cruzar estas palabras y alejándose un poco.

—¿La conoce Ud?–preguntaron á un tiempo las dos mujeres al periodista, que perseguía á la amorosa pareja con sus lentes.

—Oh! Oh!—Vuelve él á euclamar con fatuidad, y retorciéndose el bigote.—¡Qué si la conozco! Y ¡qué linda está! No podía creer que fuera ella, según ha crecido y mejorado. Aunque nunca fué fea.

—¿Pero quién es? Cómo se llama?

—¡Hum! No me parece conveniente decíroslo, señoras.

—¿Y por qué? Nos escandaliza Ud. Acaso es ella....

—Esa chica personalmente no merece quizás que se la reproche nada; pero....Lo que no comprendo es que la condesa abra sus salones á personas cuya condición ignora. ¡Qué escándalo éste si se supiera! La madre; la hija.... Porque me parece que Montalbán la enamoraba.....

—Eso mismo hemos creído. ¿Y qué es lo que hay? Cuéntenos eso, Gómez! Nos tiene Ud. devoradas de curiosidad; sobre áscuas.

—Es que hay cosas que no debe un caballero decir á señoras....como Uds.

—Nadie lo sabrá. Diga Ud. ¿Por qué ha principiado Ud. á hablar? Sus reticencias nos han puesto mas curiosas.

—Se lo contaré á Uds, ya que se empeñan en ello. Yo no me atrevía.....

—Cuando se saben decir las cosas cualquiera puede oirlas.

—Es verdad. Pero figúrese Ud., baronesa,–dice el periodista bajando la voz,–que la madre de esa chica es una mujer....ya comprenderá Ud.

—Sí sí.

—Yo fuí uno de....sus amigos....íntimos, hace al-

gún tiempo, y entonces conocí á la hija. Quiá! ¡Qué arisca y qué desdeñosa era la muchacha entonces! Parece que ha cambiado porque veo que no huye de Montalbán como huía antes de los que ...frecuentaban á su madre.

—¡Pues qué! el joven conde.....

—¡Bah! esa es la gracia y lo mejor del asunto. Montalbán es hoy el favorecido de la dama.

—Qué nos cuenta Ud! Y enamora á la hija?...¡Qué horror!

—No es eso lo peor, porque al fin y al cabo....Lo que me sorprende es que se atreva á introducirla en casa de su madre, y en reuniones como esta.

—Es cierto. ¡Qué escándalo! ¡Quién lo hubiera creido!

—De no haberlo visto, lo dudara. Suponía á Montalbán mas respetuoso para con su familia.....

—¿Y está Ud. seguro de....

—Como que si lo estoy....Lo sé por mi amigo el marqués de B. á quien dejó la dama para querer á Montalbán. Al principio estaba mi amigo furioso, pero mas tarde hubo de consolarse. A esa clase de mujeres se las olvida pronto, sobre todo, cuando son como la madre de esa chica.....

—¿Y qué tiene ella .....?

—Que es capaz de arruinar á un archimillonario. El marqués se alegró luego de su rompimiento porque de haber seguido...esas relaciones, se habría visto hundido...

—De suerte que Montalbán.....?

—Pronto será hombre al agua, pues andaba él ya no muy holgado.....

—Qué! piensa Ud. que ese joven....

—Está en vísperas de arruinarse! Como lo oyen Uds, señoras.

—No lo sabía yo!-exclamó la baronesa.—Bueno es conocerlo.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Después que la instaló se alejaba penoso, cuando Gómez le llamó.

—Amigo Montalbán, permítame Ud, deseo pedirle un favor.....

—¿Decía Ud. Gómez?-preguntó Alberto deteniéndose por cortesía, aunque contrariado interiormente.

—Vamos juntos y le explicaré lo que es.

—¿Va Ud. á decirle algo?-dice en voz baja la baronesa al periodista.—¡Cuidado! No es él muy sufrido, según cuentan.

—Nó! En todo caso.....

Hizo Gómez un gesto como quien desprecia un peligro ó nada teme. Volvióse en seguida á Alberto y con la mayor amabilidad, añadió:

—Si no le incomodo, amigo Montalbán, pasemos al otro salón.

—Con mucho gusto. Solamente tenía que decir dos palabras á mi madre, é iba á buscarla.

—Le acompañaré. Será un placer para mí ver á la condesa. Apenas la saludé al entrar. Lo que quería suplicar á Ud. era que me obtuviese de la señorita de Montalbán, el honor de una contradanza. Desde que llegué deseo bailar con ella, pero siempre está comprometida.

—Se lo diré. Vamos, pues, en busca de mi madre.

—Señoras,-dice Gómez, inclinándose delante de las damas,-ya tendré el gusto de despedirme de Uds.

—Será Ud. muy amable si no nos olvida.

Alberto murmuró algunas palabras á María, mientras el otro estaba distraído; y luego se retiró con el periodista que pasó por delante de la joven, mirándola como si no la conociera.

—¿Quién es esa señorita que bailaba con Ud., Montalbán? No tengo el honor de conocerla.

—Es la señorita de Rivera.

—Parece fatigada.....

—Se siente algo indispuesta, y voy á prevenir á mi madre para que la haga atender.

—El calor quizás la molesta. Y es muy bella. Me fijé en ella desde que pasó Ud. la primera vez bailando....

—Aquí viene mi madre,–exclamó Alberto que no deseaba mas que interrumpir la conversación, y quitarse de encima al importuno.

La condesa acudió á María, luego que supo su indisposición. Encontróla desfallecida. Alarmada y solícita la condujo á su gabinete, llamó á su camarera, y después de prodigarla sus cuidados, se la recomendó á ella y volvió al salón. En aquel momento no bailaban. La buena señora encontró á Blanca y la dijo que entrara á ver á la niña mientras ella atendía á los invitados. La afectuosa joven, corrió inquieta al lado de su querida hermana.

—¿Qué tienes mi querida María?–la dijo al verla pálida aún.

—Me he cansado mucho. Tuve como un vértigo, y algo de fiebre que siento ahora. No es nada, Blanca. No hay que inquietarse por eso....–contesta María sonriendo, con esfuerzo, y disimulando su malestar lo mejor que pudo.

—Es que no estás acostumbrada á divertirte, pero ya verás como después te fatigas menos. ¡Qué lástima! Y yo que estaba tan contenta cuando bailabas! Y bien que lo haces! Picaruela! No te figures que no te he admirado.

—Gracias á Alberto y á Andrés.....

—Es verdad que bailan ellos divinamente. Pero ¿no volverás al salón, si te mejoras? Sí, mi linda hermanita! Saldremos juntas, ¿quieres? Ahora sirven refrescos, antes de que se baile otra vez, ya estarás recobrada.

—No quiero privarte de estar en el salón, Blanca. Tu deber te llama allí. Yo no me atrevo á entrar de nuevo en el baile. Volveré á ponerme mala. Lo mejor sería que me dejases retirar. Dícelo á la señora condesa....

—¿Retirarte tan temprano? ¡No es posible María! ¡Si por tí inventé yo esta fiesta! Ya no tendré gusto si no te veo divertir y Alberto tampoco estará alegre.....

Blanca parecía tan entristecida que María trató de reanimarse, y por complacerla se presentó otra vez en los salones. A su paso oyó ciertos murmullos entre las señoras; y vió que algunas se fijaban en ella con maligna curiosidad. Al llegar al salón de las señoritas, distinguió á Gómez que se dirigía hácia Blanca, sin duda para ofrecerle su brazo, porque principiaban á preludiar la contradanza que él quería bailar con ella. Hizo el periodista el mas reverente saludo á la hermana de Alberto, y á María una inclinación acompañada de una irónica sonrisa.....

La pobre niña no resistió mas. Hacía media hora que sufría un doloroso suplicio. La presencia de aquel hombre, y su impertinente mirada habíanle arrancado del sereno cielo en que vivía hacía mas de un mes para arrojarle violentamente á la tierra, donde veía ahora un abismo á sus piés. Esforzábase por sostenerse bien para no caer en la profunda sima que parecía atraerla. Su desgracia la precipitaba....Quería ella olvidarla; había pretendido no ver mas que lo bello que se le presentaba, pero la realidad estaba allí, allí delante de sus ojos, en la presencia de aquel ser que siempre le había sido odioso, en su sonrisa, en su mirada, tan conocidas para la infeliz! Y lo que ella tenía era que Alberto, que la condesa, que Blanca se apercibiesen de los desprecios que se la hacían, de la malevolencia que inspiraba, del descrédito que sentía pesar sobre sí. ¿No se arrepentiría el joven de haberla amado? ¿Su madre y su hermana de haberla acogido con tanta bondad? ¿Qué dirían ellos si comprendían, si adivinaban el motivo verdadero de su tortura? ¿No romperían aquel matrimonio tan desventajoso en todos sentidos? ¿No la abandonarían á su suerte, por temor de desprestigiarse ellos mismos uniéndola á su familia? Ese era el abismo que se abría á los piés

de la desventurada, vuelta repentinamente á los tormentos de su pasado infierno, después de haber gozado de las fruiciones del paraiso. Y María no podía resistir más. Si había de hundirse se hundiría porque las fuerzas la faltaban para luchar. Un estremecimiento nervioso volvió á agitarla de tal modo que Blanca lo notó.

—¿Te indispones otra vez?-preguntó á la niña que, mas pálida aún que antes, se apoyó del brazo de su futura hermana para no caer.

—Entonces nos retiraremos. Dispense Ud., caballero,-dijo Blanca, volviéndose á Gómez detenido delante de ella y aguardando. Ya Ud. vé lo que pasa. Esta señorita se retira del baile y yo debo acompañarla. Para no privar á Ud. de bailar le dejo libre hasta otra ocasión.

—Si Ud. me lo permite, señorita, yo aguardaré su vuelta aquí. No tengo interés en bailar esta pieza, si no es con Ud.

—Gracias, caballero. Hará Ud. lo que guste. Solamente le advierto que tardaré. Tengo que ver á mi madre.

—Tiene Ud. toda libertad. Esperaré con el mayor placer con tal que me otorgue Ud. luego el honor pedido.

Blanca se inclinó ligeramente sin responder. Aquel hombre la desagradaba por su fatuidad y su galantería de mal gusto.

Las dos jóvenes se dirigieron al gabinete de la condesa, á donde las acompañó Alberto que se encontró con ellas.

Doña Luisa acudió y también Andrés, sorprendido de no ver á sus buenos amigos, y prevenido ya por Montalbán, de que María se sentía mal. Por instancias que la hicieran todos, persistió ésta en marcharse á su casa, comprendiendo las molestias que causaba, en aquella noche de fiesta en que tenían los Montalbán deberes de sociedad que llenar.

La condesa llamó á Pedro y á su camarera, hizo disponer un coche cerrado, y abrigando bien á la joven, se despidió de ella con mucha ternura, así como Blanca, y la dejó partir, prometiéndola ir á verla al día siguiente. Alberto hubiera querido seguirla, pero su madre lo detuvo prudentemente. Andrés la acompañó inquieto, y sospechando así como la condesa y la misma Blanca, algo de la verdad, Montalbán era el único que nada adivinaba.

Despidióse de María, al entrar ella en su casa, y la dijo que muy temprano avisaría al doctor Garrigas para que fuese á verla.... Luego volvió al palacio de los Montalbán.

El baile se prolongó dos horas mas: animado siempre para los invitados, pero triste y pesado para los dueños de la casa. ¡Aquella fiesta de lo cual se prometía Blanca tantos goces, qué desagradable se le había hecho al terminar!

— Uf! respiro!–dijo á su madre cuando al fin se vieron solas, después de despedir á todos sus convidados.— ¡Qué fastidiosa es una fiesta cuando no se tiene gana de divertirse! No volveré á inventar baile en ningún tiempo! ¡Pobre María! ¿Sentiste como tenía fiebre mamá? ¡Tan bien que estaba! ¿Por qué se pondrá de repente así?

— María es delicada, hija, y no tiene la costumbre de diversiones como ésta....

— No! Hay otra cosa en su enfermedad. Yo la veía inquieta y disgustada!

— Quien sabe, hija mía, lo que la habrá aflijido! Lo que te suplico, Blanca, es que nada digas á tu hermano acerca de tus observaciones. Él está muy triste sin eso con la indisposición de la pobre niña.

— ¿Irás á verla bien temprano, mamá?

— Cuanto antes pueda, hija mía.

XXXII.

Transcurrían los días y ya había pasado una semana después de la noche del baile, sin que la pobre María se repusiera de las dolorosas impresiones sufridas. Su estado era fatal. Lenta fiebre la consumía sin intermitencia; molestábala constantemente una tos seca, y el mas profundo abatimiento la dominaba.

Ni siquiera hacía ella esfuerzos para sacudir su tristeza, viviendo sumida en la mas penosa inercia. Alberto inquieto y triste en extremo por aquel sufrimiento cuya verdadera causa no sospechaba, consultaba á cada instante al doctor Garrigas, y hacía venir otros médicos, desesperado al verla así postrada.

La condesa, entristecida, pasaba todas las mañanas algunos ratos al lado de la pobre enferma, desconsolándose al encontrarla cada día mas desmejorada; y Blanca que no podía visitar á su querida hermana, no cesaba de enviarla flores, billetes afectuosos ó alguna otra cosa para probarla su cariño.

Andrés iba dos veces al día á casa de Isabel.

El estado de María le inquietaba tanto que le había escrito varias cartas al doctor Romero notificándoselo y manifestándole el deseo de que volviera cerca de su pupila. Pero el anciano no contestaba. Hacía una semana que no se sabía de él, y su silencio extrañaba á Andrés y le desesperaba, porque con su fé ciega en el doctor creía que sólo él podía curar á la enferma; que su presencia bastaría á reanimarla.

Y además, por otros motivos ansiaba su vuelta....La nube que desde el principio de los amores de Alberto y de María se presentara á sa vista iba cobrando tamañas proporciones....Y Andrés temblaba y suspiraba:

—¿Cuando llegará el doctor? Ya es tiempo de que venga; si, es tiempo.....

Y callaba no osando decirse á sí mismo todo lo temía si el protector de María prolongaba su ausencia.

Algo como un presentimiento mas bien que temor oprimía su corazón, obsediéndole la idea de que una catástrofe se estaba preparando; qne un abismo iba á abrirse á los piés de sus amigos, y para conjurar aquellos peligros era por lo que mas deseaba ver de vuelta al anciano médico.

La pobre Beatriz lo deseaba tanto como él, y por eso hacía oraciones, mientras iba y venía, atendiendo sin descanso á cuanto necesitara María, disimulando para con ésta y ofreciendo á Dios sus penas.

¡Cuántas pruebas de abnegado afecto daba á su niña! Por ella se sacrificaba en tanto que la infeliz, indiferente, al parecer, y todo, recibía sus demostraciones de cariño, así como las de los demás, con débil sonrisa, como si hasta para conmoverse le faltaran fuerzas. Apenas hablaba: sus ojos estaban secos, como si la fuente de sus lágrimas se hubiera agotado. Su semblante solo revelaba mortal indiferencia y desprendimiento absoluto de la vida, pareciendo que su corazón se helaba á fuerza de sufrir.

¿Quién no se hubiera entristecido con la vista de aquella niña? A todos impresionaba dolorosamente su estado; pero á nadie afectaba tanto como á Alberto. En aquella doiorosa situación había además para él un motivo de tormento intolerable que no podían sentir los demás. Sus visitas á María habían llegado á serle de suplicio; porque al lado de la joven estaba siempre Isabel, muger funesta que ya ni le ocultaba á él sus sentimientos apasionados, sino

que le perseguía con su mirada de fuego, revelándole lo que á costa de muchos años de vida habría querido él ignorar. ¿Por qué enfermaría la joven? Sin el mal que la postraba, ¡cuántas cosas no habrían tenido lugar...! La vida encantada que pasaran antes los dos novios habría continuado para ellos hasta su matrimonio, y después....y después....¡cuánta felicidad les aguardaba! Las horas tan deliciosas de quá gozaban cuando al cuidado de Beatriz se contaban sus amores, habrían seguido deslizándose sin sentir, y luego habría sido María de Alberto, libre de inquietudes y tristezas, lejos de aquella casa maldita, lejos de aquella muger insensata. Mientras que ahora....todo era dolor por aquella enfermedad, todo temor y sufrimiento y horribles aprehensiones.

Apenas salía Isabel de la habitación de su hija, mostrándose la mas solícita con ésta, informándose de lo que pudiera desear para proporcionárselo, admirando con su conducta á la condesa, que, viéndola hacer lo que cualquier otra madre, y tan sencilla y reposada, sentía renacer sus simpatías por ella, y se arrepentía de haberla creído desnaturalizada. En su concepto, Isabel estaba corregida y no había mas que compadecerla y perdonarla. Noble alma, incapaz de sospechar lo que puede pasar en el corazón de una mujer corrompida, con qué buena fé creía en la conversión de la madre de María, y cuánto se alegraba de ello! Pero Andrés no se engañaba, siendo Isabel la causa de sus mayores inquietudes, la nube amenazadora; y lo que en ella veía, el motivo de sus tristes presentimientos. Y Alberto....? Mas que nadie temía. Quien mas que él podía conocer el secreto de la transformación de Isabel? La ardiente mirada de ésta no le habría dejado ignorar nada, ni la humillación que ella sufriera en el pasado, ni el dolor que sentía en el presente, ni su esperanza. Sí, su esperanza para lo porvenir. Isabel esperaba? Esperaba, y él lo comprendia. Pero qué? ¿Qué pretendía? ¿Acáso fasci-

narle con su incomparable belleza? atraerle con su pasión desenfrenada? hacerle caer en tentación? rendirle....? Eso hubiera sido posible antes cuando el casto amor de María no llenaba el corazón de Alberto; cuando no le hubiera regenerado, elevado y purificado, pero ahora? ¿Hacer él traición á su amada? ¡Y por quién!....Antes muriera! Pero quizás alimentaba aquella mujer otra esperanza. ¿Contaría con la enfermedad de su hija y hasta con su muerte? ¡Qué horror! Cuando esta idea le venía en mientes á Alberto, crispaba los puños con furor, sintiéndose capaz de estrangular en aquel momento á la que así le desesperaba, y le ponía en los linderos de la locura.

Lo que mas temía era que María viese también lo que para él era tan evidente; que comprendiese por qué su madre parecía interesarse por ella y no se alejaba de su lado, y á qué sentimiento obedecía al impedirle que viera á solas á Alberto. Isabel conformarse nunca con la rivalidad de su hija....? Por cálculo había consentido en sus amores, temiendo que Alberto huyese de su casa si se negaba á aceptarle como yerno. Había disimulado su disgusto, había fingido, y ahora, creyendo el momento oportuno, se vendía....obligando al joven á huir del tormento en que le ponia su mirada. Despedíase él de su amada apenas transcurridos algunos momentos de visita, infiriéndola con esto una pena infinita y agravando su tristeza y su mortal desaliento....Maria dudaba de él! decíanselo los ojos de la pobre niña tan dulces y tan tristes que á veces le hacían llorar. Ella no sentía ya aquel calor que comunicaba á su alma el amor de Alberto, cuando él se lo manifestaba tan elocuentemente en el silencio de sus puros éxtasis, y su corazón se helaba.

Aquella flor delicada necesitaba para abrirse los dulces rayos de un sol no muy ardiente, pero bastante fuerte para vivificarla sin lo cual la tierna planta que la sustentaba se marchitaba y se moría.

El amor de Alberto había vuelto la vida á María; su tibieza aparente se la quitaba.

XXXIII.

—¿A que no me esperabas, Andresillo?–dijo una robusta voz á la espalda del joven abogado, en el momento de entrar éste en el zaguán de su casa.

¡Oh! doctor! es Ud? ¡Qué sorpresa tan agradable! Cuando llegó?–exclamó Andrés con alegría, precipitándose en los brazos de su anciano amigo. Ambos se estrecharon con el mayor afecto, y Andrés se apresuró en hacer subir al doctor, desembarazándole de la cartera de viaje que llevaba.

—¡Entre Ud, mi buen amigo! entre Ud!–le dice abriendo la puerta que daba á sus habitaciones, y haciéndole pasar delante de él. ¡Qué me alegro de verle! Vamos, tome Ud. asiento con toda comodidad. Instálese como mejor le plazca y dígame si quiere tomar algo?

Andrés se deshacía en atenciones por recibir bien al doctor.

—No te apures, Andresillo, estoy bien. Acabo de llegar. Entré en casa; solté todo lo que me molestaba; me hice preparar una taza de café, y vine á verte. Mal día tenemos hoy, lluvioso y triste. Por suerte no sufro aún de reumatismo, pero cuando está así el tiempo, pienso en mis enfermos, y por ellos me mortifico.

Mientras tanto el doctor se había arrellanado en su asiento, con las piernas cruzadas, y el sombrero puesto co-

mo de costumbre, y encendió un cigarro que le había ofrecido Andrés.

Este, sentado junto á él, le dijo:

—¡Cuántas cosas durante su ausencia, mi buen doctor! y cuánto siento que no hubiera estado Ud aquí hace dos semanas! Habría visto á nuestra pobre amiguita buena y sana y tan alegre! Es muy probable que no hubiera ella vuelto á enfermar. Ud. la conoce tan bien! Sabe lo que necesita su alma tanto como su delicado cuerpo. El doctor Garrigas la asiste con esmero, pero no puede él curar su dolencia moral. Y eso es para mí lo que, como siempre, la consume!

—María es la que me ha traído á Madrid casi en volandas Te escribí que volvería, y veo que he llegado antes que mi carta.

—¿Y....por Cádiz?

—Todo terminó desde hace días....

—Ah!-exclama Andrés, haciendo un gesto de compasión.

—El pobre Joaquín murió después de un sufrimiento terrible.

—Y... pudo decir algo? ¿Ha completado Ud ...?

—Todo. Mi desgraciado amigo tuvo unas horas de lucidez la noche antes de morir. Y como yo no me separaba de él, se empeñó en hablarme de lo que había atormentado su espíritu durante muchos años. Ha muerto bendiciendo al cielo, porque yo le dije que había encontrado lo que él deseó tanto hallar, cuando lo supo quiso contarme la historia de Guadiana, con sus mas tristes detalles. Eso fué lo que le acabó, pues le sobrevino tal crisis, que no pudo resistirla, y murió á la mañana siguiente. Después me he ocupado en sus propios asuntos. He escrito á sus parientes; atendí á su entierro, y al arreglo de sus cuentas. Despaché á la Habana todos sus papeles, y en seguida dispuse mi vuelta. No pensaba mas que en verte, en

ver á María. ¿Y qué me dices de ella? ¿Cómo está?

—Mal, doctor, y por eso nos encontrará Ud. á todos apesarados é inquietos. De repente, después de mes y medio pasado en la mayor alegría, y llena de esperanzas, cayó la niña en un abatimiento mas profundo que nunca

—Y ¿sabe algo de su nacimiento? ¿El aya le ha revelado.....?

—Nada aún. Al verla así, ni ella ni yo nos hemos atrevido á decir nada. Le esperábamos á Ud.

—Pues con eso precisamente es con lo que voy yo á tratar de reanimarla. Con María tengo que emplear ya los grandes medios. Después que la haya examinado, ensayaré éste, si no me parece demasiado peligroso. Cambiarémos la historia para no afligirla mucho. No puedes imaginarte lo que he meditado sobre la manera de explicar las cosas á la niña, desde que supe que estaba enferma. Durante el viaje, ese ha sido mi pensamiento. Yo seré el que la hable. Dentro de un rato iré á su casa, sólo que no quiero sorprenderla. Ten la bondad, Andrés, de enviar á prevenir á Beatriz de mi llegada para que se la anuncie.

Andrés llamó á su criado, y envió el recado del doctor. Luego continuó hablando con él de lo que mas les interesaba, hasta que al cabo de unas horas el anciano médico lo dejó para ir á visitar á su querida enferma, prometiéndole volver después que hubiese visto á ésta, para decirle como la encontraba.

María estaba en su dormitorio, porque su estado doliente no le permitía levantarse tan temprano, y allí recibió al doctor, sentada en un sillon y tristemente reclinada. Su aspecto abatido hizo fruncir el ceño al buen médico, cuyo ojo experimentado vió desde luego que la enfermedad había ganado terreno en aquellos días, y que el mal podía ser grave. Disimuló, empero, la dolorosa impresión que sintiera, y como si ninguna novedad notara en ella, entró

y la saludó alegremente.

—¡Hola, amiguita mía, ¿qué es eso? ¿Me dicen que está Ud. enferma porque me echa de ménos? ¡Oh! oh! señorita! Los viejos tambien hacemos falta, según parece! Pues ya me tiene Ud aquí, y para no volver á ausentarme: se lo aseguro. No me gustan los viajes que me alejan de mis lindas enfermas. Así son las cosas! Yo me creía olvidado por ciertos arrogantes mancebos que rondan por aquí, según tengo entendido, y era á mí á quien se quería....! Aquí estoy, mi bella niña, para enfadarle bastante. A ver esas manos! Tomemos el pulso, por costumbre, pues no me parece que está Ud. tan mala..... Hay un poquillo de fiebre, mas ya pasará. Y esa lengua y esa garganta, ¿como están?... Rosaditas solamente.... Nada de particular hay en ellas. Bien! y el pecho? Tose Ud. un poco. Oigamos como respira. Nada! Una lijera irritacion es lo que produce esa tos; porque los pulmones y los bronquios van perfectamente. Ya, ya! Mi presencia es la que hacía falta á la niña! No hay que ver. Y ¡qué engreído voy á ponerme! Habrá quien tenga celos?

Al oir al doctor sonreía María, á pesar suyo, y su semblante se animaba un tanto. La expresión de su mirada era mas viva, y hasta su voz parecía menos débil. Incorporándose en su asiento, le cojio las dos manos tan afectuosamente, y se las estrechó y le sonrió con tal ternura, que él se conmovió. Luego le hizo sentar á su lado como pudiera hacerlo con un padre, conservando sus manos entre las de él.

No se había mostrado María jamás tan franca con el doctor, ni le había abandonado su alma con tanta confianza. Adivinó el anciano con su profunda ciencia del corazón y su experiencia todo cuanto encerraba aquella efusión; comprendió que la niña había llegado á uno de esos momentos en que el corazón necesita desahogarse para no estallar; que la infeliz sufría, no atreviéndose á hablar ó no

encontrando la manera de hacerlo, pero que si él sabía interrogarla, ella le diría todos sus dolores; nada le ocultaría de lo que la había puesto en aquel estado, por la imperiosa necesidad de expansión, de consuelo y de afecto que sentía. Lo esencial era proporcionarla una entrevista á solas con él; no exponerse á que sus confidencias fueran turbadas inoportunamente, sobre todo por su madre, cuya conducta en aquellos días conocía ya el doctor. Alejar á Isabel era pues lo urgente, así es que después de haber dicho á María para distraerla, cuanto se le ocurrió de chistoso, la anunció otra visita para aquella tarde añadiendo:

— Eso sí, hijita mía. Quiero que estemos solos, porque voy á contarla muchas cosas que yo me sé, y que han de alegrarla. No se imagina Ud. todo lo bueno que traigo para Ud. de Cádiz. Curiosa! Leo en esos ojos que desea Ud. saber de lo que se trata! Pues, nada! No revelaré mis secretos hasta la tarde. Cuidado con mostrársemo triste ó abatida! Con la receta que la ponga ahí, esa fiebrecita cesará hoy, y estará Ud. mejor. ¡Si mi sola presencia la ha mejorado! ¡Andese Montalbán con tiento, no sea cosa que su novia le olvide por el doctor Romero! Hasta luego, hijita mia, recuérdelo bien! Cuídese mucho y esté sola á la tarde. A las cinco vendré.

Al decir esto último, con su fuerte voz, que se hacía afectuosa y tierna para hablar á María, salió el doctor del dormitorio donde le había recibido ella y volvió á casa de Andrés.

El joven le aguardaba impaciente y ansioso.

—¿Qué tal?–le preguntó al verle.

— Está mal, pero tengo esperanzas. Si logro sacarla pronto de ese estado, nada estará perdido. Esta crísis que sufre no tendrá consecuencias. Lo que podría temerse, es una sacudida dolorosa ó demasiado violenta. María está muy delicada. Lo mejor de todo sería hacerla salir pronto de la casa de su madre. Mientras viva en ella estaré siem-

pre inquieto.

— No desean otra cosa los Montalbán. Cuando se haya arreglado y definido claramente la situación de nuestra amiguita, Ud. dirá lo que deba resolverse acerca del matrimonio.

— Que no olvide tu amigo que se casa con una enferma, y que la guarde todas las consideradiones necesarias, y entonces, cuánto ántes se realice la boda, será mejor. Si el marido de María no ha de ser su verdugo, será su médico mas eficaz.

— No haya temor, mi buen doctor: Alberto venera á esa niña, y se someterá sin dificultad á cuanto V. le aconseje para salvarla.

— Entonces, repítele lo que acabo de decirte Yo, si puedo ver á solas esta tarde á mi pupila, tendré mañana una entrevista con la madre para manifestarle cuales son mis derechos sobre su hija y terminar pronto el otro asunto.

XXVIX.

Para alejar á Isabel del lado de María había un medio poderoso: anunciarle la visita del doctor Romero á la joven. Aquella mujer, bastante inteligente, comprendía que en el decidido protector de su hija tenía un enemigo, (aunque él nunca se le hubiera declarado como tal), y le evitaba lo más que podía, no queriendo dejarle sospechar sus verdaderos sentimientos, y sintiéndose inhábil para engañarlo.

Otro motivo tenía ella, además, para mostrarse condescendiente y facilitar con su ausencia, la entrevista del doctor y de Maria, y era la creencia de que el anciano iba

á servirla inconscientemente en sus miras particulares, tratando de disuadir á ésta del enlace proyectado. No se le había olvidado el desagrado que mostrara el doctor el día que halló á Alberto de Montalbán cerca de su protejida, y en esto suponía que el jóven fuese antipático al anciano, y daba libre curso á su imaginación forjándose halagüeñas quimeras.

La conferencia del buen médico y de María no fué interrumpida un solo instante. Recibió la niña á su respetable amigo más animada y con la confianza más conmovedora, deseosa de saber lo que quería decirle: sus preguntas provocaban las revelaciones. La historia del conde y la noticia de su muerte arrancaron á María piadosas lágrimas que el buen anciano enjugó. Estrechándola entre sus brazos le decía con su sonora voz, enternecida en aquel momento y siempre cariñoso para ella:

— Pierde V. la esperanza de volver á ver á un padre, pero le queda otro que le amará tanto como aquel. Mi querida hijita, contenga ese llanto, porque si nó voy á creer que no está V. contenta con ser mi pupila y la prima de Andrés. ¡Y el pobre chico, que tan orgulloso está y tan alegre con ese parentezco que le liga más á V.! Y ¿cuenta V. para nada el poder ofrecer una fortuna á los Montalban? Para su dignidad eso debe ser satisfactorio. ¡Hijita mía, bastante ha llorado V. á su padre antes de saber que hubiera muerto! Ahora debe consolarse, y tratar de sanar pronto para compensar así los afanes de los que nos desvelamos por V., de los que tanto la queremos. Animo, pues, y míreme menos triste.

Estas palabras que revelaban el afecto más generoso, alentaban visiblemente á María, dilatando su corazón. Obedeciendo á su influjo, y cómo quién no puede contenerse más, habló entónces la niña y en un arranque de involuntaria expansión lo refirió todo al doctor. Entre lágrimas y suspiros, pero ya más recobrada, le contó sus penas pa-

sadas y presentes, aunque evitando siempre cualquier acusación directa contra su madre. Dijo cuanto sufriera la noche del baile al comparar en medio de aquella lujosa fiesta su propia cóndicion con la de Alberto, y lo que la vista del odioso Gomez le hiciera padecer y porqué causa; confesó su temor de que los Montalbán sospechasen lo que la pasaba y se arrepintiesen de la alianza con ella; su disgusto de verse enferma, y su creencia de que Alberto se desilucionaría por su enfermedad y que dejaría de amarla. ¡Tantas cosas reveló! y ¡cuántas omitió! Empero, el experto doctor supo adivinarlas· Salió él de la casa, satisfecho de aquella entrevista, y felicitándose por el buen éxito de la historia que forjara para engañar á María.

—Andrés, hijo,—dijo al joven abogado luego que le vió por la noche antes de acostarse—¡cuántas mentiras he hablado esta tarde! Por fortuna creo que Dios las perdona á los médicos que las dicen para salvar á sus enfermos; y las mías han hecho mucho bien á María. Ahora la veremos mejorar, si no viene algo á trastonar mi plan curativo y á inutilizar mis esfuerzos.

—¿Y cómo ha recibido ella la noticia.....?

—Bien.—Imagínate que la he contado que su padre murió desde hace diez años, en un naufragio, al volver de la Habana; que hasta hace poco se creian perdidos sus papeles, y que por eso no se había atrevido Isabel á llevar el título de viuda de Guadiana, y había prohibido que hablaran á su hija de aquella muerte, misteriosa para todos, para no entristecerla; que ahora había yo averigaado, por una casualidad grandísima, que los documentos del conde se habian salvado, gracias á un amigo suyo, náufrago también en aquel viaje, fatal para el otro, quién los había depositado en casa de un notario de Cádiz; que mi viaje había tenido por objeto el ir á buscarlos, y que ya los tenía en mi poder, con intenciones de hacerlos conocer. No sé cómo pude inventar tantas patrañas, pero díjelas con

tal aplomo y seriedad, que María no ha dudado un momento de que fueran la verdad pura. ¡Uf! y ¡que alivio siento con ello! No dejaba yo de tener mis temores. Lo esencial ahora es que la niña se cure pronto y que sea feliz! Entonces podrá revelársele todo sin peligro alguno. Beatriz está prevenida de lo que hay que hacer para mantenerla en su engaño, y tú, ya sabes lo que tienes que decirle. Lo demás me toca á mí.

XXXV.

Como ruje una fiera al hallarse cogida en el lazo que le tiende el astuto cazador, así rugió Isabel al día siguiente luego que, al salir de una entrevista con ella, la dejó sola en sus habitaciones, el doctor Romero. Díjole él cuanto quiso, y ella le escuchó sin aliento y casi sin voz, como sintiéndose presa de invencible estupor. Y luego que el doctor se marchó, que un instante de reflexión la convenció de que lo que acababa de oir era la realidad, vió un sueño espantoso, se mesó los cabellos, gritó, gimió sórdamente desalentada y fuera de sí. Tan pronto se arrojaba contra el suelo, como se levantaba furiosa, y comenzaba á pasearse, gesticulando de la manera mas extravagante, ó se detenía amenazante y frenética. Tenía la mirada, por un momento fija como la de un cataléptico, y en otros extraviada como la del verdadero insensato; ora se veían secos sus ojos como quemados por interno fuego, ora daban paso á un torrente de abrasadoras lágrimas. El estado de su alma atormentada se reflejaba perfectamente en su descompuesto semblante.

¡Cómo la dominaba la pasión! ¡Aquel amor que, en su principio, no moderó ella, no pudiendo creer que llegase

á avasallarla, la trastornaba ahora, y hacia la desgracia de su vida!

—¡No será, no será!—rugia Isabel, después de un momento de calma relativa, y volviendo á enfurecerse. —¡Nó! ¡no puede ser!....¡Alberto me amará, porque yo así lo quiero, porque soy hermosa, mas hermosa que.... ella y que muchas! Sí. ¡tantos me lo han dicho! y él, y él....él tambien me amó, porque me encontró bella. ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar? ¿Por qué hoy me huye, cuando ántes me buscaba? Esa María....¿Quién lo habría creído.....! ¡Robarme así su corazón.....ella que no hallaba quien la amara; que era tan esquiva, tan poco accesible....! ¿Qué habrá hecho para conseguirlo? ¿Será Andrés el que habrá inducido á Alberto á enamorarla.....? Sí, eso debe ser! ¡Ese Andrés que nunca fué mi amigo! ¡y yo que nada sospechaba porque, aunque se me ocurrió esta idea no podía admitirla.....! Sí; Andrés habrá sido quien lo ha hecho todo... Habrá dicho á María que Alberto la ama, y ella....se ha vuelto loca por él. Y cómo nó? ¿Qué mujer puede resistirle? ¡Es tan bello, tan elegante, tan....y....¡yo le amo, le amo, le amo! ¡Yo también estoy loca y moriré si él me desprecia!

Tuvo Isabel una explosión de insensata desesperación, se retorció ias manos, y comenzó á pasearse como verdadera demente, con pasos agitados y la mirada hosca, el traje desaliñado, los cabellos desatados y en desórden, cual si hubiera perdido todo sentimiento de coquetería femenil, si no de dignidad.

Largo rato pasó así hasta que sus lágrimas principiaron otra vez á correr, y se calmó un tanto con ideas mas consoladoras.

—Alberto me amará, murmuró de nuevo. Sí! Yo le confesaré que lo adoro, que sin él no puedo vivir, que este amor es mi locura, y él no resistirá.... Me com-

padecerá y corresponderá á esta pasión inmensa que me inspira y que yo le manifestaré con frases salidas del fondo de mi alma! ¿Acáso puede María amarle como yo? Esa criatura es muy indiferente.... tiene el carácter de su padre; es la hija de.... aquel hombre á quien no amé, y por eso ella no me ha amado tampoco nunca.... Siempre ha sido rebelde conmigo! ¿Por qué habré de sacrificarme á ella? ¿Por qué .....? ¿Acáso me lo agradecerá? Huirá de mí no bien se case; me despreciará, y no volverá á pensar que tiene madre ... Estará orgullosa porque Alberto la quiere, porque los Montalban la agasajan.... y.... ¡nó, mil veces nó! No lo consentiré!—repitió Isabel golpeando furiosamente el suelo con el pié, y lanzando relámpagos por los ojos.

—¡Nó, no quiero! añadió mas delirante aún. Y sabré impedirlo! Para que Alberto no sea de otra y me ame, todo lo arrostraré, y ¡desgraciado del que se oponga á mi paso! No respetaré nada.... ¿Qué puedo temer? Soy viuda, libre, libre....! Ese doctor condenado me lo ha dicho. Nada me importará ya ésto si Alberto me rechaza puesto que moriré....; pero si él me ama ¡qué buena sería esa libertad! Huiremos.... me llevaré á Margarita.... Iremos léjos, léjos ...! Con Alberto voy yo al fin del mundo, loca de alegría. María se quedará con su tutor... ese hombre que casi se ha atrevido á amenazarme.... que me ha hablado con arrogancia como si fuera mi juez.... y lo he soportado porque sus palabras me dejaron aturdida.... ¡Con cuánto gusto me burlaré de todos, vengándome así de los desprecios, de la soberbia del doctor, de la desconfianza de Andrés, del orgullo de.. mi hija! Y cuán feliz seré con Alberto....! Ah! ¡lo amo tanto y tanto! Yo que creí que fuera amor lo que me inspiraba el vizconde de L.... y.... Paco Gomez.... y el marqués de B.... No! A ninguno he amado, sólo á él, á él que me sedujo desde el primer día con su sonrisa,

con su mirada y con sus ojos tan bellos, tan magnéticos... con esos ojos que hacen vibrar hasta las fibras más intensas de mi ser! ¡Ay Alberto, Alberto! Si no me amas moriré. Tengo este puñal que me regaló el marqués.... Me parecía un jugete por lo precioso, y mañana tal vez pueda servirme para salir de mis tormentos... ! Me quitaré la vida la noche de las bodas de María.... si nada logro de Alberto.... si él me rechaza. Trataré de verle á solas, buscaré un pretexto para atraerle.... acecharé la ocasión.... Pero, que no haré? alejaré á María.... y lo recibiré sin que ella lo sepa.... y él me atenderá.... no tendrá fuerzas para resistirme.... y hará lo que yo quiera....! Estoy resuelta.... No vacilo más. No tengo remordimientos por María. Hoy que es rica, se casará con otro.....

Con estas reflexiones trató de calmarse Isabel: impuso silencio á su corazón y, disimulando su estado, pasó el resto del día y la noche pensando en la realización de sus planes. Propúsose, por no inspirar recelos, aparentar tranquilidad, dando á su semblante una expresión indiferente; evitar la revelación del dolor, no abandonar á María, so pretexto de su próxima separación (que el doctor la había anunciado) para allí pedirla que viese á solas á Alberto y á Andrés.

—Es de día, á Dios gracias! exclamó Isabel viendo filtrar por entre las cortinas de su alcoba, algunos ténues rayos de luz—después de pasar una noche terrible.

Arrojóse de la cama, molida de cansancio por el insomnio y la agitación, y se vistió sin llamar á nadie en su auxilio. Salió de su habitación y bajó al jardín. Viendo á un criado se informó del estado de su camarera, enferma hacía tres días, y como la contestaran que seguía mal, entró á verla, después de lo cual volvió á subir para abrazar á Margarita.

La niña estaba levantada y ya jugaba con su muñe-

ca. No era esta la muñeca que la regalara el marqués de B.—sino una nueva que Isabel la había comprado— la otra había tenido que darla á la hermanita de Magdalena, (la camarera de Isabel) por obedecer á su madre que así lo había querido, diciéndo que esa muñeca era muy pesada y menos bonita que la nueva. Y Margarita se había conformado, porque, en efecto, podía jugar mejor con ésta y cambiarla mas fácilmente de traje, cosa que constituía una de sus ocupaciones mas importantes, y de sus mayores encantos.

Al ver á Isabel, dejó la niña el juguete y corrió á ella.

—Qué tienes, mamá mía? la dijo mirándola con fijeza. No estás rosada como todos los días y parece que tienes calentura.

—Nada Margarita y no te apures. Me duele un poco la cabeza; pero ya se me pasará. Tú estás linda y fresca como nunca!

Isabel besó á su hija, trató de distraerla para que no notara su abatimiento, y luego la dejó.

Apesar de sus esfuerzos, bien se echaba de ver su desmejoramiento, y esto la contrariaba.

Con mas enerjía procuró dominarse, tomó algún alimento y se dirigió á las habitaciones de María.

XXXVI.

La joven parecía convalesciente. Hacía dos días que no tenía fiebre y que la tos se la había calmado. Sintiéndose aún mejor al amanecer del tercero, se levantó temprano, y cómo el tiempo estuviera hermoso desde la víspera, y ya luciendo el sol, claro y reconfortante, salió de su aposento, en donde pasaba todas las mañanas, los anterio-

res días, y se paseó por sus habitaciones, visitándolo todo con cierta curiosidad y complacencia, como quién después de mucho tiempo de estar ausente vuelve á ver los objetos familiares, ó como quien resucita á la vida después de larga y mortal enfermedad.

Para respirar un aire mas puro, y dar ensanche á sus pulmones, abrió las ventanas de su gabinete que daban al jardín, y se asomó á una de ellas, aspirando con placer el aura perfumada que hasta ella llegaba, y contemplando enternecida los árboles y el cielo. Sí, María estaba mejor Su conferencia con el doctor Romero había ensanchado el horizonte de sus esperanzas, que ella creía ya cerrado para siempre, y había devuelto á sus labios la sonrisa.

No confiaba la jóven con la misma ciega fé que antes en la ventura que debía aguardarla, pero sentíase aliviada con la seguridad de que cerca de sí tenía un protector decidido; que la amaba, la escudaba, y defendería, en caso necesario, como verdadero padre. Cuando su anciano amigo la había estrechado entre sus brazos había cerrado ella los ojos y por un instante se había imaginado que latía entre su corazón el del conde de Guadiana. Y además ¿no sabía ella que tenía un apellido legítimo, que poseía una fortuna con la cual su alianza era para los Montalbán honrosa y proporcionada? Esto satisfacía mas que su amor propio, su dignidad tan humillada por su anterior y equívoca situación. Poderse llamar María de Guadiana con la frente levantada, la llenaba de complacencia, libertándola del temor de que los Montalbán la menospreciaran por su oscura condición.

El porvenir se le presentaba más risueño y con la ilusión que renacía, la amargura de su corazón se disipaba y sus sentimientos todos se dulcificaban. Desde que, por el relato del doctor creía comprender que Isabel era menos criminal de lo que ella la había juzgado con irreparable se-

veridad, sentía hácia su madre más compasión que disgusto, arrepintiéndose de haberla tratado con tanto desvío y proponiéndose ser mas dócil, menos seca, mejor hija, en una palabra, que hasta entonces, siquiera fuera durante los últimos días que pasaran juntas. Después sería María lo que Alberto quisiese.... pero mientras tanto sería buena con Isabel.

—Infeliz!—pensaba. — haberla privado de mi cariño por..... no se atrevía á decir y hasta olvidaba que era por la desacertada conducta de aquella desventurada: Teníale tanta lástima! sobre todo, desde que no la veía hacía dos dias! Isabel se había excusado la víspera de no ir á acompañarla como de costumbre por estar enferma, y María sospechaba que aquella enfermedad sería causada por las revelaciones que el doctor la hiciera. El la había hablado de su larga entrevista con Isabel, y su compasión había aumentado.

—¡ Pobre madre !—se decía.—Sufre y no tiene quien la consuele.... !

Intenciones tuvo de ir á verla pero como se sentía muy débil aún, lo dejó para el día siguiente, que era aquel en que se hallaba. Temprano había preguntado por ella, deseando, por primera vez, darla una prueba de filial afecto; pero la dijeron que Isabel había bajado ya á visitar á Magdalena.

—Si está bien ya, esperaré que venga aquí, y seré mas amable con ella, pensó la angelical criatura.

Y, sin embargo, el día más dulce de todos después de su recaida, había sido para ella aquel en que no vió á su madre. En presencia de Beatriz, su fiel y amadísima aya, había recibido á Alberto, á Andrés, al doctor y á la condesa, y ¡ con cuánta más confianza que cuando Isabel se hallaba á su lado! La animación y la dulcísima sonrisa que volvía á iluminar el rostro de María, había hecho penetrar de nuevo la alegría y la paz en el alma

de su prometido y tranquilizado un tanto al doctor y á Andrés, y llenado de alborozo á la condesa, obligando á Beatriz á olvidar hasta sus penas.

Y la niña, reconfortada con las dulces palabras que había oido la víspera, y el corazon rebozando de gratitud por el consuelo que Dios la enviaba, quería comunicar este consuelo á los demás, y dar expansión á sus nobles sentimientos con la ingénita bondad que habia en ella.

Aquella mañana, aunque doliente aún de cuerpo, aguardaba su amadísimo tutor para pedirle el permiso de ir á visitar á la pobre camarera enferma, y llevarla algún recuerdo.

Magdalena vivía con su padre, que era el jardinero de Isabel, en una casita que ésta había hecho arreglar para ellos, en el fondo del jardin.

María deseaba verla, pero no se atrevía sin la autorizacion del doctor, á bajar á él .

El buen anciano la sorprendió contemplando aún el cielo, apoyada de codos sobre el rebordo de la ventana, y contento de hallarla tan alentada, se estuvo conversando con ella largo rato y distrayéndola. Anunciólа que aquella misma mañana debía celebrar con Alberto y con la condesa una conferencia muy importante, para ponerles al corriente de la situación de su protegida, y fijar con ellos el die de la boda.

Ruborizóse la jóven al oir esto último, y bajó sus hermosos ojos con la confusión más graciosa, sintiendo latir con fuerza su corazón.—Hoy no veremos temprano al novio,—dijo el doctor.—Si se pensaba V. otra cosa, se equivocó de lo lindo; pues tengo que hablar con él. Le diré todos los recados que V. quiera, pero no le dejaré venir—en la mañana.—¡Tengo celos! Está V. muy guapa con esos colorcitos que la han subido al rostro, y no quiero que él la vea como yo así tan rosadita y tan hechicera.

Ruborizóse María más, sonriéndose con encantadora

y pudorosa gracia, y para disimular su turbación habló al doctor de su proyectada visita á Magdalena.

—No se lo permito sino en el caso de que la chica mejore durante el dia. Acabo de verla y sigue mal. La fiebre no ha cedido ni la cabeza se ha despejado. Sin embargo, espero que haya á la tarde un cambio favorable en su estado. Entónces la verá V. si se siente bien. Además de la humedad que hay todavía en el jardín, después de dos días de lluvia como los que hemos tenido, debe V. evitar las impresiones penosas. Vea á su novio y converse con él: ésto la aprovecha y contribuye á mejorarla. Pero, visitar enfermos? No estoy de acuerdo con los deseos de V. Aunque si la chica no está aliviada, y no tiene V. novedad. bajará V. al jardín. Esa es una condición: no lo olvide!

Diciendo ésto se despidió el buen doctor y salió. No bien se hubo retirado penetró Isabel en las habitaciones de su hija.

Palida y séria estaba, mas, por su aspecto nadie habría sospechado la terrible lucha que agitaba su alma, ni las violentas emociones porque había pasado la víspera. En aquella mujer reposada y severa, ¿quién habría reconocido á la que el día ántes, con inmoderado acceso de furor, se revolcaba en la alfombra del pavimento, y se mordía los puños lanzando gritos de salvaje desesperación?

María la recibió con mucha amabilidad condolida de verla tan pálida.—Díjole desde luego que ya había preguntado por ella, y sabido que estaba visitando á Magdalena; hablóla de la enfermedad de la muchacha, manifestándole su intención de ir también á verla.

—Y ¿cuándo será?—exclamó Isabel con mucha viveza, y con los ojos brillantes y la fisonomía súbitamente animada.

—Tal vez á la tarde, si la fiebre mejora.

—Según ha dicho el otro médico, la mejoría no podrá

presentarse hasta la noche.

—Entónces iré mañana.

—Y ¿por qué? Esta misma noche puedes hacerlo.

—No me siento bien aún; por eso temo bajar de noche al jardín.

—Si el tiempo sigue sereno, y tú te abrigas bien, ¿qué mal puede hacerte? La luna saldra temprano porque estamos en el segundo cuarto creciente, y Beatriz te acompañará para lo que se ofrezca, así complacerás á mi pobre muchacha que ha preguntado varias veces por tí al no verte, y la pobrecita! te quiere mucho.

—Es verdad!

—Está dicho. Entónces la verás esta noche. Así se arreglará todo, porque tengo que hablar con.... Alberto (al pronunciar Isabel este nombre, le tembló la voz); y aprovecharé tu ausencia para hacerlo.

—Yo le aguardaba esta tarde, dijo María tímidamente, y palideciendo algo.

—Si quieres complacerme le escribirás diciéndole que prefieres verle á la noche. Te lo suplico como un favor.

María vaciló en contestar. Comprendió Isabel que ese deseo entristecía á su hija.

—Si te es demasiado penoso, no lo hagas. Sin embargo, como pronto vas á abandonarme, esperaba que....

—No señora!—se apresuró á decir María viendo humedecerse los ojos de Isabel, y sintiendo el corazún afligido por el sentimiento que en ella veía por primera vez de su vida.—Escribiré y haré lo que V. guste, sin que me sea desagradable.

—Me alegro de ello, y te agradezco que me dés esa prueba de complacencia. Yo siempre he creído que me aborrecías!

—Señora!

—Sí, y por eso no he sido contigo como con tu hermana Margarita. Hoy que estamos tan cerca de separar-

nos.

—[illegible]

—[illegible]

te he [illegible]

—[illegible]

albuceasa [illegible]

o compren[illegible]

no com[illegible]

—No [illegible]

e, y no [illegible]

nas de [illegible]

erma tocar[illegible]

[illegible]rás ver [illegible]

eres. Hoy [illegible]

[illegible] por [illegible]

[illegible]ena me [illegible]

[illegible] mito, no [illegible]

—No sé. [illegible]

—[illegible]lá vue[illegible]

[illegible]re te son [illegible]

[illegible]mpre!

—[illegible] no teng[illegible]

[illegible] bien.

[illegible]gnió [illegible]

[illegible]zás alg[illegible]

[illegible]entimien[illegible]

[illegible]sas poi[illegible]

[illegible] mient[illegible]

[illegible] al tra[illegible]

[illegible] buena [illegible]

[illegible] sufriría [illegible]

[illegible]acallaba su [illegible]

[illegible] rechazarla, sentía la [illegible]

[illegible] y se decía: —Mañana hace [illegible]

[illegible]nas gotas de frio sudor me[illegible]

sienes, y su corazón parecía helado por un momento, y su cabeza se desvanecia.

—Imposible!—volvía á decirse, respondiéndose á sí misma: él me amará, y seré feliz: viviré!

En estas alternativas de desaliento y de esperanza pasó el día. No podía María sospechar ni por asomos lo que turbaba el ánimo de su madre; empero la presencia de ésta le embargaba la voz y le inspiraba vaga inquietud, intimidándola como siempre, á pesar de sus esfuerzos por complacerse con ella. La pobre niña encontró las horas de aquel día en que Isabel no la abandonó sino por momentos, y en los que no vió ni á Alberto ni á Andrés, largas y penosas, deseando que llegara la noche para ver á los dos jóvenes. Nada dijo á su madre, pero contaba volver pronto de su visita á Magdalena y hallarse á tiempo en sus habitaciones, cuando saliera su prometido de las de Isabel, después de la misteriosa conferencia que ésta tuviera con él; y casi estaba segura de que Andrés vendría tambien. Era posible que hasta el doctor Romero volviera donde ella, si iba, como debia esperarse, á casa de Magdalena, para saber como había pasado el día la enferma. María necesitaba ver á sns amigos, oir de ellos afectuosas palabras para que se desvaneciera la impresión de frío y de vago disgusto que la vista y las palabras de su madre produjeron en su ánimo.

Isabel la dejó por la tarde con la seguridad que le dió ella de ir á visitar á la camarera. Qedóse la jóven en su ventana, respirando el aire puro que subía del jardín, y del cual sentía gran necesidad su pecho oprimido por súbita y secreta angustia. Sintiendo luego que su malestar aumentaba, se retiró de allí, entró en su dormitorio, y se recostó en su lecho para descansar de la fatiga tanto moral como física que esperimentaba. Beatriz la encontró así, cuando penetró cerca de ella al cerrar la noche.

—¿Qué tienes, Mariíta, díjole alarmada? Te vuel-

ven ya tus quebrantos? Qué te sientes, hija?

—Un poco de cansancio, mi buena haya, pero no te apures, quizás sea debilidad. Vas á prepararme mi chocolate. Hace días que no lo he tomado, porque me lo prohibían.

—No hijita. No te lo traeré hasta que no me lo permita el señor doctor. Mejor buscaré leche.

—Sea como quieras. Dime, ¿has sabido esta tarde como sigue la pobre Magdalena?

—Ha mejorado mucho durante el día. Creen que pasará bien la noche.

—Entonces, no bajaré á verla. Eso me tranquiliza. Esa pobre jóven me tenía inquieta, y creyendo que iba á morir tenía empeño en acompañarla, y consolarla en su enfermedad. Había prometido á mi madre que la visitaría, pero no me siento con ánimo para salir de aquí. Mañana le suplicaré que me perdone esa falta. Tu irás por mí, ¿no es verdad, mi buena Beatriz? Dirás á Magdalena que yo no he podido acompañarte por sentirme mal, pero que mañana me verá á su lado; que no la abandonaré en su convalecencia. Me la llevarás algunos recuerdos que la destinaba: son cosas para enfermos de las que tú buscas para mí. Luego que me hayas servido la leche, bajarás. Sí, Beatriz?

—Todo lo que desees, hijita, sólo que no quisiera dejarte sola. Me parece que vas á tener necesidad de mí, y que yo no estaré cerca para oirte.

—Yo trataré de distraerme.

Y si viene Don Alberto ¿quién estará contigo? Ya sabes que no es propio.... no por tí, sino.....

—Andrés y el doctor llegarán quizás ántes que él; así no debes inquietarte ni por eso ni por otra cosa.

—No pongas muchas luces en mi salón ni lo abras Beatriz. Me quedaré en mi gabinete hasta que vuelvas. Si viene Alberto, por casualidad, antes de lo que pienso,

hazle pasar al salón grande.

—Porque, María?

—Mi madre tiene que hablar con él.

—Isabel? preguntó Beatriz, algo sospechosa.

—Sí. Supongo que querrá decirle algo referente al.... matrimonio. ¡Cómo será.... muy pronto!

—Es cierto. Está bién. Volveré cuanto ántes de casa de Magdalena, y si voy allá es sólo porque tú lo quieres, que por mí no lo haría.

—Dame ese gusto Beatriz!

—Corro á buscarte la leche.

XXXVII.

¡Cuán alegre acudía Alberto media hora después, á casa de su amada! Desde la víspera no la veía, y para él, que sólo era verdaderamente feliz á su lado, esto era mucho. Ese día había sido, además, fecundo en agradables noticias. El doctor le había dado los mejores informes respecto de la salud de la jóven, y le habia anunciado que entre él y la condesa tenían determinado el día de la boda, la cual se verificaría el 8 de Setiembre (de allí á dos semanas) para el aniversario de María. Habíale revelado también el anciano, todo lo relativo al nacimiento de la jóven y sus derechos á la tutela de ella; pero ésta dejaba á Alberto casi indiferente. ¿Qué le importaba que su adorada novia fuese rica y noble á él, que la miraba como el ángel mas puro? ¿Acáso podía aquello añadir algo á su amor? Lo primero sí que le había alegrado el alma, despejando repentinamente ante su vista el horizonte de su felicidad; y asimismo lo de la tutela, pues en su

concepto María estaba salvada por el solo hecho de ser legítimamente la pupila del noble anciano, que podía mejor que nadie defenderla contra Isabel. Quedaba esta vencida desde luego sin que hubiera ya nada más que temer de sus maquiavélicos proyectos; de sus infames deseos de infernal pasión.... ¡Qué aliviado se hallaba el espíritu de Montalbán desde que en él había penetrado esta seguridad balagadora! ¡Cómo se ensanchaba y volaba en pos de mas risueñas esperanzas!. Despnés de tantos días pasados en la inquietud mas horrible, en la desesperación mas profunda, parecía al joven que su corazón flotaba de nuevo en mares de ventura, y que la vida le sonreía para siempre.... Su madre y su hermana contaban ansiosas los dias que faltaban para la boda, anhelando el momento de ver entrar á María en la casa para vivir con ellas, en compañía de Alberto. Cómo se disponían á mimar á la futura condesita! ¿Qué no harían para obligarla á olvidar sus pasados sufrimientos? ¡La querían tanto! Ya los alegres preparativos, interrumpidos por la enfermedad de María, se activaban con solícito afán.... Doña Luisa y Blanca volvieron á estar en contínuo movimiento desde aquella mañana, á fin de ganar el tiempo perdido, no queriendo omitir nada para la comodidad ó satisfacción de la dulce y delicada esposa de Alberto.

El doctor y Andrés que sabian esto, tenían la íntima convicción de que la felicidad que, en vida apacible, gozaría la interesante enferma al lado de los Montalbán, bastarían á curarla; y Alberto.... Alberto se decía, sintiendo aumentar en su alma su idolatría por ella, que su solo amor haría tal vez el milagro, sin pensar en el matrimonio mas que como en el único medio eficaz y seguro de salvar á la jóven tan amenazada cerca de Isabel....

Sin duda por no recibirle en presencia de ésta, (quién como de costumbre, la había acompañado ese día) era que

María le había escrito diciéndole que no podía verle hasta la noche. El también deseaba hablarla sin testigos importunos (á Isabel se refería solamente al pensar así,) y por eso se resignó á la voluntad de su novia, contando las horas que le separaban del momento prescrito por ella. Anhelante espió la hora del crepúsculo, y no bien hubo oscurecido salió presuroso y se encaminó á casa de María, anticipándose al doctor y á Andrés, quienes le habían prometido ir esa noche á visitar á la interesante convalesciente. La esperanza y la alegría daban alas á Alberto. ¡Que ligero caminaba, al pensar que su muy amada le aguardaba tal vez con tierna impaciencia! Iba él á contemplar de nuevo su bello rostro animado por el placer del alma; á oir embelezado como antes, sus amorosas palabras; á extasiarse á su lado; á admirar su resurrección.... ¡Qué horas tan gratas le esperaban! Llega á la casa, entra, y con dulces ansias sube la escalera.

Se halla en la antesala. ¿Porqué Beatríz no le sale al encuentro como siempre?

Bástale una ojeada para comprender que algo extraño pasaba allí, y que sus ilusiones van desvanecerse....

Está cerrado el salón donde María acostumbraba recibirle. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué se encerraba la joven? ¿Habría enfermado repentinamente?.... El corazón de Alberto se oprimió.

Vuélvese y vé las demás habitaciones tambien cerradas, y que sólo se hallaba entreabierta la puerta del magnífico salón del centro, en donde Isabel le recibió la vez primera, en donde conoció él á María.... Y aún aquella pieza estaba apenas iluminada. ¿Qué significarán tales misterios?

Alberto no sabía qué pensar.—¿Llamaré para informarme?—se dijo ansioso.

Aunque esto le repugnaba, iba ya á tirar del cordón

de una campanilla cuando sintió pasos dentro del salón en la puerta del cual apareció un criado, diciendo apresuradamente:

—¿Está ahí el señor conde?

Alberto le contestó. Era un hombre jóven, algo imbécil y muy adicto á Isabel, cuya hermosura le inspiraba supersticiosa admiración. Servía ciegamente á su ama, quien le prefería á sus demás criados por la absoluta sumisión con que le obedecía.

—Yo esperaba al señor conde....

La señorita está más enferma? preguntó Alberto.

—No, señor conde.

—Dónde se halla?

—No lo sé, sólo me han dicho.....

—Y la señora Beatriz?

—Creo que salió. Yo, señor conde, soy el que....

—Así es que no sabes de la señorita?

—No señor. Lo único que se me ha dicho es que introduzca al señor conde en el salón.

—¿Quién te dijo eso?

—La señora.

Alberto frunció el entrecjo.—La señora? ¿Qué quería Isabel? ¿Dónde estaba María?

—Tenga el señor conde la bondad de seguirme, añadió el criado, abriendo más la puerta para dar paso al joven.

Este vaciló un instante.... ¿No iba á encontrarse en presencia de Isabel y á ser víctima de alguna trama urdida por ella para mortificarle? Sin embargo, el deseo de salir de incertidumbres y de saber de María y de verla, así fuera con su madre, le hizo arrostrarlo todo y penetrar en el salón

Atravesólo en pos del sirviente, quién andando de medio lado, como para cerciorase de que era seguido, se dirigió á la derecha hácia las habitaciones de Isabel.

Delante de una puerta que disimulaba una espesa cortina se detuvo.

—¿Estará aquí María?—preguntóse Montalbán, cada vez mas ceñudo y con mas angustia en el alma.—¿Por qué no me recibirá ella en sus propias habitaciones....?

El criado alzó la cortina é indicando á Alberto el hueco de la puerta, le dijo respetuosamente:

—Aquí es, señor conde—y como el jóven adelantara algunos pasos, dejó caer la cortina detrás de él, alejándose por donde había venido, y diciéndo:

—Pase Usía, que yo voy á avisar á la señora.

Alberto quedó solo en una pieza de regulares dimensiones, muy elegante y cerrada como el salón, pero mas iluminada: era un hermosisimo retrete, que él recorrió de una ojeada, y en donde sus recelos y su inquietud aumentaron.....

Allí nada indicaba la proximidad de María, en tanto que la de Isabel se revelaba en todo.... No debía estar léjos la temida mujer.... Tal vez en aquel instante miraba á Alberto.... Parecióle á éste que la veía desprenderse de un magnífico cuadro, en el cual estaba retratada de pié, en escotadísimo traje de baile, radiante, seductora, voluptuosa, y que se dirigía á su encuentro sonriente y provocativa.... E instintivamente hizo un movimiento para huir.....

Hallábase frente á un gran espejo, cerca de la puerta por donde entrara y con el sombrero en la mano.

Un ligero ruido que oyó á su espalda le detuvo.... Para saber quién venía no tuvo que volverse, pues el espejo se lo reveló, así como un olor penetrante de verbena y de rosa que hirió súbitamente su olfato. ¡El olor preferente de Isabel! Esta era la que había entrado por una puerta disimulada en el fondo del retrete; la cual se acercaba á Alberto con lento y onduloso andar y cierta

especie de gracia serpentina, dejando arrastrar por la alfombra del piso la larga cola de su sencillo y elegantísimo traje: una bata de muselina blanca cubierta de encajes, y tan amoldada al cuerpo que hacía parecer á Isabel mas alta y mas esbelta Por todo adorno tenía sus negros y magníficos cabellos tejidos en dos trenzas que pendían sobre su espalda llegando mas abajo de la cintura.

¡Y así estaba bellísima, tal vez mas bella que nunca....! Tenían sus ojos, tan rasgados y oscuros, extraño fulgor, y su rostro extremada palidez. La confusa mezcla de dolor y esperanza, de timidez y resolución que llenara su alma, se reflejaba en su semblante dando á este una expresión indefinible y conmovedora.

Alberto, inmóvil, la miraba en el espejo, conteniendo dificilmente el coraje que experimentara al verse cogido en aquella red.

Detúvose Isabel en medio de la pieza con los ojos fijos en Montalbán, como aguardando un movimiento suyo ó una palabra.... Viendo que él aparentaba no haberla oido:

—Alberto!—dijo.

Su voz estaba ronca como la de quien acaba de llorar.

—¿No quiere V. saludarme?

Ya fuera porque aquella voz triste y quebrantada le impresionara, ya por efecto de su instintiva y habitual cortesía, que no le permitía mostrar altivez en presencia de una dama; ya por cualquier otra causa desconocida por él mismo, lo cierto es que Alberto se volvió hácia Isabel, y sin demostrar cólera, la saludó inclinándose silenciosamente.

—Se marchaba V.... lo ví al entrar, sin duda por no verme....

Alberto quiso balbucear una excusa, pero no pudo.

Encontrábase en el caso que tantas veces había pre-

visto con horror, y para el cual se creía bien preparado, y sin embargo, no sabía que decir, sintiéndose turbado en sus ideas por la mirada triste y escrutadora de aquella mujer, é involuntariamente impresionado por un algo de solemnemente atractivo que se desprendía de ella.

Isabel, comprendiendo lo que le pasaba, y esperanzada tal vez con ello, añadió con acento de resignada y mas profunda tristeza:

—Por mas que mi presencia le sea enojosa, Alberto, yo le suplico que no se vaya; pues si lo he hecho venir aquí es porque tengo que hablar con V.

Estas palabras devolvieron á Montalbán una parte de su presencia de ánimo, presentándole mas claramente la realidad de su situación. Con cierta serenidad y firmeza contestó á Isabel.

—Señora, dispénseme V.... Lo que desea no es posible...

—¿Y porqué?

—Bien lo sabe V.... Yo venía....

—A visitar á María; sí señor; pero ella no le recibirá á V. ahora, y lo que yo tengo que decir á V urge...

—¿María está más enferma....? Señora dígamelo V....

—Ella.... no tiene novedad.

—Y porqué no puedo verla?

—Porque.... ha salido....

—¿Salir María así, tan débil y de noche? ¡Oh señora....!

—Nada tema V. No se halla lejos.... Pero siéntese V.... y luego se lo explicaré todo. Isabel indicaba á Alberto un sofá frente al espejo. En ella todo era comedido: sus palabras, su voz, sus maneras. Lo único que podía hacer sospechar que hubiera alguna violencia en sus sentimientos era su palidez que aumentaba en ratos y una lijera contracción que fruncía sus labios; pues hasta el ful

gor de sus ojos era menos vivo.

Alberto se vió perplejo. ¿Cómo contestar brutalmente á aquella mujer cuyo aspecto era el de una persona que sufre y se resigna noblemente? Y por otro lado ¿cómo confiar en ella y complacerla cuando tantos motivos tenía de recelo? Isabel quería hablarle á solas.... le había atraído allí.... pero aunque la desgraciada le amara, bien podía ser que tuviera alguna otra cosa que decirle que no se refiriera á su insensato amor, y en ese caso habría imprudencia en rechazarla con desprecio, en lastimar su orgullo y exasperar su pasión. Sin embargo, su moderación provenía tal vez de algún esfuerzo sobrehumano hecho para engañar á Alberto, y someterlo.... ¿Qué hacer? Montalbán reflexionaba con la cabeza baja.

Isabel le miró y, para decidirle, díjole con voz mas sentida y triste aún:

—Tanto le cuesta á V. prestarme un momento de atención, Alberto? ¿Tan odiosa le soy?

El joven cedió. Con repugnancia aún, pero disimulando sus sentimientos, aceptó el asiento que Isabel le ofrecía, mientras ella ocupaba un sillón á su lado. El espejo reflejaba las imájenes de ambos. Alberto se veía en él sentado al borde del sofá como si estuviera sobre áscuas, con el sombrero entre las manos y la mirada en el suelo, contrariado é indeciso. Isabel muy pálida, ansiosa desde que se había sentado, y con los ojos vagarosos, como quien no se resuelve ó teme algo, ya mirando á Alberto, ya la alfombra del piso, y mudos los dos.

Aquel silencio embarazaba más á Alberto. La madre de María alzando definitivamente la vista hácia él con una expresión de indefinible y poderoso sentimiento lo interrumpió diciendo con un suspiro:

—Alberto, perdóneme V. el haberle violentado obligándole á venir aquí á donde nunca hubiera V. puesto los piés de otra manera... No juzgue V. mi conducta antes

de oirme.... No me condene.... Preciso era que yo obrase así, puesto que de otro modo....

Un sollozo cortó la voz de Isabel quien permaneció un instante como ahogada por la emoción. La frente de Montalban se oscureció más.

Hizo aquella un esfuerzo para dominarse, y volvió á decir:

—Pero mas vale que yo no hable. Va V. á leer una carta que le explicará.... A mí me faltan las fuerzas para ello.

Sacó Isabel del bolsillo de su bata un pliego que tenía menudos dobleces y lo presentó á Alberto.

—Tome V. ésto,—dijo al jóven—y léalo.

Montalbán miró con desconfianza la carta, sin hacer ademán de cogerla.

—¿No quiere V. verla?—preguntóle airadamente Isabel.

El volvió á mirar la carta, y sin apresurarse la tomó; pero no mostró intenciones de abrirla.

—Válgame Dios! No leerá V. eso, Alberto?—insistió ella.

Montalbán, muy despacio, desplegó la carta, y principió á leerla.... Pero no bien hubo recorrido las primeras líneas, cuando una nube de su frente se extendió por todo su rostro, y el papel tembló en sus manos.... El joven siguió leyendo.

Desde que abriera la carta, se había cubierto Isabel los ojos, y parecía dominada por la mas poderosa agitación.

Aquel que espera su sentencia de muerte ó su gracia de los labios de un juez no se muestra mas ansioso de lo que ella lo estaba mientras Alberto leía.... Temblábale el cuerpo, su seno se levantaba y se bajaba agitado como las olas de borrascoso mar, y sus mejillas se enrojecían por un momento para palidecer en otro. Indudablemente para ella estaba su vida pendiente de la lectu-

ra de Montalbán

Lanzó éste una exclamación sorda y la mísera mujer se extremeció. Del pecho de Alberto se escapó luego una especie de mujido, al mismo tiempo que, entre sus dedos, estrujaba el joven la carta de Isabel. Esta se descubrió el rostro, vió á Montalbán, trémulo de indignación, arrojar léjos de si la carta, levantarse impetuosamente, ponerse el sombrero y dirigirse á la salida.

Mas pálida que un cadáver, se levantó ella tambien, exclamando:

—¡ Alberto !

—Quede V. con Dios, señora,— dijo el joven, con terrible ironía.—Y conteniendo mal su coraje se adelantó hácia la puerta.

Isabel corrió á él como despavorida y olvidando todo fingimiento de moderación, y con delirante acento exclamó extendiendo los brazos para detenerle :

—Alberto, Alberto, óigame ! V. no lo ha leido todo.... No sabe.... ! Por Dios, deténgase V.....! Escúcheme....!

Pero él no hacia caso y seguía hácia la puerta.... Entonces ella, arrojándose delante de él, le abrazó las rodillas para impedirle que saliera.

—Suélteme V. señora,--exclamó Alberto temblando de cólera todavía contenida.—¡ Déjeme V. pasar !

—¡ Nó nó !—gritó Isabel,—aferrándose más de sus rodillas. ¡ No es posible, Alberto ! Debe V. escucharme.....yo debo hablar.

—Señora, suélteme V. y deme paso.....

—No quiero, no puedo....! Tiene V. que oirme....! Estoy resuelta....!

—De manera que no me dejará V. salir de aquí....?

—Nó. Tendrá V. que pasar por sobre mi cuerpo para marcharse.... No se irá V..... No te irás!

—Señora no me exponga V. á faltarla,—dijo Alber-

to exasperado porque la repugnaba verdaderamente hacer violencia á aquella mujer, y no veia otro medio de escaparse de sus garras.

—¡No te atreverás, Alberto,— replicó ella cada vez mas fuera de sí.

—Entónces.... será como usted lo haya querido, —exclamó el joven, sacudiendo fuertemente los brazos de Isabel, y tal oscilación imprimió al cuerpo de ésta que la hizo perder el equilibrio y la obligó á soltarle.

Alberto, sin detenerse llegó á la puerta. Ya tocaba la cortina.

—¡Ah mísero de tí— rujió Isabel, como una fiera herida,— y levantándose de un salto, volvió á ponerse delante de Alberto.

—Es inútil que salgas por ahí,— añadió señalando á la puerta— No podrás marcharte. El salon está cerrado enteramente, y las llaves se las llevó el criado....

—Buscaré otra salida,— replicó Montalbán.

—No la hallarás, á menos que no sea por mi gabinete.... al extremo del salon están las habitaciones de Maria todas cerradas....

—Las habitaciones de Maria.... !—A estas palabras volvió la reflexión á Alberto.... En medio de tan violenta excitación y poseido por la cólera, casi olvidaba á su amada.....

! Maria....! ¿qué era de ella? ¿No mentia Isabel al decir que habia salido? ¿No estaria allí cerca, atraida por los gritos de su madre, ó acaso oculta por la infame para que la oyera y lo supiese todo.....? ¡Oh! este pensamiento estuvo á punto de enloquecer á Alberto quien sintió un instante que su razón vacilaba.... y pasándose la mano por la cabeza, dejó caer su sombrero.

—¿Por qué no te vas ahora?— le preguntó Isabel gozándose con su venganza.....

Alberto la miró, y en aquella mirada expresaba tan

elocuentemente el desprecio, que la insensata, herida en lo mas íntimo del alma no pudo proseguir.

—Me arrojaré á la calle por el balcón, dijo él con voz reconcentrada por el dolor que revelaba la mas desesperada resolución. Isabel se estremeció. El furor que la animaba decayó en un momento, volviendo el amor á predominar en su corazón atemorizado.

Sin resistir el terror que las palabras de Alberto le causara, cayó á los pies de éste, y levantó hacia él los brazos para implorarle.

—¡No Alberto, nó,— exclamó con desesperado acento,— no te matarás, porque yo no lo quiero! Quiero que vivas porque te amo, porque sin tí moriré.....!

Apartó él la mirada de ella con disgusto, siendo su respuesta á aquella invocación, dos lágrimas que de su hinchado corazón subieron á sus ojos, y lentas y abrasadoras rodaron por sus mejillas.

—Perdóname, Alberto!— clamó ella, mas fuera de sí, al ver aquellas lágrimas. ¡Oyeme! No me maldígas! Ten piedad! ¿Me condenarás sin escucharme? Alberto, mírame! Ten compasion de mí!

Isabel lloraba. Montalbán, insensible, al parecer, no le atendia. Habíase cruzado de brazos y con la cabeza baja, caminaba dentro del retrete. Maquinalmente, y huyendo del contacto de Isabel, quien le seguia de rodillas, é implorándole, se había acercado al sofá, donde estuvieron antes sentados. Volvía el espejo á reflejar las figuras de ámbos: á Isabel presa de la mas violenta conmoción y á Alberto, inmóvil ya, y sumido en meditación dolorosa.

¡Cuán terribles eran los pensamientos del infeliz!

—¿Que haré?—se decia él—¿Cómo saldré de esto? ¿Tendré que quitarme la vida? ¿No habrá otro remedio á mi situación? Qué será de Maria?

Recordaba el jóven con infinito sentimiento las her-

mosas esperanzas que acariciara aquel mismo dia, las que, un rato ántes, le alegraran todavía el alma... ! Cuán pronto se había desvanecido todo....! Al soplo de la cruel fatalidad que sobre su amada pesaba, se había hundido todo en el abismo de un horrible desencanto. ¿Ni qué podía esperarse tampoco ya desde luego que Isabel se oponía á la felicidad de Alberto, que le amenazaba con el escándalo y con la muerte? Ay y ¡con qué elocuencia lo haria la maldita en aquella carta que él había estrujado! Punto por punto habían quedado impresas en su mente aquellas funestas líneas en las cuales Isabel solo dejaba de amenazar para pretender! Pretender, sí! que olvidara él á María y la abandonara.... y que la amara é ella y con ella huyera....! Su perseguidora no se calmaría.... resuelta estaba hasta á morir para vengarse.... ¡Oh implacable desgracia! ¿qué hacer para conjurarla? ¿cómo se hubiera evitado? Alberto la temía, pero por grandes que fueran sus aprehensiones siempre esperó no verlas realizadas. Ay de sus lisongeras ilusiones....! ¿Qué había sido de sus sueños de ventura? Cual lijeras mariposas de doradas alas habían volado, huyendo de él para perderse á lo lejos....!

¡Burlado le dejaban, desesperado y sin aliento, en presencia del conflicto mas atróz; de la realidad mas desoladora.... Y él que creyó aquella mañana haber ya aprisionado en sus redes á esa deidad engañosa que llamamos felicidad, cuando rodeada de luz nos aparece en lontananza, tan solo era aquella noche el triste prisionero de Isabel, del ángel de tinieblas, que se levantaba amenazante para sumerjirle en el caos de la desesperación....!

.....

.....

XXXIX.

Ella comprendía su dolor y por el sufría también, temiendo hacerse más odiosa á sus ojos, pero no podía resolverse á dejarle libre, pretendiendo aún conmoverle con súplicas y tiernas quejas.

—¡Alberto,—exclamaba, arrastrándose de rodillas é implorando al jóven con el mas sentido acento,—atiéndeme por Dios! Mírame y contempla mis lágrimas! ¿No vés que yo también lloro? Ay! sé que sufres, pero no debes maldecirme.... No soy cruel como lo supones, sino muy desgraciada.... He padecido tanto! Ayer he estado loca, porque me dijeron que te casabas; loca furiosa, y resolví morir! La vida para mí no es soportable ya! Tú y María me la habeis amargado.... Alberto, óyeme! Si muero tendrás la culpa, y moriré porque continúas despreciándome.... ¿No me oyes, dí? Por piedad, vuelve á mí los ojos. No me atiendes?.... ! Infeliz de mí! ¿Por qué vendrias tú á esta casa demostrándome amor y engañándome? Yo no te llamé. Me viste y tus miradas ardientes me dijeron que mi belleza te había seducido.... Hasta ese día era yo feliz. Todo me halagaba en la vida, y, satisfecha, recibía el culto idólatra que á mi hermosura tributaban otros hombres.... Desde que te conocí lo desprecié todo por tí.... Me hiciste suponer que me amabas y yo creí en tí y te adoré.... ¡Te adoré, Alberto, como nadie lo haría! ¡No pensé mas que en quererte, en consagrarme á tí soñando contigo noche y día! Esperando complacerte cambié de vida, y otra fuí de lo

que antes había sido. Tú, entretanto, después de despertar en mí una pasión inmensa, avasalladora; después de llevarme las ilusiones, y enloquecerme así, huiste de mí; te marchaste sin que yo supiera á adonde, y luego volviste para amar á otra.... á otra sí! á otra que jamás podrá amarte como yo: esa criatura fría é indiferente que es mi hija y que nunca me ha querido.... ¡Ay Alberto! no sabes lo que he sufrido! No sabes cuales han sido mis tormentos! Oh! sólo en el infierno es posible padecer un suplicio igual al mio; penas semejantes á las que me has causado....! Eso ha sido horrible! Celos como los mios no se han conocido jamás! ¿Tener yo celos de mi hija; verte al lado de ella, amarla, y tributarla en mi presencia la más completa adoración, mientras que á mí me mirabas con insultante menosprecio, ó apartabas de mí los ojos, como si para tí fuera yo la criatura mas vil? ¿Porqué, volviste á mi casa, si había de ser para turbar mi vida? ¡Mil veces he maldecido el dia funesto en que por vez primera te presentaste aquí ¿Acáso hubiera sabido yo lo que era sufrir sin ello? ¡Cuán tranquila vivía! Luego.... los celos me han devorado las entrañas.... y he perdido la paz, la alegría, el sueño: con lágrimas me he alimentado! ¡Cuánto he llorado, yo que no conocía el llanto! Alberto, no me culpes por que te amo; no me aborrezcas porque deseo ser compadecida por tí.... ¡Demasiado he sufrido en silencio! Si te hablo es porque he callado tanto que ya no podia más!.... mi corazon estalla!..... Oyeme! mírame! No te hagas sordo á mis lamentos. Ten piedad! Ni un solo dia tendrás lástima de mí? No me atenderás?

De los labios de Isabel salían precipitadas las palabras como corre un torrente que ha roto el dique que lo contenía. La mísera mujer tendió hácia el jóven los brazos, y viéndole insensible á sus lágrimas, se retorcía las manos con desesperación ó golpeábase el pecho y la

cabeza.

Con loco desvarío quería asirse de él otra vez, y mientras le imploraba le perseguia tenazmente. El jóven aunque sumido en doloroso y momentáneo estupor, logró eludir su contacto hasta que llegó cerca del sofá. Allí no pudo retroceder más. Isabel se abrazó de sus rodillas. Quiso Alberto soltarse y solo consiguió caer sentado en el asiento.

Aquella dejó escapar un exclamación de gozo.

Miró Montalbán sobresaltado á su alrededor como quien despierta violentamente de un sueño y se fijó en Isabel. En seguida trató de levantarse, pero ella, le inmovilizó, apoyando los brazos sobre ellas.

— Alberto, Alberto, por Dios! quédate así, exclamó:

Y alzando hacia él la mirada le comtempló como estática. ¿Qué pasión infinita, leyó Montalbán en aquellos ojos que parecían querer devorarle! y al mismo tiempo ¡qué sinceridad en el dolor que se manifestaba! Isabel lo amaba verdaderamente: él lo reconoció en aquel instante; y debía sufrir de un modo horrible. El amor había hecho en el corazón de ella grandes estragos. Bastaba para comprenderlo, comparar á la coqueta vana y voluble mujer representada en el retrato que allí á la vista se encontraba, con la que triste y humillada se arrastraba á los piés de él, llorando lágrimas de sangre á impulsos del sentimiento. ¿Qué había sido de la arrogante soberbia de Isabel? ¿Qué de su alegre indiferencia, de su egoista insensibilidad?

En pocos meses había desaparecido todo, y la sin ventura, mendigaba una mirada de amor, una palabra de consuelo, ella que tantos amores había despreciado en la vida; que hasta la víspera estaba acostumbrada á embriagarse con las tiernas frases de los que solicitaban su afecto!

No se conmovió Alberto con el espectáculo de la adoración que inspiraba, si no que, sintiendo por ello un dolor

más intenso, pugnó por desasirse de Isabel.

—¡Señora,—dijo á la que de su vida parecía vivir, recibiendo con la conciencia de su situación, el uso de la voz,—hágame V. el favor de levantarse, retírese de ahí y déjeme ir.

—¡No, Alberto! ¡No, amor mio, mi vida! nó! por caridad! quédate así exclamó ella, apoyándose más sobre él y cogiéndole las manos para besárselas con frenesí. Nó. Es imposible que quieras irte, imposible que me abandones cuando estoy conociendo el cielo....! Déjame contemplarte, puesta de rodillas ante tí, adorarte como una esclava, embriagarme con tu aliento, embelesarme contigo, extasiarme mirándote: Alberto, yo te adoro, tu eres mi Dios, mi esperanza, mi todo!

—Señora, déjeme usted levantar. Apártese!

—¿Por qué has de ser siempre cruel conmigo? ¿No vés que sólo soy feliz en este instante y que olvido mis penas? Idolo de mi alma! permíteme mirarte así de cerca un rato más! Ay! No se ablandará tu corazón para mí? ¿No te conmoverá nunca este amor inmenso que te tengo? ¿Quién te querrá como yo te amo, Alberto? Te amo! te amo, sí....!

Isabel cayó sofocada por el exceso de su sentimiento. Habia hablado con la exaltación más profunda, mientras miraba á Alberto extasiada ó le cubría las manos de apasionados besos. ¡Y qué tentadora estaba así! Sentada á los piés del jóven, y entregada, en su ánsia loca de agradarle, al más completo enagenamiento, aparecía en aquel instante mas soberanamente hermosa, materialmente considerada, que la Magdalena á los piés de Cristo. Con gesto tan natural, como hechicero, sacudiendo la cabeza, había echado hácia atrás sus desmadejadas trenzas, para presentar á Alberto su bellísimo rostro, enteramente despejado y apenas alterado por el llanto.

Lejos de desfigurarla, hacíanla sus lágrimas doble-

mente seductora, encendiendo sus mejillas en fuego intenso, y dando á sus ojos una expresión más tierna y elocuente.

La volcánica pasión que devoraba su alma parecía que escapaba de todo su ser en magnéticos efluvios....

El más cruel se habría rendido á su dolor, el más indiferente se habría sentido subyugado par el indecible poderoso encanto de la irresistible mujer, cuya voz, de suyo armoniosa, resonaba dulcísima y con modulaciones tales como sólo pueden salir de un alma enamorada, en aquel retrete cerrado donde el silencio era tan grande que hacía olvidar el resto del mundo; donde el perfume de las flores, allí colocadas, se subía al cerebro y lo entorpecía; donde la atmósfera calcinada enervaba los sentidos; donde todo convidaba al amor.

Y el que no hubiera cedido al prestijio de su hermosura, la habría compadecido siquiera por el sufrimiento que ella demostrara....

Empero Moatalbán era tan insensible á sus atractivos físicos como á su dolor.... En él la torpe materia, la *bestia*, por decirlo así, enteramente dominada, dormía letárgico sueño. los sentidos estaban embotados y toda debilidad era imposible. Su alma sola velaba, y esa alma con todas sus fuerzas, rechazaba á Isabel.

Nada habría conseguido ésta, así hubiera desplegado mayores encantos aún, y fuese más fascinadora. ¿Acáso veía Alberto su belleza? ¿acáso se apercibía de nada dominado por la preocupación que le absorvía? Su dolor era profundo y lo avasallaba todo.... ¿Y no era Isabel quien se lo causaba? ¿Cómo entonces sentir lástima hácia la mísera que pretendía redimirse perdiéndole? Cuanto ella hacía para conmoverle en su favor, predisponíale más á la resistencia. Ello no obstante, el tierno y amoroso acento que empleaba Isabel para hablarle, al herir su oido, traía un recuerdo purísimo á su mente....

¡Ay! Las inflexiones dulcísimas que daba la pecadora apasionada á su voz para conmoverle, eran las mismas que tenía la voz de casta vírgen, cuyo amor le ennoblecía el alma, cuando le decía mirándole con un éxtasis celestial: *¡Alberto, yo te amo; tú lo sabes, aunque no te lo diga; ¿no es verdad? Sí, lo sabes!*

¡Cuánto se parecía en aquel momento la voz de Isabel á la de María! Cerrando los ojos habría podido Alberto hacerse la ilusión de que su adorada novia era la que se hallaba á su lado entreabriendo para él las puertas del cielo con su ternísimo acento!

La imágen de la dulce niña, oscurecido un rato antes en el espíritu de Montalbán por el exceso del sufrimiento que le perturbaba, se interpuso radiante y victoriosa entre él y el ángel caido que á sus piés se encontraba ...

La loca esperanza que Isabel concibiera por un segundo, se desvaneció como sombra ante la actitud del joven y ante sus palabras.

—Señora,—dijo Alberto esforzándose en soltar sus manos de las que lo aprisionaban, y con severa enerjía, —tiempo es ya de que cese esta escena que ha durado demasiado. ¿Me niega V. esa libertad?

¡Alberto,—exclamó ella estremeciéndose y palideciendo de dolor—no me hables así! ¿No vés que estaba calmada y que casi era feliz con solo mirarte? No me desesperes más... !

—¡Pero es que es imposible que esto se prolongue...! Qué pretende V.....? Déjeme marchar, le digo.

—No, Alberto. Tu sabes lo que te pido; sabes que es lo único que puede darme la vida... ! tu amor! ¡Olvida á.... esa otra! ¡Qué no tenga yo celos! ¡Quiéreme!

—¡V. delira!

—Tengo toda mi razón. ¿Porqué no puedes amar-

me? ¿á quien ofenderías? Soy libre, viuda hace seis meses; ¿lo ignorabas? Ayer lo supe. ¡Viuda sí! Mi marido murió. Murió por fin ese hombre que tanto me persiguió, y á quien yo temía porque estaba loco....! y soy libre y rica y te amo....! Tu eres libre también....

—¡Señora....!

—¡Lo eres! ¿acáso estás casado ya? Por María no dejarás de quererme. Ella te olvidará y se casará con otro ¿No es rica tambien? Tiene un tutor ...

—Cuánta demencia....! ¡Suélteme V!

—Demencia, infame? Tú eres el que no sabes lo que dices. Alberto! no quieras dejarme! Piensa á lo que te expones.... ¡Desgraciado de tí y de mí y de todos si vuelves á desesperarme. Reflexiona: yo no puedo consentir en que te cases, en que me desprecíes y huyas de mí. De solo pensarlo me vuelvo loca Y no sucederá ...! Lo juré ayer por la memoria de mi padre y cumpliré mi juramento.

—Ya Señora, eso es horrible....!

—Más horrible es lo que he sufrído. Oh! tú no sabes....! Nada has querido ver. Eras tan feliz! ¿qué te importaban mis tormentos? Quizás si apartabas de mí los ojos era porque sentías remordimientos; porque tu conciencia te decía que si yo era desgraciada la culpa la tenias tú. ¿Porqué quisiste jugar con mi corazón....? ¿Porqué lo hiciste? ¿Creías acaso que porque yo no era pura, porque había amado á.... otros hombres no tenía alma, y sólo servía para juguete? Te equivocaste! ¡Oh! yo te amo, te adoro, y por tí quiero morir y eso te pesa....

Infeliz Montalbán! cierto era que cuando no conocía el verdadero sentimiento, cuando vivía sin tener en el mundo mas objeto que el placer, el amor era considerado por él como mero pasatiempo, sumamente agradable, y tanto más si se trataba de mujeres como Isabel ¿Quién le hubiera dicho que caso igual á aquel en

que se hallaba pudiera ocurrir? Ni siquiera lo soñó. ¡Cuán cruelmente le demostraba la experiencia que había estado en un error! Sí, claro veía ya que lo que puede llamarse *el juego del amor* es siempre peligroso; que las locuras de la juventud, temprano ó tarde se pagan, y que hasta un sencillo devaneo tiene á veces consecuencias tales que pesan gravemente sobre la vida....

Ay! ¡cuán caro cuesta luego la satisfacción efímera de un capricho juvenil! Puede ser emponzoñada para el tiempo venidero por amarguísimo dejo! Probábalo Alberto en aquel instante; y tan dura le pareció esta prueba, que sintió que de su corazón subía acíbar á sus labios....

Con el alma destrozada por reconcentrado dolor, y con terrible enerjía dijo á Isabel:

—Señora, ¿vá V. á dejarme libre, á retirarse de ahí, ó no respondo de lo que haga....!

—¿Me matas porque te digo la verdad? No puedes soportarla....

—Levántese V. de ahí Señora, si no quiere que la maltrate, á pesar mío.....

—Tendrás que hacerlo porqué no te soltaré..... Mátame, mátame!

—Señora, no quiero hacerle mal, suélteme y permítame salir de aquí y trataré hasta de olvidar....

—Antes moriré, y María sabrá que me has matado.... Así castigaré tu crueldad. No se casará ella contigo....

Alberto se esforzaba en soltar sus manos de las que se las aprisionaban con fuerzas que duplicaba la pasión. Isabel, desesperada otra vez, le estrechaba más y más las rodillas, con su busto, con todo su cuerpo.... El jóven, viendo que sin violencia no conseguiría nada de ella, hizo un esfuerzo soberano y se soltó.

Isabel que no había previsto esta terrible sacudida se vió repentinamente á algunos pasos, contusionada y vencida....

¡Cruel, infame! gritó, viéndole ponerse de pié y buscar su sombrero con la vista, dispuesto á abandonarla.

—¡Me has maltratado! ¡Oh perverso! ¿Por qué no me matas de una vez? ¡No valdría eso más para tí? ¡Pero no quedarás impune....!

Levantándose con verdadera furia se colocó delante del jóven que se alejaba. La lucha había extenuado las fuerzas de ella, su respiración era ya fatigada: conocíase que el furor únicamente la sostenía ya.

—¡Señora, por favor! ¡No me detenga usted!—dijo Alberto que ya estaba cerca de la puerta, volviéndose hácia ella.

—Miéntras viva lo haré, y luego estaré vengada. María sabrá qne eres la causa de mi muerte, y te maldecirá.... ¡Todo se lo he escrito! ¡Aunque yo no viva no te casarás con ella!

—¡Oh Señora.....!

—No tendré piedad para tí que me has desesperado, que has desoido mis súplicas; que me has ofendido día por día con tu desprecio, y que hoy me obligas á morir!....

—Y su hija de V., señora? Su hija?....

—Mi hija? María? Esa criatura indiferente no es hija mía! Me quiere ella? Sufra tambien si es que te ama.... Yo moriré.

Un quejido sordo y ahogado como el primer vagido de un niño llegó á oidos de Alberto. Isabel en su furor no lo percibió. La sangre se le heló al jóven en las venas, y palidez cadavérica cubrió su rostro.

Sin atender á la terrible mujer que por delante tenía, quiso lanzarse hácia la puerta por parecerle que de allí cerca venía aquel lamento.

Isabel se enfureció más. Con voz ronca le detuvo,

—Te he dicho, que no salgas..... Todo está cerrado!

—Se han quejado por aquí señora, dijo Alberto que apenas podía hablar....

—Mientes! Estamos solos. Nadie puede vernos ni nos escucha!

V. me engaña, señora.... Déjeme salir!

—Si fuera falsa é infame como tú, lo haría .. Lo que quieres es que te deje marchar! ¡Sobre mi cadáver pasarás!

Otro gemido volvió á herir el oido de Alberto, pero tan ténuemente ésta vez que ni pudo el joven darse cuenta de si venía del salón ó de las habitaciones de Isabel.

Quién se quejaba? Sería María....?

Tal vez estaba la joven, moribunda, allí cerca de él, oyendo las palabras de su madre.... ¡Donde se hallaba? Lívido ya con este pensamiento, y perdida la cabeza, dió Alberto algunos pasos adelante, otros hácia atrás, sin saber á que punto acudir....

Han vuelto á quejarse, ¿no lo ha oido V. señora, por piedad....?—exclamó temblando el desgraciado.—¡ Me vuelvo loco....!

—No es verdad: deliras. Ningún ruido he apercibido.... Nadie hay por aquí.

Y María....? Qué es de ella? Dígamelo V..... No mienta: se lo suplico!

¿Temes que ella sepa lo que pasa entre nosotros? ya lo sabrá. Quiero que no ignore nada, que te conozca....

—Tenga V compasión....

—¿ La has tenido tú de mí? Dime si estás dispuesto á complacerme....

¡ Oh! que horror....!

—Entonces, mírame morir!

Antes de que Alberto lo previera, sacó Isabel, en el paroxismo del furor, verdaderamente loca, un puñal del

bolsillo de su bata. Pronto como el rayo lo dirijió contra su pecho....

Montalbán vió brillar el arma, y la acerada punta de esta le hizo estremecer: lo horroroso de su situación se presentó con claridad espantosa á su vista.

Más rápido aún que su terrible adversaria se lanzó sobre ella y le detuvo el brazo.... La insensata luchó breves momentos por llevar á cabo su intento, pero no lo consiguió. Era Alberto el mas fuerte, y la desarmó. Ejóven, dueño del puñal, se lo guardó entre el seno.

Durante esta lucha un ruido sordo se oyó en el salón y un tercer gemido; pero ni Isabel ni Alberto percibieron nada.

¿Quién se quejaba de ese modo? ¿Engañaría á Montalbán su corazón?

XXXX.

María había quedado en su gabinete, después de la ausencia de Beatriz. Poco rato hacía que había alejado á su buena aya cuando se arrepintió de ello ¡Sintióse tan débil y tan triste! Aquel día pasado con su madre, había enervado sus fuerzas, apenas nacientes, y dejado en su espíritu un desconcierto raro; cierta impresión de desaliento y de temor, de angustia vaga y de pesar que jamás sintiera. No era aquello nada definido ni que pudiera ella explicarse; así es que, la pobre, lo atribuyó á sus nervios, y pensó que el aislamiento en que se hallaba contribuiría á su malestar.

—Soy muy cobarde,—se dijo—Mi estado es delicado, en verdad, y además tengo motivos para no estar muy

alegre; pero el miedo es el que mas daño me hace. Voy á leer para distraerme y no echar de ver mi soledad.

Cogió un libro y se sentó á leer, mas no bien había recorrido una ó dos páginas de él cuando lo soltó digustada.

Y casi en seguida, como movida por un resorte, se levanta. Habíala parecido oir la voz de Alberto en la antesala, y el corazón le latía fuertemente.

—¡Alberto está ahí!—murmuró aplicando el oido para convencerse de que no se equivocaba. ¡Está ahí, cerca de mí! Si pudiera verle!—exclamó sintiendo un deseo vehementísimo de la presencia de su amado, algo que no podía reprimir....

Era la inexplicable necesidad de protección que la hacía experimentar el presentimiento vago que oprimía su alma....

Viéndose obligada á ocultarse de aquél, suspiró con sentimiento profundo y se estuvo quieta con el oido alerta y la esperanza de percibir de nuevo la voz del joven. Nada oyó. El silencio en la antesala era absoluto.

—¿Habrá entrado él en el salón?—se preguntó.—Eso debe ser. Mi madre lo aguardaría ya. Se me ocurre una cosa.... y con el corazón palpitante y el paso quedo, dirigióse á su dormitorio tan lijera y silenciosa que mas bien parecía una sombra que un ser viviente. Detrás de su oratorio había una puerta, siempre cerrada, que daba á un gabinete contiguo. Abrióla, atravesó la pieza y se encontró con la puerta del salón.

Esta no se abría desde la noche de la presentación de Alberto en la casa.... Por allí era que la jóven se comunicaba alguna vez con su madre y, según convenio hecho con ésta, no debía pasar nunca por aquel sitio.

Antes de descorrer el cerrojo que sujetaba la puerta aplicó el oido. Como no distinguiera ruido alguno, con mucho tacto, la entreabrió. Una cortina idéntica á la que

interceptaba la vista del retrete de Isabel, se hallaba delante de ella.

Con precauciones infinitas alzó la joven una punta, y miró al salón.

¡Oh sorpresa! En éste no había nadie y casi reinaba la oscuridad. ¿Dónde recibiría Isabel á Alberto? ¿Qué era de él? Una pequeña parte del gran salón envuelto en sombras se veía únicamente por el hueco que dejara la cortina....: Apartándola un poco más, pudo distinguir la joven á Montalbán entrando en aquel retrete. También vió al criado que le conducía volver atrás, y cerrar cuidadosamente la puerta por la cual le introdujera; oyóle luego echarle llave á ésta y alejarse.

¡Cuánto aumentó su sorpresa! Y cuán dolorosa fué su angustia! ¿Qué significaba lo que veía? ¿Porqué encerraban á Alberto? Isabel debía haberlo ordenado; porque de otro modo, aquel criado, á quien María detestaba por lo servil, no lo habría hecho....

Con el alma angustiada y presa de cruel zozobra clavó la niña la mirada en la puerta de dicho retrete por donde desapareciera Alberto y la cual percibían sus ojos allá en fondo del vasto salón. El pensamiento empero, penetraba en aquella pieza cuya entrada la estaba vedada.... Allí se hallaba Alberto y también Isabel! ¿Qué se dirían? Atenta solamente á las puras pasiones del espíritu olvidó la pobre sus dolores físicos, pensando sólo en lo que ocurría.

¿Porqué tomaría Isabel tantas precauciones para hablar con Montalbán? Habría querido María acercarse donde su madre y su amado estaban juntos y ver y así.....

Mas nó. No lo haría, porque su delicada conciencia le reprochaba hasta su permanencia en aquel sitio. Debió retirarse de allí é ignorar lo que pasaba entre Isabel y Alberto, conformándose con la voluntad de la primera..

y, suspirando hondamente, abandonó la puerta, y con paso tan lento como lijero tuviera antes, encaminóse á su dormitorio.

¿Qué tendría Isabel...? ¡Cuán imcomprensibles eran sus caprichos! ¿Por qué estaba pálida y tan triste? ¿Se hallaría enferma en realidad? Cierto era que sufría. María lo había comprendido aquella mañana, y el padecer misterioso de su madre aumentaba su tristeza. Pero ¿por qué callaba Isabel? ¿Iría á decir á Alberto lo que ocultaba á los demás? ¿Querría confiar al futuro esposo de su hija algún secreto terrible ignorado de todos? Cuál sería? Quizás por ello tomaba tantas precauciones, y no conforme con encerrarse, se había empeñado en hacer salir á María hasta de sus habitaciones....

La pobre niña se deshacía en conjeturas, y tal era la dolorosa agitación de su espíritu que no podia estarse quieta. Levantóse y comenzó á darse paseos por el dormitorio. Con las penosas inquietudes de ánimo y otra vez amedrentada por su completa soledad, volvióle el malestar ya olvidado. Al sentirse más enferma, arrepintióse nuevamente de haber alejado á Beatriz.

—¿Por qué obligaría yo á Beatriz á bajar?—se dijo.—Bien no lo quería ella! Y el doctor y Andrés que no llegan! ¡Qué soledad la mía....! ¡Ay Alberto! Si yo pudiera verte! Si adivinaras que estoy tan mala y vinieras... ! Pero no lo dejará mi madre....En este momento le estará diciendo sabe Dios qué....! Dios mío, ¿porqué habré yo de ser siempre desgraciada? ¡Qué nueva fatalidad volverá á pesar sobre mí....!

—¡Me muero, me muero!—murmuró jadeante la infeliz, tratando de formular lastimeras plegarias para encomendar su alma á Dios.

Y ya iba á desfallecer, cuando sus nublados ojos se fijaron en un pomo que sobre un velador había cerca de su cama.

—¡Ah!—exclamó como iluminada por súbita inspiración, y acercóse, cogió éste y vació de él una cucharada. Con ansia febril se llevó el medicamento á los lábios y lo absorvió....

En vano tuvo la esperanza de mejorarse. Bajo la penosa y terrible influencia de una fuerte exitación nerviosa, invadía todos sus miembros un frio glacial; enturbiábasele la vista, sufria desvanecimientos y sentíase morir; y su terror llegó á tal extremo que, ofuscada, no siendo ya dueña de sí misma é impulsada por el instinto de conservación y por los sentimientos naturales, se dirigió otra vez, buscando auxilio donde su madre, al gabinete por donde había penetrado poco antes. Entró en el salón, y en ese momento percibió como un grito de Isabel. Adelantó algunos pasos; pero esta impresión le hizo recobrar al punto sus facultades y, recordando que Alberto debia de estar aún allá, se detuvo. Entonces oye distintamente:

—¡Tú y María sereis la causa de mi muerte....! Tendrás la culpa....

La espantada niña oyó á Isabel proferir estas pala-

Sus pupilas se dilataron, y de la raiz de sus cabellos brotó un sudor frío.

¡Tú y María! Su madre tuteaba á Alberto y le acusaba así como á ella de lo que sufría.... ¿Qué era, pues? ¿qué enigma se le presentaba....?

Mientras reflexionaba, iba andando, paso á paso sin hacer el menor ruido ni tropezar, lentamente, sin fijarse en donde ponía los piés ni apoyarse en nada, como una sonámbula. No parecía sino que la invisible mano del genio de la fatalidad la guiara, ó que misteriosamente la empujara hácia adelante. La desgraciada avanzaba siempre escuchando y con los ojos clavados en la cortina del retrete.... Ya distaba poco de él.... Todo lo oía y creía verlo porque su exaltada imagina-

ción se lo representaba.... ¿El secreto de Isabel? ya lo sabía, y la conducta de Alberto le estaba explicada.... y ¡tantas cosas que no podía comprender....! ¡Oh! ¿con que Alberto había amado á su madre, y sus celos del principio eran fundados? ¡Qué desencanto tan cruel! Isabel adoraba al joven, y por eso sufría; y así lo confesaba, amenazándole con matarse si él no la quería....

Y el matrimonio no podría efectuarse, ese matrimonio única salvación de María; y toda esperanza de ventura se desvanecía enteramente, y el mundo se desplomaba sobre la cabeza de la infelíz.....

¡Oh, sí! Tal era la impresión que ella sentía, tal su creencia!

Isabel hablaba de su esposo.... ¿Qué decía? Que el conde habia muerto poco ántes; que había estado loco y la había perseguido.. ...

¿De modo que la historia del conde de Guadiana, contada por el doctor, era falsa?

En el ulcerado corazón de María clavábanse estas revelaciones como agudas saetas que acabaran de destrozarlo.

¡El doctor había mentido, y Beatriz y todos! ¿En quién podía creer la desengañada niña?

Había llegado á dos pasos del retrete, y de allí veía una parte del interior de éste por un lado de la cortina algo levantada.....

La fatalidad que pareció favorecerla quiso que el espejo se distinguiera desde el sitio en que se hallaba; y que por medio de él viera á su madre y á Alberto.... La primera estaba sentada á los piés del segundo, y besándole las manos delirante.... Montalbán parecía más aturdido que disgustado.....

—¿Porqué no has de amarme?—decía Isabel.—¿Quién te amará como yo? María no sabe querer; es indiferente

y fría como su padre.... Me has despreciado porque mi vida no era pura; porque creíste que una mujer como yo no tiene alma y sólo sirve de juguete.....

Ay! Ella misma se condenaba.... confesaba su indignidad; ella, la mujer á quien María hubiera querido venerar tanto como á la condesa..... ¡qué vergüenza y qué horror!

La triste mártir se apoyó en la pared para no caer. ¿Qué había de acordarse de sus males físicos, ni de su reciente agonía, ni de lo que allí la llevara unos minutos ántes? Concentradas en lo que pasaba en el retrete, hallábanse sus facultades todas..... ¡Isabel! ¡Alberto! A estos dos seres estaba reducido para ella el mundo en aquel instante. La conciencia de su propio sér se le escapaba.....! Sus ojos desmesuradamente abiertos no se apartaban del espejo.

Pero, ¿qué ocurría en el retrete?

Alberto se levantaba, rechazaba á Isabel é iba á salir.....

La sombra del jóven apareció en la cortina é instintivamente María, temerosa, quiso huir para no ser descubierta en su aparente espionaje, y, para ocultarse, hízose á un lado, pero á los primeros pasos que dió le flaquearon las rodillas y se detuvo; con la cabeza inclinada hácia adelante y los brazos pendientes como la víctima dispuesta al sacrificio, y medio muerta ya antes de recibir el último golpe, quedó aguardando....!

Alberto no salió. Impidióselo Isabel.... y María pudo oir á ésta desatarse en acusaciones y amenazas á Montalbán, protestar y defenderse; pero luego las fuerzas le faltaron, los nervios dejaron de sostenerla, y cayó de rodillas lanzando un gemido que con trabajo salió de su pecho horrorosamente oprimido; á sus oidos llegaron como un zumbido lejano las palabras de Isabel y de Alberto. Infeliz! frio sudor bañó sus sienes y una nube espesa

le cubrió los ojos.

Sintiéndose morir, se abandonó á su suerte cruzando sobre el pecho los desfallecidos brazos. La desgraciada ya no temía la muerte, antes bién, la esperaba. Un quejido débil y lastimero fué lo único que denunció su agonía.....

De tan mortal prostración hízola salir otro grito de Isabel:

—¡Infame, cruel, mírame morir! exclamó aquella loca desesperada.

Como si la galvanizacen púsose María de rodillas y se volvió hácia el retrete. El espejo le mostró á su madre con un puñal en la mano y á Alberto disputándole esta arma. Entonces, obedeciendo á un impulso del corazón, hizo un esfuerzo para levantarse y acudir en ayuda de Montalbán á impedir el crímen de Isabel;.. pero como el terror pareciera haberle helado la sangre, sólo pudo arrastrarse hasta tocar la cortina .....

De su oprimido pecho iba ya á escaparse un suspiro de alivio, cuando nueva exclamación de su madre la heló de nuevo.

—Alberto!, serás mío, serás mio! Aunque no lo quieras has de amarme ya que no me dejaste morir! gritó Isabel.

Y enlazando con sus brazos al joven, antes de que él pudiera evitarlo, le miró con pasión desesperada y comenzó á cubrirle el rostro de frenéticos besos,

¡Alberto amante de mi madre! Alberto infiel! pensó María

Y este pensamiento y el espectáculo de la locura de Isabel fueron para ella el golpe de gracia. La infortunada cerró los ojos sintiendo un dolor atroz que parecía taladrarle el corazón, un sufrimiento espantoso que de lo profundo del alma le arrancó por fin un grito horrible. La garganta se le destrozó y de su boca abierta

principiaron á escaparse borbotones de sangre. Una convulsión nerviosa ajitó su cuerpo; un hipo le cortó la respiración... crispáronse sus manos y con la cara contra el suelo cayó, rígida ya, yerta é inanimada como un cadáver.....!

En aquel mismo instante se oyeron voces angustiodas y precipitados pasos que venían del lado del salón, de la antesala y del retrete.....

XL

Los brazos de Isabel habían enlazado á Alberto tan estrechamente que, en el primer momento, quedó este como paralizado por aquel ataque imprevisto.

El grito de María al sonar en el retrete, heló la sangre en el corazón del jóven y en el de su perseguidora.

Ese grito no tenia nada de humano: era una especie de siniestro alarido; algo como el último estertor de espantosa agonía; como el postrimer quejido de la víctima al ser degollada; cierta cosa que extremecía y hacía erizar los cabellos; lúgubre como una sentencia de muerte; fatídica como la evocación de un espectro....

Así resonó en los oídos de Isabel, quién dejó caer los brazos y se alejó un paso de Alberto quedando inmóvil después como la estátua de la estupefacción. Lo que Montalbán experimentara por su parte no tiene nombre.

Primeramente fué el extravío del terror; luego un sentimiento de dolor supremo.... Por un instante, tan corto que no puede medirse, permaneció el joven como

clavado en su sitio, sin aliento, sin razón.... En seguida salta, vuela, arranca la cortina que le estorba el paso, y sale del retrete.. . ¡No cabía duda de que del salón había partido el grito!

Una forma blanca, inmóvil y extendida sobre la alfombra, aparece á su vista.... Alberto va á abalanzarse á ella cuando siente que pone los piés sobre algo húmed. Retrocede y se baja para ver lo que es: mira al mismo tiempo aquella forma blanca.... ¡Sangre he pisado! María es la que yace con la cara contra el suelo, rígida, sin vida al parecer....!

Toca el joven á su amada, y la siente yerta; levántale la cabeza, y con dolor desesperante vé que tiene los ojos cerrados, la boca llena de sangre, y la palidez de un cadáver. Para él la duda era imposible. María había muerto y muerto asesinada por su madre! Este demonio había vencido: su obra de tinieblas estaba consumada....!

Como aterradores relámpagos cruzaron estas ideas por la mente de Alberto, y le destrozaron el alma.... Su cerebro no resiste; la locura se adueña de él. Abandónale la razón y á la vista del cuerpo inanimado de la angelical criatura á quien con ternura sin igual adorara, lanzó horrible carcajada.... Isabel, inconsciente de lo que hacía, se aproxima; Beatriz, con una luz en la mano aparece por el fondo del salón, dando voces lastimeras.... En este instante resonó el destemplado tiple del criado, y alumbró la escena la luz que salía del retrete.....

Levantóse Alberto y, sacudiendo la descompuesta cabellera, miró á su alrededor. Sus ojos se fijaron en Isabel y en seguida escápasele un prolongado rugido semejante al del leon que vé á un enemigo.

Sintiendo al mismo tiempo que algo le molestaba en el pecho, se llevó á él la convulsa mano y se desgarró la camisa buscando lo que le incomodaba.... Era

el puñal con que Isabel quería matarse.... El pobre loco saca el arma y la contempla como meditabundo; luego mirando á Isabel échase á reir.

Al oirlo, retrocede Isabel.... Alberto entonces sin vacilar levanta el brazo para herirla.... grita ésta y Beatriz y el criado que se aproximan gritan tambien.... El joven se detiene. Mirándolos á todos; vuelve contra sí el puñal exclamando con acento terrible, mezcla de locura y de desesperación.

—¡Ya me tienes.... Soy tuyo! Mírame, maldita! Maldita seas! Se clavó el puñal en el corazón y cayó hácia atrás.

Pasmosamente rápida fué esta escena. Sus diversos incidentes se sucedieron de tal modo que, cuando Beatriz y el criado llegaron al sitió en que ocurría, ya Alberto, con el rostro contraído, y los ojos cerrados, yacía en el suelo, inerte al lado de María; é Isabel, atacada de horrorosas convulsiones, se retorcía cerca de ellos sobre la alfombra, dando gritos desaforados.

Creyó la desgraciada Beataiz morir de dolor al ver ésto. La luz que traía en la mano se le cayó; y ni fuerzas para gritar tuvo siquiera. Desalentada acudió á María sobre cuyo cuerpo se arrojó, estrechándose contra ella como si con su calor, quisiera comunicarle vida.... El criado se ocupó desde luego en sujetar á Isabel.

Precipitados pasos se oyeron en la escalera; álguien corría por la antesala y penetraba en el salón.... Era Andrés seguído del doctor Romero. Ninguno preguntó lo que ocurría. Decíalo suficientemente aquel espantoso cuadro. Mudo por la sorpresa y el sentimiento acudió cada cual á atender al que más le interesaba. El doctor se lanzó sobre María; Andrés corrió hácia Alberto, quien, abandonado aún, continuaba perdiendo sangre é inmóvil.

—Doctor, ¿ha muerto?—preguntó Beatriz que no po-

día admitir que su María no viviera desde que vió al anciano médico cerca de ella; pero en el colmo de la ansiedad apesar de su esperanza.

—Aún no lo sé, contestó él, sin poder contenerse, apretando los puños con furor y lanzando una imprecación. ¡Es muy posible!.... ¡Oh! Bien me temía yo que esto sucediera al fin! Maldición!

—Pero, ayúdeme V. á sostenerle la cabeza, Beatriz. No desmaye y atiéndame bien.

Púsose el doctor á examinar á María. La infeliz aya, mientras le ayudaba, no se atrevía á respirar. Su alma toda estaba conconcentrada en la mirada fija y en el sombrío semblante del doctor.

—¡Vive!—dijo este—al cabo de unos segundos de exámen que parecieron á Beatriz una eternidad.

—¡Alberto se mueve!—exclamó Andrés—al mismo tiempo, viendo extremecerse el cuerpo de su amigo.

—Entonces es preciso ir en seguida en busca de otro médico;—contestó el doctor—Corre Andrés! Garrigas estaba ahora en casa. Le dejé para venir aquí. No debe de estar léjos.

Andrés no aguardó más. Dejó á Alberto, bajó corriendo la escalera y salió á la calle.

—Trasportemos á esta niña á su cama,—dijo el doctor á Beatriz—y luego que la acostemos, usted la auxiliará como yo le diga y yo atenderé al herido.

Después que María estuvo en su lecho corrió el anciano médico al lado de Alberto.

El jóven respiraba aunque con dificultad. Púsose el doctor á examinar la herida.

Zúñiga entró con el doctor Garrigas á quien por el camino le había explicado el caso para que se le llamaba y suplicádole la mayor reserva sobre él. En medio de su dolor, el temor del escándalo y demás consecuencias que pudiera tener la desgracia, atormentábale en extremo.

El médico, hombre de corazón y muy discreto, le tranquilizó prometiéndole favorecerle en lo posible á fin de evitar que se divulgara el lance.

Ya sólo temía Andrés las habladas del criado; así fué que luego que ambos doctores se entregaron al exámen de la herida de Alberto, acercóse él á aquel hombre que continuaba sujetando á su ama para impedirle que se maltratase, y le habló. Ofrecióle una buena recompensa si guardaba silencio acerca de lo que supiera, y además trató de atemorizarlo diciéndole que Isabel y los de la casa tendrían que habérselas con la justicia y serían castigados, si se averiguaba que había un herido allí.

El criado con su estúpida impasibilidad juró que nada había que recomendarle, que por su buena ama, todo lo haría él y que sólo deseaba servir siempre á Isabel; y volvió al cuido de ésta.

Andrés le ayudó á llevarla á su cama. La miserable no gritaba ya; empero aún se retorcía en medio de violentas convulsiones, y estaba fuera de sí.

Después que la hubieron acostado, hizo llamar Zúñiga á la camarera que reemplazaba á Magdalena para que junto con el criado la atendiesen y volvió al salón. El doctor Garrigas entró donde Isabel, le preparó un narcótico, se lo hizo tomar, y luego que la vió aletargada, recomendándola á los sirvientes, la abandonó como Andrés.

Seguía Alberto desmayado. Opinaron los dos médicos que se le podía trasportar á su casa en carruaje cómodo,—si se hallaba,—y con muchas precauciones.

Su herida no era mortal como parecía á primera vista.

El puñal, mal dirigido por el brazo agitado del pobre insensato, había penetrado cerca del corazón sin lesionar el órgano; sin embargo su estado era muy grave, y el menor descuido podía acarrear su muerte.

No había en casa de Isabel carruaje apropósito para llevarle, y debíase ir al palacio de la condesa á anunciar la desgracia, y hacer traer el coche deseado.

Esta misión le tocó á Andrés.

El pobre jóven lo hacía todo como en medio de un sueño. Para conservar la lucidés de espíritu necesaria, y la precisa enerjía, no pensaba, sino que obraba como si nada hubiera sucedido. No bien se determinaba una cosa, ejecutábala sin reflexionar. En el primer coche de alquiler que encontró saltó y en un minuto se halló en el palacio de Mantalbán; llama á Pedro, le dice dos palabras acerca de la desgracia de Alberto; hace enganchar el carruaje y sube á él el atribulado y afligido viejo. Hallábase la condesa en su casa, y no era noche de tertulia. El joven abogado le pidió audiencia, y la puso en seguida al corriente del estado de Montalbán, sin revelar la causa de él.

—María está muy grave—dijo—Tuvo un síncope, y Alberto, que se hallaba á su lado, la creyó muerta, y como un loco quiso matarse. Está herido aunque no de muerte. Los médicos creen que se salvará. Tengo que volverme para hacerle venir. El doctor Garrigas no le desamparará. Vendrá con él y pasará á su cabecera la noche. Es un médico tan hábil como discreto.

Dicho esto, partió al instante; mientras la triste condesa llamaba á voces á Blanca, y con el corazón partido de dolor, pero sin detenerse á llorar, corria á las habitaciones de su hijo para prepararlas á recibirle.

Zúñiga llegó á casa de Isabel. Acababan de sacar de ella á Alberto. Al verle entrar en el salón díjole el doctor Romero:

—El estado de la niña es fatal. ¡No hay esperanzas, Andrés, al menos para mi! Yo lo decia! Esa mujer, esa mujer debía matar á su hija! Y la han socorrido! yo la hubiera dejado morir como un perro, porque no es dig-

na de qne se le toque siquiera! Andrés! Andrés! ¡Qué le habrán hecho á María para matárnosla así? ¿Estás seguro de tu amigo?.....

Como de mi mismo: sí, doctor! Sin temor de equivocarme, me atrevo á jurar que Alberto es inocente en este caso; que, como María, es víctima de una fatalidad cruel, de una desgracia .. .

—De un crímen, dí! No disculpes á esa miserable, Andrés! porque no te lo consentiré. Nunca la pude soportar, pero lo que es ahora.....! oh! cualquier suplicio me parece poco para ella!

Dos lágrimas rodaron por el enérgico rostro del doctor; quizá las únicas que vertiera en su vida de hombre, aquel anciano, acostumbrado como médico á contemplar con semblante sereno y á combatir las miserias de la humanidad....! Extendió los puños cerrados con rabia, como si amenazara á álguien, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, agobiado un momento por terrible dolor; abrumado por el pesar que le causaba su impotencia contra la desgracia de María, contra la suerte cruel de su protegida.....!

Al ver las lágrimas del anciano no hizo Andrés el menor esfuerzo para contener las suyas. Lloró en silencio. El doctor permaneció por un rato sumido en dolorosos pensamientos.

Sacudió al fin la cabeza, y levantó la frente.

—¡Vamos, Andrés!—dijo—esforzándose por dominar su sentimiento y por afinar su voz, seamos hombres. Tratemos de serenarnos, y veamos la manera de salvar situación tan crítica. Esa infeliz descansa ahora. El peligro no es inmediato. En ese estado puede vivir aún algunos días. Mientras se halla tranquila, como Beatriz la vela, aprovechemos el tiempo para imponernos de lo que ha ocurrido aquí esta noche. No juzgamos mas que por conjeturas, y es necesario que conozcamos la verdad; re-

gistremos el salón y las piezas contiguas; preguntemos á Beatriz y al criado que aquí se hallaban, lo que sepan del caso Ayúdame en esta tarea tan delicada como desagradable. Lo requiere el interés de tu amigo, el nuestro, quizás nuestra conciencia....

Andrés y el doctor comenzaron sus pesquisas. La carta de Isabel les reveló casi todo el drama. Aquel papel estrujado les ponia de manifiesto las intenciones de la apasionada mujer, su estado de ánimo, la fatal resolución que la asistiera y la resistencia de Alberto á sus insensatos proyectos. El sombrero del joven, maltratado y como pisoteado en el suelo, dejaba comprender que entre él é Isabel había habido lucha violenta.

Beatriz declaró lo poco que sabía. La desdichada María se había alejado, quedándose oculta para no disgustar á su madre, que quería hablar con Montalbán. El aya había tenido que permanecer á pesar suyo, cerca de una hora en casa del jardinero, acompañando á la enferma hija de éste, mientras él iba á hacer preparar una receta.

Luego con un presentimiento había subido ansiosa' buscando á su niña, y no la había encontrado en sus habitaciones.

Suponiendo que se hallaría en las de Isabel, allí había acudido por la parte exterior pero todo estaba cerrado: volvió al dormitorio de María y entonces oyó aquel grito horrible. Cuando llegó cerca del retrete de Isabel, ya había tenido lugar la espantosa desgracia. Alberto caía herido maldiciendo aquella mujer, y María yacia tendida como muerta según la viera el doctor....

Beatríz no ponía un momento en duda la inocencia del novio de su niña.

El anciano médico, por suspicaz que le hiciera la experiencia, dejó de creer culpable al jóven.

Nada preguntó al criado de Isabel, por parecerle cosa inútil. Convencido quedó de que María, movida por

fatal curiosidad ó por cualquier otra causa, se había ocultado para escuchar la conversación de su madre con Alberto, suponiendo á éste tal vez infiel; que lo que oyera le habia impresionado hasta el punto de trastornar su salud y de producirle una hemoptisis, tanto más facilmente cuánto que la pobre se hallaba amenazada de ella desde sus últimos quebrantos.

—La desgracia no hubiera sucedido tal vez nunca, sin lo que ha pasado esta noche,—dijo el doctor,—pero con esto....! Y la desdichada está muy debil....! De lo contrario hubiera podido resistir y méjorar hasta cierto punto.... Pero ha sufrido tanto, sobre todo, moralmente, que no hay que esperarlo. Sus nervios no ofrecen ya resistencia; han sido demasiado combatidos; de manera que la reacción es imposible.... Lo único que se puede hacer con la desgraciada niña es aliviarle; y.... esperar el triste desenlace....

Este diagnóstico que pronunció el doctor con voz algo ahogada, á pesar de su fuerza de voluntad, arrancó á Andrés nuevas lágrimas.... No pensaba el jóven abogado disimular su dolor, ni quería que fuese atribuido á debilidad. La desgracia de sus amigos caía sobre él de un modo tan inopinado, especialmente aquel día en que tantas ilusiones acariciara, que por momentos le imposibilitaba para dominar su emoción, para contenerse, oponiéndole un rostro sereno.

¿Cómo podría hacerlo cuando el mismo doctor había llorado, y estaba próximo á llorar otra vez?

María, Alberto.... Esos dos seres amados, heridos de muerte, y de muerte desesperada....! La condesa y Blanca, desgraciados y afligidos después de haber sonreido llenos de alegría. Esto era superior, por el momento, á las fuerzas de Andrés y quebrantaba su viril entereza, arrancándole sollozos del alma!

El anciano médico volvió la cabeza para que Zúñiga

no le viera llorar de nuevo. Haciendo un violento esfuerzo serenó el semblante, y dejó el salón para entrar en el dormitorio de María.

Andrés le imitó como pudo, y penetró detrás de él cerca de la joven.

Beatriz les aguardaba ansiosa. María había suspirado, y acababa de hacer un lijero movímiento como si despertara. Luego había vuelto á su inmovilidad. El doctor acudió y comenzó á prodigarla tales cuidados que al cabo de un cuarto de hora, la hizo abrir los ojos. Pálida y con la expresión de la muerte en el semblante, aparecía la infeliz niña, extendida en su lecho virginal entre sus sábanas de encajes y sus blancas almohadas, como un lirio que, tronchado por cruel tempestad, yaciera entre la nieve. Aquel espectáculo partia el alma al doctor y á Andrés.

La sensibilidad de Beatriz parecía embotada por exceso de dolor. La pobre miraba á los presentes sin llorar, pero con una opresión de horrorosa angustia en el corazón.

María paseó lentamente sus miradas á su alrededor como inconsciente de su estado: luego cerró los ojos por un momento y volvió á abrirlos para mirar asombrada á Beatriz, á Andrés, al doctor. Bajó la vista y la fijó en sus sábanas; y como preguntándose porqué la tenían envuelta en ellas.

Quiso incorporarse en la cama.... Todos la rodearon con precipitación.

—Mariíta, hija de mi alma! exclamó Beatriz, ayudándola.

—Hijita mía, dijo el doctor.

Andrés que apenas podía hablar, mirábala con anheloso interés.

La jóven los contempló á todos durante un instante, llevándose luego la mano al pecho.... Su rostro se contrajo.... El dolor que en el corazón sintió devolvióle la memoria.... Un gemido prolongado probó á sus

amigos que ya recordaba.... María cerró los ojos, é inerte, se dejó caer sobre las almohadas.

—¡Vivo, vivo aún! Ay! si!—murmuó en un quejido que parecía salir de sus entrañas.

Andrés y el doctor se miraron desesperados. El primero salió del dormitorio para no estallar. Beatriz prorrumpió en sollozos. El llanto la ahogaba!

XLI.

¡Tres dias iban ya transcurridos de mortal angustia!

¡Tres dias que María luchaba con la muerte; que Alberto, presa de horrorosa fiebre y del mas intenso delirio, se encontraba al borde del sepulcro; que el doctor Romero y Andrés no dormían, combatiendo sin tregua la agonía de la una y la locura que tan en peligro ponía la vida del otro! Y todo en vano!

Moríase María lentamente, y Alberto continuaba fuera de sí.... y el anciano médico y el joven abogado, aunque en apariencia infatigables y serenos, comenzaban á sentir cansancio y el dolor los rendía!

Habían luchado tanto! Sin cesar atendían á María y á Alberto, pasando de la casa de Isabel á la de Montalbán, relevándose cerca de los dos enfermos, alternando en los cuidados que ambos les prodigaban.

Sin embargo, el fallo del doctor se cumplía, apesar de sus esfuerzos: María agonizaba....!

Alberto no ofrecia aún alguna esperanza de salvación, sino merced á su robustez y á su buena salud anterior.

A más de su herida, (de suyo bastante grave) era te-

rrible la excitación cerebral que sufría el jóven, y tanto el doctor Romero como Garrigas, (quien desde la noche de la catástrofe permaneció asímismo á su lado y le asistía con exquisito celo) temían que, aun logrando salvarle la vida, podia peligrar su razón. El desgraciado no reconocía á nadie y de contínuo deliraba; con trabajo se conseguía sujetarle en la cama, de donde intentaba arrojarse á cada rato, buscando siempre la manera de hacerse daño; tenía accesos de furia verdadera, durante los cuales se arrancaba las vendas de la herida, y quería rasgarse las ropas y las carnes y destrozarlo todo á su alrededor con dientes y uñas; y momentos de completa postración.

La condesa y Blanca no vivian viéndole de este modo. Conocían los temores de los médicos, y, por miedo de hacerle daño, apenas se atrevían á respirar cerca de él. ¡Qué angustias sufrían!

Como había habido que alejar á los criados de la casa, para evitar el que se enterasen de que estaba herido, luchaban ellas solas con él, ayudadas de Pedro, del doctor Garrigas y del doctor Romero y de Andrés (en los momentos que éstos les dedicaban); y atendiendo á cuánto necesitara, sin descansar un instante ni durante el día ni en la noche. Y gracias á esto, el público ignoraba la desgracia acaecida. Habíase dicho á los primeros que Alberto tenía una fiebre perniciosa, que el mal era contagioso, y que los médicos no querian que nadie le viese; y ellos, que lo creyeron, lo habían divulgado de una manera que hasta los parientes y amigos se abstenían de ir á ver al enfermo, contentándose con preguntar por él.

Y Doña Luisa y su hija vivían aisladas. Apenas podían convencerse de lo que les pasaba.... Aquella desgracia tan horrible en víspera de la mas pura felicidad, les parecía increible. Alberto loco, moribundo, y María.... ¿no había muerto ya? ignorábanlo. Desde la noche que le llevaran al primero herido y desmayado,

no tenían noticias de la segunda, porque el doctor Romero y Andrés guardaban acerca de ella el mas absoluto silencio, dejándolas en la incertidumbre mas cruel; y ellas no se atrevian á preguntar nada, á informarse de lo que había sucedido. Suponían que aun existiera María por las repetidas y prolongadas ausencias de Zúñiga, (quien no hubiera abandonado un solo instante á Alberto, de no hallarse asístiendo á la jóven); pero no podían pensar que se hallara mejor, porque en este caso Andrés hubiera hablado.... María agonizaba, sin duda, y ellas no podían ir á verla, ni acompañarla en su agonía, para darle esta última prueba del profundo afecto que le profesaban....! y ni siquiera podían informarse de su estado!

¿Qué habría pasado en casa de Isabel?

Alberto, en su espantoso delirio no cesaba de exclamar.

—¡Esa maldita.... la ha matado! Muerta.... está muerta! ¡y el demonio vive! Muera también, y yo y todos!.... Maldición!.... ¡Esa maldita ha vencido! ¡El infierno... para ella! ¿y ese ángel... ? ¡me llama....! Maldita sea.... esa mujer!

La condesa y Blanca lo oían, heladas por el terror, y la sospecha del drama de que fueran víctimas Alberto y María, acudía á su espíritu. Adivinaban la culpabilidad de Isabel en las desgracias ocurridas; y, con el alma destrozada, pensaban en la desventurada niña, en esa mártir inocente de una fatalidad que en vano se había querido evitar, en esa criatura tan tierna, tan noble y tan amada á quien debían la felicidad tan pura de que gozaran durante aquellos últimos meses... ! ¡Cuánto hubieran querido llorarla! Pero ni siquiera tiempo tenían para ello. Ni tampoco libertad. Los médicos les exigían que mostraran á Alberto un semblante sereno; que cerca de él ni siquiera se suspirase; y ellas, temerosas de aumentar en lo mas mínimo la exitación cerebral del joven, y ma-

tarle ó privarle del juicio, haciendo un esfuerzo sobrehumano, imponían silencio á su sentimiento, valla á sus lágrimas, y, con el corazón manando sangre, aparentaban serenidad.

XLII.

La agonía de María era lenta y dolorosa. Desde la fatal noche en que cayera herida por la locura de su madre, permaneció extendida en su lecho, sin moverse apenas, mas que cuando la tos la molestaba ó las necesidades de su estado lo exigían. Con los ojos cerrados, sorda á las frases de ternura que le dirigían sus afectuosos amigos, á las súplicas de su triste aya; insensible al parecer, á cuanto la rodeaba.

Aquella tos bronca y profunda, seguida de esputos sanguinolentos resistía á todos los calmantes con que la combatía el doctor Romero, lo mismo que la fiebre interior que consumía las escasísimas fuerzas de la jóven, ahondaba de momento en momento sus ojeras, y hacía su palidez de día en día mas cadavérica.

Cada noche creían sus incansables y afligidos amigos que no llegaría á la siguiente mañana, á pesar de los desesperados esfuerzos que hacían para arrebatarla á la muerte, para mejorarla siquiera!....

María se moría infaliblemente, pero de un modo tan lento y penoso! El doctor Romero, tan derecho y tan robusto, apesar de su edad, se había encorvado un tanto y enflaquecido en aquellos tres días de lucha tremenda, durante los cuales, hora por hora, había él pedido á la ciencia un imposible que ella le negaba....! Sí, porque

un imposible era ya volver á la vida á aquella criatura tan débil y delicada, herida en lo mas íntimo del alma!

¡Para ella no había en el mundo remedio alguno! ¿Quién no lo comprendía al ver el desprendimiento absoluto con que se entregaba á la muerte, y el dolor infinito pintado en su demacrado rostro? El anjel dolorido lastimado por las miserias de la tierra plegaba sus blancas alas, y se disponía á refugiarse en el cielo, como en la única mansión digna de él....!

Y el doctor lo comprendía mejor que nadie, pero no podía resignarse; y, aunque desesperado y casi anonadado por el convencimiento íntimo de su completa impotencia contra el mal que se la arrebataba, luchó por salvarla con empeño tan tenaz como egoista. ¡Pobre anciano! En María, aquella criatura tan dulce como desventurada, que era para él como la hija de su alma, había concentrado toda la ternura de su corazón, en ella había fundado las esperanzas de su ancianidad; la niña le amaba como á un padre y con su cariño debía hacerle feliz en sus últimos años, á él que solo y sin afectos de familia viviera siempre entregado únicamente al bien de la humanidad....!

Por eso la disputaba á la implacable muerte que se la llevaba, y quería combatir hasta el fin con tanto mas empeño cuanto que la infeliz en aquella lucha se le había hecho más cara de lo que antes lo fuera.

Sí, amábala él más desde que estaba enferma, y en aquellos momentos en que la veía condenada sin apelación, inmóvil y como muerta anticipadamente, siempre que la enfermedad le dejaba alguna tregua, sentía hácia ella un afecto profundo y entrañable, inmenso, mayor mil veces de lo que nunca imaginara.

Y apesar de eso ella se moría....! Y tan martirizada como había vivido! Moríase silenciosa, muda, sin proferir una queja, sin manifestar un deseo.

Isabel se hallaba á su lado, sin abandonarla un ins-

tante ni perderla de vista. ¡Isabel, su indigna y odiosa madre....! Y ella, por no verla cerraba los ojos; por no oirla, no quería hablar, é insensible se mostraba á cuanto la rodeaba; así á las pruebas de ternura infinita del doctor y de Andrés como al profundo dolor de Beatriz....!

Aquella mujer apenas vuelta del letargo en que la sumiera el narcótico administrado por el doctor Garrigas, había abandonado sus habitaciones, para dirigirse con la rijidez é inpasibilidad de una estatua, á las de su hija al lado de la cual se había instalado aprovechando una ausencia momentánea del doctor Romero. Con terrible indignación, al encontrarla allí, había el doctor protestado y obligarla á salir, pero ella aferrándose del querido iecho de María, se había resistido, y había sido preciso dejarla, por no hacer más daño á la infeliz enferma. Luego, tanto el doctor como Andrés y Beatriz habían vuelto á luchar para alejarla, pero inútilmente, como la vez primera. Indiferente á las amenazas del anciano, á la frialdad de Andrés, á las serias observaciones de Beatríz y hasta á las lágrimas de Margarita, quien sufría viendo que su madre no le hacía caso, había permanecido cerca de María, arrostrándolo todo con increible tenacidad, desprecios y súplicas, durezas y consejos, hasta que los demás se cansaron no pudiendo vencerla.

De pié ó de rodillas delante del lecho de su hija había pasado los días y las noches sin separar los ojos del rostro de ella, esperando una mirada de ésta, un signo cualquiera, algo que le revelara un sentimiento.... y nada había obtenido.

María continuaba sin decir una palabra, sin fijarse en nadie ni expresar un deseo, en apariencia helada como si ya hubiera dejado de existir, aunque torturada interiormente por la presencia de Isabel. ¿Qué hacía ésta á su lado? ¿Por qué la martirizaba aún? ¿No estaba satisfecha con lo que la había hecho sufrir durante toda su vi-

da y quería perseguirla hasta el último momento? ¿Desearía gozarse en su agonía? ¿Ya qué mas esperaba? Qué pretendía? Qué? Nada menos que ella la perdonara....! Sí. Isabel no aspiraba ya en el mundo á otra cosa....! El grito horrible de María y la horrorosa maldición de Alberto, habían conmovido á un tiempo mismo y de un modo terrible su corazón y su conciencia, y entonces á sus ojos el crímen que cometiera se le había presentado con los colores mas espantosos, y el remordimiento la había hecho estremecer.... Había visto claramente á la luz de su razón, súbitamente adquirida, que acababa de herir de muerte á aquella criatura inocente, salida de sus entrañas, á aquella triste víctima de su desamor y de sus locuras, de quién siempre fuera cruel verdugo....! Y lo comprendía sin poder ya remediarlo. Lo que había sido, podía acáso dejar de ser....? Y tambien reconocía que había asesinado á Alberto, desesperándolo hasta inducirle al suicidio....! ¡Oh! crímenes horrorosos! Qué lágrimas podían lavarlos? ¿Bastaría toda la sangre de Isabel, en expiación de sus culpas, para redimirla? Pero sí, ella hubiera querido á toda costa volver atrás lo pasado, volver la vida á María y resucitar á Alberto, á quién suponía muerto y no herido.... ¡Desventurada!

¡Qué remordimiento atroz, incomparable, se había apoderado de ella! En su conciencia atormentada se levantaban ya dos espectros; el de su esposo, víctima suya también, y que le pedía cuenta de María, y el de Alberto que por ella muriera maldiciendo, y que del otro mundo la maldecía aún....! ¡Aquello era espantoso! ¿Cómo podía soportarlo? ¡Oh! María vivía todavía y podría perdonar.... Sí, porque ella haría todo hasta obtener la absolución de su hija, arrostrando todas las humillaciones hasta conseguirla; y luego que lo obtuviera, moriría arrepentida, moriría lejos del mundo: el dolor y los remordi-

mientos la matarían.... Tres días hacía que, sin comer ni dormir, velaba ante el lecho de la moribunda, tres días que insensible á toda necesidad material se mantenía allí sin verter una lágrima, sin hablar, y atenta con toda el alma á su idea fija: el perdón de su hija....!

¿Porqué milagro se sostenía? Ni el doctor, que al verla tan pálida como á María, contaba con su debilidad para vencercerla, ni Andrés á quién la penitencia que ella se imponía conmoviese, podían explicárselo. Maravillados estaban todos de tanta resistencia. .. y eso que ninguno comprendía cuál fuera el tormento de la mísera mujer, cuáles las ánsias que ella sufriera; qué suplicio sin igual soportaba! La infortunada comprendía que María cerraba obstinadamente los ojos por no encontrarse con su mirada, y supo que María agonizaba con el alma llena de infinito rencor.... de rencor contra la misma que le diera el ser....! ¡Ay! y esto era espantoso! Quién tenía la culpa de que aquel ánjel que para todos tuviera amor, muriera aborreciendo á su propia madre? ¿No era la infame su cruel victimario? Isabel se lo repetía á cada instante y más se humillaba. El tercer día empezaron sus fuerzas á agotarse. María iba á expirar sin haber proferido una palabra; decíalo su semblante, que se descomponía visiblemente.... ¿qué sería de Isabel?

Había esperado la desventurada que un sacerdote, llevado por Beatriz á visitar á la moribunda, lograría hacer hablar á ésta. Dicho sacerdote, cura párroco de la iglesia de Santo Domingo, donde oyera María la misa con frecuencia, era un anciano respetable, cuya dulce palabra conmovía persuadiendo. Isabel vió frustrada esta última esperanza. Su desgraciada hija, acometida de una tos terrible, no habló nada y el buen cura, llenado que hubo su deber, se retiró dejándola pendiente de los ojos y de los labios de la enferma .....

Serían ya como las seis de la tarde.

Terminaba el mes de Agosto, y aún á esa hora era sofocante el calor. Después de un día nublado, la tarde estaba clara. En la pieza en que moría la desventurada novia de Alberto, penetraban apenas algunos rayos de luz.

Allí Beatriz, rendida de cansancio y viendo tranquila á la enferma, se había dejado caer en una butaca donde la sorprendiera un lijero sopor. El doctor y Andrés se hallaban momentáneamente ausentes: el primero en la misma casa; el segundo en la de Alberto, alternando, como siempre, en sus cuidados, entre ambos enfermos.

Isabel velaba.... Dormitaba María penosamente. Un rato hacía que estaba así, cuando un sollozo de su madre la hizo abrir los ojos sobresaltada ymirar á su al rededor. Isabel entonces se postró delante de ella, y con voz imposible de describir, al ver que huía su mirada exclamó delirante, desesperada:

—¡María, perdón....!

Y dos lágrimas ardientes como jamás se habian vertido, rodaron por sus mejillas y cayeron sobre la enflaquecida mano de María, que reposaba al borde del lecho.

La jóven palideció horrorosamente, y volvió á cerrar los ojos con precipitación.

—María! María! continuó Isabel, loca de dolor ante el persistente silencio de su hija; perdóname, por el Dios de los cielos! Mírame, abre esos ojos y no me maldigas! Mírame, y dime que no aborreces á esta miserable que tanto mal te ha hecho, que ha causado tu desgracia! Abre los ojos, ¡vive hija mia, y muera yo, infame de mí, que te sacrifiqué, que tanto daño te hice siempre! María, escúchame! No te hagas sorda! Es imposible que no me oigas! Tú que eres un ángel, sé clemente, sé buena para que Dios me perdone, y yo moriré ben liciéndote, para que tu vivas feliz! Tú no puedes morir, María! Oh! nó: yo no quiero que mueras! Vive! Oye....! Dios mío! me vuelvo loca! Oh! mi-

serable de mí! María, piedad! Déjame morir por tí! Toda mi sangre la diera por salvarte! Me escuchas? Tus ojos se entreabren.... Vas á mirarme? ¡Angel mío, perdón, perdón!

Mientras hablaba, golpeábase la cabeza contra el lecho y delirante besaba las manos de su hija, con verdadero frenesí. La desesperación con que lloraba era inmensa. Tenía la desventurada la voz ronca y su acento tan desgarrador que partía el alma. No hay palabras para pintar lo terrible de su conmoción, lo infinito del dolor que en su actitud revelaba....

María al oírla se había estremecido, y en el primer momento manifestó en el semblante un espanto y un disgusto indecibles; luego fué serenándose por grados hasta que al cabo se transfiguró. De sus entreabiertos labios dejó escapar un suspiro prolongado, profundísimo, como el que sale de un pecho que oprimido largo tiempo por un peso horrible se siente desembarazado repentinamente de él, y abrió lentamente los ojos. Su mirada se fijó en Isabel, sin esfuerzo, llena de tierna compasión, de angelical bondad, con algo de celestial candor....

—Aire! luz....! murmuró primero, moviendo á un lado y otro la cabeza como quien quiere ver claro, y con voz menos débil de lo que podía esperarse de su estado.

Beatriz, á quien habían despertado las palabras y los sollozos de Isabel, corrió hácia una ventana y la abrió.... Por allí entraron algunos rayos del sol de la tarde. Uno de estos muy ténue, iluminó la cabeza de María.

¡Qué cambio había habido en la joven en el espacio de algunos minutos! En un momento habían desaparecido de ella las huellas de la enfermedad; sus mejillas y sus labios estaban coloreados de suavísimo encarnado; sus ojos brillaban dulcemente, y sus cabellos de oro resplandecían ligeramente con el rayo de luz que se reflejara en ellos.

Al verla tan bella, Isabel y Beatriz ahogaron un grito. La belleza de la jóven no parecía humana, tenía algo de ultra-terrestre, de divino.

María miró su á madre largo rato, como si por primera vez la considerara como tal, y luego á su aya querida. Hizo un esfuerzo por incorporarse y no lo pudo; entonces tomó una mano á Beatriz y otra á Isabel, y entre las suyas las unió. De sus labios salió esta frase en un suspiro:

—Yo per....dono, sí!

Luego estas palabras mas distintas y entrecortadas:

—Beatriz..... quiérela....como á mí..... el doctor.... Andrés.... mis amigos.... adios!

Su voz se extinguió.... Hizo aún algunos movimientos como si se acomodara para dormir. Con mucha suavidad colocó la cabeza en la almohada, cerró los ojos y quedó inmóvil....

Isabel y Beatriz engañadas por el aspecto de su semblante, y esperando mas bien una resurrección, no comprendieron al pronto lo que significaba aquello. Empero en seguida viendo la inmovilidad de la jóven y sintiendo el frio de sus manos, se arrojaron sobre ella, la movieron, llamáronla con los nombres mas tiernos: inútilmente!.... La pura alma de María había volado al cielo en aquel impulso de caridad y de perdón. Abandonaba la tierra cumpliendo su misión de angelical bondad....!

¡Muerta! exclamó Isabel. Muerta y por mí! Infame y maldita soy! ¡muerta....!

La infeliz no pudo resistir mas: no resistió. Aquel golpe era horrible. Ahogada, alzó la cabeza al cielo con movimientos desordenados como pidiendo auxilio, y luego cayó inanimada en los brazos de Andrés, quien, á los gritos, acudió ansioso, desolado, previendo el fatal desenlace.

A Beatriz que asímismo se desmayaba, la socorrió el

doctor entrando también en aquel momento anhelante y angustioso .....
.....
.....

XLIII.

Tres días después penetraba Zúñiga en el palacio de Montalbán, y en lugar de dirigirse á las habitaciones de Alberto, como lo acostumbrara desde la enfermedad del joven, hacíase introducir en el gabinete de la condesa y pedía á ésta inmediata audiencia.

La pobre madre se hallaba al lado de su hijo. Tres días hacía que no veía á Andrés y con esto la angustia espantosa que la oprimiera el alma había aumentado. Un cruel presentimiento le decía que uno de los seres mas amados de su corazón no existía ya y que ese era el motivo de la ausencia del joven abogado Así, ¡con qué terrible sobresalto recibió el recado que le llevó Pedro, y con qué ansiedad tan dolorosa penetró en su gabinete! Al ver á Andrés todo vestido de negro y con la más profunda alteración pintada en el semblante, no pudo siquiera saludarle, sino que del fondo del alma le salió esta exclamación:

—¡María!....

La pobre señora no dijo nada más. Acometida de mortal congoja, en el primer asiento que encontró á su alcance cayó sentada.

Andrés había bajado la cabeza, mudo también por la emoción dolorosísima que sentía, pero al ver á la condesa

como desmayada, acudió á ella asustado, y le tomó las manos.

—¡Señora, dijo, por Dios, repóngase V.!.... Y con la vista buscó algo con qué hacerle aire, y qué darle á aspirar, porque le parecció afixiada.

La pobre señora, gracias á sus auxilios se recobró un tanto, y ya vuelta en sí dejó escapar un grito y prorrumpió en sollozos.

Andrés se sentó cerca de ella é intentó consolarla, pero no podía articular una palabra.

—¡Andrés. Andrés! exclamó Doña Luísa, llorando como desesperada, creo que voy á morir! ¡Cuánto sufro!

Desgraciada! Seis días hacía que el dolor la ahogaba, que la ansiedad le quitaba el aliento y que, sin embargo de esto, tenía que disimular que aparentar tranquilidad por no agravar el estado de Alberto....! Pero ya no podía más: el suplicio que había sufrido era intolerable, superior á toda humana fuerza; así, como Alberto estaba lejos y no podía oirla, lloraba sin reprimir más su sentimiento, sin poner freno á su pesar, y sus lágrimas corrían como lluvia abundante de verano, sobre las manos de Andrés, las cueles apretaba entre las suyas con fuerza convulsiva.

El pobre Zúñiga tan conmovido como ella, é igualmente abatido, lloraba tambien sin encontrar una frase con que calmar aquel dolor inmenso.

—María! María! éxclamó al fin la desgraciada madre que no separaba un instante de su mente el recuerdo de la joven.—¡Andrés....!

Adivinando la pregunta que encerraba esta exclamación, bajó Andrés de nuevo la cabeza y no contestó.

—¡Ay! gritó la infeliz señora. Ha muerto! ¿no es verdad?

Y viendo que el joven no protestaba se levantó como loca y volvió á gritar:

—María, María!

En el corazón de la pobre madre acababa de desvanecerse el último resto de esa esperanza tenaz, ciega é instintiva que hasta el prostrer instante conserva el desgraciado; de ese sentimiento tan poderoso como inexplicable que induce al hombre á contar con los milagros cuando toda confianza en lo material le abandona.

La desventurada doña Luisa la había conservado, apesar de que hacía ya casi una semana que hora por hora aguardaba la noticia del término fatal de los sufrimientos de aquella á quien amaba como á hija.—El silencio de Andrés se la hacía perder.

—Ha muerto María! continuó la desgraciada llevándose las manos á la cabeza como si se sintiera aturdida.

—Ha muerto, Andrés, y yo no lo sabía, aunque bien me lo decía el corazón! Dios mío! ¿qué te he hecho para que me castigues así? ¿Porqué me hieres tanto? no puedo soportar este dolor. ¡María muerta, Alberto loco y moribundo....! ¡Es demasiado para mí! No lo resisto.... Oh, nó! yo tambien moriré.

Doña Luisa se dejó caer otra vez desplomada en un sillón.

Andrés, inquieto, tuvo que sobreponerse á su propia emoción para arrodillarse casi delante de ella y tratar de darle ánimo. Con voz tierna y suplicante le dijo estrechándole las manos:

—Más valor, señora, por Dios! ¿Olvida V. á su hija? ¿Olvida á Blanca?.... Haga V. un esfuerzo por ella....!

—No puedo, mi razón se turba....

—Señora, por piedad....! Piense V. en Dios.... Es V. cristiana y tan piadosa! El le dará la resistencia necesaria....

Si es que hasta mi fé vacila, Andrés! Dios mío, perdón! Oh! Es que no sé.... me es imposible creer y

resignarme.... que María haya Muerto, y asesinada, sí, asesinada por su madre ...! Ese mónstruo á quien llegué á compadecer.....! Alberto en su delirio lo ha dicho todo. ¡Desgraciado hijo mío!

—Señora, es preciso compadecer á los culpables.... son á veces mas dignos de lástima que los que tienen tranquila la conciencia....

—Andrés, compadecer ...? No es posible compadecer: tener caridad y perdonar sí. O! eso es superior á las humanas fuerzas. Tratándose de quien nos ha hecho desgraciados cuando tan felices éramos; de quien desesperó á su hija y la mató.... María! ay! Cuándo murió, Andrés ? Dígamelo todo. ¡Destróceme de una vez el alma!.... Ayer? hoy?

—Hace tres días....

—Tres días! ¡Y lejos de nosotros, como una mártir.. y llena de desesperación....

—Señora, como un ánjel..... tranquila y sonriendo....!

—Imposible, Andrés ...!

—Ah! si V. la hubiera visto, no parecía que las alas de la muerte la huvieran tocado, que sus sombras la envolvían.... Cuán bella estaba! ¡que plácido tenía el rostro! Habría podido creerse que dormía. Esa niña es feliz: murió bendiciendo y está en el cielo. Lo prueba la expresión de inefable bondad que conservó después de muerta. En el cielo ruega á Dios por V., por Alberto, por el doctor y por todos. Créalo V., señora! Y ruega á Dios por su madre que tan culpable fué.....

—¡Oh, Andrés! ¿Vuelve usted á nombrarla?

—¡Ay señora! Desgraciada mujer: su estado parte el alma!....

—Después de tantos crímenes.... Un ser tan desnaturalizado, que es insensible al mal que ha hecho.... Así debe ser....

—Insensible?

—La que se conduce como ella, ha de serlo. Ni es mujer, ni tiene nombre....! Una madre tan cruel? Preciso es que carezca de entrañas....! El amor maternal es incomparable, Andrés: no tiene igual en el mundo; y por eso yo no compadezco á quien martirizó á su hija y le quitó la vida, porque soy madre y se lo que siento! V. puede perdonar y resignarse: yo nó!

—Señora, es que V. no ha visto á esa desgraciada. Su dolor es imponderable. El de V. por grande que sea no puede serle comparado.... María lo comprendió y perdonó.... ella que tan torturada fué.... El doctor, tan severo, tan terrible lo ha visto y perdonado.... Yo....! ¿Y quién nó? ¿Quién que tenga corozón puede guardar implacable rencor á una pobre, cuyo amor á su hija muerta conmovería á una fiera?

—Andrés, amor á su hija?

—Muerta, sí!

—Después que la hizo morir ...?

—Ay señora! eso hace su desesperación: créalo V.! No hay pesar comparable al de la madre que causó la desgracia de su hija y que reconoce sus faltas demasiado tarde; con el de aquella que al ver cadáver al ser que llevó en sus entrañas siente despertar su amor por él, y no puede manifestárselo. ¡Que horrorosos son los remordimientos! V. lo ignora y se imagina que el dolor que experimenta es el mayor de todos, como si la tranquilidad de la conciencia no fuera poderoso lenitivo contrapeso al sufrimiento. ¡Es tan bueno saber que no se ha merecido el infortunio! Preguntarse, como se lo preguntaba V., porqué castiga Dios....! Para el que padece es consuelo tan grande la seguridad de no haberse atraido las penas que le sobrevienen! Ay señora! La infeliz cuyo espíritu está turbado por el recuerdo del mal que hizo es

mas digna de la compasión del justo, que el que no ha delinquido, desde el momento que sufre y se arrepiente! ¡Cuán miserable es Isabel! Su estado me ha hecho derramar mas lágrimas que la muerte de María. ¡Qué cuadro aquel! Desde que murió María, Isabel la llama sin cesar. Corre por toda la casa buscándola y dándole los nombres mas tiernos, como si ella pudiera responder, y luego que vé que no contesta, quédase un rato con el oido atento y parece recordar.... Se extremece, mésase los cabellos y quiere desgarrarse el cuerpo si á tiempo no la sujetan. Su voces y sus gritos, aún ahora que estoy lejos de ella, resuenan en mis oidos como si me persiguiesen. Me han dejado tal impresión....! La desgraciada se acusa, se maldice, pide perdón á todo el mundo, se arrastra y se estropea é fuerza de humillarse. No descansa un instante. Atada hubo que tenerla para sacar de la casa el cadáver de su hija, sobre el cual se arrojaba para impedirlo. Tan ronca está que ya son alaridos los que salen de su garganta El doctor Romero crée casi incurable su locura. Opina como Garrigas que no se la puede dejar donde está. Es preciso llevársela lejos, á un sitio donde nada le recuerde á María. Beatriz se irá con ella: así lo quiere la anciana por recomendación de su amada niña moribunda. Lo pide como el único consuelo. ¡Santa mujer!.... Y Margarita queda abandonada. Esa niña, señora, es otro ángel. Es la viva imágen de su hermana. Parecíanos al doctor y á mí ver á María cuando era de su edad. ¿Que será de ella tan sensible, tan amante, mimada como lo ha sido por su madre? ¡Hállase en un estado tan delicado! Necesita los mas afectuosos cuidados de una mujer para olvidar en lo posible el cariño de Isabel que va á faltarle. Hace tres días que no come ni duerme. Llora con un desconsuelo tal que conmovería á las fieras. La muerte de su hermana la ha impresionado demasiado. Los médicos temen que las sa-

cudidas morales que ha sufrido influyan fatalmente en su tierna organización; que haga una grave enfermedad ó se idiotice, y esto sucederá inevitablemente si no se la aleja de su madre, ni se la saca de la casa para llevarla donde se le puedan prodigar los tiernos cuidados que requiere su situación. A cada instante la atacan terribles convulsiones nerviosas. Un temblor y una expresión que alarman á los médicos! El doctor quisiera tenerla consigo, pero vive solo,y lo mismo me pasa á mí! El y yo nos hemos propuesto cuidar de la pobre desamparada, dedicarle siquiera una parte del cariño que tuvimos á María. Eso nos distraerá: pensaremos que no hemos perdido eternamente á aquel ángel; y como Margarita se parece tanto á su hermana, nos imaginaremos que vuelve á la tierra! Desde el cielo nos bendecirá ella por el bien que hacemos, y poco á poco nos enviará el consuelo por medio de la niña.

Andrés se paseaba mientras hablaba así, y de rato en rato se enjugaba los ojos.

La condesa le escuchaba llorando, pero mas conforme y menos exaltada. Bajaba la cabeza como si estuviera confusa, considerando ínfimo su dolor respecto de aquel de que le hablaba Andrés.

Este quedó silencioso esperando que hablara doña Luisa.

Una muestra de conmiseración, un arranque de su alma generosa era lo que aguardaba de ella. Pero la combatida señora permaneció con la cara cubierta con el pañuelo para ocultar las lágrimas que aún vertía.

Largo rato estuvieron así; él paseando, ansioso, y ella sin mirarle ni hablarle, entregada á sus dolorosas reflexiones. Al cabo se detuvo Andrés delante de la condesa diciéndole, con cierta reserva y algo vacilante:

—Señora, me permitirá V. retirarme; deseo ir á visitar á Alberto. Se me hace tarde, y tengo que volver al lado de esos desgraciados que á nadie tienen más que al

doctor y á mí. Sé que mi amigo no ha empeorado y además le sobran cuidados solícitos y afectuosos .Esta noche ó mañana me tendrá V. por aquí, cuando hayamos resuelto lo que se deba hacer con Isabel y su hija. Entónces tendré la cabeza mas despejada, el ánimo mas tranquilo y le prometo no abandonar á Alberto.

Al oir al joven, la condesa se conmovió.

—Andrés, y esa niña.... preguntó tímidamente, separando de sus ojos el pañuelo y mirándole, á dónde irá?.... qué será de ella?

—No lo sé, señora. En todo caso el doctor y yo no la abandonaremos. La pobre huérfana será nuestra pupila desde hoy....

—Pero no pueden Vds. hacer por ella todo lo que necesita....

—La querremos y trataremos de aliviarla, de consolarla.....

—Sin embargo....

—No depende de nosotros darle otra madre. Se la buscaremos mas tarde. Por ahora uno de los dos se la llevará á su casa.... con su aya, una mercenaria.... pero aunque sea así....

—No tiene parientes? No se sabe....?

—No tiene á nadie, ni se la entregaremos á un extraño que no la conozca. En estos días esa criatura ha conquistado el cariño de cuantos la han visto; sus sentimientos nos han sorprendido: á todos nos ha revelado un corazón ternísimo. En ella hay un tesoro; y ni el doctor ni yo queremos perderlo. Creeríamos además faltar á la memoria de María, abandonando á su hermana. Margarita será nuestra hija.... Por ella....

—Oh, Andrés! Las palabras de V. me parece que encierran un reproche.... Pensará V. que soy poco noble, rencorosa, quizás insensible.

—No señora. Qué puede V. hacer?

—Tal vez esperó V. más generosidad de parte mía.

- No le niego que en mi deseo de socorrer á esa niña, en mi ansia por ampararla pensé en V. para ayudarme en la tarea; pero reconozco que pretendía imposible..... Un sacrificio y una abnegación sobrehumanos....! V. no puede: quizás no debe....!

—Andrés, me aflije V. y me tortura! Ha despertado V. en mí una gran compasión; pero considere.... Alberto está por medio.... ¿qué podría yo hacer por esa niña sin traerla aquí? Y ya vé V. que el estado de mi hijo me lo impide: no me es posible pensar más que en él, ocuparme más que en cuidarle....

—Dios le premiará su buena acción devolviéndole la salud á Alberto, ó en caso que éste no se curare, distrayéndole.

—No me lo exija V. Andrés! Si mi hijo se salva, la presencia de esa niña será un peligro para él; la recordará.... lo que queremos que olvide.... No, Andrés! Imposible!

—No insisto, señora, y me voy. Volveré en cuanto tenga un momento libre. Disimule V. y permita que la deje.

Andrés había tomado su sombrero y se inclinaba delante de la condesa cuando tocaron á la puerta. Era Pedro que acudía.

—Señora, dijo á doña Luisa, no bien fué recibido, la señorita la envía á decir que vaya cuanto antes, porque mi señorito ha despertado y llama á la señora condesa.

—Alberto? Dios mío! ¿Está más malo mi hijo?

—No señora, por el contrario, parece con todo su juicio, aunque muy débil, y ha preguntado porqué era que no veía á la señora. Entónces la niña Blanca me ha enviado....

—Oh Andrés! Le dejo á V.... Voy corriendo!

Pedro, dile á Blanca que en seguida estaré allá.

Pedro volvió precipitado.

..Mi buen amigo, dijo doña Luisa al joven abogado cuando el criado salió, pídale á Dios que esa mejoría de Alberto sea real, y entónces cuente V. conmigo: Margarita tendrá en mí otra madre! La querré por V. y.... por María! Adios, Andrés! no puedo detenerme. Voy á ver á mi hijo.

—Vaya V., señora, y que Dios la bendiga! Alberto mejorará y yo saldré de cuidados, gracias á V.

La condesa y Andrés se estrecharon afectuosamente las manos, después de lo cual se separaron.

Al salir Zúñiga aparecía menos abatido; tenía una esperanza é iba á comunicarla al doctor.

XLIV.

Veloz había corrido el tiempo. Hacía más de un mes que María había muerto y ya las brisas otoñales comenzaban á mecer alrededor de su tumba algunos arbustos trasplantados y cultivados con piadoso esmero por las propias manos del doctor Romero y de Andrés. Estos querían que la niña adorada, arrebatada á su cariño tan cruelmente, durmiera en medio de la flores que más amó, mientras que ellos continuaban la lucha de la vida, el tremendo combate, el incesante batallar.

El anciano con diligencia extremada había hecho erijir en memoria de la joven un sencillo cuanto elegante monumento todo de mármol blanco, en el cual se veía representado un ángel que se la semejaba, en actitud de orar, y esta inscripción que en letras de oro se destacaba del

centro de una preciosa corona de siempre-vivas-"María"-Así había distraido su dolor y creía sentir algún consuelo á su pesar.

En sus visitas á la tumba de su inolvidable hija del corazón, Andrés le acompañaba todas las mañanas, y de ellas volvían ambos como de santa peregrinación, algo mas fuertes y menos doloridos para emprender su penosa jornada con la fé del creyente y la esperanza del mas alto porvenir.

¡Qué largo les había parecido aquel mes cuyos días y horas habían sido contados por ellos, y marcados por amargos recuerdos y terribles afanes!

Isabel no estaba ya en su casa; allí sólo había quedado Magdalena, ya curada, y su padre, encargados del cuidado de las habitaciones y demás.

La infeliz loca había sido trasportada á una casa de campo alegre y ventilada, donde en sus momentos de furor la protegían celosos guardianes buscados por el doctor Romero, quien con Andrés, iban amenudo á verla. Beatriz la cuidaba y atendía con santa paciencia, dando con esto el más noble ejemplo de fiel y sublime abnegación.

Margarita había sido conducida por fin al palacio de Montalbán. La condesa había consentido en ello, no pudiendo cerrar su tierno corazón ante el desamparo y horfandad en que quedaba la niña; y allí, bajo la protección de Blanca y completamente alejada de Alberto, principiaba á reponerse de sus terribles impresiones. Este convalecía, pero débil y abatido, apenas levantaba la cabeza, y aún hacía derramar secretas lágrimas á todos los que le amaban y le habían conocido tan lleno de robustéz y de alegría. Su madre y su hermana no eran las mismas. Aquel terrible mes las había desmejorado notablemente, y eso que Blanca hacía grandes esfuerzos por dominar su tristeza con el fin de dar ánimo á los demás.

Andrés les consagraba casi todo su tiempo. Clientes y propios intereses había descuidado para servirles, y día y noche les había acompañado.

Al cabo de aquel mes solo una mañana había dejado de ir á verles.

Hallábase en casa del doctor Romero quien desde la muerte de María parecía haber envejecido algunos años y se había encorvado un tanto, y con él discutía un tema ya tratado.

—Vamos Andrés, decíale con una voz, apesar de todo, siempre fuerte, es necesario que un día pienses en tí; vuelvo á repetírtelo. Haces bien en no aceptar toda la fortuna del conde de Guadiana, pero lo que es la mitad te corresponde de derecho.

—En conciencia no lo creo así, doctor.

—Estás en un error. Sabes, Andrés, que soy incapaz de aconsejarte nada que no sea estrictamente justo....

—No tiene V. que decírmelo, doctor....

—Y que no querría que hicieras lo que yo no haría....

—Lo sé, pero....

—Pues bien, en tu lugar no tendría escrúpulos en aceptar esos bienes. El testamento del conde es explícito. La cláusula que te corresponde no puede ser más clara. Dice así en sustancia:

" Nombro &. heredero á mi sobrino Andrés de Zú-
" ñiga. Una suma de un millón de reales le será entre-
" gada á su mayor edad, en caso de que mi hija aparez-
" ca. Si no se tiene noticia de ella, la mitad de mi for-
" tuna le pertenece, con la condición de que se ocupe asi-
" duamente de indagar lo que ha sido de de mi hija.
" Si ha muerto ésta, gozará de la totalidad de mis bienes,
" exceptuando la suma que dejo para la fundación de
" una casa de enseñanza y de un hospital para huérfanos
" pobres, en memoria de la niña. Será la primera insti-

" tuida bajo la advocación de Nuestra Señora de los
" Desamparados, y el otro llevará nombre de "Santa Ma-
" ría," Esta es mi voluntad formal y la expreso en toda
" libertad de ánimo y sano de espíritu."

—Tu has leido eso lo mismo que yo Andrés. ¿Puedes objetar á ello algo sensato?

—Mi buen doctor repúgname disfrutar de una fortuna que, según las leyes, debe pertenecer á otro...

—A Isabel?

—Sí. Ella estaría en su derecho atacando el testamento....

—Isabel está loca, y si sana, puedes estar seguro de que jamás volverá á ser lo que ha sido. Crée en mi experiencia, Andrés. Esa.... desgraciada está herida para siempre en el corazón, las riquezas y el lujo la serán inútiles para toda su vida. Probablemente se negaría hasta á aceptar la parte que le asignamos en el reparto de los bienes.

—Tal vez sea así, pero....

—Por sí misma es bastante rica para no necesitar de la fortuna de su marido. Los intereses acumulados de su dote han aumentado considerablemente su capital

—Tiene ella quien la herede....

—Margarita?

—Sí, á ella le corresponde.

—La fortuna de Isabel, sí; la otra.... nó! La ley puede otorgarla ¿pero repugna menos á tu conciencia semejante iniquidad? Heredera del conde, la hija del adulterio, del crimen....? ¡Oh Andrés!

—Doctor, yo....

—Nada! No lo pretendas! No querrías hacer usurpadora de un nombre y de unos bienes que no deben ser suyos á esa inocente criatura. Se llama Margarita de Rivera; no es verdad? Pues quede siendo Margarita de Rivera, puesto que su madre la hizo inscribir bajo ese

nombre en los registros civiles al nacer, y así la querré más! A tí mismo te parecerá mas interesante que con título robado. Atrévete á negarlo....?

—Es verdad, doctor.

—Qué más tienes que decir? Vamos, habla!

—Nada sino que apesar de sus justas razones, no seré yo el heredero de.... María. ¡Perdóneme, buen amigo mío! Empero esa idea es la que más repugnancia y más tristeza me causa! Ojalá viviera ella! No tendría lugar este debate y todos estaríamos despejados y alegres.....

Los ojos de Andrés se humedecieron y su voz se alteró.

El doctor volvió la cabeza para no dejar ver lo conmovido que estaba. Calló un instante. Luego replicó dominando su emoción.

—Es que no solo te perjudicas retardando la apertura del testamento y el arreglo de la sucesión, sino también á los pobres. ¿Olvidas que son ellos tus co-herederos?

—¿Y quién puede impedirme el hacerles únicos herederos?

—Tu razón, Andrés. Admiro y comprendo tu abnegación que te honra; pero es una locura, verdaderamente. No hay que exagerar ni los más nobles sentimientos.

—No es exageración, doctor.

—Sí, Andrés, piénsalo bien, y lo verás.

—Esta discusión me es penosa....

—Por lo mismo hay que terminarla. Sé juicioso y consiente.

—Bien. Haré una cosa. Aceptaré la mitad de los bienes del conde....

—No te pido más.

—Bah!

—Reservaré para mí el usufructo de la quinta parte de ellos que fué la que me destinó desde luego mi po-

bre tío. El resto será para el hospital, doctor. ¿Qué más puedo querer? No se extiende á tanto mi ambición: soy joven y trabajaré. Ese dinero me facilitará más mi carrera. Estoy seguro de ser rico muy en breve. Fundemos cuanto ántes la casa de enseñanza. Pongamos ne planta el hospital. Los pobres aguardan, doctor. Ahora me toca recordárselo para no perder el tiempo.

—¿Con que no te convenceré, Andrés?

—Estoy convencido, doctor. Haga V. lo que deseo, y no hablemos más del asunto.

—¡Qué terco te has vuelto!

—V. se distraerá con esas ocupaciones que bien lo necesita, y.... *ella* le bendecirá por el celo que ponga en socorrer á los desgraciados....

—No me hagas ceder, Andrés!

—Sí, sí! ceda! Sean en recuerdo de.... *ella* amparados y bien atendidos los huérfanos, y bendigan los infelices el nombre de María!

—Andrés!

—Vamos, doctor, consienta! Pondremos manos á la obra en pocos días....

—Hijo mío! tendré que decir amén á lo que quieres. Me obligas á darte gusto. Dios te conserve, Andrés! Cuán noble eres! Cuán bueno!

—No lo es V. menos que yo; solo que por esta vez pretendía serlo más. Mi buen doctor, confiese ahora que en mi lugar hubiera obrado como yo....

—Es verdad, mi querido hijo. Dame un abrazo. Nunca más que hoy he necesitado sentir el cariño de un ser digno. Solo eso puede consolar mi vejez!

El anciano y el joven se abrazaron estrechamente. Un momento después se despidieron

XLIV.

Va pasando el mes de Noviembre. El día de difuntos está ya lejos con sus tristes tañidos de campanas, sns dolorosas evocaciones y sus fúnebres recuerdos. Diciembre se aproxima y principia á tener el otoño apariencias de invierno. El calor ha huído y asoma el frío cautelosamente su amoratada faz con ganas de hacer su aparición completa.

Era temprano aún. Apenas habían dado las diez de la mañana cuando Andrés de Zúñiga se presentaba un día en el palacio de Montalbán. Dirigióse á las habitaciones de Alberto, como lo hacía siempre, antes de ir á saludar á Margarita.

El estado de aquel le inquietaba. La herida del joven se había cicatrizado; estaba en toda su razón; la fiebre violenta, que le puso al borde de la tumba, había desaparecido, y, sin embargo, lejos de robustecerse, desde que entró en convalescencia parecía minado por lenta consunción. Nada disipaba la dolorosa melancolía en que había caido. Pasaba los días con la cabeza apoyada en una mano, cerca de una ventana mirando al cielo con vagas miradas, como si buscara en el espacio lo que en la tierra le faltaba. Na había vuelto á pronunciar el nombre de María desde que cesó su delirio; mas, ¿quién no adivinaba que el recuerdo de su amada no se separaba un segundo de su mente?

Alberto no parecía sino su propia sombra. En sus negros cabellos se distinguía una que otra cana y en toda su persona, dejábase ver la indiferencia por la vida y

el más completo desencanto, el hastio mas profundo.... Ese estado desesperaba á sus médicos. Para sanar su cuerpo habían agotado los recursos de la ciencia. Alberto estaba bien físicamente; pero contra el mal moral que consumía al joven, confesábanse impotentes tanto el doctor Romero como Garrigas, que continuaba asistiéndole. Ambos para salvarle, solo esperaban en la casualidad, en lo imprevisto.

Aquella casa estaba de duelo y en ella se vivía en la espectativa de mayores desgracias. De las inquietudes de la familia participaba Andrés. Obligado como se hallaba á ocuparse en sus propios asuntos, no podía consagrarse, como lo hizo en los primeros días, al cuidado de su amigo; pero cada vez que disponía de un momento venía á verle y trataba de animarle. Contábale cuanto ocurría en el mundo, empeñado en despertar su curiosidad. Hablábale de política, de viajes; proponíale todo lo que su imaginación le sujería de proyectos y empresas, con el deseo de sacarle de su ensimismamiento, de aquel marasmo que lentamente atacaba su organismo, degenerando en hipocondría mortal. Fingía olvidar su propia tristeza y sonreía y conversaba despejado como si nada recordase ni temiese. Alberto le escuchaba sin interrumpirle no mostrando ni complacencia ni disgusto. Solamente cuando Andrés le apuraba con instancias para que decidiera algo; cuando le suplicaba que saliese, movía la cabeza y dos lágrimas asomaban á su ojos.

—No continúes, Andrés, decía á su amigo. Es inútil, mi vida ha terminado ya. El duelo de mi corazón es incurable! Y él tenía que cambiar de conversación ó irse, porque la expresión del semblante de Alberto era tan triste, que, al verle, le venían ganas de estallar en sollozos.

La condesa había envejecido en pocos meses; sus cabellos estaban casi blancos y la angustia alteraba sus facciones. Su elevada talla permanecía derecha, pero en su

actitud, en su persona toda se notaba el cansancio de la edad y la influencia del dolor. Por esfuerzos que hiciera, no podía aparentar serenidad. En presencia de su hijo callaba; mas, cuando estaba lejos de él, daba libre curso á su amargo desconsuelo, á sus acerbas penas.

Blanca, el ángel del hogar, segundaba á Andrés en su estéril é ingrata tarea, en cuanto le era dado. Ay! ¡cuánto distaba la alegría, su constante compañera de otros tiempos, de iluminar su rostro! La encantadora niña sufría; empero, disimulaba sus pesares y aparentaba animación para no aumentar con su tristeza las amarguras de su madre y de Alberto. Con incansable afán atendía á todo. Valor casi heróico necesitaba para no rendirse, viendo el poco fruto de sus esfuerzos. La noble joven no era jamás dueña de su tiempo. Un momento acompañaba á su hermano, otro á su madre, y dedicaba á Margarita todas las horas que ellos la dejaban libre.

Esta se reponía. Todavia lloraba amargamente al recordar á su hermana y siempre que volvía de visitar á su madre, demente aún, aunque ya curada de sus furiosos accesos; pero Blanca sabía calmarla, distraerla y hasta animarla.

Un dia en que Andrés se presentaba como de costumbre en el palacio de Montalbán creyendo que las cosas se hallaban en ese estado desesperado sin que nada le hiciera presumir cambio alguno favorable, quedó sumamente sorprendido cuando penetró en las habitaciones de Alberto y no le encoró en ellas.

—Donde está? preguntó al criado que acudió á su llamamiento.

—Ha salido con Pedro, contestó él

—¡Qué cosa tan rara!

—La señora suplica á don Andrés que pase al salón, añadió el sirviente. El jóven se apresuró en ir y halló á la condesa muy exaltada.

—Qué ocurre señora? Qué novedad tenemos? Dónde está Alberto?

—Amigo mío, le aguardaba para contárselo. Temprano envié recado á su casa, pero Juan no le encontró en ella.

—¿Qué hay de nuevo?

—Desde ayer ha cambiado Alberto de tal modo que no le reconocemos. Yo esperaba algo hace días, porque cuando estaba solo le veía muy caviloso; sin embargo, jamás hubiera adivinado lo que meditaba.

—¿Y qué es, Señora?

—Alberto parte.. Y cómo y para qué..? No acertaría V. nunca! Para disponer su viaje, para poner en práctica su pensamiento es que ha salido hace un rato, tan temprano como V. vé. Si es increible.... Dios mío! cuando cesarán mis zozobras y tormentos....? ¡No será posible resistírlos!

—Señora, no se aflija V. y dígame pronto lo que sucede. Sentémonos. Ya la escucho.

Doña Luisa después de enjugarse las lágrimas, refirió lo que ocurría.

La tarde anterior la había llamado su hijo y, mostrando la mas firme resolución, la dijo que era indispensable para él salir del estado en que se hallaba, pues de otro modo su vida se consumiría en el dolor, y sin provecho para nadie; que ya que España estaba en guerra con Marruecos, él iría á pelear á Africa por su patria; que si moría combatiendo, sería su muerte más noble; tendría objeto: que ningún viaje de los que le habían propuesto hasta ese día daría el resultado deseado, siéndole enojoso hasta la idea de hacerlo. Cuantos proyectos formaban, á él le desagradaban por inútiles; sólo el que había meditado le halagaba porque convenía al estado de su ánimo; que su resolución de llevarlo á cabo era irrevocable, que nada le disuadiría de él.

Jamás se había mostrado Alberto tan elocuente, nunca tan enérgico! La condesa había llorado, Blanca había suplicado. Todo en en vano. El joven permaneció inflexible. Para consolarlas, proyectó varias cosas de las cuales daría luego parte á doña Luisa y á Andrés, cuando estuviera más calmada.

Tal fué el relato de la buena señora. El jóven abogado la escuchaba sorprendido y animado.

—¿Con que Alberto piensa eso?

—Sí, Andrés. Ya V. vé cuanta razón tengo para inquietarme, para estar desesperada.

—Pero, señora, yo opino lo contrario. Nada me place tanto como la noticia que V. me da.

—¿Cómo, Andrés? V· también?

—Yo también.... Sí, señora. Pienso como Alberto que esa campaña que quiere hacer es el medio infalible de curación para él; que nada le será tan provechoso como ella, y que para consumirse aquí, más vale que se exponga por su patria.

—¡Andrés!

—No se espante, señora, de oirme hablar de ese modo. Mi convicción es que Alberto volverá, y volverá curado y fuerte!

—Amigo mío!

—Su sola resolución me indica que está en buena vía. No hay que contrariarle. Quizás ese pensamiento sea una inspiración, señora. ¿A quién se le hubiera ocurrido aconsejar esa campaña á mi amigo? Y él solo sin decir nada á nadie la ha pensado! En lugar de lamentarle, bendiga V. la casualidad providencial de esa guerra en Marruecos que, al despertar el patriotismo de Alberto, la ofrece el único medio de ver curado á su hijo! Que buena noticia para el doctor Romero!

—¿Dice V. que éste aprobará también los proyectos de Alberto?

—No lo dudo.

—Y yo que contaba con que que ámbos le disuadirían! que el doctor con su autoridad se opondría á su locura, y que V. le aconsejaría....!

—¡Dios nos preserve de ello! ¿Acáso ignora V que Alberto está deshauciado, por decirlo así? Nada se esperaba ya....!

—Ya lo sé! Qué triste situación! Tener la desgracia en perpectiva! Salir de una agonía para entrar en otra!

—Qué diferencia! Aquí su muerte era segura....

—¿Y quién le dice á V. que lo que mi hijo busca sea la salvación y no la manera de quitarse mas pronto la vida?

—Todo señora. Si quisiera suicidarse, en Madrid encontraría medios más fáciles.

—Aquí se lo impediriamos. Le rodeamos....

—No diga eso, Señora! No puede él salir, alejarse?....

—¿Y si no resiste á la fatigas de la vida que intenta escoger? Está tan débil, tan extenuado! Cuando salió hoy, trabajo me costó para convencerme de que era el mismo Alberto de otro tiempos. Qué cambio hay en él! Caminaba hasta algo doblado. El, tan arrogante hace algunos meses! tan apuesto!

La afligida madre lloraba.

—Mi pobre señora, ¡cuánta pena me da verla tan desconsolada cuando más debe esperar! Teme V. que la vida del campamento sea fatal á su hijo, y está en error. Alberto es robusto por naturaleza. Lo que le consume hoy es el disgusto, la inacción en que vive hace tanto tiempo, cuando siempre necesita ejercicios violentos para sentirse bien, para emplear sus exhuberantes fuerzas. Volverá á ser lo que era: V. lo verá. El viaje sólo le fortalecerá; y cuando haya salido de la monotonía que aquí

le abruma, cuando sacuda la melancolía que le domina, estará curado. La guerra con sus azares y peligros le distraerá; los compromisos que contraiga en el ejército le obligarán á mirar por sí, por su honor; las ocupaciones urgentes, las responsabilidades que le incumban absorverán sus facultades, y le impedirán vivir apacentándose en su dolor. Sí, ese ayer fúnebre irá desapareciendo de su horizonte, y en lugar del presente con sus preocupaciones, el porvenir surgirá en su alma con sus esperanzas halagadoras.

Sin darse cuenta de ello su tristeza se irá disipando, y cuando venga á notarlo será otro hombre más sério, sí; pero lleno de vida y de voluntad; más enérgico por los sufrimientos pasados, de lo que nunca lo fué cuando solo conocía la felicidad. Tengo fé, señora y Dios le premiará.

—Andrés, Andrés, me devuelve V. un poco de ánimo! Yo estaba casi loca! En nada esperaba, y todo lo temía; pero V. me hace confiar. Sus palabras se insinúan en mi corazón y le penetran como suave bálsamo. ¡Cuánto bien me hace V.! Alberto tiene razón al asegurar que hay en el mundo pocos seres como V, amigos tan buenos, tan valiosos!

—Me confunde V. con tanta gratitud, señora, ¿qué he hecho para merecerla?

—Qué Andrés? encuentra V. poco tanto sacrificio?

—¡Señora!

—Lo repito: tanto sacrificio como ha hecho V. por nosotros? Nos ha servido siempre con la mayor abnegación, con sin igual desprendimiento, perjudicándose en sus intereses por cuidar de los nuestros, amándonos, acompañándonos, consolándonos en cuantas tribulaciones hemos sufrido, desvelándose por sernos útil.... Querrá V. más? Cómo corresponder á sus bondades? Nada hallamos suficiente!

—Vamos, señora! No me abrume V. con esos elo-

gios. Mi conducta es la más natural del mundo. Cumplo con los deberes de la amistad y con los que la gratitud me impone: he ahí mi único mérito!

—Lo crée V. así, pero no nos convencerá. Mis hijos y yo sabemos lo que V. merece y lo que más deseamos es hacérselo sentir....

—Señora, si continúa V. hablándome de esa manera me auyentará! Calle por favor! mire que no quiero irme sin haber visto á Margarita, á Alberto y á.... Blanca.

—No tendrá V. ese gusto en cuanto á los primeros. Como V. sabe, mi hijo ha salido y quizás no vuelva pronto.

—No me ha dicho V. á donde fué.

—A hablar con el Ministro de la Guerra: anoche le pidió audiencia, más no le hallaron cuando él envió. Tendrá que aguardar ántes de verle.

¿Y Margarita?

—La hemos alejado. No puede permanecer con nosotros como ántes, ahora que Alberto sale: la he instalado en la habitación más retirada del palacio.

—Tienen razón en no exponerla á un encuentro con aquel. Ambos sufrirían si se vieran no estando preparados á ello.

Aún no es tiempo. Cuando Alberto vuelva será otra cosa. Margarita y él se habrán curado y todo temor será supérfluo.

—Dios lo quiera!

—Por lo pronto, tendrán una mortificación durísima, cruel, por evitar mayores males, y soy yo el que se lo he impuesto.....!

—Andrés!

—Sí, mi noble amiga! Por mí recibió V. en su casa á esa niña; por mí se ha renovado á cada instante su dolor al verla....

—No hable V. así, Andrés!

—Es la verdad.

—Eh! calle: no quiero que me recuerde esa falta de generosidad de un momento. Vacilé en abrir mis brazos á una criatura inocente del mal que.... otra había hecho! Me arrepiento cada vez que me acuerdo de ello, viendo lo que vale esa niña que tanto se hace amar por su docilidad, su ternura y sus buenos sentimientos. Qué corazón tiene! Por sí misma nos compensa de cuantos cuidados le prodigamos Blanca y yo! Es tan afectuosa!

—El cariño de Vds. á Margarita es un motivo más de gratitud para mí; y dice V. que no le debo! Qué sería de ella sin Vds? ¿Qué vida pasaría si no la hubieran recogido? Y qué penas me causaría su suerte! Triste y abandonada por.... esa infeliz loca, hubiera ella sucumbido bajo el peso de su tristeza en su soledad! Vds. la han salvado, apesar de tener tantas razones para rechazarla! La han amado cuando casi debían.... aborrecerla apesar de ser inocente. Ese rasgo de generosidad de parte suya, no se me olvidará jamás, señora, jamás: lo oye V.? Por mucho que haga no creeré que corresponda á él.

XLV.

Andrés pronunció estas palabras con exaltada vehemencia levantándose en seguida.

La condesa creyó que iba á retirarse y le suplicó que no se fuera por tener que hablarle de otros asuntos no menos importantes. Ya se lo había dicho al principio; pero Andrés lo había olvidado.

—En lo que voy á comunicarle está V. interesado, le dijo la buena señora más animada, olvidando por al-

gún tiempo sus aprehensiones y pesares.

—De qué se trata? preguntó Andrés con cierta inquietud.

—Siéntese V, cerca de mí. La conferencia puede prolongarse, y es confidencial lo que vamos á tratar.

Desde el lugar que ocupó Andrés no pudo ver una sombra que cruzó por el gabinete contiguo al salón. La condesa sí la apercibió, mas, nada dijo. Con calma y gravedad principió preguntando al joven repentinamente después de una pausa:

—¿Andrés, qué diría V. si casaramos á Blanca?

Tan imprevista fué para él esta pregunta, que no pudo disimular su emoción. Se estremeció como si hubiese sentido un choque eléctrico en mitad del pecho; pero afortunadamente no perdió su aplomo, y la condesa prosiguió.

—Se lo pregunto porque de eso trata Alberto.

—¡Ah!

—Anoche me consultó como también á ella. Muéstrase tan animado y decidido en la realización de este proyecto como el que tiene respecto de sí. Dice que no descansará hasta no ver realizado su deseo, y que el compromiso de matrimonio se resuelva antes de su partida, aunque éste se efectúe después....! Le sería imposible presenciarlo....! Comprenderá V. porqué.... Infeliz! Pero.... me interrumpo.... Perdón, Andrés!

Doña Luisa reprimió su sentimiento y enjugó una lágrima. Hacía lo que los otros. Siempre que á alguno se le ocurría una alusión al pasado, á la memoria de María, callaba por no provocar una explosión de dolor en los demás; dolor siempre latente en el corazón de todos!

La condesa calló un minuto, mientras que Andrés, doblemente conmovido por sus palabras, por el recuerdo de la pobre muerta, y por la noticia del casamiento de Blanca, bajó la cabeza silencioso y turbado.

Doña Luisa continuó, al cabo, después de serenarse:

—El pensamiento de Alberto ha sido aprobado por mí. Las razones que él me expuso para explicarme su premura en casar á su hermana, son justas y bastan á motivar el matrimonio; pero no son las solas. Yo tengo otras particulares que voy á confiar á V. y que á él le oculto.

La condesa volvió á interrumpirse. Andrés que la escuchaba ansioso, aunque aparentando tranquilidad, la dijo para que continuara:

—Señora, hable, puede V. decirlo todo.

—Sí, amigo mío: lo haré. El principal motivo que tengo para desear que Blanca se case es el mal estado de mi salud. Siéntome enferma, fatigada, minada completamente por las inquietudes, por el disgusto.....

—Señora, por Dios exajera V.....! La pena....

—No, Andrés, digo la verdad; al menos, así lo siento y lo creo. Temo morir pronto....

—No lo repita V., por Dios!

—Es preciso, Andrés. Alberto se va y va á pelear: sabe Dios cuando volverá....! ¡si acaso vuelve! Así es que si yo muero estando él lejos, Blanca quedará sola, sola la pobrecita! sola sin familia, no contando más que con deudos lejanos, y con algunos amigos....! ¿Cuáles no serán sus tristezas? Qué vida será la suya?

—Señora....! exclamó Andrés con fuego.... pronto á venderse, pero se detuvo. ¿No habían hablado de casar á Blanca? ¿Sabía él acaso con quién era?

—Déjeme pensarlo, Andrés, dijo la condesa, respondiendo á aquella interrupción, cuyo sentido no se le escapó. Déjeme pensarlo: la pobre niña se vería privada hasta de los consuelos que V. pudiera ofrecerla. Para evitar la maledicencia, los comentarios del mundo, tendría que alejar á V.

—Oh, señora!

—Debe V. comprenderlo. Un amigo de su edad es comprometedor para una joven que vive sola. Blanca no podrá recibir á V. como lo hacemos ahora ella y yo.

—En ese caso, Señora, volvió á decir Andrés sin poder resistir á la perspectiva de ser un extraño para su amada, yo.....

Iba á revelar su secreto, á hablar de su amor á Blanca, mas volvió á contenerse. ¡Estaba loco! ¿Qué pretendía? Lo mejor no era aguardar?

—¿Qué amigo mío?

—Nada! Quería decir.... Tiene V. razón. Continúe.

La condesa le miró como si hubiera esperado otra respuesta de la que se le hacía. Viendo su silencio prosiguió:

—He pensado en todo esto y he aprobado á Alberto. No quería yo casar á Blanca mientras no tuviera veinte años; porque creo que una mujer demasiado joven no es capaz de comprender toda la gravedad de los compromisos que contrae al casarse. Veíala tan alegre siendo soltera que deseaba evitarla, hasta que estuviera mejor preparada por la edad, las preocupaciones inherentes al matrimonio. Hoy las cosas han variado. La desgracia me ha hecho cambiar de pensamiento. Además, Alberto está muy exaltado con la idea de dar un esposo á Blanca. Acúsase de no haber pensado ántes en hacerlo. Dice que ha sido ciego, ingrato siempre para con sus amigos y su familia, y que debe enmendar sus pasadas faltas.... que ya que él no puede ser feliz quiere que ella lo sea.....!

Mientras doña Luisa hablaba se fijaba en Andrés, como aguardando que él dijera algo. El joven ni siquiera la miraba, pareciendo algo distraido y meditabundo.

En qué pensaba? ¡Oh! En lo mismo que estaba oyendo.

Lo repasaba todo en su memoria palabra por palabra y alternativamente daba á cada una de éstas significación favorable ó adversa. Unas veces creía que la condesa iba á revelarle que era él el esposo elegido para Blanca; otras temía lo contrario. De la amistad de los Montalbán podía esperarlo todo, quizás habría pensado en él.... ¿Pero si la joven no le amaba.....? Si se determinaba á aceptar á alguno de tantos pretendientes dignos de ella, como la rodeaban en otro tiempo, y que aún ahora solicitaban el honor de hablarle? ¿No le había detenido siempre el temor de verse rechazado por ella? Durante el mes de angustias que acababa de pasar, en mas de una ocasión había estado á punto de confiar su amor á la condesa, de ofrecerse como hijo á aquella madre próxima á desfallecer de dolor por la pérdida de María, por el recelo de la muerte de Alberto; pero la actitud reservada de Blanca le había hecho callar. Esta, que en mejor época fué la niña burlona y maliciosa en cuyos frescos labios retozaba de continuo la alegre risa, le imponía ahora por su gravedad. Veíala él á su lado séria y melancólica, siempre bondadosa pero circunspecta, y sufría y enmudecía! Además, ¿cómo podia hablarle de sus aspiraciones de amor ni á la condesa ni á su hija en aquellas horas de tribulaciones y de amargura sin aparecer indiferente y hasta egoista? Doble motivo para guardar silencio. Qué iba á resultar de esto? ¿Debía esperar ó prepararse á un desengaño?

—Lo que más exalta á Alberto es la dificultad que se ofrece á la realización de sus deseos respecto de Blanca, dijo doña Luisa viendo que Andrés no hacía ninguna observación. Eso le contraria y le entristece de tal modo que para tranquilizarle le he prometido ayudarle á salir de ella, contando con V. para cumplir mi promesa.

—Ah!

—Es que el caso es delicado. Figúrese V. que

Blanca ama á un joven y no quiere casarse mas que con él.....

Andrés reprimió otra exclamación.

—Pero no sabemos si él la ama.....!

Nueva pausa y extremecimiento de Andrés.

—El joven es digno de ella en todos conceptos. Reune todas las cualidades; así es que nos sería grato, gratísimo verle casado con ella; pero, ¿qué hacer si él no la quiere, si solo la considera como una amiga?

—Ah! señora, Blanca.....!

Andrés iba á decir que la joven no podía ser indiferente á nadie; que era imposible dejar de amarla; todo lo que sentía, todo lo que pensaba, pero todavía se detuvo: no era esto venderse?

—Merece más que eso, piensa V.? y por qué? Acaso todos han de amarla? V. la estima y la quiere desde niña y sin embargo....! Así habrá otros tantos! Nuestra perplejidad es grande: ignoro como se resolverá.

¿Se le ocurre á V. algo? Puede V. aconsejarme? añadió la condesa.

—No, señora, nada! Es decir... cuando sepa....

—Ya le he dicho lo que nos pasa. ¿Cómo podríamos averiguar si el joven á quien Blanca ama está dispuesto á casarse con ella? Le parece justo que le preguntemos? Alberto no vacilará en hacerlo. No teme amenguar ó rebajar su dignidad hablándole con franqueza, ofreciéndole la mano de su hermana. Pero ésta es orgullosa y se opone á ello. Prefiere aguardar hasta ver si él la pide.

Yo no he determinado nada, solo he pensado en consultar á V.....

Doña Luisa miró á Andrés con cierta ansiedad. El volvió la cabeza muy turbado. Ambos callaron un momento. Luego comprendiendo que debía decir algo si no

quería descubrirse.

—¿Qué quiere V. que yo le aconseje? Ignoro de quien se trata.... No sé á quien ama ella.....

—V. conoce al joven.....

—Ah!

—¿No sabe V. de quien hablo, Andrés?

—Señora, yo, desearía ser menos torpe.....

—Veo que no adivina. Yo que creí.... Voy á darle mis señas. El joven en cuestion es de buena familia. Antes no era rico, pero sus elevadas dotes valen mas que la mayor fortuna! En un tiempo creimos Blanca y yo que su pobreza era la que le hacia mas reservado para con ella. Conocía yo su extremada delicadeza y orgullo y me imaginaba que se mostraba indiferente á los atractivos de mi hija, por no exponerse á ser rechazado por ella, desdeñado como pretendiente por Alberto y por mí. ¡Qué mal nos juzgaba si pensaba así, y cuán ciego era! ¿No veía con que ternura le trataba yo, cuánto placer causaba su presencia á Blanca? ¿No comprendía que si ella despreciaba los brillantes partidos que á cada rato se le presentaban era por él? que si yo no quería que mi hija se casara era porque se la destinaba?

Andrés era ya menos dueño de sí. Palidecía y se sonrojaba alternativamente á cada palabra de la afectuosa doña Luisa. Turbábase más á medida que ella hablaba: con trabajo contenía el grito de su corazón palpitante y ansioso.

El joven se había dejado caer sobre su asiento con el rostro cubierto. Respiraba con esfuerzo.

Llena de lástima le dijo la condesa con dulzura extremada:

—Andrés, mi buen Andrés, ¿y es posible que V. no adivine? Tendré que decirle á quien ama Blanca desde niña, á quien queremos dársela Alberto y yo? Me parece mentira! Voy á hacerlo sin embargo, porque veo que

V. sufre, y ni por un segundo quisiera que por mi causa padeciera! Oigame bien! Nuestro favorecido, nuestro elegido se llama.... Andrés de Zúñiga. Es nuestro tierno amigo, nuestro bienhechor!

Andrés interrumpió á la condesa. Levantándose repentinamente, enrojecido y con los ojos extraviados, como congestionado, alzó la cabeza, y aspiró con violencia un poco de aire como si se afixiara. Luego sin meditarlo ni darse cuenta de ello, fuera de sí por lo que interiormente sentía, se arrojó á los piés de la madre de Blanca y, con loco arrebato, besó una y otra vez la orla de su vestido.

—Señora, señora....! murmuró.

—¿V. la ama, no es verdad? le preguntó dulcemente la condesa, poniendo sus manos sobre los hombros de Andrés. ¡Bien lo sabía, pero Blanca dudaba! Hijo mío! que consuelo me das! Levántate, Andrés, y dime que aprecias mi tesoro! ¿Porqué no me lo pediste ántes? Porqué me has obligado á torturarte para arrancarte esa confesión? ¿Podías dudar que fueras tú nuestro preferido? Ven á mis brazos. No quiero verte á mis piés sino sentirte sobre mi corazon!

Doña Luisa se levantó y Andrés obedeció. Lloraba como un niño, pero de dulce alegría, de emoción profunda.

La condesa abrió sus brazos y él se precipitó en ellos.

—Dime que la amas, Andrés! quiero oirlo.....

—No la amo, Señora! La idolatro, y á V..... á V.....!

No pudo añadir más.

Separándolo entonces la condesa de sus brazos dirigió se á una pieza inmediata y llamó á Blanca, volviendo donde él. La jóven, que todo lo había oido y visto, se presentó conmovida y velados aún sus bellos ojos que acabara de enjugar; y esforzándose por disimular su emoción, acércase á su madre saludando á Andrés con una cortés inclinación de cabeza y lijera sonrisa.

Has oido, hija mía? la preguntó aquella. Lo supongo y creo que estarás convencida del amor de Andrés á quien Alberto y yo elégimos por tu esposo. Y bendigo al Señor porque te depara en él el digno compañero que soñara para tí mi acendrado cariño maternal.

Blanca, ruborizándose, arrójase en los brazos de la condesa y extiende su mano á Andrés, quien, enagenado de gozo, la toma y lleva á sus labios y á su corazón diciéndole:

—Gracías, Blanca! Tu has sido siempre el ángel de mís sueños: en mi pensamiento has tenido constantemente altar y culto, y, pertenecerte hoy, constituye toda mi ventura.

Doña Luisa tomó la cabeza de su hija y la unió á la de Andrés. Besó á ambos en la frente diciéndoles:

—Os uno hijos míos para bendeciros. Cuánto deseé este momento! Plugiese al cielo que nada acibarase su dulzura: que en dia como éste no echaramos de menos....! Dios mío! ¿Porqué la dicha no sera completa? ¿Porqué el dolor....? Pero os entristezco! Perdónadmelo! Voy á ver si Alberto está ahí, si ha llegado.... Andrés! Blanca! En este instante de ventura rogad á Dios por vuesto hermano! Rogadle por mí!

Doña Luisa, calló; hízoles en señal de adios un gesto con la mano, y antes de que pudieran detenerla, salió precipitada del salón.

Los jóvenes la dejaron ir. Miráronse con profunda tristeza y se comprendieron!

—Andrés, dijo Blanca á su amado, nunca la abandonaremos, no es verdad?

Nos consagraremos á cuidarla, á distraerla.

—Si Blanca! Ese es mi deseo! y tanto la amaremos, tanto haremos que al cabo la obligaremos á vivír, á animarse, á.... olvidar! Dios lo querrá.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

EL FIN DE UNA HISTORIA.

XLVI.

Alberto de Montalbán á Andrés de Zúñiga.

Diciembre de 1894.

En Santo Domingo te escribo, antes de embarcarme para la Habana; desde donde emprenderé rumbo para España. Por fin me determino, Andrés, al cabo de seis años. ¡Cuántas inquietudes habreis tenido todos por mí en estos últimos meses, sin saber siquiera donde me encontraba! Al salir de New York os escribí que me dirigía á Cuba; mas, luego me fué imposible daros noticias mias porque enfermé gravemente al llegar á esta ciudad. No queria mi pobre madre que viniera á Santo Domingo temiendo á este clima, fatal con frecuencia para los europeos y además por la guerra.

En cuanto á lo primero, tenía razón, y sus temores han estado á punto de realizarse. Me atacó el tifus, y no he muerto de él gracias á los cuidados que me han prodigado ¡Cuánto he pensado en vosotros durante mi penosa enfermedad! ¡Cuánto me ha afligido la idea de mo-

rir lejos de vosotros después de tantos años de ausencia, y sin que tuvierais siquiera noticia de mi estado! Pobre madre mía! Cuánto habrá sufrido! Trabajo os habrá costado á Blanca y á tí calmar sus inquietudes y distraerla por mi silencio. Vuelvo pues, á vuestro lado para que cesen esos tormentos. Vuelvo para no separarme en mucho tiempo de vosotros; pero antes es preciso que esta carta me preceda. En ella te haré mi confesión: te revelaré mis verdaderos sentimientos para que así estés preparado á recibirme; para evitaros á tí, á mi madre y á Blanca penosas decepciones.

Seis años hace que salí de España, Andrés, seis años que abandoné sus playas con el corazon despedazado y la firme creencia, ¿te lo diré? hasta el propósito de no volver á pisarlas. Al cabo de ese tiempo regreso á mi patria no curado como te lo hice creer, como mi madre lo supone, sino enfermo siempre, lleno el espíritu de triste desencanto, insensible á la alegría, muerto para el placer. Imposible me ha sido disipar mis penas; imposible olvidar....! Olvidar? No lo he querido, como tampoco lo puedo, Andrés! La herida de mi alma no está abierta como antes, no mana sangre, nó! pero á la menor presión me duele intensamente; el mas lijero contacto la lastima! El temor de que se abra de nuevo para no cicatrizarse más me ha alejado de vosotros durante tantos años, apesar de las repetidas súplicas de mi madre, apesar de mi propio deseo de veros!

Yo sabía que no podía resistir á ciertos recuerdos si volvía á Madrid....! que la vista de ciertos sitios, de ciertas personas, me sería demasiado dolorosa. Temía que la desesperación se apoderase nuevamente de mí, y he huido de vosotros buscando por el mundo la distracción, ya que no el consuelo, el olvido de mi mismo, ya que no el de mi dolor! Híceme sordo al llamamiento de mi madre, al tuyo, y, para animaros, os he engañado os he men-

tido! Día por día os escribía alguna falsedad! Ya inventaba una aventura, ya un lance chistoso. Acumulaba mi carta mil detalles de mis viajes para aturdiros, para que no vierais en ellas mis verdaderas impresiones .. Alguna vez has desconfiado, Andrés. El doctor Romero tampoco me ha creido siempre; pero al fin he conseguido lo que quería....! Mi madre ha vivido....! Ha vivido y se ha robustecido, volviendo á ser si no la arrogante y distinguida condesa de Montalbán, á quien con tanto orgullo en tiempos mas felices paseaba yo de mi brazo, al ménos algo de lo que fué. Tu luna de miel ha sido bastante dulce, gracias á mis mentiras, así perdónamelo, hermano mío! ¿Porqué ni para qué amargar tus amores con el relato de mis penas? Para poder ocultar mis dolores, no fué que partí para la guerra? La tristeza de mi madre me inspiró la resolución desesperada de hacer la campaña de Marruecos! Moría ella lentamente en dolorosísima agonía, y su aflixion me mataba tanto como mi propio sufrimiento! ¿Cómo fingir mientras ella me viera? No había medio de engañarla! La infeliz leía en mi semblante; espiaba mis menores gestos, alarmada siempre y recelosa! Para sacarla de esa situación se necesitaba lo que hice! El espectáculo de mi pesar la minaba sórdamente, la consumía, destruía una á una las fibras de su corazón!

Para evitárselo quise irme á pelear al Africa, exponer mi vida útilmente, morir con mas nobleza, no de inanición, como moría en Madrid donde se extinguía mi existencia en la inercia del dolor!

Por eso partí dejándote á su lado, contando con que tú y Blanca reanimarian su valor, la obligarían á vivir esperando también que el nacimiento de los hijos de sus hijos, de los nietecillos, la consolara de mi pérdida.... No me he equivocado Andrés, y me felicito por el valor que tuve en arrancarme de vuestros brazos cuando mas sufría; por haberos mentido, cuando necesitaba, confesar la verdad,

abrir mi corazón!

Y, entre tanto, ¡cuánto he viajado, y cuánto he visto!

Mucho hay de cierto en lo que te he contado: así es que no te haré de nuevo la relación de mis viajes sólo sí te revelaré las verdaderas impresiones que éstos me han dejado.

En Africa se fortaleció mi cuerpo como lo previste: y el mal de mi alma se alivió un tanto, ¡Dejó de ser mortal! Fuéme posible dominar mis tristezas, relegarlas á lo íntimo, cumplir mis deberes y salir con honor de mis compromisos. En el sitio de Tetuán recibí una herida lijera, por no alarmaros lo oculté.

La guerra me hizo bien, Andrés. La vida fué menos odiosa para mí. El cambio radical que hubo en mis costumbres couvino perfectamente al estado de mi ánimo. Los trabajos y privaciones y el vivir azaroso que tuve me aprovecharon. Salí de la molicie que rodea á un enfermo rico, de la enervante monotonía que le fatiga, del hastío que siente todo aquel que no sabe que desear materialmente, porque vé satisfechos sus deseos antes de manifestarlos.

Eso me distrajo hasta cierto punto, me devolvió la energía, me salvó bruscamente. Los compañeros que tenía contribuyeron á aligerar mis penas, á hacerlas mas llevaderas. Al hablarte de ellos no he exagerado. Fueron tan buenos para mí como te lo he contado.

Terminada la guerra me dirigí á Italia. Lo que te he referido sobre este viaje fué verdad en su mayor parte, menos en cuanto al entusiasmo que me causó. ¡Ay Andrés! cuando te escribía ponderándote las bellezas italianas, las maravillas del arte que viera en Milán, Florencia, Roma, con tanto fuego, con tanta admiración, lloraba.... y, mientras tanto, vosotros pensabais, al recibir mis cartas, que el Alberto de otros tiempos resucitaba....! que en alas del viento su dolor volaba y se disipaba!

go quise ir á los Estados Unidos.... Mucho he visto en estos viajes, mucho he aprendido. Mi cuerpo se ha endurecido con las fatigas; mi inteligencia se ha despejado, mi espíritu se ha ilustrado con el estudio durante ellos; mi voluntad se ha fortalecido, mi caracter ha variado; pero mi tristeza es la misma que antes.... cada vez que he emprendido algo, me he preguntado: ¿Para qué? ¿Para qué aprender, para qué viajar, para qué afanarse? ¿He de ser feliz por eso? ¿No me convendrá mejor el descanso? Mas, cuando he intentado descansar, el dolor de mi alma, el vacío de mi corazón se han hecho sentir con tal violencia que, cual nuevo judío errante, he emprendido el camino, he tomado el bastón del peregrino y he marchado adelante!

Te lo digo! De New York, en lugar de ir á Cuba, como te lo escribí, sentí vivos deseos de venir á Santo Domingo que me atraía desde que aqui flota la bandera española. ¿Qué venía á buscar? Quizás la muerte tan temida por mi madre? Quizás la última prueba antes de volver á España? ¡No sé! Es lo cierto que he estado á punto de morir y que me decido á esa vuelta....!

¿Qué me aguardará en mi patria? ¿Será el fin de mis dolores ú otra cosa....? No quiero pensarlo! Voy á la Habana y desde allí me embarcaré para ir á abrazaros!

Hoy he salido por la primera vez después de mi convalescencia. Mi paseo ha sido largo y agradable. He estado en las afueras de la ciudad donde he encontrado el campo á poca distancia. ¡El campo con verdores en Diciembre, Andrés! ¡El campo con todos sus primores! ¡Qué mañana tan hermosa! *Verdadera mañana de Pascuas!* dicen aquí las gentes. Sí, porque en los últimos días de Diciembre es cuando el tiempo se muestra mas bello durante las primeras horas del día; el cielo mas puro, mas azul, el sol mas radiante, el aire mas fresco....

En éste hay algo que reanima, que alienta, y para los que no están como yo.... algo que alegra! Esa impresión se nota en el semblante de todas las personas que uno encuentra en las calles y por el campo. Nadie parece sufrir al influjo de la suave y agradabilísima temperatura que tiene Santo Domingo en Diciembre.

Antes de ponerme á escribirte, acababa de volver de mi paseo. Los bondadosos amigos en cuya casa me encuentro, me han felicitado por mi buen porte, y por el apetíto que he traido.

¡Qué personas tan dignas, Andrés, las que me han asistido, cuidado y.... hasta mimado durante mi enfermedad! Cuántos favores les debo! No puedes imaginarte todo lo que han hecho por mí!

Apenas las visité dos ó tres veces en los primeros dias de mi llegada. Al padre de familia que es una de las personas mas recomendables de la ciudad, el señor N... fuí presentado al principio. Desde luego simpatizamos y me llevó á su casa. Al cabo de dos semanas era yo para la señora y las niñas de don N. como un amigo antiguo, tales eran la confianza que me demostraban, y la simpatía que les merecí desde luego. ¡Qué afables y bondadosos son! Tienen esa amabilidad que viene del alma, y no del deseo de conquistar elogios. Esa bondad íntima, dulce siempre, igual, como la de nuestra adorada madre y nuestra carísima Blanca. En ellas no hay nada de coquetería. La señora es de mediana edad, algo mas joven que su marido. No posée instrucción mayor, (como no la tienen la generalidad de las señoras aquí, según he podido ver); pero tiene en común cuantas virtudes deben adornar á la verdadera madre de familia, á la matrona cristiana. Sus hijas se parecen á ella. Son moralmente y en lo físico el tipo de la dominicana joven, ó soltera, por mejor decir. De tez ligeramente morena, y ojos negros ó pardo oscuro, expresivos cuando no bellos, de cabello negro y

brillante, abundoso y largo que arreglan con flores naturales; de esbelto talle, bastante lleno, estatura regular, lijero y cadencioso andar. El conjunto sin ser precisamente bello, es gracioso, seductor! ¡Cuánto he apreciado á esas niñas, viéndolas diariamente! ¡Cuánto he admirado sus virtudes! No son ricas, como no lo es nadie verdaderamente aquí; pero con el trabajo de su padre, viven cómodamente, gracias á su economía y laboriosidad, sin echar nada de menos, alegres y modestas, cantando para distraerse, tejiendo, cosiendo ó bordando para proporcionarse algo de capricho que no quieran pedir al padre; una cinta, un traje para los *soirés* de familia (*jaranas* colas llaman aquí), á las cuales asisten vestidas con sencillo traje de muselina, y con un clavel ó una rosa en las trenzas del pelo. Sencillas personas y sencillas costumbres! Felices son así! Por su propio bien deseo que no cambíen! Serán esas niñas madres de familia como la suya, buenas, honradas, sin sacrificar jamás por el lujo y las ruidosas fiestas la placidez de su vida y de su alma!

Mucho de los usos que he visto aquí son los de la antigua España, tales como se conservan aún allá en ciertas provincias.

El señor N.... tiene también un hijo. Pero éste se halla entre los insurgentes dominicanos, así es que no le conozco. Combate en guerrillas con otros compañeros contra las tropas nuestras.

Mayor mérito ha tenido por eso esta familia en auxiliarme, en asistirme como lo ha hecho. Es cierto que no me consideran como *cacharro*. (Este nombre dan los contrarios á la anexión. Saben que no lucharé contra los dominicanos.

Después de haber estado en los Estados Unidos, pais libre y fuerte, si los hay! no me es posible combatir á ningún pueblo que lucha por su independencia. Soy opuesto á esta anexión. Ningún resultado bueno ha da-

do para España como tampoco para Santo Domingo. Los dominicanos no la quieren, é imponérseles, es oneroso además de poco justo. Todos mis votos son porque no se mantenga; y ya sabes que no soy mal español! Jamás he amado tanto á mi patria como desde que la abandoné! Jamás me ha parecido tan hermosa como ahora que la contemplo de lejos! Pero Andrés el derecho de los pueblos es sagrado para mí. El que quiere ser libre y lucha por su libertad merece serlo. Engrandézcase España de otra manera no extendiendo su dominación sobre naciones que la rechazan, que la combatirán mientras tengan fuerzas para ello. Quiero verla próspera, mas no tirana; rica y poderosa sin ser usurpadora.

Esto le dirás á mi madre, para que vea cuán infundado era su temor de verme hacer armas contra los dominicanos.

No te he contado aún como he venido á ser cuidado por el señor N.... Sucedió que enfermé á las dos semanas de estar aquí. Fué él á verme y tan mal me halló en un hotel donde me había hospedado, sin cuidados de ninguna especie y casi privado de conocimiento, que sin decirme nada, me hizo trasladar á su casa que estaba próxima. Allí, por muchos dias apenas supe de mí. Cuando recobré mis facultades, víme rodeado de personas tan afectuosas y solícitas como si hubiera sido yo un miembro de la familia. ¡Cuántos desvelos tuvieron conmigo en mi enfermedad! Cuántos cuidados y esmero en mi convalecencia! El cariño que me han demostrado me ha recordado el vuestro, haciéndome sentir más la ausencia de Vdes.

Y os he llamado y he deseado veros! En las horas largas de mi penosa convalescencia, cuando el alma que anduvo errante vuelve, y poco á poco se posesiona del débil cuerpo que intentó abandonar para siempre, he pensado en mi madre, en Blanca, en tí, en tus hijos, y con

ansia loca he deseado abrazaros.

Pronto satisfaré este anhelo de mi corazón; pronto estaré á vuestro lado! Con pena abandonaré á Santo Domingo, donde en el seno de la amistad he encontrado dulces y conmovedores consuelos..... Con sentimiento me despedidré de mis buenos amigos que tanto me quieren después de haberme salvado! No los olvidaré! Recomiéndalos desde luego á la gratitud de mi madre y de mi hermana. Los retratos de ellas así como los de mis amados sobrinos, y el tuyo se los dejaré junto con el mio! Cuánto se complacen viendo los vuestros! Se hallan lindísima á Blanca, bella aún á mi madre, preciosos á los niños; á tí elegante y simpático. Muchas veces para mostrarlos á sus amigos me han pedido esos retratos, por eso quiero dárselos. Será una prueba de mi gratitud y afecto que me agradecerán más que cualquiera otra. Después tendrán ocasión de ver que mi familia es tan agradecida como yo; ¿no es cierto Andrés?

Voy á despedirme de tí porque estoy cansado. Pepita (una de las niñas) me riñe porque estoy escribiendo demasiado, y Lola me llama para mostrarme una flor que quitó para regalármela, á su rosal favorito. Te dejo por ella, á quienes pronto no volveré á ver.

Andrés, Andrés....! Dale un abrazo por mí á mi viejo Pedro, y reparte con todos los mios los que te envio en esta, mientras me sea permitido hacerlo por mí mismo.

Pídele á Dios, hermano mio, que nada retarde ya mi vuelta á España.

¡Tuyo con toda el alma!

ALBERTO.

P. D.—Esta carta es también para el doctor Romero. Para él como para tí sabes que no tengo el menor secreto.

Andrés á Alberto.

Madrid, Enero 1865.

Al mismo tiempo que tu carta ha llegado otra á mis manos. Me viene de Sevilla donde mi pobre tio se muere y me llama á su lado. Parto Alberto, y parto sin tardar porque el deber y la gratitud me lo imponen! Pero cuánto lo siento! Si has salido de Santo Domingo en la fecha que te proponias hacerlo, no tardarás en llegar á Madrid, y no estaré al lado de los nuestros para recibirte! Alberto amado, tantos son los deseos que tengo de estrecharte en mis brazos, tantos los de hablar contigo, de verte! .....

Tu carta me entristeció, hermano mio querido. No la esperaba tan desconsolada, aunque debo confesarte que jamás he creido que olvidaras....! Pobre Alberto! Si no supiera que tu tristeza se calmará en breve, aún á pesar tuyo, me afligiria demasiado.... mas no! Tengo la convicción íntima de que pronto se despejerá tu espíritu.... Vivirás hermano mio, y vivirás feliz como yo! No con esa felicidad absoluta que soñamos siempre y que nunca realizamos; pero sí con el goce tranquilo que dan el puro afecto de la familia, la tranquilidad de la conciencia, un trabajo honroso, y nobles y útiles distracciones. Ya lo verás, Alberto! Cuento para tí con un remedio poderoso. No te diré cual sea: tendrás ocasión de ensayarlo pronto.

Tu madre, Blanca, mis hijos y yo te enviamos nuestra alma en esta carta. Que la recibas en España y no en la Habana á donde envio copia para el caso en que un incidente casual te haya detenido allí.

El doctor te saluda. Su hospital le ocupa y le distrae; pero ha envejecido bastante. ¡Adios, hermano mio!

Vuelve cuanto antes que con ansia también desean verte los tuyos. Pedro está loco de alegria.—Los mios no hablan mas que de tí. Nuestra madre y Blanca cuentan los dias. ¿Llegarás pronto?

Adios!

Alberto á Andrés.

Madrid, Enero 13 de 1865.

¡Andrés, mi amado Andrés! Ya he abrazado á mi madre, á Blanca, al doctor, á Pedro! He conocido á tus hijos: esos son dos ángeles: tu vivo retrato y el de mi hermana. ¿Me atreveré á decir que casi me sentí feliz en los primeros momentos? ¡Qué impresión tan dulce fué la mia cuando ví aquel grupo amante que me tendia los brazos! Ah! Será posible que para mí haya aún, siquiera un instante, pura alegria? Mi buen hermano, me he creido dichoso al contemplar el cuadro de mi familia, tan bella, tan afectuosa! Cuánto ha mejorado mi adorada madre! Cuánto ha hermoseado Blanca! Concibo tu felicidad, Andrés, y la envidio....! Qué esposa tienes! Ahora une ella todo el atractivo de soltera á una dignidad á una magestad llena de gracia y seducción. Y qué bondad! Qué ternura! Jamás me había parecido Blanca lo que he encontrado! Y era porque antes no veía yo con los mismos ojos que al presente veo: antes no apreciaba lo que tenía; desconocía su valor! Hoy, como el avaro, cuento mi tesoro, lo peso y lo admiro!

¡Cuánta falta me has hecho, hermano mío! ¡Cuánto he sentido no hallarte aquí! Desgraciada casualidad que ha puesto una nube en el cielo de mi alma, en el momento de mi llegada, cuando esperaba verte el prime-

ro....! Por fortuna tus dos querubes Alberto y Luisa, parece que quieren resarcirme con sus caricias por tu ausencia. No se separan del tio á quien no conocían. Le traen flores, quieren llevarle á todas partes para que vea la casa, el jardin, sus juguetes & &. ¡Qué niños tan amables y graciosos! Feliz tú, feliz tú Andrés !

Ay! Estas horas de ventura han sido cortas! Duraron mientras permanecí en las habitaciones de mi madre, en las tuyas. Cuando penetré en mi gabinete, en mi dormitorio, sentí abrise la terrible herida.... El vaso de los recuerdos rebozó, y se rompió. La amargura del dolor llegó hasta mis labios! He llorado y no de alegría como hace un rato....! Andrés, hermano mío, te escribo para desahogarme, porque á los demás le ocultaré todo! Veo á mi madre tan regocijada con mi vuelta! No podía saciar sus ojos mirándome! Me haya muchísimo menos joven: ya lo creo! No me faltan canas, aunque apenas se ven, y estoy lejos de tener la viveza la animación de otros tiempos. Pero como partí casi macilento y encorvado, mi robustez actual la seduce. Encuéntrame mas noble de porte, tanto como lo era mi difunto padre, segun dice ella. Viejo sí, lo soy á los treinta y dos años! Lo soy de corazón de alma! Para mí no hay ya ilusiones en la vida! Con un cadáver fueron enterradas hace tiempo! Murieron para siempre! Arido me parece el mundo! ¡Perdona, Andrés! Acabo de hablarte de todo lo bueno que hallado, y ahora te digo lo contrario.... Es porqué estoy solo en mi gabinete, donde me encerré á llorar con pretexto de escribirte. Mas ya oigo pasos cerca.... Tocan á la puerta. Quién vá? Mis dos sobrinos! Oigo sus voces infantiles: vienen á buscarme. Ahí está para mí el consuelo. Adios, Andrés! Me voy y te dejo. Mañana continuaré.

15 de Enero.

Dos días que no escribía. Ayer me fué imposible hacerlo. Tuve tantas visitas! Además mis sobrinos me lo impiden. Me asaltan cada vez que intento encerrarme en mis habitaciones. No, tío, tio, me dicen, no te queremos si te escondes; quédate con nosotros. No te vayas! Y verdaderamente, yo mismo no quiero abandonarlos. Ellos me distraen, me hacen olvidar! Cuéntanme mil cosas. No cesan de hablar de Magy. Les pregunto quién es, y me contestan que su hermanita: donde está, y me contestan que salió pero que luego volverá. ¿A quién se refieren? Mi madre y Blanca nada me han dicho. ¿Hablarán de alguna muñeca rota, ó de algún amiguito? Nadie me lo ha explicado aún.

¿Cómo seguirá tu tío....? Si no fuera por separarme de mi madre, iría á Sevilla solo por verte! ¿Cuándo podrás volver? Lo ansío, Andrés!

Día 17

¡Ya conozco á Magy, la hermanita de tus hijos, Andrés; ya la he visto!

¡Es *ella!* Es *ella!* Su misma imágen! ¡Dios mío! Será posible que exista tanto parecido entre ambas hermanas? ¿No es María, mi María, la que ha resucitado? Quisiera creerlo, Andrés! ¡Ay! si pudiera ¡qué feliz sería! La vista de Margarita me ha trastornado, me ha puesto fuera de mí, apesar de que anoche Blanca me reveló su presencia en el palacio!

La ví en el jardín. Bajé en busca de los niños, á quienes no había visto al amanecer como de costumbre.

Así que los arreglan vienen á sacarme de mi dormitorio. Hoy no lo hicieron y me extrañó. Supe que estaban en el jardín y fuí á ver lo que hacían, que no se acordaban del tío. Estaban con Margarita. No puedo decirte si la saludé. Nada sé sino que la ví turbada con mi presencia. ¿Sufriría ella como yo? ¿El recuerdo de.... la había conmovido como á mí? Los niños me la presentaron.... ¡Aquí está, aquí está! me dijeron. Tú que no lo creías!

Andrés, mi buen Andrés. ¿Será buena ó mala la idea que ha tenido mi madre de recoger á esa niña? Deberé felicitarla por ello ó nó? Es lo cierto que hoy no he podido soportar la presencia de Margarita y me he encerrado! Casi he pasado el dia en mis habitaciones, alejado de todos. Los niños me han suplicado que volviera con ellos, se han enojado conmigo; pero no he podido complacerles. Muy tristes se han marchado y yo les he dejado partir....! Necesito estar solo! Me hallo tan turbado que no puedo escribirte, Esta carta es incoherente, por eso no la continúo. Hasta mañana, Andrés! No sé lo que me pasa. Estoy triste y no puedo llorar!

Día 20.

Veo nubes en todos los semblantes, hasta en los de los niños. Principio á afligir á estos tambien! Me encuentran menos amable y complaciente que en los primeros dias, y eso les entristece. "¿Qué tendrá tío? dicen á su madre. Ya no nos quiere como antes. No juega con nosotros y se encierra"

Alberto me mira tímidamente no atreviéndose á saltarme al cuello. ¿Sabes que es serio? Se parece á tí. No viéndome dispuesto á jugar, se retira con reserva rara en su edad. Luisita es mas confiada; es lo mismo que Blan-

ca cuando tenía tres años. Se me sube á las rodillas y mirándome con gracia encantadora me pregunta:

"¡Porqué te escondes? dí, tío! Porqué no juegas? Magy tampoco juega. ¿Porqué?" Yo la acaricio con la mayor ternura, pero la dejo ir sola con su hermano, no sintiéndome con ánimo para divertirme con ellos.

No he vuelto á ver á Margarita. Según he podido comprender, por la charla de los niños, ella evita mi presencia como yo la suya. Mi madre y Blanca están contrariadas aunque nada me dicen. Tal vez sufren una decepción. Refléjase de nuevo la inquietud en sus miradas. La alegría de los primeros días ha pasado para todos.

Día 21.

Esta mañana cuando fuí á saludar á mi madre, encontré á Margarita sentada á su lado. Ambas bordaban ya. Es cierto que no era muy temprano.

Al entrar yo, se levantó la niña para retirarse. Mi madre la detuvo con un gesto y me miró suplicante. Yo hice un esfuerzo y me senté. Margarita había vuelto á su puesto. Apenas alzó la vista para saludarme. Siguió bordando mientras yo hablaba con mi madre. Sólo cuando esta le dirigía la palabra era que contestaba algo lacónicamente.

Sin poderlo evitar yo la miraba. Tenía que violentarme para separar los ojos de esa cabeza rubia, de un rubio tan raro; de esos párpados bajos con tan natural modestia; de ese rostro tan bello como noble; de toda esa figura que me recordaba en sus menores detalles, otra que adoré, y cuya imágen tengo siempre en el espíritu.

¿Comprendes lo que pasa en mi corazón, Andrés? ¿Comprendes la atracción que sobre mí ejerce Margarita? Tal vez no. Tú la has visto crecer, has seguido paso á

paso su lenta transformación; el parecido que tanto me conmueve, que me pone fuera de mí, ha ido produciéndose poco á poco, á medida que se operaba el desarrollo; así es que no ha podido sorprenderte. A mi madre y á Blanca les sucede lo mismo Estais acostumbrados á verla y no os impresiona dolorosamente como á mí. Para vosotros Margarita es Margarita. La quereis por ella misma sin confundirla con *otra* cuyo recuerdo vive en vosotros. Lo contrario pasa en mí. La ilusión que su vista me produce es tal, que no puedo dejar de mirarla cuando estoy cerca de ella.... Para mí esa niña es ... María! María llena de vida, pero dulce y melancólica como la conocimos todos! María á quien amo tanto como la amé viva! María, el angel de mis sueños, la esperanza, la felicidad única para mí!

Un incidente cualquiera me hace volver á la realidad, arrancándome esa ilusión, y entónces sufro y huyo! Huyo para llorar, para arrepentirme de haber olvidado mi dolor un momento, de haber sido infiel á mis recuerdos! Qué contrariedad tan cruel! ¿Porqué vivirá esa niña en esta casa? Me hace mal dejar de verla, y haberla visto....! ¿Comprendes, Andrés?

Te dejo. Quiera Dios que pronto estés aquí!

Dia 22.

Todos los dias la veo. Me ha causado pena saber que la pobre niña sufre por mí. Mi madre y Blanca me lo han dicho. Quiere encerrarse en sus habitaciones para evitar que yo la vea, por no mortificarme. Crée la pobrecita que su vista me desagrada, y que por eso me alejo de ella! Si supiera... !

No me es posible huirle como antes. Todos me suplican que no le huya, incluso el doctor, su gran amigo y

protector. Mi buena madre y Blanca se enojarían conmigo si yo hiciese llorar más á Margarita: tanto es lo que la quieren! Tengo que resignarme á verla á menudo.... Resignarme, digo? Enagenarme contemplándola...! Olvidar que la que amo en ella.... murió! Que mi María duerme el sueño eterno en solitaria tumba; que yo la he llorado sin consuelo; que jamás volveré á verla!

Cuando veo á Margarita, tentado estoy de preguntarle si no es ella aquella á quien tanto se parece! Admiro sus facciones, sus movimientos, su dulzura, y tanto más me imagino que es María resucitada!

Difícil me es persuadirme luego de que para mí solo es una.... extraña, un ser á quien nada ha ligado nunca!

¡Andrés, hermano mío, sufro! Casi me pesa haber vuelto al seno de mi familia! Antes tenia la serenidad de mi dolor: ahora estoy turbado, inquieto, disgustado de mí y de todos. Temo obrar mal dejándome arrastrar por la atracción de esa niña, y desagradar á los demás si la resisto. Todos conspiran en su favor. Todos se conjuran contra mis sentimientos. No te extrañe verme llegar á Sevilla. Tengo demasiado deseo de abrazarte, y ese viaje además será una tregua á esta lucha.

Mañana te diré lo que haya resuelto. Despídome, pues, por hoy.

Blanca á Andrés.

Madrid 26 de Enero

¡Pobre Alberto! ¡A qué prueba está sometido! Por momentos mamá y yo nos arrepentimos de nuestra idea de obligarle á olvidar, á vivir por fin! Sin embargo, ya tenemos más esperanza. Sus ausencias son menos frecuentes. La mayor parte del tiempo lo pasa á nuestro lado, cerca de

Margarita. Es de ver como la mira.... Esta baja los ojos sin saber si ha de huirle, para no hacerle mal como al principio, ó dejar que él la contemple. ¡Pobre niña! Antes hablaba de irse á casa de su madre creyendo ser antipática á Alberto, y hacerle desagradable la vida á nuestro lado. Ya ha cambiado al verle menos retraido. Sin embargo, todavía no está tranquila. ¡Ojalá te hallaras aquí, Andrés mío! Cuándo volverás? ¡Tu presencia hubiera convenido tanto á Alberto!

Los niños te envían un millón de cariños. Quieren que vengas pronto. Mamá te escribe también. Yo te amo, como sabes, y ansío el momento de tu vuelta. Haces tanta falta!

Alberto á Andrés.

Día 28

Hoy he resuelto dos cosas. He llevado á cabo la una esta mañana; tengo dispuesto para dentro de dos dias la otra.

¡He ido á visitar la tumba de María....! Mi madre y Blanca quisieron acompañarme. Yo deseaba ir solo.... ¿Lo oyes Andrés? Su tumba! ¡Cuánto lo pensé y cuánto valor he necesitado para ello! ¿Cómo te explicaré lo que he sentido? He llorado lágrimas del alma al pié de aquella sepultura, y, sin embargo, no puedo convencerme de que *ella* no existe! *Ella!* mi María amada, mi ídolo, el ser mas adorado del mundo! María! María! mi único amor verdadero!

Margarita llegó luego con los niños. Estos traían flores. Arrodilláronse todos ante la tumba. Los niños oraron; Margarita derramó algunas lágrimas. Con piadosa emoción arregló las flores á los piés del ángel arrodillado que corona el sepulcro. Yo la miraba.... ¿Era ella ó la misma María resucitada....?

No lo sabía, nó!

Me vuelvo loco Andrés! Voy á Sevilla. Esta es mi segunda determinación. Te veré y hablaré contigo. Cuánto lo deseo! Quieres? si tu tío está mejor volveremos juntos.

La condesa de Montalbán á Andrés.

Madrid 4 de Febrero de 1865.

Alberto se no ha marchado: llegará á Sevilla ántes que esta carta. Comprendo su impaciencia por verte, mi querido hijo, pero creo que mas que ese deseo, le ha movido á separarse de nosotros el afán de huir de Margarita. La pobre niña ha quedado muy triste. Blanca y yo la aseguramos que Alberto sufría al verla, por lo que le recuerda á nuestra inolvidable María; que esto mismo es una razón para que mas tarde la ame, cuando se halle acostumbrado á su vista, cuando su dolor sea menos vivo. Ella duda, teme desagradarle por otro motivo. No dice cual, pero lo adivina. Imagínase que Alberto piensa en Isabel.... Era muy pequeña Margarita cuando sucedieron las desgracias que hasta ahora lamentamos; pero sabes, Andrés, que ese recuerdo no le ha abandonado nunca. Su madre habló tanto en su locura, que ella comprendió si no todo, al menos una parte. Margarita no es feliz. Hay en ella una pena..... Muchas veces te lo he dicho, Andrés. El buen doctor lo penetra como nosotros. Ella también sufre por Isabel; sufre al verla enferma y triste; sufre por el recuerdo del pasado.... y sabe Dios por cuántas cosas más. No es desgraciada como María! Oh nó! Mucho la hemos amado, para que no pueda serlo. Además su madre la adora. Eso empero, no obsta para que no esté alegre.

Oh! si Alberto cediera! Ella le amaría, si no le ama

ya, como lo sospechamos Blanca y yo. Nada hemos querido decirle. No he creido aún el momento oportuno. Alberto lucha todavía. ¡Pobre hijo mío! Consuélalo, Andrés; anímalo, desvanece sus escrúpulos; mas, no le reveles nuestras esperanzas! Aguardo su vuelta: quizás venga mejor dispuesto. No nos expongamos á perder el fruto de nuestros desvelos por obrar con precipitación.

Si tu tío ha mejorado, ven con Alberto.

Todos lo deseamos.

Adios, mi amadísimo Andrés!

Blanca á Andrés.

Marzo 2 de 1894.

Creo, Andrés mío, que nuestro pobre Alberto no tardará en curarse.

Ha vuelto de Sevilla casi rendido.

Lejos de huir de Margarita la busca ahora. Y ella... ella le ama, Andrés! Y cómo nó? No estaba predispuesta desde antes de su llegada á su cariño? Tanto le hablamos de él.... Ella le recordaba; luego le ha visto. Su misma tristeza, el alejamiento en que se ha mantenido le han excitado su sensibilidad, su imaginación. Además es Alberto tan bueno..... Tiene una figura tan noble, ahora mas que nunca.... Ya le has visto Andrés, y sabes que no exajero. ¿No es verdad que ninguna mujer sensible resistiría al atractivo, á la melancolía de las miradas de mi hermano? Margarita le ama, no lo dudamos ya! Cómo le mira cuando me cree distraida y que él no la vé! Mamá y yo la observamos: el doctor también.

El término de tantas penas se acerca. Lástima que tu pobre tío se muera. ¿Na habrá remedio para él, Andrés? Si el doctor pudiera salvarle....! Pero él no puede

ausentarse de Madrid. Sus huérfanos y sus enfermos le llevan contado el tiempo. Hace años que trabaja sin descanso. Es su manera de consolarse, de olvidar! Hacer el bien le distrae y le anima! ¡Qué corazón tan noble y tan grande! ¡Qué carácter tan enérgico y tan digno! Cuánta bondad! No vive mas que para amar, para ser útil, para consolar sin pedir nada en cambio á los que le merecen cariño, servicios y consuelos! Dios prolongue su vida lo mas posible. No me resignaría fácilmente si le perdiéramos....

Los niños me asaltan, mi Andrés amado; Alberto quiere que guíe su mano para escribirte que desea verte. Luisita me devora á besos para que te los envíe en mi carta.

Esos son para papá, me dice. Recíbelos, pues, junto con los que yo te mando por mi cuenta.

Tu Blanca.

Alberto á Andrés

Madrid, 8 de Marzo.

Andrés, hermano mío, todo lo sé! Ya me lo han revelado! Mi madre me ha descubierto el complot que contra mi urdían; la esperanza que os animaba! ¿Cómo te contaré lo que ha pasado? Lo que siente mi corazón, de qué manera te lo diré? ¿Acáso puedo yo mismo explicármelo, definirlo, analizarlo? Soy feliz ó nó? *Ella* me ama, dicen! Me ama y yo la he huido, me he alejado de ella! Blanca la ha obligado á confesarlo y me lo ha revelado. Mi madre me ha abrazado suplicándome que haga feliz á Margarita.... Mi hermana me lo ha rogado. ¡Cómo han abogado en su favor esos dos seres tan queridos! Con qué elocuencia! Con qué sentimiento! ¡Qué persuasiva estaba Blanca! Cómo intercedía por Margarita, su hijita querida, como la llama, su niña predilecta! Las lágrimas han

sido el argumento mas poderoso de mi adorada madre.... En nombre de la que no existe me ha pedido que haga cesar sus inquietudes, que me case para verme feliz! Han traido á lo niños, hasta los inocentes me han hablado de *Magy*. La quieren con locura. Tú también deseas que... olvide! ¡Oh Andrés! Cómo no ceder? He llorado, me han vencido! Por fin me rindo! Confesaré la verdad! Volví de Sevilla porque no podía vivir lejos de Margarita! Parecíame que había vuelto á perder á María, al separarme de ella. ¡Andrés! á quién amo? Es á la viva ó á la muerta? Lo ignoro por completo. No importa. Si he cedido es porque una voz parecía decirme en lo íntimo del alma: "Amala, Alberto, ámala y te bendeciré, ámala por mí como ella te amará!" María me hablaba! Andrés! Así lo he creido! Querido hermano mío, ¿será posible la felicidad para tu pobre Alberto? Lo dudo, á lo menos tal como la soñé cuando en mi corazón no se había abierto ninguna herida, cuando no había en él la horrorosa y profunda cicatriz que hay hoy. Mi felicidad será melancólica como las brisas del otoño. Refrescará mi alma, la reanimará, empero no le dará la alegria infinita que hubo en ella en otros tiempos, la celestial ventura de que antes se sintió enagenada.

Me casaré, Andrés! Casarme? me parece mentira! Fué preciso que compareciese Margarita para que yo consintiera en complacer á mi madre que lloraba recordándome cuanto había padecido durante estos últimos años y añadiendo que todos acariciaban la esperanza de verme amar é esa niña. He cedido: mi mano se ha unido á la de Margarita! La he mirado y en sus bellos ojos he leido la ternura que veía en los de María. Andrés! Andrés! ¿Seré infiel á mi primer amor? Nó, no quiero creerlo! Si me caso con Margarita es porque amo aún á María en ella! Sin ese parecido que intenté maldecir al principio, la hubiera llorado eternamente! Lo habriais

visto! Ninguna otra mujer habia hecho latir mi corazón desde que conocí á María.... Con un culto de adoracion verdadera, guardé su recuerdo! Como fanático que conserva sagrada fé religiosa, lo veneré! Jamás lo he profanado. Hoy vuelvo á pensar en casarme, pero Dios sabe lo que pasa en mí!

Sea mi madre feliz; séanlo tú y Blanca; séalo esa niña....! ¡La felicidad de los demás hará la mía.

Andrés, mi amado Andrés, me llaman! Te dejo porque es el doctor. Le han dado la noticia y viene á abrazarme! También él está contento....!

XLVIII.

EPÍLOGO.

En el cuarto principal de una modesta casa de la calle del Barquillo, se halla una mujer. Está envuelta en una ancha y larga bata de batista blanca y extendida sobre un sofá Parece que duerme á juzgar por su insensibilidad, por sus ojos cerrados, por el abandono con que caen sus brazos de un lado y otro de su cuerpo.

Todo en la habitación aquella es modesto, casi pobre, respira tristeza, aislamiento, soledad. La mujer que en ella descansa, es todavía bella. Nótasele apesar de la expresión de terrible sufrimiento que se refleja en su rostro durante su sueño. Debió ser hermosísima.

Largo rato hace que está tranquila. De repente se incorpora, luego se levanta y quiere andar. Apenas lo puede, á cada paso se detiene, apoyándose en algún mueble, en lo que encuentra á mano. Con gran trabajo llega hasta un reclinatorio que hay junto al lecho, y en él se postra. Pálida y extenuada se encuentra. Con dificultad respira.

Una vez hincada reclina humildemente la cabeza y llora como la Magdalena arrepentida....! Llora é implora á Dios!

Es Isabel.

¿Qué ha sido de aquella arrogancia, de aquella gracia soberana que en ella hubo? ¿Qué de su robustez, de su lozana juventud? Por extraño privilegio no ha envejecido. Consérvanse mejor sus cabellos y su frente tersa, esbelto su talle; pero ha enflaquecido, su palidez asusta, y en toda su persona se nota debilidad extremada.

Isabel murmuró:

¡Dios mío, cuando me perdonarás? No me llamarás pronto á tí? Ya no resisto!

Esta última prueba es demasiado fuerte. Hoy se han casado y luego partirán sin que yo vea á Alberto! Alberto! Oh señor! Margarita se aleja de mí: será feliz, y yo quedaré sola, sola....! ¿Es posible que mi hija no comprenda que me muero? Es verdad que cuando viene aquí se lo disimulo; pero ¿cómo es que su corazón no se lo dice? ¡Dios mio! Vivir separada de ella hace tantos años, y ahora no tenerla á mi lado cuando la muerte me acecha....! María! María! Hija de mi vida, ¿no ha sido bien grande mi expiación? ¿Porqué no le pides á Dios que me lleve á tu lado cuanto ántes, sin tanto sufrimiento? Todo lo he abandonado. Vivo humildemente como tú viviste, rodeada de tus muebles, de cuanto amaste, de todo lo que me trae tu recuerdo!

Han tenido que consentírmelo! ¿Cómo podian negar á una madre arrepentida lo que imploraba como un favor supremo? Sabían que lo que quería era expiar! Tener á la vista siempre presente cuanto tocaste, cuanto fué tuyo, para no olvidar que sin mi criminal locura vivirias aún, para hacer mas punzante mi remordimiento! Noche y día he vivido con esas crueles memorias! Y sola, sola! De mí he separado á Margarita! Margarita que era mi ídolo;

el consuelo que podía quedarme. La he dejado en otras manos; me he privado de su ternura, y consentido que la dedicara á otros. Una vez por semana la he visto! Una vez! Yo que no me sacio de contemplarla, sobre todo ahora que se parece tanto á tí, María! La he alejado para no pensar mas que en mi expiación! Hoy se ha casado; se aleja mas de mí! No volveré á verla! nó. ¡La muerte se acerca! Pero con que sufrimiento! Mi hija se me va con Alberto.... con Alberto que me aborrece aún, que no me ha perdonado; que ni siquiera me ha compadecido, y á quien por castigo divino, y mas terrible que todos, amo siempre! ¡Oh! le amo! En vano he querido arrancar de mi corazón ese sentimiento mundano. Me he confesado mil veces, aún hoy ha venido un sacerdote á auxiliarme, y.... nada me basta.... Ese amor me ha torturado. Dios mío! Hasta cuando sufriré? María, intercede por mí! Que vea yo á Alberto y que él me perdone.... sólo así moriré en paz.....!

La desgraciada calló. Bajó mas la cabeza sobre el pecho, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas enflaquecidas cayendo sobre sus manos cruzadas. En esa postura permaneció un momento. Estaba tan débil que con dificultad se sostenía de rodillas, aun reclinada. Parecía próxima á desfallecer cuando entró Beatriz, la santa mujer! la infeliz anciana mas envejecida por el dolor y la tristeza de su vida que por la edad; encorvada, aunque todavía bastante fuerte.

Al ver á Isabel, caida sobre el reclinatorio, acudió á ella con el paso menos lento que pudo.

—Por Dios, hija! ¿Qué haces? vuelve á tu lecho. ¿Cómo has podido levantarte? ¿No consideras que así te acabas?

—Déjame Beatriz. Durará tan poco mi vida!

—La señora condesa va á llegar. Recuéstate para que no te encuentre tan desmejorada.

—Envió recado? Ah! creí qua ella también me olvidaba!

—Ya vés que nó. Puedes comprender que aunque el matrimonio ha sido tan callado por el luto de don Andrés, siempre ha debido estar la buena señora muy ocupada é impedida de venir temprano.

—Es verdad.

—Mandó decir que no vendrá sola que te trae otras visitas.

—¿Quiénes serán....? Andrés y Blanca estuvieron ayer aquí con Margarita... Volverá ella....? Será el doctor Romero? Pero esa visita no se cuenta....

—Nada sé.

—No puede ser.... Alberto! No, no! El no vendrá....! Y, ¿quién se interesa en el mundo por mí sino son.... ellos? Para todos he muerto....! Dios mío! Si será.... Alberto?

Una gran sobreexcitación se apoderó de Isabel. Levantóse y quiso caminar.

—Apóyate en mi brazo, hija. Si no puedes dar paso: no lo vés?

—Es cierto. Condúceme al sofá, Beatriz. Quiero estar tranquila cuando venga la condesa. Cuando llegue ten la bondad de avisarme.

Isabel hablaba con esfuerzo, su debilidad había aumentado: Sólo la sostenía su estado nervioso.

Beatriz la ayudó á recostarse en el sofá. Iba á salir después que la dejó acomodada, cuando se oyeron pasos en la escalera. Era la condesa que subía. En seguida entró sin hacerse anunciar. Beatriz la condujo cerca de Isabel.

—¿Cómo se siente V., amiga mía? dijo á ésta con compasivo acento, al verla tan pálida y descompuesta.

—Un poco mal, señora, contestó Isabel intentando sentarse.

—¡Y cómo no sabíamos nada? Se nos había dicho que se hallaba V. mucho mejor....

—Sí, sí, es verdad. Lo que tengo es una debilidad muy grande porque no dormí anoche. No hay porqué alarmarse.....

—No diga V. eso. Voy á hacerlo anunciar en casa...

—No, no! Es V. demasiado buena, señora! agradezco su interés, que tampoco merezco, como no puede V. figurarse; pero no quiero que.... Margarita se inquiete....! Pobrecita! No....!

Isabel se debilitaba á medida que hablaba á la condesa.

La buena Señora se alarmó más. Sentóse cerca del sofá y con profunda lástima consideró á la enferma.

—Cuánto siento que se halle V. mas débil! Hoy le traía una visita....

—Quién es? Margarita? Andrés? Blanca....? preguntó Isabel sobreexcitándose otra vez.

—Cálmese V.... Está V. nerviosa. Dejaremos para otro día la visita, si V. quiere: si ha de hacerle mal....

—No, nó! Dígame V. quien viene.... Si son ellos, tanto mejor....!

—Ellos vienen también, y el doctor Romero. Pero yo hablo de otra persona.

—Diga V.

—Mi hijo Alberto....

—Alberto? Oh Dios.....!

Isabel echó la cabeza atrás sobre el respaldo del sofá, cerró los ojos y respiró. Parecía que se desmayaba.

—Qué tiene V., Isabel? preguntó la condesa, levantándose sobresaltada para socorrer á la enferma. Beatriz! pronto! Traiga V. sales.

—No, es inútil exclamó Isabel abriendo los ojos, no tengo nada.... ¡Ay! qué decía V., señora? que.... Alberto viene á verme?

—Sí, pero veamos si se reposa V. antes. Está muy

pálida. Beatriz, ¿no habrá un poco de caldo ó de leche para Isabel?

—No se inquiete V.! Gracias, señora! Cuánta bondad! Beatriz, no te apures. ¿Con que Alberto.... me ha perdonado? Quiere.... verme?

—Sí, Isabel. Al casarse con la hija de V. ha preguntado y ha sabido cual ha sido la vida de V.... su dolor. La ha compadecido.... ha llorado. Quiere venir á despedirse puesto que se va á Granada, donde piensa pasarse dos ó tres meses con Margarita.

—Ah señora! ¡Me perdona, me perdona! Dios mío! Tú también me perdonarás....! Podré morir....! Isabel cruzó las manos y miró al cielo con expresión de inefable gratitud. La condesa muy conmovida iba á contestar, cuando volvieron á oirse pasos fuera.

En breve entró Margarita. La bellísima desposada tenía puesto su traje blanco. No llevaba velo ni corona sino una mantilla graciosamente prendida. Era María, María rebozando vida y animación!

Apresurada se acercó á Isabel: Alberto apareció detrás de ella, vestido todo de negro imponente y grave.

Isabel le miró.....

Un extremecimiento sacudió el cuerpo de la triste arrepentida. Sus ojos se dilataron, su rostro cambió. De pálido como la cera vírgen, se cubrió de sonrosado. Moviéronse sus labios, y se levantó. Algunas palabras casi inenteligibles se le escaparon.

—Alberto.... Dios.... Perdon!

Fué todo lo que se le oyó en un suspiro prolongado. Luego cierra los ojos y cae sobre el sofá con las manos sobre el pecho. Tan pronto había pasado todo, que en el primer instante nadie comprendió. Acudieron á ella, y Margarita se precipitó sobre su cuerpo llamándola. Inútilmente.....

Alberto se había quedado estático. La verdad apare-

ció á los ojos de todos, cuando se fijaron en el cadavérico rostro de la desgraciada.... Isabel estaba muerta!

La pobre hija prorrumpió en un grito de dolor.

—¡Mi madre ha muerto, ha muerto....! No es verdad?

—La condesa la abrazó con amor ternísimo. Sí, hija mía, ya no sufre. Llórala, mas, no olvides que tienes un esposo; que te queda otra madre. Me tienes aquí!

Margarita cerró los ojos y se desmayó.

Entraban precipitadamente en ese instante Blanca, Andrés, el doctor. Habían oido los gritos de Margarita y corrían.

Alberto acudió á socorrer á su jóven esposa, pero su madre le detuvo, y dejó á Margarita en los brazos de Blanca y al cuidado del doctor y de Andrés que la rodeaban. Tomando luego de la mano á su hijo le dijo con voz solemne:

—Alberto, ellos la atenderán. A tí te toca otra cosa.

Llevóle al lado del sofá donde yacía Isabel.

—Arrodíllate, dijo.

Su actitud era tan augusta que Alberto obedeció.

—Tú la perdonaste: ella ha muerto!

Encomendemos su alma á Dios, hijo mío, y oremos!...

Esto dijo con profunda piedad, y ambos se arrodillaron á la cabecera de Isabel.

Es propiedad.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.